DIONISIO DE HALICARNASO

HISTORIA ANTIGUA DE ROMA

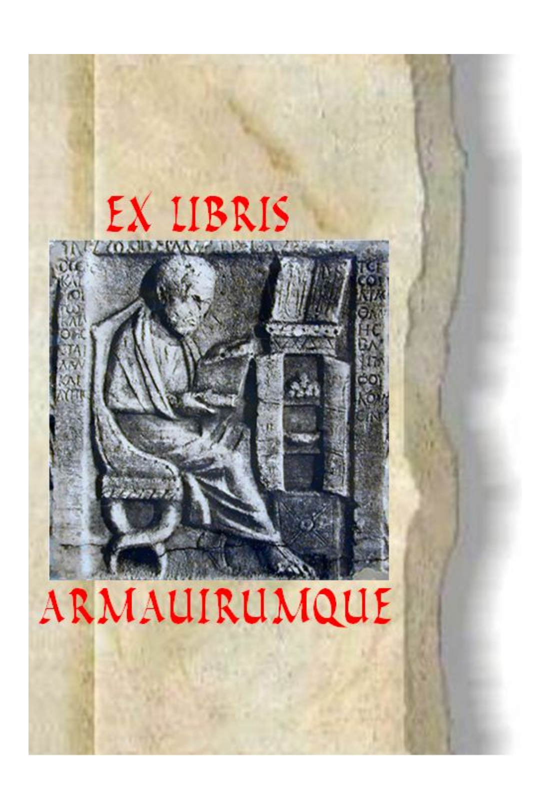
LIBROS X, XI Y FRAGMENTOS DE LOS LIBROS XII-XX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ELVIRA JIMÉNEZ Y ESTER SÁNCHEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 124



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por M.ª LUISA PUERTAS CASTAÑOS.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1988.

Las traducciones y notas han sido llevadas a cabo por ELVIRA JIMÉNEZ (Libros XI-XV) y ESTER SÁNCHEZ (Libros X, XVI-XX).

Depósito Legal: M. 42998-1988.

ISBN 84-249-1368-X.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1988. — 6239.

LIBRO X

Los tribunos luchan por la igualdad de derechos

Después de este consulado[1], corría la LXXX Olimpiada (459 a. C.) en la que venció Torimbas, un tesalio, en la prueba del estadio, era arconte en Atenas Frasicles y en Roma fueron nombrados cónsules Publio Volumnio y Servio Sulpicio Camerino. Estos no dirigieron ninguna expedición militar ni para tomar venganza de quienes les habían causado algún daño a ellos mismos y a sus aliados, ni para tener salvaguardadas sus propiedades. Tomaban precauciones contra los peligros internos, por temor a que el pueblo se levantara contra el Senado y llevara a cabo alguna iniquidad; pues de nuevo estaba siendo provocado por los tribunos de la plebe que le enseñaban que el mejor régimen político para hombres libres es la igualdad de derechos[2], y el pueblo pedía que se administraran los asuntos privados y los públicos de acuerdo con leyes. En esa época todavía no existía entre los romanos ni igualdad de derechos ni de libertad de palabra, ni se habían fijado por escrito todas las cuestiones relativas a la justicia, sino que antiguamente sus reyes dic-

1 (at "corría la")
2 (at "Senado ... de nuevo")

---

[1] Lucio Lucrecio y Tito Veturio Gémino.

[2] La palabra usada por Dionisio es *isegoría*, que literalmente significa «igualdad en el uso de la palabra», pero parece que la emplea en la acepción más general de «igualdad de derechos». Otros términos utilizados en este libro para expresar la misma idea son: *isonomía* (35, 5) «igualdad de leyes» e *isotimía* (30, 4) «igualdad de privilegios».

taban justicia a quienes lo solicitaban, y lo decretado por
3 ellos eso era ley. Cuando terminó el gobierno de los reyes, la facultad de administrar justicia, además de las otras funciones de los monarcas, recayó sobre los cónsules anuales, y ellos eran los que determinaban lo que era justo para
4 quienes litigaban sobre cualquier asunto. La mayoría de estas decisiones eran acordes con las costumbres de los magistrados, designados para este cargo debido a su rango social[3]. De todas formas, unas pocas resoluciones estaban recogidas en libros sagrados y tenían fuerza de ley, aunque los patricios eran los únicos que las conocían por sus estancias en la ciudad, y en cambio la mayoría de la gente, comerciantes y labradores que bajaban a la ciudad muy esporádicamente para los mercados, todavía las desconocía.
5 El primero que intentó introducir este régimen político igualitario fue Cayo Terencio[4], que fue tribuno el año anterior; pero se vio obligado a dejar el asunto inconcluso, debido a que la plebe estaba en los campamentos y los cónsules retuvieron sus ejércitos convenientemente en tierra enemiga hasta que concluyó el período de su mandato.

Extraños portentos

2 Entonces, Aulo Virginio y los demás tribunos se hicieron cargo del asunto y quisieron llevarlo adelante. Pero para que esto no ocurriera ni se vieran obligados a gobernar según unas leyes, los cónsules, el Senado y los restantes ciudadanos de mayor influencia en la ciudad se dedicaron a maquinar todo tipo de ardides. Hubo muchas sesiones del Senado, asambleas continuas y toda clase de tentativas entre los magistrados, por lo que era evidente para todos que una gran e irreparable desgra-

[3] En un estado aristocrático, a los magistrados, por pertenecer a la clase superior, se les suponía una virtud innata.

[4] TITO LIVIO (III, 9) da el nombre como C. Terentilio Harsa.

cia iba a caer sobre la ciudad, a consecuencia de este enfrentamiento. A estas reflexiones humanas se unió también 2
el temor a los portentos divinos que sobrevinieron, algunos de los cuales no se encontraban conservados ni en los archivos públicos ni en ningún otro recuerdo. Respecto a 3
todos los relámpagos que aparecían en el cielo, resplandores de fuego que permanecían sobre un lugar, ruidos de la tierra y continuos temblores, apariciones de espectros de distintas formas flotando en el aire, sonidos que perturbaban la mente de los hombres y todo lo que ocurría de igual naturaleza, se descubría que, más o menos, había sucedido también alguna vez en el pasado. Sin embargo, un portento que desconocían —del que todavía no habían oído hablar— y que más les había inquietado fue el siguiente: del cielo cayó sobre la tierra una gran nevada que no traía nieve sino trozos de carne, unos más grandes y otros más pequeños. Muchos de éstos eran atrapados en el aire por 4
bandadas de aves de todo tipo que los cogían en sus picos mientras volaban; en cambio, los que caían a tierra, tanto en la ciudad misma como en los campos, permanecían allí tirados durante mucho tiempo sin cambiar de color, como trozos de carne que se conservan viejos, sin corromperse y sin desprender ningún mal olor. Los adivinos locales eran 5
incapaces de interpretar este prodigio; pero en los oráculos sibilinos se había encontrado que la ciudad se vería envuelta en un combate por su libertad después de que enemigos extranjeros entraran dentro de sus murallas, y que al comienzo de la guerra contra los extranjeros habría una revuelta civil que era preciso que apartaran de la ciudad en sus inicios, y alejaran los peligros suplicando a los dioses con sacrificios e invocaciones: así serían superiores a sus enemigos. Cuando se dio a conocer esto a la multitud, en 6
primer lugar quienes desempeñaban esa función ofrecieron

sacrificios a los dioses tutelares que conjuran los males; después, se reunió el Senado en la sala del consejo, estando también presentes los tribunos de la plebe, y trataron sobre la seguridad y la salvación de la ciudad.

Los tribunos hacen una propuesta de ley

3 Pues bien, todos estaban de acuerdo en poner fin a las mutuas querellas y seguir un único criterio en lo relativo a los asuntos públicos, como aconsejaban los oráculos. Pero el modo de conseguirlo y quiénes serían los primeros en ceder ante los otros en el punto de fricción para terminar con las disensiones, esto
2 no les resultó tarea fácil; pues los cónsules y los dirigentes del Senado declaraban que los tribunos de la plebe, al proponer nuevas medidas políticas y pretender abolir la honorable constitución tradicional, eran los responsables de la revuelta. Los tribunos, por su parte, decían que ellos no pretendían nada injusto ni perjudicial queriendo implantar una buena legislación e igualdad de derechos, y añadían que los cónsules y los patricios debían ser los culpables de la sedición por incrementar la codicia y el desprecio hacia
3 las leyes, e imitar las costumbres de los tiranos. Estas cosas y otras semejantes se dijeron unos y otros durante muchos días, y el tiempo pasaba en vano; mientras tanto, en la ciudad no se resolvía ninguno de los asuntos privados ni públicos. Como no se conseguía nada provechoso, los tribunos desistieron de aquellos argumentos y acusaciones que hacían contra el Senado y, convocando a la multitud a una asamblea, prometieron al pueblo llevar una propues-
4 ta de ley en defensa de sus peticiones. La asamblea aprobó el proyecto y, sin demorarse más, leyeron la ley preparada, cuyos puntos principales eran los siguientes: que en una asamblea legal fueran elegidos por el pueblo diez hombres, los más ancianos y prudentes, los de mayor reputación por

su honor y buena fama; que éstos redactaran las leyes refe-
rentes a todas las cuestiones, tanto públicas como privadas,
y las presentaran ante el pueblo; y que las leyes que iban
a ser formuladas por ellos debían estar expuestas en el
Foro para los magistrados que fueran elegidos cada año
y para los particulares, como una delimitación de los mu-
tuos derechos. Después de proponer esta ley, los tribunos 5
dieron una oportunidad a quienes quisieran criticarla, fi-
jando para ello el tercer día de mercado. Fueron muchos
y no los más insignificantes de los senadores, ancianos y
jóvenes, los que criticaron la ley, exponiendo argumentos,
fruto de mucha dedicación y preparativos; y esto duró mu-
chos días. Después, los tribunos, indignados por la pérdida 6
de tiempo, ya no dieron ninguna oportunidad de hablar
a los que censuraban la ley, sino que, fijando un día en
el que la ratificarían, exhortaron a los plebeyos a que asis-
tieran en masa diciéndoles que ya no serían molestados con
largas disertaciones, sino que por tribus darían su voto re-
ferente a la ley. Con estas promesas disolvieron la asam-
blea.

Dura oposición de los patricios a los tribunos de la plebe

Después de esto, los cónsules y los pa- 4
tricios más influyentes, dirigiéndose a los
tribunos, les atacaron con más dureza, di-
ciendo que no les permitirían proponer le-
yes cuando no hubieran sido precedidas
por una deliberación en el Senado; pues las leyes eran pac-
tos de las ciudades concernientes a toda la comunidad y
no a una parte de sus habitantes. Y declaraban que el co-
mienzo de la ruina más perniciosa, irreparable e indigna
tanto para las ciudades como para los hogares, es el mo-
mento en que los peores legislan para los mejores. «¿Qué 2
poder, dijeron, tenéis vosotros, tribunos, para introducir
o derogar leyes? ¿No recibisteis del Senado este cargo bajo

unas condiciones establecidas? ¿No pedisteis que los tribunos ayudaran a los pobres que fueran objeto de ofensa o violencia y no se ocuparan de ninguna otra cosa? Pues bien, incluso si antes teníais algún poder que habíais conseguido presionándonos no con entera justicia —pues el Senado cede ante cada avance vuestro— ¿no lo habéis perdido también ahora con el cambio de vuestros comicios?[5]
3 Pues ni un decreto del Senado os designa ya para la magistratura, ni las curias participan en vuestras votaciones, ni se ofrecen a los dioses los sacrificios previos a vuestros comicios, que por ley debían celebrarse, ni se lleva a cabo ningún otro acto piadoso a los ojos de los dioses ni justo para los hombres en lo relativo a vuestra magistratura. Así pues, ¿qué participación podéis tener todavía de los ritos sagrados y cosas que exigen veneración, una de las cuales
4 es la ley, vosotros que habéis negado todas las leyes?». Esto era lo que decían a los tribunos los patricios más ancianos y los jóvenes, yendo por la ciudad en grupos organizados. A los plebeyos más favorables intentaban ganárselos en reuniones amistosas, y a los más reacios y turbulentos los atemorizaban con amenazas de peligros si no actuaban con sensatez. En cambio, a los más pobres y marginales, para quienes la preocupación por los asuntos públicos era nula en comparación con sus intereses particulares, los echaban del Foro golpeándolos como a esclavos.

Los tribunos llevan a juicio a un joven aristócrata[6]

5 Pero el que más seguidores tenía y el de mayor influencia de los jóvenes de entonces era Cesón Quincio, hijo de Lucio Quincio, llamado Cincinato, de linaje ilustre y género de vida no inferior al de nadie, el más hermoso de los jóvenes por su aspecto, el más

[5] Véase IX 41, 2 ss. y 49, 5.

[6] Para capítulos 5-8, 4, véase LIVIO, III 11, 6-13, 10.

brillante de todos en las artes de la guerra y bien dotado por naturaleza para hablar. En esa época, se extendía en invectivas contra los plebeyos no escatimando palabras penosas de oír para hombres libres, ni absteniéndose de los hechos que acompañan a las palabras. Los patricios le tenían en mucha estima por esto y le pedían que siguiera en su temible actitud, prometiendo ofrecerle impunidad. En cambio, los plebeyos le odiaban más que a ningún otro hombre. Los tribunos, en primer lugar, decidieron desha- 2
cerse de él, con la finalidad de atemorizar al resto de los jóvenes y obligarles a ser sensatos. Después de tomar esta decisión y tener preparados argumentos y numerosos testigos, le llevaron a juicio bajo la acusación de crimen contra el Estado y pidieron la pena de muerte. Cuando le ordenaron que se presentara ante el pueblo porque había llegado el día que fijaron para el juicio, convocaron una asamblea y expusieron numerosos argumentos contra él, relatando todas las acciones violentas que había llevado a cabo contra los plebeyos, y presentaron como testigos a sus víctimas. 3
Pero cuando le concedieron la palabra, el propio joven llamado para defenderse no compareció a declarar, sino que pidió dar una satisfacción de acuerdo con la ley ante los mismos particulares por aquellos delitos por los que le acusaban, y que el juicio se llevara a cabo en presencia de los cónsules. Sin embargo, su padre, viendo que los plebeyos estaban indignados por la arrogancia del joven, intentaba defenderle explicando que la mayoría de las cosas eran falsas e inventadas premeditadamente contra su hijo; 4
y todo lo que no podía negar decía que eran cosas insignificantes, sin importancia y que no merecían la cólera de la gente, además de que no se habían hecho con premeditación o insolencia, sino por presunción juvenil, por causa de la cual resultó que había hecho muchas cosas irreflexi-

vas en querellas, y quizá también había sufrido otras mu-
chas, ya que no estaba ni en el mejor momento de su vida
ni en la edad ideal para la sensatez. Y pidió a los plebeyos
5 no sólo que no guardaran resentimiento por las faltas que
había cometido contra unos pocos, sino también que le es-
tuvieran agradecidos por los servicios que les había presta-
do en las guerras haciendo bien a todos, consiguiendo li-
bertad para los particulares y hegemonía para su patria;
y pedía para sí mismo, si en algo había errado, compren-
sión y ayuda de la mayoría. Y enumeró minuciosamente
las campañas militares y los combates por los que había
recibido distinciones y coronas de sus generales, a cuántos
ciudadanos había protegido en las batallas y cuántas veces
había subido el primero las murallas de los enemigos. Al
6 final, terminó con lamentaciones y súplicas, y apelando a
su propia moderación para con todos y a su modo de vi-
da que, aseguraba, estaba limpio de toda mancha, pidió
un solo favor del pueblo: que le conservaran a su hijo.
6 El pueblo se complació mucho con sus palabras y esta-
ba dispuesto a entregar el muchacho a su padre. Pero Vir-
ginio, viendo que si aquel no pagaba la pena, la osadía
de los jóvenes petulantes sería insoportable, se levantó y
2 dijo: «Respecto a ti, Quincio, no sólo están atestiguados
todos tus otros méritos, sino también tu buena disposición
hacia los plebeyos, por lo cual se te han otorgado hono-
res. Pero la soberbia del muchacho y su arrogancia hacia
todos nosotros no admite ninguna súplica o perdón; él,
que fue educado en tus normas de conducta, tan democrá-
ticas y moderadas, como todos sabemos, despreció tus há-
bitos, prefirió la insolencia tiránica y un orgullo propio de
hombres bárbaros, e introdujo en nuestra ciudad una ad-
3 miración por los actos innobles. Pues bien, si siendo así
él, te pasó inadvertido, ahora que te has enterado, sería

justo que te indignaras en nuestro nombre; pero si eras su cómplice y le ayudabas en los ultrajes que cometía contra la desdichada fortuna de los ciudadanos pobres, entonces tú también eras un infame, y la fama de conducta intachable no te corresponde en justicia. Sin embargo, yo puedo atestiguar en tu favor que desconocías que él fuera indigno de tu condición. De todas formas, aunque te declaro inocente de haber colaborado con él en los daños que nos causó entonces, te reprocho que ahora no participes de
nuestra indignación. Y para que conozcas mejor qué gran 4
infame para la ciudad has criado sin darte cuenta, qué cruel, tiránico y ni siquiera limpio del asesinato de ciudadanos, escucha su ambiciosa actuación y compárala con sus distinciones en las guerras. Y cuantos de vosotros os compadecisteis justamente ante las lamentaciones de este hombre, considerad si es correcto para vosotros que tengáis clemencia con un ciudadano semejante».

Después de decir esto, hizo levantar a Marco Volscio, 7
uno de sus colegas, y le pidió que contara lo que sabía del joven. Cuando hubo silencio y una gran expectación por parte de todos, Volscio, aguardando un poco, dijo: «Yo más bien hubiera querido, ciudadanos, recibir de este hombre una satisfacción privada, que la ley me concede, por haber sufrido cosas terribles y mucho más que terribles; pero como no pude conseguirlo a causa de la pobreza, de la falta de influencia y de ser uno entre muchos, ahora que tengo la posibilidad, tomaré el papel de testigo, ya que no de acusador. Escuchad qué cosas tan crueles e
irreparables he padecido. Yo tenía un hermano, Lucio, al 3
que quise más que a todos los hombres. Él y yo cenábamos juntos en casa de un amigo y después de la cena, al llegar la noche, nos levantamos y nos fuimos. Cuando habíamos atravesado el Foro, nos encontramos casualmente

con Cesón, aquí presente, que iba cantando y bailando con
otros jóvenes insolentes. Ellos, al principio, se mofaron de
nosotros y nos insultaron, como jóvenes borrachos y arro-
gantes a otros humildes y pobres; y cuando nos indigna-
mos con ellos, Lucio le habló francamente a este hombre.
Pero Cesón, aquí presente, considerando deshonroso haber
escuchado algo que no quería, corrió hacia él, y golpeán-
dole, pisándole y dando todo tipo de muestras de crueldad
4 y violencia, le mató. Cuando yo empecé a gritar y a defen-
derme con todas mis fuerzas, soltó a aquel que yacía ya
muerto, empezó a pegarme y no cesó hasta que me vio
tendido en tierra inmóvil y sin voz y creyó que estaba
muerto. Después, se marchó satisfecho como si hubiera
realizado una bonita acción; en cuanto a nosotros, algunas
personas que llegaron poco después nos cogieron cubiertos
de sangre y nos llevaron a casa, a mi hermano Lucio muer-
to, como dije, y a mí medio muerto y con pocas esperan-
5 zas de vida. Esto ocurrió durante el consulado de Publio
Servilio y Lucio Ebucio, cuando se declaró una gran peste
en la ciudad y nosotros dos la cogimos. Pues bien, enton-
ces no me era posible pedir justicia contra él, puesto que
ambos cónsules habían muerto. Después, cuando accedie-
ron al cargo Lucio Lucrecio y Tito Veturio, yo quería lle-
varle a juicio pero me vi imposibilitado por la guerra, ya
6 que los dos cónsules habían dejado la ciudad. Cuando re-
gresaron de la campaña militar, le convoqué muchas veces
ante la magistratura, y siempre que me acercaba a él (esto
lo saben muchos ciudadanos), me golpeaba. Esto es lo que
he sufrido, plebeyos, y os lo he contado con toda sinceri-
dad».

8 Después de hablar así, se levantó un griterío entre los
presentes y muchos sintieron el impulso de tomarse la justi-
cia por su mano. Pero los cónsules y la mayoría de los

tribunos lo impidieron, deseando que no se introdujera en la ciudad una costumbre perniciosa. Y, por otro lado, estaba la gente más honorable del pueblo que no quería privar de la palabra a quienes se debatían por sus vidas. En- 2
tonces el respeto por la justicia contuvo el impulso de los más atrevidos, y el proceso tuvo un aplazamiento, surgiendo un conflicto no pequeño y un debate relativo al encausado, sobre si había que custodiarlo mientras tanto en prisión o bien ofrecer garantes de su regreso, como el padre pedía. El Senado se reunió y decidió que la persona quedara libre hasta el juicio, previo pago de una fianza. Al 3
día siguiente, los tribunos convocaron a la plebe y, faltando el muchacho al juicio, ratificaron su voto contra él y exigieron a los fiadores, que eran diez, el dinero acordado para el regreso del joven. Cesón, habiendo caído víctima 4
de un complot semejante, pues los tribunos habían maquinado todo y Volscio había atestiguado en falso, como se vio claro con el tiempo, se marchó al exilio a Tirrenia. Su padre vendió la mayor parte de su hacienda y devolvió el dinero convenido por los fiadores, quedándole solamente un pequeño terreno al otro lado del río Tíber, donde había una humilde cabaña; y allí, trabajando la tierra con unos pocos esclavos, llevaba una vida penosa y miserable por el dolor y la pobreza, sin ver la ciudad ni saludar a sus amigos, sin asistir a fiestas ni participar de ningún otro placer. A los tribunos[7], sin embargo, les ocurrió todo lo 5
contrario de lo que esperaban; pues la ambición de los jóvenes no sólo no cesó, reprimida por la desgracia de Cesón, sino que llegó a ser mayor y más intransigente luchando contra la ley con palabras y con actos, de modo que a los tribunos ya no les fue posible conseguir nada pues

[7] Véase Livio, III 14.

habían gastado el tiempo de su mandato en este asunto. Sin embargo, el pueblo, al año siguiente, los eligió de nuevo para el cargo.

Artimaña de los tribunos para atemorizar a la población[8]

9 Cuando Publio Valerio Publícola y Cayo Claudio Sabino recibieron el poder consular, un peligro como ningún otro hasta entonces cayó sobre Roma, procedente de una guerra de un pueblo extranjero[9], que la disensión civil introdujo dentro de las murallas, como predecían los oráculos sibilinos y los presagios de la divinidad habían profetizado el año anterior[10]. Explicaré la causa por la que empezó la guerra y la actua-
2 ción de los cónsules en esa contienda. Los que habían asumido el tribunado por segunda vez con la esperanza de ratificar la ley, viendo, por una parte, que uno de los cónsules, Cayo Claudio, tenía un odio innato contra los plebeyos heredado de sus antepasados y que estaba dispuesto a impedir el asunto por cualquier medio, por otra, que los jóvenes con mayor influencia habían llegado a una desesperación tan evidente que no era posible vencerlos por la violencia, y, sobre todo, viendo que la mayor parte del pueblo cedía a las adulaciones de los patricios y ya no mostraba el mismo celo por la ley, decidieron seguir un camino más audaz para sus planes, por medio del cual dejarían atónitos
3 al pueblo y fuera de juego al cónsul. En primer lugar, hicieron que se propagaran todo tipo de rumores por la ciudad; después, se sentaron en el Consejo desde el amanecer de forma notoria y estuvieron durante todo el día sin dar parte a nadie de fuera ni de sus acuerdos ni de sus conversaciones. Cuando les pareció que era el momento oportuno

---

[8] Para capítulos 9-13, véase Livio III 15, 1-3.

[9] Ataque de los sabinos. Véase capítulos 14 y ss.

[10] Véase capítulo 2, 5.

para realizar lo acordado, inventaron unas cartas e hicieron que les fueran entregadas por un hombre desconocido cuando estuvieran sentados en el Foro. Después de leerlas, se levantaron golpeando sus frentes y con la mirada baja.
Cuando una gran multitud acudió en tropel sospechando 4
que alguna grave desgracia estaba escrita en las cartas, ellos pidieron silencio por medio de un heraldo y dijeron: «Ciudadanos, vuestros plebeyos están en el más grave peligro; y si los dioses no hubieran previsto alguna benevolencia hacia los que iban a sufrir injusticia, todos habríamos caído en terribles desgracias. Os pedimos que aguardéis un poco de tiempo, hasta que comuniquemos al Senado las noticias y hagamos lo conveniente de común acuerdo».
Después de decir esto, se marcharon hacia los cónsules. 5
Mientras el Senado estaba reunido, en el Foro se oían muchas conversaciones de todo tipo; unos, premeditadamente, hablaban en grupos, siguiendo las consignas prescritas por los tribunos, y otros comentaban aquellas cosas que más habían temido que ocurrieran, pensando que era lo
que les había sido anunciado a los tribunos. Uno decía 6
que los ecuos y los volscos habían acogido a Cesón Quincio, el condenado por el pueblo, lo habían elegido general de ambos pueblos con plenos poderes y que iba a marchar contra Roma con numerosas fuerzas reunidas. Otro decía que por un acuerdo común entre los patricios, ese hombre iba a ser traído de nuevo por fuerzas extranjeras, para que la salvaguarda de los plebeyos quedara anulada entonces y en el futuro. Otro decía que no eran todos los patricios
los que habían tramado esto, sino sólo los jóvenes. Algu- 7
nos se atrevían a decir que ese hombre estaba ya oculto dentro de la ciudad y que iba a apoderarse de los lugares más ventajosos. Cuando toda la ciudad estaba sacudida por la expectativa de las desgracias y todos sospechaban

y se guardaban unos de otros, los cónsules convocaron al Senado, y los tribunos, acudiendo, dieron a conocer las noticias recibidas. El que habló en nombre de ellos fue Aulo Virginio y dijo lo siguiente:

Los tribunos intentan convencer al Senado de la existencia de una conspiración

10 «Mientras nos parecía que no había ninguna certeza acerca de los peligros anunciados, sino que se trataba de dudosos rumores y no había nada que los garantizara, no nos atrevíamos, senadores, a exponer públicamente las noticias sobre ellos, suponiendo que se producirían graves disturbios, como es natural en un momento de terribles rumores, y temiendo que os pareciera que habíamos tomado una deci-
2 sión más precipitada que sensata. Sin embargo, no olvidamos el asunto despreocupándonos, sino que por todos los medios posibles investigamos cuidadosamente la verdad. Y puesto que la divina providencia, por la cual es siempre salvada nuestra comunidad, actuando correctamente saca a la luz los planes ocultos y los propósitos impíos de los enemigos de los dioses; puesto que tenemos cartas que hemos recibido recientemente de extranjeros que demuestran su buena disposición hacia nosotros y cuyos nombres oiréis después; puesto que las declaraciones de aquí coinciden y están de acuerdo con las noticias de fuera y la situación estando ya en nuestras manos no admite dilación ni demora, antes de darlo a conocer al pueblo, decidimos comuni-
3 cároslo primero a vosotros, como es justo. Pues bien, sabed que hay una conspiración tramada contra el pueblo por parte de varones conspicuos, entre los cuales se dice que hay incluso una pequeña parte de los más ancianos que componen este Senado, y la mayoría son caballeros de fuera de esta Cámara, pero todavía no es el momento
4 de deciros quiénes son. Según nuestras noticias, van a ata-

carnos mientras durmamos amparándose en una noche os-
cura, cuando no podamos ni prever nada de lo que ocurra
ni reunirnos para defendernos todos juntos; y, asaltando
nuestras casas, van a degollarnos no sólo a los tribunos
sino también a los otros plebeyos que alguna vez se han
enfrentado a ellos en defensa de su libertad o se les pue-
den enfrentar en el futuro. Y cuando se hayan desembara- 5
zado de nosotros, creen que entonces ya con total seguri-
dad conseguirán de vosotros la abolición por unanimidad
de los pactos que habéis hecho con el pueblo. Pero viendo
que para sus planes necesitaban fuerzas extranjeras prepa-
radas en secreto, y no unas fuerzas moderadas, han elegido
como jefe para sus propósitos a uno de vuestros desterra-
dos, Cesón Quincio, al cual, convicto de asesinatos de con-
ciudadanos suyos y de sedición en la ciudad, algunos de
aquí le consiguieron que no pagara la pena y que saliera
impune de la ciudad, y le han prometido el regreso además
de ofrecerle cargos, honores y otras recompensas por su
ayuda. Él, a su vez, les ha prometido traer un ejército 6
auxiliar de ecuos y volscos tan grande como necesiten. Y
él mismo vendrá dentro de poco con los más atrevidos, in-
troduciéndoles en secreto en pequeños grupos y de forma
dispersa; el resto de la fuerza, cuando nosotros, los líderes
del pueblo, seamos destruidos, avanzará sobre la restante
multitud de pobres, si es que algunos se empeñan en su
libertad. Estas son las terribles e impías acciones que han 7
tramado a escondidas y que van a llevar a cabo, senado-
res, sin temer la cólera divina ni preocuparse de la indig-
nación humana».

«Así pues, sacudidos entre tantos peligros, venimos a 11
suplicaros, padres, encomendándonos a los dioses y divini-
dades a los que sacrificamos en común, y recordando las
numerosas y grandes batallas que mantuvimos a vuestro

lado, que no permitáis que padezcamos estos crueles e impíos actos a manos de nuestros enemigos, sino que nos socorráis y os indignéis con nosotros ayudándonos a imponer el castigo merecido a los que han tramado esto, preferentemente a todos, pero si no, al menos a los cabecillas de
2 esta criminal conspiración. Lo primero de todo, os pedimos, senadores, que votéis la medida que es más justa: que la investigación de los asuntos revelados corra a cargo de nosotros, los tribunos; pues, aparte de lo justo de la petición, forzoso es que las investigaciones más rigurosas sean las que hagan aquellos que corren peligro en sus mis-
3 mas personas. Pero si algunos de vosotros no están dispuestos a favorecernos en nada, sino que se oponen a todos los que hablan en nombre del pueblo, me gustaría preguntarles cuál de nuestras peticiones les molesta y de qué piensan convenceros. ¿Acaso de no hacer ninguna investigación y desentenderse de la conspiración tan tremenda e infame que se está tramando contra el pueblo? Y ¿quién podría afirmar que los que hablan así tienen buenas intenciones, y no están corrompidos también, son cómplices de la conjuración, y además, por estar temerosos de ser descubiertos, se empeñan en impedir la investigación de la verdad? A éstos, sin duda, les prestaríais atención
4 injustamente. ¿O pedirán que no nos encarguemos nosotros de la indagación de estas noticias, sino el Senado y los cónsules? Y siendo así, ¿qué es lo que impedirá este mismo planteamiento si se da el caso de que algunos plebeyos, levantándose contra los cónsules y el Senado, planeen la disolución de esta Cámara, y entonces los líderes del pueblo digan que es justo que la investigación acerca de los plebeyos corra a cargo de quienes han asumido la defensa del pueblo? Pues bien, ¿qué ocurrirá como consecuencia de esto?: que no habrá nunca ninguna averiguación

sobre ningún asunto secreto. Pero ni nosotros nunca pedi- 5
ríamos esto (pues el celo de partido es sospechoso) ni vosotros actuaríais rectamente prestando atención a quienes tienen las mismas pretensiones contra nosotros, sino que deberíais considerarles enemigos comunes de la ciudad. Por otro lado, senadores, en estas circunstancias nada es tan necesario como la rapidez; pues el peligro es grave y la demora relativa a nuestra seguridad es improcedente en medio de unos peligros que no se van a demorar. De modo que, dejando a un lado las disputas y los largos discursos, votad ya lo que os parezca conveniente para la comunidad».

Respuesta de los cónsules a los tribunos

Después de hablar así, un gran estu- 12
por y perplejidad se apoderó del Senado. Estuvieron considerando y hablando entre ellos de la dificultad de cada una de las dos posibilidades, el permitir o no permitir a los tribunos que hicieran investigaciones por su cuenta sobre un asunto de común interés y gran importancia. Y uno de los cónsules, Cayo Claudio, sospechando de sus intenciones, se levantó y habló así:

«No temo, Virginio, que estos hombres piensen que soy 2
cómplice de la conjuración que decís que se está tramando contra vosotros y contra el pueblo, y que temiendo por mí mismo o porque alguno de los míos es culpable de estas acusaciones, me he levantado a proponer lo contrario a vuestras demandas; pues mi modo de vida me libera de todo tipo de sospechas. Pero lo que considero que conviene tanto al Senado como al pueblo, lo diré seriamente y sin ningún temor. Me parece que Virginio está muy equi- 3
vocado, o más bien, totalmente, si se ha imaginado que alguno de nosotros va a decir que hay que dejar sin investigar un asunto de tanta envergadura y necesidad, o que

no es preciso que los que ostentan el poder del pueblo to-
men parte ni estén presentes en la investigación. Ninguno
es tan insensato o tan malévolo con el pueblo como para
4 decir esto. Pues bien, por si acaso alguien me preguntara
qué me ocurre para levantarme y oponerme a estas medi-
das con las que estoy de acuerdo y afirmo que son justas,
y qué intención tienen mis palabras, ¡por Júpiter! yo os
lo voy a decir. Creo, senadores, que es preciso que hom-
bres prudentes examinen rigurosamente los comienzos y los
puntos esenciales de cualquier medida; pues según como
sean éstos, así es forzoso que sean también las conversa-
5 ciones sobre ello. Entonces, escuchadme cuál es el funda-
mento de esta medida y cuál es la intención de los tribu-
nos. No les iba a ser posible llevar a cabo ahora nada de
lo que se propusieron hacer el año pasado y les fue impe-
dido, si vosotros os oponíais a ellos como antes y el pue-
blo ya no les apoyaba de la misma manera. Pues bien, sa-
biendo esto, consideraban la manera de que vosotros os
vierais obligados a ceder ante ellos contra vuestra voluntad
y que el pueblo colaborara en todo lo que ellos pidieran.
6 Como no encontraban una base verdadera y justa para ha-
cer posibles estas dos cosas, intentando muchos planes y
dando vueltas arriba y abajo al asunto, finalmente llegaron
al siguiente razonamiento: «Acusemos a algunos persona-
jes ilustres de estar conspirando para destruir al pueblo y
de haber decidido degollar a quienes le ofrecen seguridad.
7 Y después de haber procurado que se comente esto por la
ciudad durante mucho tiempo, cuando ya a la mayoría le
parezca fidedigno —y le parecerá por temor— hagamos
que un hombre desconocido nos entregue unas cartas en
presencia de mucha gente. Después, yendo al Senado, entre
indignación y lamentos pidamos el derecho a investigar las
8 noticias. Si los patricios se nos oponen, aprovecharemos

este pretexto para indisponerlos con el pueblo, y así, toda
la plebe, enfurecida contra ellos, estará dispuesta a colabo-
rar con nosotros en lo que queramos. Si, por el contrario,
están de acuerdo, expulsemos a los de más noble linaje y
que más se nos han enfrentado, no sólo ancianos sino tam-
bién jóvenes, como si hubiéramos descubierto que son los
responsables de las imputaciones. Y ellos, entonces, por 9
temor a las condenas, o llegarán al acuerdo de no oponér-
senos más, o se verán obligados a abandonar la ciudad.
De esta forma, haremos una gran limpieza de adversarios».

«Éstos eran sus planes, senadores, y en el intervalo de 13
tiempo que los veíais reunirse en sesiones, este engaño era
tramado por ellos contra los mejores de vosotros, y esta
urdimbre estaba siendo tejida contra los más nobles caba-
lleros. Y necesito muy pocas palabras para demostrar que
esto es verdad. Veamos, decidme, Virginio y los que vais 2
a padecer estas desgracias, ¿de qué extranjeros recibisteis
las cartas? ¿dónde viven? ¿de qué os conocen o cómo se
enteran de lo que se discute aquí? ¿por qué dais largas y
prometéis que diréis sus nombres después en vez de decirlo
antes? ¿quién es el hombre que os entregó las cartas? ¿por
qué no lo traéis aquí delante de todos, para que empece-
mos en primer lugar a indagar a través de él si esto es
verdad, o, como yo afirmo, son invenciones vuestras? Y las 3
informaciones de gente de aquí que coinciden con las car-
tas extranjeras, ¿cuáles son y de quiénes proceden? ¿por
qué ocultáis las pruebas en vez de sacarlas a la luz? Pero
creo que de cosas que no han existido ni existirán es impo-
sible encontrar una prueba. Éstas son indicaciones no de 4
una conspiración contra ellos, sino de un engaño y mala
intención contra vosotros, que ellos han mantenido en se-
creto, pues los hechos hablan por sí solos. Pero vosotros
sois los responsables por haberles otorgado las primeras

concesiones y haber reforzado lo insensato de su magistra-
tura con un gran poder, cuando permitisteis que el año
pasado juzgaran a Cesón Quincio por acusaciones falsas,
y consentisteis que tan gran baluarte de la aristocracia fue-
5 ra destruido por ellos. Así pues, ya no se moderan ni ani-
quilan a los nobles de uno en uno, sino que acorralando
a todos los aristócratas a la vez intentan expulsarlos de la
ciudad. Y aparte de todas las otras infamias, no sólo pre-
tenden que ninguno de vosotros se les oponga, sino que
además haciendo recaer sobre él sospechas y calumnias co-
mo si fuera cómplice de los planes secretos, quieren atemo-
rizarle y rápidamente afirman que es un enemigo del pue-
blo y le ordenan que venga ante la asamblea a pagar la
6 pena por los delitos que se le han imputado aquí. Pero
otro momento más oportuno habrá para hablar de este
asunto; por ahora cortaré mi disertación y dejaré de exten-
derme más, aconsejándoos que os guardéis de estos hom-
bres como agitadores de la ciudad y portadores de gérme-
nes de grandes desgracias. Y esto no lo digo sólo aquí y
en cambio ante el pueblo intento ocultarlo, sino que tam-
bién allí emplearé una justa franqueza explicándoles que
ninguna desgracia les amenaza excepto que unos malévolos
y engañosos cabecillas, bajo apariencia de amigos están rea-
lizando acciones propias de enemigos».

7 Cuando el cónsul hubo dicho esto, se produjo un griterío y una gran aclamación por parte de los presentes, y sin conceder ya la palabra a los tribunos, disolvieron la reunión. Después, Virginio convocó una asamblea y acusó al Senado y a los cónsules, y Claudio los defendía exponiendo los mismos argumentos que había dicho en el Senado. Los más moderados de los plebeyos sospechaban que el miedo era infundado, pero los más simples, confiando en los rumores, creían que era real. Y entre ellos, cuantos

eran malintencionados y estaban siempre deseosos de cambio, no tenían el propósito de investigar la verdad o la mentira, sino que buscaban un pretexto de disensión y revuelta.

Golpe fallido de los sabinos para acabar con la hegemonía romana[11]

Cuando la ciudad se encontraba en 14
tal confusión, un hombre del pueblo de los sabinos, de padres no desconocidos y poderoso por su riqueza, de nombre Apio Herdonio, ansiaba derrocar la hegemonía de los romanos, ya con la idea de prepararse una tiranía para sí mismo o de conseguir soberanía y poder para el pueblo de los sabinos o porque quisiera ser digno de un gran renombre.

Después de comunicar su idea a muchos de sus amigos y de explicarles la forma de llevarla a cabo, como ellos estaban de acuerdo, reunió a sus clientes y a los más atrevidos de sus servidores, y en poco tiempo pudo disponer de una fuerza de cuatro mil hombres aproximadamente. Cuando hubo preparado armas, provisiones y todas las demás cosas necesarias para una guerra, los embarcó en bar-
cos fluviales y, navegando a través del Tíber, atracó en 2
esa parte de Roma donde está el Capitolio, que no dista ni un estadio completo del río[12]. Era entonces medianoche y había una gran tranquilidad en toda la ciudad; con esta ventaja, desembarcó a los hombres con rapidez y a través de la puerta que estaba abierta (pues hay una puerta sagrada del Capitolio, llamada Carmental[13], que se deja abierta por prescripción de algún oráculo) hizo subir a

[11] Para capítulos 14-16, véase Livio, III 15, 4-18, 11.

[12] El estadio griego equivale a 600 pies (177,6 m.). El estadio romano —la octava parte de una milla— era de 185 m.

[13] Por la ninfa Carmenta. Véase I, capítulos 31, 32, y *Eneida* VIII 338 y ss.

sus tropas y tomó la fortaleza. Desde allí se lanzó hacia la ciudadela, que lindaba con el Capitolio, y también se
3 apoderó de ella. Su idea era, después de haber tomado los lugares más ventajosos, acoger a los desterrados, invitar a los esclavos a la libertad, prometer a los necesitados la abolición de las deudas y hacer partícipes de las ganancias a los demás ciudadanos que, siendo de humilde condición, envidiaban y odiaban a las autoridades y habrían aceptado contentos un cambio. La esperanza que le inducía a confiar y a la vez le engañaba en su idea de que no fracasaría en ninguna de sus expectativas, era la disensión civil, por la que suponía que ya no sería posible ninguna amistad
4 ni comunicación entre el pueblo y los patricios. Y si acaso nada de esto le saliera según sus planes, entonces había decidido llamar a los sabinos con todo su ejército, a los volscos y a los demás vecinos que quisieran ser liberados de la odiosa autoridad de los romanos.

15 Sin embargo, ocurrió que todas sus esperanzas le fallaron, pues ni los esclavos se pasaron a su bando, ni los exiliados regresaron, ni los proscritos y endeudados buscaban su ganancia particular a cambio del bien común, y la ayuda exterior no tuvo tiempo suficiente para los preparativos de la guerra, pues en tres o cuatro días completos el asunto había llegado a su fin, después de causar a los romanos
2 un gran temor y mucha confusión. Cuando fueron tomadas las fortalezas, se produjo de repente un griterío y una huída de los que habitaban alrededor de aquellos lugares, excepto los que fueron muertos inmediatamente; y la mayoría, desconociendo cuál era el peligro, cogieron las armas y corrieron juntos, unos hacia los lugares elevados de la ciudad, otros hacia los lugares abiertos, que eran muy numerosos, y otros hacia las llanuras próximas. Aquellos que estaban debilitados por su edad y carecían de fuerza cor-

poral, ocuparon los tejados de las casas junto con las mujeres para luchar desde allí contra los atacantes, pues les
parecía que toda la ciudad era una batalla. Pero cuando 3
se hizo de día y se supo que los lugares fuertes de la ciudad habían sido tomados y quién era el hombre que se había apoderado de esos lugares, los cónsules acudieron al Foro y llamaron a los ciudadanos a las armas. Los tribunos, por su parte, convocaron al pueblo a una asamblea y dijeron que no pretendían hacer nada contrario a los intereses de la ciudad, pero pensaban que era justo que el pueblo que iba a afrontar tan gran combate, marchara hacia el peligro con ciertas condiciones fijadas. «Si en efecto 4
—dijeron— los patricios os prometen y están dispuestos a daros garantías bajo juramento de que cuando termine esta guerra os permitirán nombrar legisladores y gozar de igualdad de derechos políticos en el futuro, ayudémosles a liberar la patria. Pero si no pretenden hacer ninguna de estas cosas razonables, ¿por qué tenemos que correr peligro y sacrificar nuestras vidas por ellos cuando no vamos a sacar
ningún beneficio?». Al hablar estos así, el pueblo se con- 5
venció y no aguardó a escuchar ni una palabra de los que aconsejaban cualquier otra cosa; entonces Claudio dijo que no estaba dispuesto a solicitar una alianza tal que no iba a ayudar a la patria de forma voluntaria sino por una recompensa, y ésta, ni siquiera moderada; sin embargo, dijo que los patricios por su parte, armados ellos mismos, con los clientes que les acompañaran y con alguna otra parte del pueblo que quisiera ayudarles voluntariamente en la guerra, iban a sitiar la fortaleza. Pero si aun así, la fuerza no les pareciera suficiente, llamarían a los latinos y a los hérnicos, y si era necesario prometerían la libertad a los esclavos y convocarían a todos antes que a aquellos que
les guardaban rencor en tales circunstancias. En cambio, el 6

otro cónsul, Valerio, se opuso a esto, no creyendo que fuera necesario enemistar del todo a los plebeyos, ya irritados, contra los patricios, y aconsejaba ceder en esta ocasión y ordenar las medidas justas contra los enemigos de fuera y proponer moderación y sensatez frente a las pláticas de
7 sus propios ciudadanos. Como a la mayoría de los senadores les parecía que su consejo era el mejor, se presentó ante la asamblea, desarrolló un hermoso discurso y, al final de su disertación, juró que si el pueblo ayudaba con ánimo en esta guerra y la situación de la ciudad se restablecía, concedería a los tribunos que propusieran al pueblo el dictamen sobre la ley que intentaban introducir referente a la igualdad de derechos y se esforzaría para que se cumpliera la decisión del pueblo durante el período de su consulado. Pero lo cierto es que estaba predestinado que no llevaría a término ninguna de estas promesas, pues la hora de su muerte estaba cerca.

Defensa de la ciudad

16 Disuelta la asamblea hacia el atardecer, todos acudieron a los lugares señalados, dieron sus nombres a los generales y prestaron el juramento militar. Pues bien, aquel día y toda la noche siguiente estuvieron dedicados a esto, y al otro día los centuriones fueron asignados por los cónsules y colocados en los mojones sagrados, al tiempo que confluía también la multitud
2 que vivía en los campos. Una vez que se dispuso todo con presteza, los cónsules dividieron las fuerzas y por sorteo repartieron los cargos. Entonces a Claudio la suerte le otorgó vigilar delante de las murallas, no fuera que se presentara algún ejército exterior en auxilio de los enemigos de dentro, pues a todos invadía la sospecha de un gran tumulto y temían que todos sus enemigos iban a caer a la vez sobre ellos. A Valerio, por su parte, la fortuna le asignó

sitiar las fortalezas. También fueron nombrados generales 3
para ocupar los demás lugares defensivos que había dentro
de la ciudad y para los caminos que conducen al Capitolio
con objeto de impedir que los esclavos y los pobres se pa-
saran al enemigo, lo que temían más que cualquier otra
cosa. Ninguna ayuda de los aliados les llegó pronto, ex-
cepto la de los tusculanos[14] que, la misma noche que se
enteraron, prepararon una expedición que guiaba Lucio
Mamilio, hombre emprendedor, que ocupaba entonces la
primera magistratura en su ciudad. Éstos eran los únicos
que compartían el peligro con Valerio y le ayudaron a con-
quistar las fortalezas demostrando una total entrega y entu-
siasmo. El ataque a las fortalezas se llevó a cabo desde 4
todas partes; pues unos, ensartando a sus hondas recipien-
tes de betún y pez ardiendo los lanzaban desde las casas
más próximas sobre las colinas; y otros, recogiendo broza
seca y levantando altos montones junto a las partes escar-
padas del risco, les prendían fuego confiando las llamas
a un viento favorable. Y los que eran más valientes, apre-
tándose en filas subían por los caminos que se habían he-
cho de forma artificial. Pero no les iba a reportar ningún 5
beneficio la cantidad, que superaba en mucho a la de sus
enemigos, ya que subían por un camino estrecho y lleno
de rocas que les caían desde arriba, por lo que un grupo
pequeño de hombres iba a resultar igual a uno numeroso.
Ni su resistencia frente a los peligros, que poseían por ha-
berla ejercitado en muchas guerras, iba a suponer ninguna
ventaja cuando se vieran obligados a abrirse un camino
hacia elevadas atalayas, pues no se requería el valor y la
firmeza de los combates cuerpo a cuerpo, sino la táctica
de batallas con armas arrojadizas. Además, los impactos 6

[14] Véase Livio, III 18, 1-7, 10.

de los proyectiles lanzados desde abajo a lugares altos eran débiles e ineficaces, aunque acertaran, como es natural; en cambio, los golpes de los arrojados de arriba abajo eran agudos y violentos contribuyendo también su propio peso a la fuerza del tiro. Sin embargo, no se cansaban los que atacaban las murallas, sino que persistían sometidos a fuertes dosis de peligros, no cesando sus penalidades ni de día ni de noche. Por fin, cuando ya les faltaban dardos a los sitiados y sus cuerpos estaban exhaustos, al tercer día los
7 romanos tomaron las fortalezas. En esta batalla perdieron muchos hombres valientes, y el mejor, como era reconocido por todos, el cónsul; éste, después de recibir no pocas heridas, ni aun así se retiró del peligro, hasta que una roca enorme cayó sobre él cuando subía a la fortificación y le privó al mismo tiempo de la victoria y de la vida. Durante la toma de las fortalezas, Herdonio, que era distinguido por su fuerza corporal y su brazo valeroso, después de hacer una matanza increíble a su alrededor, pereció bajo una multitud de dardos. Y de los que le acompañaban en la toma de las fortalezas, unos pocos fueron capturados vivos, pero la mayoría de ellos se dio muerte o pereció precipitándose por los acantilados.

Lucio Quincio Cincinato es elegido cónsul[15]

17 Teniendo este fin la guerra con los bandidos, los tribunos intentaban reanimar de nuevo la revuelta civil pretendiendo conseguir del cónsul sobreviviente las promesas que les había hecho Valerio, el muerto en la batalla, con respecto a la proposición de la ley. Pero Claudio durante algún tiempo estuvo demorando el asunto, unas veces con la realización de ritos expiatorios para la ciudad, otras, ofreciendo sacrificios de acción de

[15] Véase Livio, III 19, 1-3.

gracias a los dioses y ganándose a la multitud por medio del disfrute en juegos y espectáculos. Cuando todas sus ex- 2 cusas se habían agotado, finalmente dijo que había que designar otro cónsul para el puesto del que había muerto, pues las acciones llevadas a cabo por sí solo no serían legales ni duraderas; en cambio, las realizadas por ambos serían legítimas y decisivas. Despachándoles con este pretexto, anunció un día para la asamblea electiva, en el que designaría a su colega. En ese intervalo, los dirigentes del Senado, por medio de deliberaciones secretas, acordaron entre ellos a quién iban a conceder el cargo. Y cuando lle- 3 gó el momento de la elección y el heraldo llamó a la primera clase, se presentaron en el lugar señalado las dieciocho centurias de jinetes y las ochenta de infantes, formadas por los de mayor fortuna, y nombraron cónsul a Lucio Quincio Cincinato, a cuyo hijo, Cesón Quincio, los tribunos, después de entablarle un proceso en el que peligraba su vida, le habían obligado a abandonar la ciudad. Y cuando todavía ninguna otra clase había sido llamada para votar (pues las centurias que habían votado superaban en tres a las que faltaban), el pueblo se marchó considerando una grave desgracia que un hombre que les odiaba fuera a ser dueño del poder consular. El Senado, por su parte, enviaba hombres a invitar al cónsul y conducirlo a su magistratura. Sucedió que entonces Quincio estaba trabajando una 4 tierra para la siembra, siguiendo él mismo a los bueyecillos que roturaban el barbecho, sin llevar túnica, solamente un pequeño taparrabos y un sombrero sobre la cabeza [16]. Al ver a una multitud de hombres que entraban en el campo, detuvo el arado y estuvo mucho tiempo sin saber quiénes

[16] Compárese la descripción que hace Livio (III 26, 8 y ss.) de la vida humilde de Cincinato en el momento en que fue nombrado dictador. Véase también infra capítulo 24, 1, 2.

eran y qué venían a pedirle; entonces, cuando alguien corrió hacia él y le exhortó a que se adecentara más, entró en la cabaña y después de vestirse se presentó ante ellos.
5 Entonces, todos los que habían ido a escoltarle le saludaron no por su nombre, sino como cónsul, le vistieron con una ropa bordada en púrpura y, después de colocar delante de él las hachas y las demás insignias de su cargo, le pidieron que les acompañara a la ciudad. Él, aguardando un poco y entre lágrimas, habló así: «Entonces, este año mi campo quedará sin siembra y correremos el peligro de no tener de qué alimentarnos». Luego, abrazó a su mujer y encargándole que se ocupara de los asuntos de la casa,
6 marchó a la ciudad. Me vi impulsado a contar esto por ninguna otra razón que la de dejar claro a todos cómo eran los dirigentes de la ciudad de Roma en esa época, que vivían del trabajo de sus manos, eran modestos, no les disgustaba una pobreza honrada y no perseguían poderes reales, sino que incluso rehusaban los que les ofrecían. Resulta evidente que los romanos de ahora no se parecen ni siquiera un poco a aquellos, sino que practican todo lo contrario, excepto muy pocos por los que el prestigio de la ciudad todavía se mantiene y la semejanza con aquellos varones se conserva. Pero ya he hablado bastante de esto.

Dura oposición del cónsul a los tribunos[17]

18 Quincio, cuando recibió el cargo de cónsul, hizo desistir a los tribunos de sus nuevas medidas políticas y de su empeño en la ley, advirtiéndoles que, si no cesaban de perturbar la ciudad, anunciaría una expedición contra los volscos y sacaría a todos los ro-
2 manos de la ciudad. Cuando los tribunos dijeron que le impedirían hacer una leva militar, convocó al pueblo a una

[17] Para capítulos 18 y ss., véase LIVIO, III 19, 4-21, 8.

asamblea y les indicó que todos habían prestado el juramento militar de seguir a los cónsules en las guerras a las que se les llamara y de no abandonar los estandartes, ni hacer ninguna otra cosa contraria a la ley. Dijo también que al haber asumido la autoridad consular los tenía a todos sometidos en virtud de los juramentos. Después de ha- 3
blar así y de jurar que haría uso de la ley contra los que desobedecieran, ordenó traer las insignias de los templos. «Y para que renunciéis a toda demagogia durante mi consulado, no retiraré el ejército del territorio enemigo hasta que se cumpla el tiempo de mi mandato. Así pues, pensando que vais a pasar el invierno al raso, preparad lo necesario para ese momento». Habiéndoles atemorizado con estas 4
palabras, cuando vio que se habían vuelto más moderados y que rogaban verse libres de la campaña, dijo que les concedería descansos de las guerras bajo la condición de que ellos no causaran ningún problema más, sino que le permitieran ejercer su cargo como quisiera, y que se dieran y recibieran mutuamente lo justo.

Buena gestión política del cónsul Lucio Quincio

Apaciguado el tumulto, restituía a los 19
demandantes el derecho a tribunales, aplazado durante mucho tiempo, y él en persona juzgaba con equidad y justicia la mayoría de las querellas, sentado durante todo el día en el estrado; y ante los que llegaban a juicio, mostrábase afable, benévolo y generoso. Hizo que el gobierno pareciera tan aristocrático[18] que ni requerían a los tribunos quienes se veían sometidos por sus superiores a causa de su pobreza, bajo nacimiento o cualquier otra humilde condición, ni los que querían un régimen político ba-

[18] «Aristocrático» está usado aquí en sentido etimológico, como «gobierno de los mejores».

sado en la igualdad de derechos sentían ya anhelo de una nueva legislación, sino que todos estaban complacidos y contentos con el buen orden que entonces prevalecía en la
2 ciudad. Este hombre fue alabado por el pueblo no sólo en virtud de tales acciones, sino también porque cuando cumplió el tiempo fijado de su mandato, no aceptó el consulado que se le ofrecía por segunda vez, ni se alegró al reci-
3 bir tan gran honor. El Senado intentaba retenerle en el poder consular con muchos ruegos, debido a que los tribunos habían conseguido por tercera vez no deponer su cargo y los senadores pensaban que él se les opondría y les haría desistir de las nuevas medidas, de unas por medio del respeto y de otras por el temor, y también veían que el pueblo no rehusaba ser gobernado por un hombre bueno. Pero éste dijo que ni elogiaba lo obstinado del poder de los tribunos, ni él, por su parte, iba a ganarse la misma acu-
4 sación que aquéllos. Entonces, convocó al pueblo a una asamblea, y después de lanzar una larga acusación contra los que no renuncian a sus cargos, prestó firmes juramentos de no aceptar el consulado de nuevo antes de haber terminado su primer mandato, y anunció un día para las elecciones; y en este día, después de nombrar a los cónsules, se marchó de nuevo a aquella pequeña cabaña y llevó una vida de campesino como antes.

Ataque de los ecuos a la ciudad de Túsculo[19]

20 Sus sucesores en el consulado fueron Quinto Fabio Vibulano (por tercera vez) y Lucio Cornelio, y mientras se ocupaban de las competiciones tradicionales, hombres escogidos del pueblo de los ecuos, una multitud de alrededor de seis mil, equipados de armamento ligero, salieron por la noche y llegaron cuando toda-

[19] Para capítulos 20 y ss., véase LIVIO, III 22-24.

vía estaba oscuro a la ciudad de los tusculanos, que pertenece al pueblo de los latinos y dista de Roma no menos de cien estadios[20]. Al encontrar las puertas abiertas y la 2
muralla desprotegida, como en tiempo de paz, tomaron la ciudad por asalto con la idea de vengarse de los tusculanos por el hecho de que seguían colaborando celosamente con la ciudad de los romanos y, en especial, porque en el asedio del Capitolio fueron los únicos que les ayudaron en la guerra[21]. Los ecuos no mataron a muchos hombres en 3
la toma de la ciudad, ya que los de dentro, excepto los que no podían huir por enfermedad o vejez, se les adelantaron poco antes de la captura de la ciudad, precipitándose por otras puertas; pero ellos hicieron esclavos a sus mujeres, niños y sirvientes y les robaron sus pertenencias. Cuan- 4
do se dio a conocer en Roma la terrible noticia por medio de quienes habían escapado de la captura, los cónsules pensaron que debían ayudar rápidamente a los fugitivos y restituirles la ciudad; pero los tribunos se oponían no permitiendo alistar un ejército hasta que se llevara a cabo una votación relativa a las leyes. Mientras el Senado se mostraba indignado y la expedición sufría una demora, se presentaron otros enviados del pueblo de los latinos anunciando que la ciudad de Ancio[22] se había sublevado abiertamente, por decisión conjunta de los volscos, que eran los antiguos habitantes de la ciudad, y de los romanos que habían llegado a ella como colonos y habían recibido un lote de tierras. Mensajeros de los hérnicos acudieron por los mismos días manifestando que numerosas tropas de volscos y ecuos habían salido fuera y ya estaban en su territorio.

20 Véase nota a IV 45, 1.

21 Véase capítulo 16, 3.

22 Véase nota a I 72, 5.

5 Al escuchar estas noticias a la vez, los senadores decidieron no hacer ya ninguna demora, sino ayudar con todo el ejército y que ambos cónsules partieran; y si algunos de los romanos o de los aliados abandonaba la expedición, que
6 los trataran como enemigos. Cuando los tribunos cedieron también, los cónsules inscribieron a todos los que estaban en edad, hicieron venir a las fuerzas de los aliados y partieron rápidamente después de dejar la tercera parte del ejército local para guardar la ciudad. Pues bien, Fabio condujo rápidamente el ejército contra los ecuos que estaban
7 en el territorio de los tusculanos. La mayoría de ellos ya se habían marchado después de saquear la ciudad, pero quedaban unos pocos guardando la fortaleza, que es muy segura y no necesita mucha protección. Algunos afirman que los vigías de la fortaleza, cuando vieron el ejército que salía de Roma (pues desde una altura es visible todo el espacio comprendido entre las dos ciudades), se fueron voluntariamente; pero otros dicen que, obligados por Fabio a rendirse después de un asedio, entregaron la fortaleza por capitulación, implorando la impunidad para sus personas y viéndose obligados a pasar bajo el yugo.

Los romanos someten a volscos y ecuos

21 Después de devolver la ciudad a los tusculanos, Fabio levantó el campamento avanzada la tarde, y marchó todo lo rápidamente que pudo contra los enemigos cuando oyó que las fuerzas de los volscos y los ecuos estaban reunidas cerca de la ciudad de Álgido[23]. Llevó una marcha forzada durante toda la noche y, al rayar el alba, apareció ante los enemigos, que estaban acampados en una llanura sin haberse rodeado de un foso ni de una empalizada, como si estuvieran en su propia tie-

[23] *Algidum*, ciudad del Lacio, al sureste de Roma, entre Túsculo y Velitras, hoy Pava.

rra y desdeñaran al adversario. Entonces, exhortando a los 2 suyos a portarse como hombres valientes, irrumpió el primero en el campamento de los enemigos acompañado de los jinetes, y la infantería les seguía lanzando el grito de guerra. De los enemigos, unos eran asesinados mientras todavía dormían y otros, cuando se acababan de levantar e intentaban trabar combate, pero la mayoría se dispersó en la huida. Tomado el campamento con mucha facilidad, 3 permitió a los soldados que se aprovecharan del botín y de los prisioneros, excepto de los que eran tusculanos, y, sin demorarse mucho tiempo allí, condujo el ejército a Ecetra[24], que era entonces la más sobresaliente ciudad del pueblo de los volscos y la situada en el lugar más fortificado. Estuvo acampado cerca de la ciudad durante muchos 4 días con la esperanza de que los de dentro salieran para entablar combate, pero, como ningún ejército salía, se dedicó a devastarles el territorio, que estaba lleno de hombres y ganado, pues, al producirse el ataque de improviso, no habían tenido tiempo de recoger sus enseres de los campos. Permitiendo a los soldados que también saquearan esta zona, Fabio empleó muchos días en expediciones de forraje y después condujo el ejército a casa.

El otro cónsul, Cornelio, que marchaba contra los ro- 5 manos y volscos que estaban en Ancio, se encontró con un ejército esperándole delante de las lindes; y, después de colocar a los suyos en orden de batalla, mató a muchos, puso en fuga a los restantes y acampó cerca de la ciudad. Como los de la ciudad ya no se atrevían a salir a pelear, primero les devastó el territorio y luego rodeó la ciudad con una fosa y una empalizada. Entonces, viéndose obligados de nuevo, salieron de la ciudad con todo su ejército, una gran multitud desordenada, y, después de trabar com-

[24] Véase nota a IV 49, 1.

bate y luchar todavía peor, fueron recluidos por segunda vez en la ciudad en medio de una huida vergonzosa y co-
6 barde. Pero el cónsul, sin concederles ningún descanso más, colocó unas escalas junto a las murallas y con arietes echó abajo las puertas. Como los de dentro resistían con dificultad y penosamente, tomó la ciudad por la fuerza sin muchos problemas. Entonces ordenó que todos los bienes que fueran de oro, plata y cobre se entregaran al tesoro público y que los cuestores se hicieran cargo de los esclavos y del resto del botín para venderlos; pero a los soldados les concedió vestimenta, provisiones y todas las de-
7 más cosas de este tipo que podían serles útiles. Después, separando de entre los colonos y los antiguos habitantes de Ancio a los más relevantes y culpables de la sedición, que eran muchos, hizo que fueran azotados durante mucho tiempo con varas y luego ordenó decapitarles. Cuando con-
8 cluyó esto, también él condujo el ejército a casa. El Senado salió al encuentro de estos cónsules cuando llegaban y decretó celebrar ceremonias triunfales para ambos. Y con los ecuos, que habían mandado una embajada para tratar de la paz, firmaron un acuerdo para finalizar la guerra, en el que se estableció que los ecuos, conservando las ciudades y tierras que poseían en el momento en que se cerraba el pacto, quedaban sometidos a los romanos sin pagar ningún otro tributo, pero enviando en tiempo de guerra una fuerza auxiliar tan numerosa como los demás aliados. Así terminaba ese año.

Nueva sublevación de los ecuos y los sabinos[25]

22 El año siguiente, Cayo Naucio, elegido por segunda vez, y Lucio Minucio accedieron al consulado, y durante ese tiempo sostuvieron una guerra dentro de las murallas, motivada por los derechos de los ciudadanos

[25] Para capítulos 22 y ss. véase Livio, III 25, 26, 6.

contra Virginio y los demás tribunos, que ya ocupaban la misma magistratura durante cuatro años. Pero cuando una 2 guerra procedente de los pueblos vecinos cayó sobre la ciudad y tuvieron miedo de que les quitaran el cargo, acogieron gustosamente la ocasión que les ofrecía la fortuna; hicieron el alistamiento militar y después de dividir en tres bloques sus fuerzas propias y las de los aliados, dejaron uno en la ciudad, dirigido por Quinto Fabio Vibulano, y, tomando ellos el resto de las tropas, se pusieron en marcha rápidamente, Naucio contra los sabinos y Minucio contra los ecuos. Estos dos pueblos se habían separado del 3 poder romano por la misma época; los sabinos, de forma evidente, incluso habían llegado hasta Fidenas[26], que poseían los romanos (hay cuarenta estadios entre las dos ciudades). Los ecuos, por su parte, de palabra se mantenían en los términos de la reciente alianza concertada, pero de hecho también actuaban como enemigos, pues habían lle- 4 vado la guerra contra los latinos, aliados de los romanos, como si no hubieran firmado acuerdos de amistad con ellos. Dirigía el ejército Cloelio Graco, hombre emprendedor y honrado con plenos poderes, que él los prolongaba por encima del poder real. Llegó hasta la ciudad de Túsculo, que habían tomado y saqueado los ecuos el año anterior y de la que habían sido expulsados por los romanos, se apoderó de muchos hombres y de todo el rebaño que encontró en los campos y destruyó los frutos de la tierra que estaban maduros. Cuando llegó una embajada, 5 enviada por el Senado romano, pretendiendo saber qué ofensa habían recibido los ecuos para hacer la guerra contra los aliados de los romanos, a pesar de que les habían prestado juramento de amistad recientemente y en ese in-

---

26 Véase nota a II 53, 2.

tervalo de tiempo no se había producido ningún enfrentamiento entre los dos pueblos, y además exhortando a Cloelio a liberar a los rehenes que tenía, a retirar sus tropas y a rendir cuentas por las ofensas o daños que había causado a los tusculanos, Graco tardó mucho tiempo en conceder audiencia a los embajadores, como si estuviera real-
6 mente ocupado en algunos quehaceres. Y cuando le pareció bien recibirles, y ellos explicaron el mensaje del Senado, él dijo: «Me pregunto por qué vosotros, romanos, que consideráis enemigos a todos los hombres, incluso a aquellos de los que no habéis recibido ningún daño, por vuestro afán de poder y tiranía, en cambio no permitís a los ecuos pedir cuentas a esos tusculanos, que son enemigos, a pesar de que nosotros no acordamos nada respecto a ellos cuan-
7 do hicimos los tratados con vosotros. Ahora bien, si decís que vuestros intereses han sufrido algún agravio o daño por causa nuestra, os daremos una satisfacción de acuerdo con los convenios. Pero si venís a reclamar justicia en nombre de los tusculanos, vosotros no tenéis nada de que hablar conmigo sobre ellos; más bien id a contárselo a ese roble», y les señaló uno que había crecido cerca.

Ante la difícil situación, los romanos nombran un dictador

23 Los romanos, ofendidos de tal forma por este hombre, sin dejarse llevar en seguida por la cólera, condujeron fuera a su ejército, pero también le enviaron una segunda embajada y mandaron a los sacerdotes llamados feciales, poniendo como testigos a los dioses y divinidades menores de que, si no obtenían justicia, se verían obligados a emprender una guerra sagrada;
2 y, después de esto, enviaron al cónsul. Cuando Graco se enteró de que los romanos se acercaban, levantó el campamento y se llevó a sus tropas más lejos, con los enemigos pisándoles los talones.

Él quería conducirles a ciertos lugares en donde les llevaría ventaja, como así ocurrió; entonces, aguardando hasta que llegó a un desfiladero encerrado entre montañas, cuando los romanos entraron en él persiguiéndole, se dio la vuelta y acampó en el camino que llevaba fuera del desfiladero. A causa de esto, ocurrió que los romanos no pu- 3
dieron elegir para su campamento el lugar que querían, sino el que les ofreció la ocasión, donde no era fácil coger forraje para los caballos, al estar rodeado el lugar de montañas peladas e inaccesibles, ni recoger alimentos para ellos del territorio enemigo, puesto que se les habían acabado los que traían de casa, ni cambiar el campamento mientras los enemigos estuvieran acampados enfrente e impidieran la salida. Prefiriendo usar la violencia, entablaron combate y fueron obligados a retroceder y, después de recibir muchos golpes, fueron encerrados de nuevo en la misma trinchera. Cloelio, animado por esta victoria, empezó a rodearles con un foso y una empalizada y tenía muchas esperanzas de que, angustiados por el hambre, le entregarían las armas. Pero cuando llegó a Roma la noticia de este 4
desastre, Quinto Fabio, el prefecto que había quedado en la ciudad, escogió la sección de su propio ejército más adecuada y vigorosa y la envió al cónsul para su auxilio. Conducía esta tropa Tito Quincio, cuestor y ex-cónsul. Y a 5
Naucio, el otro cónsul, que estaba en la expedición en territorio de los sabinos, le envió una carta refiriéndole lo ocurrido a Minucio y le pidió que viniera rápidamente. Este confió la vigilancia del campamento a los embajadores y él mismo, con unos pocos jinetes, cabalgó hacia Roma a marchas forzadas. Y cuando llegó a la ciudad, siendo todavía noche cerrada, estuvo deliberando con Fabio y los más ancianos de los otros ciudadanos sobre lo que era preciso hacer. Como a todos les parecía que la situación nece-

sitaba de un dictador, nombraron para este cargo a Lucio Quincio Cincinato, y Naucio, cuando concluyó este asunto, marchó de nuevo al campamento.

Derrota y rendición total de los ecuos[27]

24 Fabio, el prefecto de la ciudad, envió a los que debían invitar a Quincio a asumir su magistratura. Ocurrió que también este hombre se dedicaba entonces a ciertos trabajos del campo, y, cuando vio la multitud que se acercaba, sospechando que venían hacia él, se puso una ropa más apropiada y salió a su encuen-
2 tro. Cuando estaba cerca, le llevaron caballos adornados con magníficos jaeces, colocaron junto a él las veinticuatro hachas con las varas[28] y le ofrecieron un vestido purpúreo y las demás insignias con las que antes se adornaba la dignidad real. Él, al enterarse de que había sido nombrado dictador de la ciudad, no sólo no se alegró de haber recibido tal honor, sino que dijo con gran indignación: «Entonces, la cosecha de este año también se perderá por causa de mis ocupaciones, y todos pasaremos hambre des-
3 graciadamente». Después de esto, se presentó en la ciudad y, en primer lugar, animó a los ciudadanos dirigiendo a la multitud una arenga capaz de despertar sus corazones con buenas esperanzas; luego, reunió a todos los que gozaban de plenas facultades, a los de la ciudad y a los de los campos, mandó venir a las tropas auxiliares de los aliados y nombró comandante de caballería a Lucio Tarquinio, hombre ignorado a causa de su pobreza, pero valeroso en cuestiones de guerra. A continuación, partió con sus tropas, que estaban formadas, y saliendo al encuentro del cuestor Tito Quincio, que esperaba su llegada, cogió tam-

[27] Para capítulos 24 y ss., véase LIVIO, III 26, 7-29, 9.

[28] Véase nota a III 61, 2.

bién las tropas de este y las dirigió contra los enemigos.
Cuando examinó la naturaleza del lugar donde estaba el 4
campamento, situó una parte de su ejército en las zonas
altas, para que no les llegaran a los ecuos ni otra fuerza
auxiliar ni provisiones, y él avanzó con el resto de sus tro-
pas alineadas como para un combate. Cloelio, sin ningún
temor (pues el ejército que estaba con él no era pequeño
y él mismo no se consideraba de espíritu cobarde en los
asuntos de guerra), esperó al atacante, y se produjo una
dura batalla. Después de que transcurriera mucho tiempo 5
y los romanos, por causa de sus continuas guerras, sopor-
taran la fatiga y la caballería acudiera en auxilio de la in-
fantería siempre que estaba en una difícil situación, Graco,
derrotado, se encerró de nuevo en su campamento. Des-
pués de esto, Quincio le rodeó con una alta empalizada
y lo cercó con numerosas torres, y, cuando comprendió
que Graco estaba en apuros por escasez de lo necesario,
él mismo, además de emprender continuos ataques contra
el campamento de los ecuos, ordenó a Minucio que hiciera
una salida desde el otro lado. De modo que los ecuos, ne- 6
cesitados de provisiones, sin esperanza de recibir ayuda de
los aliados y sitiados por todas partes, se vieron obligados
a enviar a Quincio una embajada con ramos de suplicantes
para pedir la paz. Éste dijo que iba a firmar un tratado
con los demás ecuos y a ofrecer la inmunidad para sus
personas una vez que hubieran depuesto sus armas y pasa-
ran bajo el yugo de uno en uno; pero que a Graco, su
general, y a los que con él habían tramado la rebelión los
trataría como enemigos, y les ordenó que le trajeran a es-
tos hombres atados. Al aceptarlo los ecuos, les dio esta 7
última orden: que, puesto que habían esclavizado y saquea-
do la ciudad de Túsculo, aliada de los romanos, sin haber
sufrido ningún daño por parte de los tusculanos, debían

ofrecerle a cambio una ciudad de las suyas, Corbión[29],
8 para tratarla de la misma forma. Cuando recibieron estas respuestas, los embajadores se marcharon y regresaron no mucho después trayendo a Graco y a sus cómplices encadenados. Y ellos mismos depusieron sus armas y abandonaron el campamento marchando, como el general había ordenado, a través del campamento de los romanos uno por uno bajo el yugo; después entregaron la ciudad de Corbión, de acuerdo con lo pactado, con la única petición de que pudieran salir las personas libres, a cambio de las cuales entregaron a los rehenes tusculanos.

Triunfo y posterior dimisión del dictador Lucio Quincio

25 Quincio, cuando se hizo cargo de la ciudad, ordenó llevar a Roma lo más sobresaliente del botín y permitió que todo lo demás se repartiera, por las centurias, entre los soldados que habían estado con él y los que habían sido enviados previamente con el cuestor Quincio. En cuanto a los que habían sido encerrados en su campamento con el cónsul Minucio, les dijo que les había dado un gran regalo librando sus personas de la
2 muerte. Después de hacer esto y de obligar a Minucio a dimitir de su magistratura, volvió a Roma y celebró un triunfo más brillante que el de cualquier otro general, ya que en dieciséis días en total, desde que había recibido su cargo, salvó un ejército amigo, destruyó una potente fuerza de enemigos, saqueó una de sus ciudades y dejó allí una guarnición y trajo encadenados al líder de la guerra y a
3 los demás hombres relevantes. Pero de todo, lo más digno de admiración referente a él, es que habiendo recibido una magistratura tan importante por un periodo de seis meses, no se aprovechó de la ley, sino que, convocando al pueblo

---

[29] Véase nota a VI 3, 1.

a una asamblea, dio cuenta de sus actos y renunció a su cargo. Y cuando el Senado le rogó que tomara toda la tierra conquistada que quisiera, así como esclavos y dinero del botín, y que reparara su pobreza con una riqueza justa, que había conseguido de la forma más hermosa arrebatándosela a los enemigos con su propio esfuerzo, no consintió. Y también, cuando sus amigos y parientes le ofrecieron grandes regalos y antepusieron a cualquier otro bien el de satisfacer a aquel hombre, él les agradeció su buena disposición sin aceptar ninguna de las dádivas. Por el contrario, regresó de nuevo a aquella pequeña finca y cambió la vida de rey por la del campesino que trabaja su propia tierra, sintiéndose más orgulloso en su pobreza que otros en su
riqueza. No mucho tiempo después, también Naucio, el 4
otro cónsul, después de vencer a los sabinos en batalla campal y saquear gran parte de su territorio, condujo las tropas de nuevo a Roma.

Los sabinos y los ecuos aprovechan las disensiones civiles en Roma[30]

Después de estos cónsules, corría la 26
LXXXI Olimpiada, (455 a. C.) en la que venció Polimnasto de Cirene en la prueba del estadio, y era arconte en Atenas Calias, en cuya legislatura asumieron la autoridad consular en Roma Cayo Horacio[31] y Quinto Minucio. En su época, de nuevo los sabinos organizaron una expedición contra los romanos y devastaron una extensa parte de su territorio; y llegaban en grupo los que habían huido de los campos, contando que los enemigos se habían apoderado de todo lo que estaba entre Crus-
tumerio[32] y Fidenas. También los ecuos, que habían sido 2
vencidos recientemente, estaban otra vez en armas. Y los

[30] Para capítulos 26-30, véase LIVIO, III 30.
[31] Livio da el nombre como Marco Horacio Pulvilo.
[32] Véase nota a II 32, 2.

más sobresalientes de ellos, marchando de noche hacia la ciudad de Corbión, que habían entregado a los romanos el año anterior, encontraron dormida a la guarnición que había allí y los mataron excepto a unos pocos, que casualmente se habían retrasado en acostarse. Los restantes ecuos se dirigieron con una gran fuerza contra la ciudad de Ortona[33], del pueblo de los latinos, y la tomaron por asalto; y todos los daños que no eran capaces de hacer a los romanos, se los causaron, llevados por la cólera, a sus alia-
3 dos. Mataron a todos los que estaban en plena juventud, excepto a algunos que huyeron en el momento de la toma de la ciudad, y esclavizaron a sus mujeres e hijos, así como a los ancianos; y de los bienes materiales recogieron rápidamente todo lo que podían llevarse y se retiraron an-
4 tes de que acudieran a socorrerles todos los latinos. Cuando fueron comunicadas estas noticias tanto por los latinos como por los de la guarnición que se habían salvado, el Senado decidió por votación enviar un ejército y que marcharan ambos cónsules. Pero Virginio y sus compañeros tribunos, que ostentaban el mismo cargo durante cinco años, trataron de impedirlo, como también lo habían hecho en años anteriores, oponiéndose a las levas de tropas por parte de los cónsules y pidiendo que se resolviera primero la guerra de dentro de las murallas permitiendo al pueblo que decidiera en relación con la ley que los tribunos querían introducir sobre la igualdad de derechos; y el pueblo colaboraba con ellos en su táctica de usar muchos
5 argumentos malévolos contra el Senado. Pero, como el tiempo pasaba y ni los cónsules aceptaban un debate preliminar por el Senado o la presentación de la ley ante el pueblo, ni por su parte los tribunos querían permitir que

[33] Véase nota a VIII 91, 1.

se hiciera la leva ni la salida de la expedición, y se gastaron en vano muchas palabras y acusaciones mutuas tanto en las asambleas como en el Senado, otra medida política introducida por los tribunos contra el Senado, y que les despistó, vino a apaciguar la disensión que entonces prevalecía, y fue el origen de otras muchas ventajas importantes para el pueblo. Explicaré también de qué modo el pueblo consiguió este poder.

Mientras el territorio de los romanos y de sus aliados 27
estaba siendo devastado y saqueado y los enemigos se marchaban como a través de un desierto, con la esperanza de que ningún ejército saldría contra ellos a causa de la disensión que dominaba en la ciudad, los cónsules reunieron el Senado para tomar por fin una decisión acerca de todo el
asunto. Después de muchas intervenciones, el primero al 2
que se le preguntó su opinión fue Lucio Quincio, que había sido dictador el año anterior, un hombre que tenía fama de ser no sólo el más experto en cuestiones de guerra sino también el político más sensato de los de su tiempo. Expresó su opinión así: lo más importante era convencer a los tribunos y a los demás ciudadanos de aplazar la decisión sobre la ley para otro momento más oportuno, ya que en la situación actual no urgía, emprender con todo entusiasmo la guerra que estaba en sus manos y que casi se acercaba a la ciudad y no permitir que la hegemonía, conseguida con muchos esfuerzos, se perdiera de forma ver-
gonzosa y cobarde. Pero si el pueblo no era convencido, 3
los patricios debían armarse junto con sus clientes y reunirse con los demás ciudadanos que voluntariamente quisieran tomar parte en el más hermoso combate por la patria, y marchar animosos a la guerra poniendo como jefes de la expedición a todos los dioses que custodian la ciudad de
Roma; pues podían obtener uno de estos hermosos y jus- 4

tos resultados: o la más deslumbrante victoria de todas las que ellos o sus padres hubieran conseguido alguna vez o la muerte luchando valientemente por los honores que la victoria conlleva. Afirmó que ni él mismo se privaría de esta hermosa prueba, sino que estando presente iba a luchar de la misma manera que los más valerosos, ni tampoco se privaría ninguno de los demás ancianos que aprecian la libertad y la buena reputación.

Discurso del cónsul Cayo Horacio a los tribunos

28 Como también todos los demás estaban de acuerdo en esto y no había ninguno que dijera lo contrario, los cónsules convocaron al pueblo a una asamblea. Cuando todos los habitantes de la ciudad se habían congregado con la esperanza de oir cosas nuevas, se presentó Cayo Horacio, uno de los cónsules, y trató de convencer a la plebe de que aceptara voluntariamente también esta campaña. Pero al oponerse los tribunos y prestarles atención el pueblo, el cónsul habló de nuevo:
2 «Bonita y admirable acción, Virginio, habéis llevado a cabo separando al pueblo del Senado; y en lo que respecta a vosotros, hemos perdido todas las ventajas que poseíamos, las heredadas de nuestros antepasados o las consegui-
3 das por nuestros propios esfuerzos. Sin embargo, nosotros al menos, no cederemos ante ellos sin lucha, sino que, tomando las armas junto con los que quieran salvar a la patria, marcharemos al combate, aduciendo como pretexto de nuestros actos unas hermosas esperanzas[34]. Y si algún dios vigila los nobles y justos combates y la fortuna que engrandece desde hace mucho tiempo a esta ciudad todavía no la ha abandonado, venceremos a nuestros enemigos; pero si alguna divinidad se pone por medio y dificulta la sal-

[34] Expresión tomada de Demóstenes, *De corona* 97.

vación de la ciudad, de ningún modo desaparecerá nuestro celo y buena disposición, sino que escogeremos la mejor de todas las muertes: morir en defensa de la patria. En 4
cuanto a vosotros, si os quedáis aquí, cuidad la casa junto con las mujeres, oh nobles y valerosos defensores de la ciudad, después de abandonarnos, de traicionarnos más bien, vosotros, para quienes la vida ni será honrosa aunque nosotros venzamos ni segura si nuestra empresa tiene otro resultado. A no ser que estéis animados con la vana espe- 5
ranza de que, una vez sean aniquilados los patricios, los enemigos, teniendo en cuenta este servicio, os dejarán tranquilos y consentirán que disfrutéis de vuestra patria, de vuestra libertad, de vuestra hegemonía y de todos los demás bienes que ahora poseéis, vosotros que, cuando demostrabais un excelente juicio, os apropiasteis de gran parte de su territorio, les destruisteis muchas ciudades después de esclavizar a sus habitantes y erigisteis muchos y grandes trofeos y monumentos de vuestra enemistad hacia ellos, recuerdos que no desaparecerán en todo el tiempo venidero. Pero ¿por qué hago estos reproches al pueblo, que 6
nunca resultó cobarde por su propia voluntad, y no os los hago más bien a vosotros, Virginio, que sois los que tomáis estas bonitas medidas? Pues bien, nosotros, para quienes es forzoso no demostrar un talante débil, hemos tomado una determinación y no habrá nada que nos impida emprender el combate en defensa de la patria; en cambio a vosotros, que abandonáis y traicionáis a la comunidad, os llegará una justicia vengadora e irreprochable procedente de los dioses, si es que escapáis del castigo de los hombres. Pero de éste, tampoco escaparéis. Y no supongáis 7
que intento atemorizaros, sino que estad bien seguros de que los que de nosotros se queden aquí como guardianes de la ciudad, si el enemigo vence, harán gala del buen

sentido que les es propio. ¿No es cierto que ya algunos bárbaros que iban a ser capturados por sus enemigos decidieron no entregarles ni sus mujeres ni sus hijos ni sus ciudades, sino que quemaron éstas y mataron a sus propias
8 mujeres? ¿y a los romanos, que han heredado de sus antepasados el gobernar a otros, no se les ocurrirá actuar de esta manera en su misma situación? No serán tan viles, sino que empezarán por vosotros, sus peores enemigos, y después se dedicarán a sus seres queridos. Teniendo en cuenta esto, convocad una asamblea e introducid nuevas leyes».

Los tribunos exigen igualdad de derechos para el pueblo

29 Después de dirigirles estas palabras y muchas otras del mismo estilo, presentó a su lado a los patricios más ancianos llorando, y, al verlos muchos de los plebeyos, tampoco ellos pudieron contener las lágrimas. La edad y la dignidad de estos hombres despertó mucha compasión, y el cónsul, aguardando un poco,
2 dijo: «¿No os avergonzáis, ciudadanos, ni os metéis bajo tierra cuando estos ancianos están dispuestos a tomar las armas en defensa de vosotros, los jóvenes? ¿y soportaréis abandonar a estos líderes, a los que siempre llamabais padres? Desgraciados, vosotros, que ni siquiera sois dignos de ser llamados ciudadanos de esta tierra, que colonizaron los que trajeron a sus padres sobre los hombros[35] y a quienes los dioses procuraron caminos seguros a través de
3 armas y a través de fuego». Cuando Virginio comprendió que el pueblo estaba conmovido por estas palabras, temeroso de que aceptara participar en la guerra contra su propio criterio, se adelantó diciendo: «Nosotros ni os abando-

[35] Dionisio hace extensiva a todos los primitivos habitantes de Roma la conocida leyenda de Eneas huyendo de Troya con su padre sobre los hombros.

namos ni os traicionamos, padres, ni os dejaríamos, como tampoco antes consideramos justo desertar de ninguna expedición, sino que preferimos vivir con vosotros y sufrir con vosotros lo que a la divinidad le parezca oportuno. Pero como en todas las ocasiones nos hemos mostrado 4 bien dispuestos hacia vuestros asuntos, os pedimos que nos concedáis un moderado favor: que igual que tenemos la misma participación que vosotros en los peligros comunes, tengamos así también igualdad de derechos, estableciendo como salvaguarda de la libertad unas leyes, de las que todos nos sirvamos siempre. Sin embargo, si esto os ofende 5 y no estimáis razonable conceder este favor a vuestros propios ciudadanos, sino que consideráis un crimen capital el hecho de dar al pueblo igualdad de derechos, ya no discutiremos con vosotros; de todas formas os pediremos otro favor, que si lo conseguimos, quizá ya no necesitemos nuevas leyes. Pero tenemos el temor de que ni siquiera consigamos éste, que no supondrá ningún daño para el Senado y en cambio proporcionará al pueblo un cierto honor y buena voluntad.

El número de tribunos se eleva a diez. Nueva derrota de los ecuos

Cuando el cónsul dijo que si se sometían al Senado en esta medida, no les faltaría ninguna otra cosa que fuera razonable y les exhortó a decir lo que deseaban, Virginio, después de dialogar un poco 30
con sus colegas dijo que hablaría en el Senado. A continuación, los cónsules reunieron la Cámara, y Virginio, 2 compareciendo, presentó ante el Senado todas las justas reclamaciones del pueblo, pidió que se doblara la magistratura que defiende a la plebe y que, en vez de los cinco tribunos, se nombraran diez cada año. Casi todos pensaban que esto no causaría ningún perjuicio a la comunidad y aconsejaron concederlo y no oponerse; esta propuesta la

encabezó Lucio Quincio, que entonces tenía la mayor in-
3 fluencia en el Senado. Sólo una persona habló en contra, Cayo Claudio, hijo de Apio Claudio, que en todo momento se había opuesto a las proposiciones de los plebeyos si alguna no era legal. Este Cayo Claudio había heredado las ideas políticas de su padre y, cuando obtuvo el cargo de cónsul, impidió que se permitiera a los tribunos la investigación relativa a los jinetes acusados de conspiración. Con una larga alocución, trataba de explicar que el pueblo no sería más moderado ni más fiel si se doblaba su magistra-
4 tura, sino más insensato y molesto; pues los tribunos que fueran elegidos posteriormente no recibirían el cargo bajo ciertas condiciones, hasta el punto de mantenerse firmes a unos preceptos establecidos, sino que también sacarían de nuevo el tema de la repartición de tierras y la igualdad de privilegios[36], y todos, uno tras otro, buscarían a través de palabras o de acciones el modo de acrecentar el poder del pueblo y abolir los privilegios del Senado. Este discurso
5 estimuló vivamente a la mayoría de los senadores. A continuación, Quincio les cambió el planteamiento explicando que era provechoso para el Senado el hecho de que hubiera muchos líderes del pueblo, pues menos se pondrían de acuerdo muchos que pocos, cosa que era un alivio para la comunidad —y esto, Apio Claudio, el padre de Cayo, fue el primero en comprenderlo— en el caso de que hubiera disensiones entre los tribunos y no fueran todos de la
6 misma opinión. Este criterio pareció acertado y se convirtió en un decreto del Senado: que el pueblo podía designar diez tribunos cada año, pero a ninguno de los que estaban entonces en el cargo. Virginio y sus colegas, una vez conseguida esta resolución del Senado, la dieron a conocer y,

[36] O de «honores», en el sentido de gozar de la misma consideración ante la ley a la hora de recibir cargos. Véase nota a X 1, 2.

después de ratificar la ley que la incorporaba, nombraron a diez tribunos para el año siguiente.

Cuando cesó la disensión, los cónsules alistaron las tro- 7
pas y echaron a suertes las expediciones: pues bien, a Minucio le tocó la guerra contra los sabinos y a Horacio, contra los ecuos, y ambos partieron apresuradamente. Los sabinos, que tenían sus ciudades custodiadas, permitían que todo lo de sus campos fuera saqueado; en cambio, los ecuos enviaron una armada a que se enfrentara a los ro-
manos. Pero a pesar de que lucharon brillantemente, no 8
fueron capaces de vencer a las fuerzas de los romanos, sino que se vieron obligados a regresar a sus ciudades después de haber perdido la pequeña ciudad por la que combatían. Horacio puso en fuga a sus enemigos, devastó gran parte de su territorio, echó abajo las murallas de Corbión y demolió las casas desde sus cimientos; después, condujo su ejército a casa.

Los tribunos proponen que el Aventino sea para los plebeyos[37]

Al año siguiente, cuando eran cónsu- 31
les Marco Valerio y Espurio Virginio, ningún ejército romano salió fuera de sus fronteras, pero de nuevo surgieron algunos desacuerdos políticos entre los tribunos y los cónsules, a raíz de los cuales los tribunos les arrebataron algo del poder consular. Antes de esa época, los tribunos sólo tenían autoridad en la asamblea del pueblo, pero no les estaba permitido convocar al Senado ni expresar su opinión allí, sino que esto era un privilegio de
los cónsules. Los tribunos de este año fueron los primeros 2
que se propusieron convocar al Senado haciendo la prueba Icilio, que estaba al frente de su corporación, un hombre emprendedor y, como buen romano, capacitado para la

[37] Para capítulos 31 y ss. véase Livio, III 31, 1.

elocuencia. También éste intentaba introducir una nueva
medida, solicitando que el lugar llamado Aventino fuera
repartido entre los plebeyos para la construcción de casas.
Es una colina moderadamente elevada, con un perímetro
de no menos de doce estadios, situada dentro de la ciudad,
y que entonces no estaba toda habitada, sino que era terre-
3 no público y lleno de bosque. Cuando propuso esta medi-
da, el tribuno se presentó ante los cónsules de ese año y
ante el Senado pidiendo una deliberación previa sobre la
ley que incluyera esta medida y que se sometiera después
al pueblo. Pero, como los cónsules daban largas y aplaza-
ban el momento, él les envió a un ordenanza con el man-
dato de seguirle al lugar donde desempeñaban su cargo los
tribunos y convocar todos al mismo tiempo al Senado. Y,
cuando uno de los lictores, cumpliendo las órdenes de los
cónsules, expulsó a este ordenanza, Icilio y sus colegas,
indignados, cogieron al lictor y se lo llevaron con intención
4 de arrojarle desde la Roca[38]. Los cónsules eran incapaces
de usar de la violencia o de quitarles al hombre que se
llevaban, aunque creían que esto era una grave afrenta, y
recabaron la ayuda de los demás tribunos; pues a ninguna
otra persona le es posible suspender o impedir ninguno
de los actos de esos magistrados, sino que esta facultad la
5 posee sólo otro tribuno. Entonces, todos habían tomado
desde el principio la resolución de no introducir ninguna
nueva medida decidida por propia iniciativa, a no ser que
todos estuvieran de acuerdo en ello, ni oponerse a aquellas
acciones que aprobara la mayoría. Y, justo en el momento
de recibir su magistratura, habían ofrecido sacrificios y se
habían dado mutuos juramentos relativos a esta cuestión,
creyendo que así el poder tribunicio sería más indisoluble

---

38 La roca Tarpeya.

si la disensión era desterrada de él. Por mantener este juramento, dijeron que se llevaban al guardián de los cónsules[39], afirmando que era criterio cómun de todos. Sin embargo, no persistieron en su indignación sino que dejaron libre al hombre ante la petición de los más ancianos del Senado: tenían miedo del odio que podría suscitar el hecho de que ellos fueran los primeros que iban a castigar con la muerte a un hombre que había cumplido lo ordenado por los magistrados y además temían que, con este pretexto, los patricios se vieran obligados a actuar a la desesperada. 6

El Senado concede el Aventino al pueblo

Después de este suceso, se reunió el 32
Senado y los cónsules dirigieron numerosas acusaciones contra los tribunos. Entonces Icilio, tomando la palabra, intentaba explicar la cólera que sentían hacia el lictor apelando a las leyes sagradas, según las cuales a ningún magistrado ni particular le estaba permitido hacer nada en contra de un tribuno; y en cuanto al asunto de convocar al Senado, declaraba que no había hecho nada insólito, y para esto se había preparado muchos argumentos de todo tipo. Cuando se hubo justificado de estas acu- 2
saciones, intentó introducir la ley relativa a la colina. Era así: todo el terreno que tenían algunos particulares, si lo habían adquirido de forma justa, que lo siguieran conservando sus dueños; pero el que habían edificado algunos después de haberlo tomado por la fuerza o por robo, debían entregarlo al pueblo una vez que los nuevos dueños pagaran los costes que los árbitros decidiesen, y todo el terreno restante, que era público, el pueblo debía recibirlo sin pago y repartírselo. Explicaba también que esta medida 3

---

[39] El lictor.

resultaría ventajosa para la ciudad por muchas cosas, pero, sobre todo, porque los pobres ya no se sublevarían por el terreno público que poseían los patricios, pues ellos se contentarían con recibir una parte de la ciudad, ya que de la tierra no era posible porque los que se habían apropiado
4 de ella eran muchos y poderosos. Cuando hubo expuesto tales argumentos, Cayo Claudio fue el único que se opuso mientras que la mayoría dio su consentimiento, y se decidió entregar ese lugar al pueblo. A continuación, en la asamblea por centurias convocada por los cónsules, estando presentes los pontífices, los augures y dos intendentes de sacrificios, hicieron los votos e imprecaciones habituales y la ley fue ratificada. Dicha ley está grabada en una estela de bronce que colocaron en el Aventino después de
5 haberla llevado al templo de Diana. Cuando entró en vigor la ley, se reunieron los plebeyos, sortearon los terrenos y empezaron a construir, cada uno tomando una parcela tan grande como pudo. A veces, se reunían de dos en dos, de tres en tres e incluso más para construir una sola casa, y a unos les tocaba en suerte la parte de abajo y a otros, la de arriba. Así pues, aquel año se empleó en la construcción de casas.

33 *Graves enfrentamientos entre los cónsules y los tribunos a causa de las levas de tropas*[40]

El año siguiente, en el que asumieron el consulado Tito Romilio y Cayo Veturio y eran tribunos Lucio Icilio y sus colegas, elegidos para el cargo por segunda vez consecutiva, no fue sencillo sino variado y lleno de importantes sucesos. En cuanto a la revuelta civil, que ya parecía extinguida, de nuevo fue reanimada por los tribunos, y se produjeron algunas guerras procedentes de pueblos extranjeros, que no

[40] Para capítulos 33-47, véase LIVIO, III 31, 2, 4.

pudieron hacer ningún daño a la ciudad y sí, en cambio, un gran beneficio al apartar de ella la disensión. Efectiva- 2 mente, esto ya era usual y acostumbrado, que hubiera concordia en la ciudad cuando estaba en guerra y que surgieran disensiones en tiempo de paz. Conociendo esto, todos los que accedían al consulado recibían como algo providencial el hecho de que se originara alguna guerra extranjera; y si sus enemigos estaban tranquilos, ellos mismos maquinaban acusaciones y pretextos de guerra, ya que veían que la ciudad se hacía grande y próspera por medio de las guerras y, en cambio, se empequeñecía y debilitaba a causa de las sediciones internas. Siguiendo este mismo criterio, 3 los cónsules de ese año decidieron mandar un ejército contra los enemigos, temerosos de que los ciudadanos pobres y ociosos, a causa de la paz, iniciaran algún tumulto. Por una parte opinaban correctamente que había que mantener ocupada a la multitud con las guerras exteriores, pero, en lo que respecta a su actuación posterior, no acertaron, pues ellos debían haber hecho las levas de tropas de una forma moderada, como en una ciudad que atraviesa una difícil situación, y, en cambio, se dedicaron a obligar por la fuerza a quienes desobedecían, sin excusar ni perdonar a nadie, sino aplicando duramente los castigos impuestos por las leyes contra sus personas y sus propiedades. Al 4 actuar ellos de esta forma, los tribunos de nuevo tuvieron ocasión de atraerse al pueblo, y, convocando una asamblea, reprocharon a los cónsules, entre otras cosas, que habían ordenado llevar a la cárcel a muchos ciudadanos que habían apelado a la potestad de los tribunos; y afirmaron que ellos solos por su cuenta licenciaban las tropas con la autoridad que les conferían las leyes. Pero, como 5 no consiguieron nada, sino que veían que las levas seguían haciéndose de un modo aún más firme, se propusieron im-

pedirlo con actos. Y, cuando los cónsules se defendieron también con el poder de su cargo, hubo algunas provocaciones e incluso llegaron a las manos. Los jóvenes patricios apoyaban la causa de los cónsules y la masa pobre y desocupada estaba de parte de los tribunos.

6 Pues bien, aquel día los cónsules resultaron mucho más fuertes que los tribunos; pero, los días siguientes, confluyó en la ciudad una muchedumbre mayor procedente de los campos, y los tribunos, pensando que habían conseguido una fuerza apropiada para combatir, empezaron a hacer asambleas continuas y, mostrando a sus ayudantes, que se encontraban en mal estado a causa de los golpes recibidos, dijeron que dimitirían de su cargo si no recibían ninguna ayuda del pueblo.

34 Al ver que la multitud compartía con ellos la indignación, llamaron a los cónsules ante el pueblo para que rindieran cuenta de sus actos. Pero, como estos no les prestaron atención, se presentaron ante el Senado (pues coincidió que estaban deliberando sobre esta misma cuestión) y, adelantándose para hablar, pidieron a los senadores que no permitieran que ellos fueran tratados de la forma más penosa ni que el pueblo se viera privado de su ayuda. Les explicaron todo lo que habían sufrido por causa de los cónsules y de su camarilla y los insultos recibidos no sólo
2 contra su autoridad sino también contra sus personas; y solicitaron que los cónsules hicieran una de estas dos cosas: si negaban haber ofendido a las personas de los tribunos en algo que las leyes prohíben, que se presentaran ante la asamblea para prestar juramento, o, si no aceptaban el juramento, que vinieran ante los plebeyos a rendir cuentas
3 y las tribus votarían sobre su conducta. Pero los cónsules se defendieron de estas acusaciones explicando que los tribunos habían empezado las injurias al comportarse de una

forma arrogante y al atreverse a actuar contra la ley en las personas de los cónsules, en primer lugar ordenando a sus intendentes y a los ediles que llevaran a prisión a magistrados a quienes les había sido conferido el poder total, y, después, al tener la osadía ellos mismos de iniciar el enfrentamiento en compañía de los más imprudentes de
los plebeyos. También explicaron cuánto se diferenciaban 4
las dos magistraturas entre sí: por un lado, la de los cónsules con el poder real, y por otro, la de los tribunos, que se había establecido para ayudar a los oprimidos y estaba tan lejos de poder otorgar a las masas el voto contra uno de los cónsules que esa autoridad no se les había concedido ni siquiera contra el más insignificante de los patricios, a no ser que el Senado lo votara. Y amenazaban con armar ellos mismos a los patricios cuando los tribunos hicie-
ran votar a los plebeyos. Pronunciados tales argumentos 5
a lo largo de todo el día, el Senado no concluyó nada con el fin de no disminuir la autoridad de los cónsules ni la de los tribunos, viendo que cada una de las dos posibilidades sería la causa de grandes peligros.

Cuando los tribunos fueron apartados también de allí 35
sin haber conseguido ninguna ayuda, se marcharon a la asamblea del pueblo y de nuevo consideraron lo que debían hacer. Algunos, y sobre todo los más exaltados, pensaban que los plebeyos debían salir de la ciudad y, tomando las armas, dirigirse hacia el Monte Sacro, donde también habían acampado la primera vez[41] y, lanzándose desde allí, hacer la guerra contra los patricios, puesto que ellos habían roto los pactos contraídos con el pueblo, anu-
lando abiertamente la autoridad de los tribunos[42]. En cam- 2

[41] VI 45, 2.

[42] VI 87, 3; 88, 3.

bio, la mayoría consideró que no debían dejar la ciudad ni tampoco hacer extensivas a todos los patricios las acusaciones concernientes a algunos que en particular habían actuado de forma ilegal contra los tribunos, si es que además podían acogerse a lo acordado en las leyes, que ordenan que quienes han ultrajado a las personas de los tribunos puedan ser muertos con impunidad[43]. A los más sensatos ninguna de estas dos cosas les parecía bien, ni abandonar la ciudad, ni matar sin juicio previo, y en concreto a cónsules, que regentaban la máxima autoridad; sin embargo, les aconsejaban que remitieran su indignación contra quienes les ayudaban y les impusieran los castigos
3 prescritos por las leyes. Pues bien, si aquel día los tribunos se hubieran dejado llevar, movidos por su deseo de hacer algo contra los cónsules o el Senado, nada habría impedido que la ciudad se destruyera a sí misma, ¡tan dispuestos estaban todos para las armas y la guerra civil! En cambio, después de aplazar los problemas y darse tiempo para una mejor reflexión, ellos mismos se hicieron más moderados
4 y además apaciguaron la indignación de la multitud. Luego, en los días siguientes, anunciaron que sería el tercer día de mercado, contando desde aquel, cuando reunirían al pueblo e impondrían un castigo en metálico a los cónsules; a continuación disolvieron la asamblea. Pero, cuando se acercó el momento, renunciaron incluso a esta multa, explicando que hacían el favor a petición de los más ancia-
5 nos y honorables. Después de esto, convocaron al pueblo y les dijeron que habían perdonado los insultos contra ellos por acceder a la súplica de muchas personas de bien, a quienes no era justo oponerse, pero respecto a los delitos cometidos contra el pueblo, ellos se encargarían de impe-

43 VI 89, 3.

dirlos y castigarlos. Iban a proponer de nuevo la ley relativa a los sorteos de tierra, aplazada durante treinta años, y la concerniente a la igualdad de derechos, que los tribunos anteriores a ellos habían propuesto pero no votado.

Propuesta de ley de repartición de tierras. Discursos a favor

Una vez hechas estas promesas y pres- 36
tado juramento, señalaron días en los que celebrarían una asamblea del pueblo para votar sobre las leyes. Llegado el momento, propusieron en primer lugar la ley agraria y, después de exponer numerosos argumentos, invitaron a cualquiera de los plebeyos que quisiera hablar a
favor de la ley. Muchos se adelantaron para hablar y ale- 2
garon las empresas que habían llevado a cabo en las guerras, y se mostraron indignados por el hecho de que, después de haber arrebatado mucho territorio a los enemigos, ellos no hubieran recibido tierra alguna, mientras que veían que las personas influyentes por dinero y amistades se habían apropiado de los bienes públicos y disfrutaban de ellos por los medios más violentos; y pidieron que el pueblo tuviera parte no sólo en los peligros concernientes al bien común, sino también en los placeres y beneficios derivados de ellos. Y la multitud escuchaba con agrado estas palabras. El que más animó al pueblo y logró que no aceptaran ni una sola palabra de los oponentes fue Lucio Sicio, de sobrenombre Dentado, que contó sus numerosas e im-
portantes hazañas. Era este hombre de admirable aspecto, 3
en lo mejor de su edad, con cincuenta y ocho años, capaz de pensar las medidas oportunas y, para ser un soldado, hábil al exponerlas. Pues bien, adelantándose, habló así:

«Yo, plebeyos, si quisiera contaros una por una las acciones realizadas por mí, no tendría tiempo suficiente con un día. Así pues, os haré un resumen lo más breve que
pueda. Hace ahora cuarenta años que participo en campa- 4

ñas militares por la patria y treinta años que llevo desem-
peñando algún mando militar, unas veces al frente de una
cohorte y otras, de toda una legión, empezando con los
cónsules Cayo Aquilio y Tito Sicio[44], a quienes el Senado
encomendó mediante votación la guerra contra los volscos.
Yo tenía entonces veintisiete años y prestaba servicio toda-
5 vía bajo las órdenes de un centurión[45]. Cuando tuvo lu-
gar una dura batalla y una derrota y el jefe de la cohorte
había caído y los estandartes se hallaban en manos de los
enemigos, yo solo, arrostrando el peligro en defensa de to-
dos, recuperé los estandartes para la cohorte, hice recular
a los enemigos y evidentemente fui el responsable de que
los centuriones no cayeran en un eterno deshonor, por cuya
causa el resto de su vida sería peor que la muerte, como
ellos mismos reconocieron ciñéndome con una corona de
oro y el cónsul Sicio dio testimonio nombrándome jefe de
6 la cohorte. De nuevo nos vimos metidos en otra batalla,
en la que ocurrió que el *primipilus* de nuestra legión cayó
y el águila fue a parar a manos de los enemigos; entonces,
luchando del mismo modo en defensa de toda la legión,
recuperé el águila y salvé al *primipilus*[46]. Él, en agradeci-
miento a mi ayuda en esa ocasión, quería renunciar al
mando de la legión por mí y entregarme el águila, pero
yo no lo acepté, no considerando justo privar de sus hono-
res y las consiguientes satisfacciones al hombre a quien le
había salvado la vida. Por lo cual, el cónsul, complacido

[44] Según el relato del propio Dionisio (véase VIII 64, 3; 67), sólo fue Tito Sicio el encargado de la guerra contra los volscos (485 a. C.). El presente discurso es del 453 a. C.

[45] Es decir, era simple soldado sin ninguna graduación.

[46] El rango de centurión de una legión, que llevaba el águila y, en ausencia del tribuno, tomaba el mando. Véase IX 10, 2 y nota.

conmigo, me concedió el cargo de *primipilus* de la primera legión, que había perdido a su jefe en la batalla.

«Éstas son, plebeyos, las nobles acciones que me han 37
hecho célebre y me han elevado a los primeros puestos. Cuando ya era famoso y había conseguido un ilustre nombre, emprendía todos los demás combates con el temor de oscurecer los honores y favores recibidos por mis anteriores acciones. Y todo el tiempo que pasé metido en campañas militares y soportando sus fatigas, no sentí miedo ni tuve en cuenta ningún peligro; por todo lo cual recibí premios, despojos, coronas y otros honores de manos de los cónsu-
les. Para abreviar, en los cuarenta años que llevo en cam- 2
pañas he participado en unas ciento veinte batallas, he recibido cuarenta y cinco heridas, y todas por delante, ninguna por la espalda; y doce de estas las recibí en un solo día, cuando el sabino Herdonio se apoderó de la ciudadela y
del Capitolio. Como premios al valor, he recibido por estas 3
contiendas catorce coronas cívicas, que me ciñeron aquellos a los que yo salvé en las batallas; tres coronas relativas a asedios por haber subido el primero a las murallas enemigas y haberlas tomado, y ocho coronas por las batallas campales, con las que fui honrado por los generales; y además de éstas, ochenta y tres collares de oro, ciento sesenta brazaletes de oro, dieciocho lanzas, veinticinco excelentes adornos para la cabeza, ... [47] nueve de los cuales eran aquellos a quienes yo vencí afrontando el peligro voluntariamente cuando ellos habían desafiado a alguno de
los nuestros a un combate singular. Sin embargo, ciudada- 4
nos, este Sicio, que ha prestado servicio tantos años por vosotros, que ha luchado en tantas batallas, que ha sido

[47] Hay una laguna en el texto. Confróntese con el capítulo 45, 3 donde el cónsul Romilio intenta avergonzar a Sicio recordándole su enumeración detallada de los despojos obtenidos en combate.

honrado con tantos premios, que nunca vaciló ante ningún peligro ni lo rehusó, sino que ... [48] en batallas campales y en asaltos a muros, en infantería y en caballería, con todos, con unos pocos y solo, cubierto de heridas por todo el cuerpo, que ayudó a conseguir mucha tierra fértil para la patria, por un lado la que arrebatasteis a los tirrenos y a los sabinos, por otro, la que poseéis después de haber vencido a los ecuos, volscos y pomptinos, pues bien este Sicio no posee ni la más mínima parte de ella; ni tampoco ninguno de vosotros, plebeyos, que habéis soportado las mismas fatigas. En cambio, los más violentos y desvergonzados de la ciudad poseen la mejor parte y la han disfrutado durante muchos años sin haberla recibido de vosotros como un regalo ni haberla comprado con dinero ni poder
5 demostrar ninguna otra justa adquisición de ella. Y si habiendo soportado las mismas penalidades que el resto de nosotros cuando nos apoderamos de esa tierra, pretendieran poseer más que nosotros, aunque ni así fuera justo o democrático que unos pocos se apropiaran de los bienes comunes, no obstante, la codicia de esos hombres tendría alguna explicación; sin embargo, cuando, no pudiendo mostrar ninguna acción importante ni audaz por la que se hayan apropiado de lo nuestro por la fuerza, ni se avergüenzan ni lo dejan una vez que han sido puestos en evidencia, ¿quién es capaz de soportarlo?

38 »Ea pues, por Júpiter, si yo he mentido en alguna de estas cosas, que uno de estos respetables hombres salga aquí y os explique qué señaladas y hermosas hazañas alega para reclamar más tierra que yo. ¿Acaso ha prestado servicio más años o ha luchado en más batallas o ha recibido más heridas o me ha aventajado en coronas, ornamentos,

[48] Laguna del texto.

despojos y otros adornos triunfales, y gracias a él los enemigos se han vuelto más débiles y la patria más ilustre y poderosa? Más bien, que os muestre la décima parte de lo que yo os he contado. Pero la mayoría de esos hombres 2
no podría ofreceros ni una mínima parte de lo mío; y algunos ni siquiera podrían demostrar que han sufrido las mismas penalidades que el plebeyo más insignificante, pues su distinción no radica en las armas, sino en las palabras, ni su poder se manifiesta contra los enemigos, sino contra los amigos. Y tampoco consideran que habitan una ciudad común a todo el pueblo, sino particular de ellos solos, como si no hubieran sido ayudados por nosotros a liberarse de la tiranía, sino que nos hubieran recibido en herencia de los tiranos. Y respecto a los demás insultos, pequeños y grandes, que continúan lanzándonos, como todos sabéis, me callo; pero han llegado a tal grado de arrogancia que 3
pretenden que ninguno de nosotros tenga la libertad de pronunciar una palabra en relación con la patria, ni siquiera que abra la boca. Y al primero que habló sobre el sorteo de tierras, Espurio Casio, hombre que había sido distinguido con tres consulados, con dos procesiones triunfales muy espléndidas, y que había demostrado tanta habilidad en las empresas militares y en las decisiones políticas como ninguno de los de entonces, a este hombre le acusaron de aspirar a la tiranía, le vencieron con pruebas falsas por ninguna otra causa que la de ser amante de su patria y de su pueblo y le mataron arrojándole desde el precipicio[49]. Y 4
a Cneo Genucio, tribuno nuestro, cuando intentaba retomar esta misma medida política después de once años[50], y llevó a juicio a los cónsules del año anterior por haberse

---

[49] La roca Tarpeya.

[50] El intervalo de tiempo fue de doce años (483-471) según el relato del propio Dionisio. Véase VIII 77 y IX 37.

despreocupado de los decretos que el Senado había votado
en relación con los decenviros encargados de repartir la tie-
rra, como no podían acabar con él abiertamente, le hicie-
5 ron desaparecer un día antes del juicio. Por lo tanto, un
gran temor se apoderó de los que vinieron después y ya
nadie quiso arrostrar este peligro, sino que hace ahora
treinta años que soportamos esta situación como si hubié-
ramos perdido nuestra autoridad en una tiranía.

39 «Paso por alto lo demás; pero los que son ahora vues-
tros magistrados, por el hecho de considerar justo ayudar
a los plebeyos oprimidos y a pesar de que vosotros los ha-
bíais hecho sagrados e inviolables por ley, ¿qué peligros
no han padecido?, ¿no fueron expulsados del Foro entre
golpes y patadas después de haber soportado todo tipo de
ultrajes? Y vosotros, que sufrís este trato, ¿lo aguantáis y
no buscáis el modo de vengaros de ellos al menos con
vuestros votos, que son la única manera con que podéis
2 demostrar vuestra libertad? Pero incluso ahora, plebeyos,
con el temple propio de hombres libres, ratificad la ley
agraria que proponen los tribunos y no permitáis ni una
3 sola palabra de los que opinan lo contrario. Y vosotros,
tribunos, no necesitáis exhortación para este trabajo, pues
lo empezasteis y no cederéis si actuáis bien. Pero si para
vosotros representa un obstáculo la audacia y desvergüenza
de los jóvenes que vuelcan las urnas, roban los votos u
ocasionan cualquier otro desorden relacionado con la vota-
ción, demostradles la fuerza que tiene vuestro cuerpo de
4 magistrados. Y, ya que no es posible desposeer a los cón-
sules de su autoridad, llevad a juicio a los particulares que
ellos utilizaron como ejecutores de sus actos violentos y
haced votar al pueblo en relación con ellos, acusándoles
previamente de usar de la violencia e intentar abolir vues-
tra magistratura en contra de las leyes sagradas».

Estratagema de los cónsules para obstaculizar la votación de la ley

Después de hablar así, el pueblo se 40 encontraba tan bien dispuesto hacia sus palabras y mostró tanta indignación frente al adversario que, como dije también al principio, ya no quería permitir ni siquiera una palabra a sus oponentes. Sin embargo, el tri- 2 buno Icilio, levantándose, dijo que todo lo que Sicio había dicho era correcto y le dedicó un extenso elogio; pero respecto a no conceder la palabra a quienes quisieran hablar en contra, declaró que no era justo ni democrático, sobre todo cuando se trataba de la deliberación sobre una ley que iba a fortalecer la justicia frente a la violencia. Además, aprovecharían este pretexto los que no tienen ningún sentimiento igualitario ni justo hacia las masas para sembrar el desorden de nuevo y dividir los intereses de la ciudad. Cuando hubo dicho esto y señalado el día siguiente 3 para los oponentes de la ley, disolvió la asamblea. Por su parte, los cónsules convocaron una reunión privada de los patricios de más coraje y, sobre todo, de los que más influencia tenían entonces en la ciudad, y les explicaron que ellos debían obstaculizar la ley, primero con palabras, pero, si no convencían al pueblo, con hechos. Y exhortaron a todos a que se presentaran muy de mañana en el Foro junto con sus amigos y clientes, cada uno con el mayor número posible; luego, que unos permanecieran colocados 4 alrededor de la tribuna misma y del lugar del comicio y que otros se distribuyeran en grupos por muchas partes del Foro, de modo que los plebeyos quedaran dispersos y les fuera imposible reunirse en un solo bloque. Esto les pareció lo mejor, y, antes de que brillara la luz del día, la mayor parte del Foro estaba tomada por los patricios.

Después de esto, los tribunos y los cónsules compare- 41 cieron y el heraldo exhortó a hablar al que quisiera opo-

nerse a la ley. Pero, aunque muchos hombres de bien se
adelantaron para hablar, no se podía oir la palabra de nin-
guno por causa del tumulto y del desorden de los asisten-
tes a la asamblea. Mientras que unos animaban e infundían
valor a los oradores, otros intentaban echarles fuera y les
abucheaban. Pero no prevalecía ni el aplauso de los que
2 estaban a favor ni el tumulto de los oponentes. Al irritarse
los cónsules y asegurar que el pueblo iniciaba la violencia
no queriendo aceptar ni una palabra, los tribunos se defen-
dían de estas acusaciones alegando que ya era el quinto
año que escuchaban las mismas palabras y no hacían nada
extraño si no querían soportar réplicas trasnochadas y gas-
3 tadas. Cuando la mayor parte del día se había pasado en
esta disyuntiva y el pueblo reclamaba votar, los patricios
más jóvenes, considerando que la situación era ya intolera-
ble, obstaculizaban a los plebeyos que querían distribuirse
por tribus, quitaban las urnas de los votos a quienes las
tenían y echaban a golpes y empujones a los ayudantes
4 que no estaban dispuestos a permitirlo. Pero cuando los
tribunos, gritando, se lanzaron en medio de ellos, los patri-
cios les cedían el paso y les permitían ir por donde querían
sin problemas; en cambio, del resto del pueblo no dejaban
pasar ni a los que acompañaban a los tribunos ni a los
que, por unas y otras partes del Foro, querían moverse
hacia ellos entre el tumulto y el desorden, de modo que
5 la ayuda de los tribunos era inútil. Finalmente, los patri-
cios vencieron y no permitieron que fuera ratificada la ley.
Los que parecieron cooperar más animosamente con los
cónsules eran de tres familias, los Postumios, los Sempro-
nios y en tercer lugar los Cloelios, muy ilustres por la dig-
nidad de su linaje, muy poderosos por sus seguidores polí-
ticos y distinguidos por su riqueza, fama y sus hazañas en
guerra. Se reconoció que estos fueron los máximos respon-
sables de que no se ratificara la ley.

Los tribunos llevan a juicio a patricios destacados

Al día siguiente, los tribunos, después 42 de reunir a los plebeyos más destacados, examinaban qué debían hacer en esas circunstancias, habiendo tomado la decisión, acordada por todos, de no llevar a los cónsules a juicio, sino a sus ayudantes, que eran simples particulares y cuyo castigo para la mayoría de los ciudadanos sería algo de menor importancia, como Sicio sugirió. Pero hicieron un cuidadoso examen acerca del número de personas que debía ser inculpado, del nombre que darían al pleito y sobre todo de la tasación de la pena. Ahora 2 bien, los de naturaleza más severa aconsejaban llevar adelante todo esto hasta el final y de la forma más terrible; en cambio, los más comedidos, por el contrario, tendían a lo más moderado y benévolo; y el que encabezaba esta idea y les convenció era Sicio, el que había hablado en la asamblea popular en relación con las asignaciones de tierra. Acordaron, entonces, dejar al resto de los patricios, 3 pero llevar ante la asamblea popular a los Cloelios, Postumios y Sempronios para que rindieran cuentas de sus actos y acusarles de que, aunque las leyes sagradas, que el Senado y el pueblo habían ratificado respecto a los tribunos, no otorgaban a nadie la facultad de obligarles a aceptar algo que no quisieran, como los demás ciudadanos, esos hombres les habían retenido e impedido llevar a término la decisión relativa a la ley. Decidieron no fijar como pena 4 en este proceso ni la muerte ni el destierro ni ningún otro castigo odioso, para que esto no fuera la causa de su salvación[51], sino que sus propiedades fueran consagradas a Ceres, escogiendo el lado menos riguroso de la ley. Esto 5 acontecía cuando llegó el momento en el que debían celebrarse los juicios contra estos hombres. Los cónsules y los

[51] Véase VII 64, 6.

demás patricios que habían sido invitados al Senado (casualmente fueron convocados los más poderosos) decidieron consentir a los tribunos que llevaran a cabo los juicios, para que no realizaran un mal mayor al verse obstaculizados, y permitir a los plebeyos irritados descargar su cólera sobre las propiedades de esos hombres, con el fin de que fueran más dóciles en el futuro después de tomarse una revancha —aunque pequeña— de sus enemigos, sobre todo suponiendo la pena monetaria un infortunio fácilmente re-
6 parable para quienes lo sufren, como así ocurrió. Condenados estos hombres en juicio sin haber comparecido, el pueblo cesó en su cólera y parecía que se había restituido a los tribunos un cierto apoyo moderado y constitucional; mientras que, en lo que concierne a los convictos, sus haciendas fueron recuperadas por los patricios de manos de quienes las habían comprado al Estado, por el mismo precio que estos habían pagado por ellas, y fueron devueltas a sus propietarios. Tratando de esta forma el asunto, los peligros apremiantes habían desaparecido.

Nueva expedición contra los ecuos

43 No mucho después, cuando los tribunos de nuevo proponían el tema de la ley, la repentina noticia de un ataque de los enemigos contra la ciudad de Túsculo, fue causa suficiente para interrumpirlo. En efecto, los tusculanos, llegando en masa a Roma, contaron que los ecuos habían marchado contra ellos con un gran ejército, que ya habían saqueado su territorio y, a no ser que les llegara algún auxilio rápido, dentro de pocos días tomarían la ciudad. Ante esta situación, el Senado votó que ambos cónsules les ayudaran, y los cónsules ordenaron una leva y fueron llamando a todos los ciu-
2 dadanos a las armas. Pues bien, entonces hubo una especie de sedición ya que los tribunos se oponían a la leva y no

permitían que los castigos dictados por las leyes fueran impuestos a los que desobedecían. Pero no llevaron a cabo ninguna acción, pues el Senado se reunió y tomó la decisión de que los patricios partieran a la guerra con sus clientes, y de los demás ciudadanos, señaló que quienes quisieran tomar parte en la campaña organizada para la salvación de la patria, tendrían los dioses a su favor y los que abandonaran a los cónsules, en contra. Cuando se le- 3
yó el decreto del Senado en la asamblea, muchos, incluso del pueblo, aceptaron voluntariamente el combate; los más razonables, por la vergüenza que supondría que ellos no ayudaran a una ciudad aliada, que, por causa de su buena relación con los romanos, continuamente estaba siendo víctima de algún daño por parte de sus enemigos. Entre estos estaba Sicio, aquel que en la asamblea popular había acusado a los que se apropiaron de la tierra pública, el cual llevaba consigo una cohorte de ochocientos hombres que ya no tenían edad militar, como tampoco él, y no estaban sometidos a la coacción de las leyes; pero, honrando a este hombre por sus muchos y grandes servicios, no consideraron justo abandonarlo ahora que marchaba a la guerra[52].
Esta fracción del ejército que partió entonces era mucho 4
mejor que el resto por su experiencia en combates y su valor ante los peligros. La mayoría le seguía inducida por gratitud hacia los más ancianos y por sus exhortaciones. Y había otra parte que estaba dispuesta a soportar todo el peligro por las ganancias que se obtienen en las campañas. Pues bien, en poco tiempo salió un ejército suficiente en número y que disponía de los más espléndidos equipamientos. Los enemigos, que habían oído que los romanos 5

[52] Livio (III 31, 2-4) no dice nada de la historia de Sicio narrada aquí y en los capítulos siguientes.

iban a conducir una tropa contra ellos, empezaron a retirar a casa sus fuerzas. Pero los cónsules, marchando apresuradamente, los encontraron acampados cerca de la ciudad de Ancio, en un lugar alto y escarpado, e instalaron su cam-
6 pamento no lejos del de aquellos. Durante un tiempo, permanecieron ambos ejércitos en sus campos; después, los ecuos, despreciando a los romanos por no haber iniciado el ataque y pensando que no eran suficientes en número, salieron y les cortaron sus provisiones, hicieron retroceder a los que eran enviados a por forraje o pasto para los caballos, y a los que bajaban a por agua les atacaban súbitamente y les desafiaban repetidas veces a una batalla.

44 Los cónsules, al ver esto, decidieron no demorar más la guerra. En esos días, le correspondía a Romilio la facultad de decidir guerrear y fue él quien dio la señal, estableció el orden de batalla y fijó el momento oportuno para empezar y finalizar el combate. Él, una vez que ordenó que levantaran los estandartes de la batalla y que sacó al ejército del campamento, colocó a la caballería y a la infantería por compañías en los lugares adecuados a cada
2 uno, y, llamando a Sicio, le dijo: «Nosotros, Sicio, vamos a luchar aquí contra los enemigos; pero tú, mientras ambos ejércitos nos decidimos y hacemos los preparativos para el combate, marcha por aquel camino transversal hacia la montaña donde está el campamento de los enemigos y entabla una batalla con los que están dentro, con el fin de que los que estén luchando con nosotros, o temerosos por la guarnición y deseosos de ayudarles, nos den la espalda y se conviertan en presa fácil, como es natural en una retirada rápida y forzados a ir todos por un solo camino, o por el contrario, quedándose aquí, pierdan el campamen-
3 to. Por una parte, ni las fuerzas que lo vigilan son capaces de combatir, a lo que puede sospecharse, creyendo que to-

da su seguridad está en lo escarpado del lugar; y por otro
lado, el ejército que te acompaña, ochocientos hombres
adiestrados en muchas guerras, bastaría para capturar en
un audaz ataque a los vigilantes de las tiendas aturdidos
por el inesperado asalto». Y Sicio contestó: «En lo que a 4
mí respecta, estoy dispuesto a obedecer en todo; sin embar-
go, la empresa no es tan fácil como a tí te parece; pues
el acantilado sobre el que está el campamento es alto y
escarpado, y no veo ningún camino que lleve a él excepto
uno por el que bajarán los enemigos contra nosotros, y
es probable que haya en él una guardia capaz de combatir.
Pero, aunque diera la casualidad de que fuera una guardia
poco numerosa e inepta, será capaz de resistir a una fuer-
za mucho mayor que la que va conmigo, y el mismo lugar
le ofrecerá a la guardia la seguridad de no ser capturada.
Intenta, antes que nada, cambiar de idea, pues la tentativa 5
es arriesgada. Pero, si de todas maneras estás decidido a
entablar dos combates al mismo tiempo, ordena una fuerza
adecuada de hombres escogidos para que me acompañe
con los más veteranos, pues no vamos a subir a tomar el
lugar por sorpresa, sino a conquistarlo por la fuerza y
abiertamente».

Pero, aunque Sicio quería hablar más y continuar su 45
discurso, el cónsul le interrumpió y le dijo: «No hay nece-
sidad de muchas palabras, sino que, si estás dispuesto a
cumplir mis órdenes, marcha rápidamente y no adoptes el
papel de general; pero, si rehusas y esquivas el peligro,
utilizaré a otros para la empresa. Tú, que has luchado en 2
ciento veinte batallas, que has prestado servicio militar du-
rante cuarenta años y que estás cubierto de heridas por
todo el cuerpo, ya que viniste voluntariamente, márchate
sin tener trato con los enemigos ni verlos, y, en vez de las
armas, afila de nuevo la palabra que emplearás en abun-

3 dancia contra los patricios. ¿Dónde están ahora aquellos
numerosos premios tuyos, los collares, los brazaletes, las
lanzas, los adornos, las coronas de los cónsules, los despo-
jos conseguidos en combates singulares y toda la demás
pesadez que tuvimos que aguantarte cuando nos lo conta-
bas hace poco? Pues en el momento en que has sido pues-
to a prueba en esta única empresa, donde había peligro
verdadero, se comprobó cómo eras, qué fanfarrón y cómo
cultivabas la valentía en apariencia pero no en la realidad».
4 Sicio, no pudiendo soportar estos aprobios, dijo: «Sé, Ro-
milio, que te has propuesto una de dos: o destruirme en
vida y no concederme nada además de soportar la más ver-
gonzosa reputación de cobarde o que yo muera destrozado
por los enemigos de forma indigna y oscura, puesto que
también pareció que yo era uno de los que pretenden te-
ner pensamientos de hombre libre. Tú no me envías a una
5 muerte incierta sino predestinada. Pero aceptaré incluso
esta empresa y, no mostrándome cobarde de espíritu, tra-
taré de tomar el campamento o de morir noblemente con
las esperanzas frustradas. Y a vosotros, compañeros solda-
dos, os pido que, si os enteráis de mi muerte, deis testi-
monio por mí ante los demás ciudadanos de que el valor
6 y la mucha franqueza de palabra me perdieron». Después
de dar esta contestación al cónsul, llorando abrazó a todos
sus amigos y se marchó con los ochocientos hombres, ca-
bizbajos y llorando como si marcharan a la muerte. Y to-
do el resto del ejército tomó el asunto con pena pensando
que ya no verían más a esos hombres.

Derrota de los ecuos

46 Sicio, sin embargo, tomando otra di-
rección, no la que pensaba Romilio, mar-
chó por el flanco de la montaña. Luego,
como por allí había un bosque bastante
espeso de árboles, condujo hasta él a sus hombres, se pa-

ró y dijo: «Como veis, hemos sido enviados por el gene-
ral a la muerte. Creía que nosotros íbamos a tomar el ca-
mino transversal, por el que, al subir, era imposible no
ser vistos por los enemigos. Pero yo os conduciré por un
camino fuera de su vista y tengo muchas esperanzas de
encontrar algunas sendas que nos llevarán por la cima
hasta el campamento. Tened también vosotros buenas es-
peranzas». Después de decir esto, los condujo a través del 2
bosque y, cuando ya había recorrido un gran trecho, en-
contró por azar a un hombre que volvía del campo, de
alguna heredad; y, ordenándole que se reuniera con los
más jóvenes, le hizo guía de la expedición. Éste, conducién-
doles alrededor de la montaña, los llevó después de mucho
tiempo a la colina situada junto al campamento, desde
donde había un camino rápido que descendía hasta él.
Mientras sucedía esto, las fuerzas de los romanos y de los 3
ecuos trabaron combate y lucharon con firmeza, estando
equiparadas en número y armamento y haciendo gala del
mismo ardor. Permanecieron durante mucho tiempo equi-
librados, a veces atacándose mutuamente, a veces retroce-
diendo, la caballería contra la caballería y la infantería
contra la infantería, y cayeron hombres destacados de am-
bos bandos. Después, la batalla llegó a un desenlace defi- 4
nitivo, pues Sicio y los que le acompañaban, cuando estu-
vieron cerca del campamento de los ecuos, encontrando
aquel lado sin vigilancia (pues todo el contingente que lo
guardaba se había dirigido al otro lado, orientado hacia
los combatientes, para ver la batalla), irrumpieron con mu-
cha facilidad y se encontraron en un lugar elevado con res-
pecto a la guardia. A continuación, entre gritos de guerra 5
corrieron contra ellos. Éstos, aturdidos por el inesperado
peligro y no creyendo que fueran tan pocos, sino que el
otro cónsul vendría con su propia fuerza, se lanzaron fue-

ra del campamento y la mayoría ni siquiera conservó sus armas. Sicio y los suyos mataron a todos los que se encontraron y, después de tomar el campamento, marcharon
6 contra los que estaban en la llanura. Los ecuos, al darse cuenta de la toma del campamento por la huida y el griterío de los suyos y viendo no mucho después que los enemigos les acometían por la espalda, ya no demostraron ningún valor, sino que rompieron las filas e intentaron salvarse unos por un camino y otros por otro; y entonces hubo la mayor matanza de ellos, pues los romanos no dejaron de perseguirles hasta la noche, matando a los que
7 capturaban. El que mató mayor número de ellos y llevó a cabo las hazañas más brillantes fue Sicio, quien, cuando vio que la situación de los enemigos llegaba a su fin y ya había oscurecido, rebosante de alegría y orgullo volvió con
8 su cohorte al campamento que habían tomado. Todos los que le acompañaban, sanos y salvos, no sólo no sufrieron ningún daño de los que habían imaginado, sino que consiguieron una reputación excelente y, llamándole padre, salvador, dios y todo lo más honorable, no se saciaban de abrazar a este hombre y darle otras muestras de afecto. En ese momento, el resto de la tropa de los romanos junto con los cónsules, regresaba a su campamento después de la persecución.

Lucio Sicio es nombrado tribuno por sus hazañas contra los ecuos

47 Ya era media noche cuando Sicio, guardando rencor contra los cónsules por esta expedición a la muerte, tuvo la idea de arrebatarles la gloria del éxito. Tras comunicar su intención a los que estaban con él, como a todos les pareció correcto y no había ninguno que no admirara la sensatez y la audacia de este hombre, tomó las armas y, exhortando a los demás a que lo hicieran, en primer lugar mató a todos los ecuos que

encontró en el campamento, así como a caballos y demás animales de carga. Después, incendió las tiendas, que estaban llenas de armas, grano, ropa, provisiones para la guerra y demás bienes que ellos se llevaban consigo como botín de los tusculanos, y que eran muy numerosos. Cuando 2
todo había sido destruido por el fuego, al rayar el alba se marchó sin llevarse nada excepto las armas, y, recorriendo rápidamente el camino, se presentó en Roma. En el momento en que fueron vistos hombres armados cantando peanes[53] de victoria y marchando presurosamente, todos cubiertos de sangre, la gente corría y deseaba ansiosamente verles y oir sus hazañas. Ellos llegaron hasta el Foro y 3
explicaron a los tribunos lo que había ocurrido; y estos, convocando una asamblea, les pidieron que lo contaran a todos. Cuando estaba reunida una gran multitud, Sicio se adelantó, les comunicó la victoria y les dio a conocer el modo en que se había desarrollado el combate, explicándoles que por su propio valor y el de los ochocientos veteranos que le acompañaban, a quienes los cónsules habían enviado a la muerte, el campamento de los ecuos había sido tomado y las fuerzas alineadas contra los cónsules habían sido puestas en fuga. Les pidió que no dieran las gra- 4
cias por la victoria a ningún otro y finalmente aún añadió aquellas palabras: «hemos venido salvando nuestras vidas y nuestras armas, pero no nos hemos traído ninguna otra cosa, grande o pequeña de lo conquistado». El pueblo, al 5
escuchar estas palabras, prorrumpió en sollozos y lamentos viendo la edad de los hombres y considerando sus méritos; estaban indignados y llenos de rencor contra los que se

[53] El peán era un canto solemne a varias voces, que se entonaba en las ocasiones importantes, sobre todo en honor a Apolo. Podía ser canto fúnebre; de combate, antes o durante la batalla; de alegría y de fiesta, o de victoria, como en este caso.

habían propuesto privar a la ciudad de tales hombres. Como Sicio previó, se había desatado el odio de todos los
6 ciudadanos contra los cónsules. Además, el Senado no llevó el asunto de forma adecuada, pues no decretó para ellos ni una procesión triunfal ni ninguna otra cosa de las que se celebran con ocasión de combates gloriosos. Sin embargo, el pueblo, cuando llegó el momento de las elecciones, nombró tribuno a Sicio, concediéndole el honor sobre el cual tenían autoridad. Estos fueron los acontecimientos más relevantes de entonces.

Los ex cónsules Cayo Veturio y Tito Romilio son citados a juicio[54]

48 Después de estos cónsules, al año siguiente se hicieron cargo de esta magistratura Espurio Tarpeyo y Aulo Terminio, que continuaron adulando al pueblo en todos los asuntos y, en concreto, sometieron a la deliberación del Senado la medida de los tribunos, pues veían que los patricios no iban a sacar ningún provecho de su oposición, sino que más bien los que lucharan con mayor celo en su nombre se acarrearían envidia,
2 odio, perjuicios particulares y desdichas. Pero lo que más les asustaba era la reciente desgracia de los cónsules del año anterior, que habían sido tratados de forma indigna por el pueblo y no recibieron ningún apoyo del Senado. Pues bien, Sicio, el que había destruido al ejército de los ecuos, incluido el mismo campamento, y había sido nombrado entonces tribuno, como ya dije, el primer día de su cargo, después de celebrar los sacrificios de toma de posesión según la ley y antes de gestionar cualquier otro de los asuntos públicos, convocó en la asamblea a Tito Romilio para que se presentara ante el tribunal del pueblo a de-

[54] Para capítulos 48-52, véase Livio, III 31, 5-8. El nombre del segundo cónsul debería ser Aternio.

fenderse de un delito de ofensa al Estado, y fijó el día del juicio. Lucio[55], que entonces era edil y había sido tribuno 3
el año anterior, citó a un juicio parecido a Cayo Veturio, el otro cónsul del pasado año. En el intervalo de tiempo hasta el juicio, muchos demostraron su interés y animaron a ambos acusados, que tenían muchas esperanzas puestas en el Senado y se tomaban el peligro sin ninguna pesadumbre, pues tanto los senadores ancianos como los jóvenes les prometieron que no permitirían que se celebrara el
juicio. Pero los tribunos, que habían tomado todo tipo de 4
precauciones desde mucho antes y no tenían en consideración ni súplicas ni amenazas ni ningún otro riesgo, cuando llegó el momento del juicio, convocaron al pueblo. Incluso antes ya habían acudido de los campos los jornaleros y una multitud de campesinos, que, agregados a la muchedumbre de la ciudad, no sólo llenaron el Foro sino también las calles que conducían a él.

Pues bien, el juicio contra Romilio fue el primero en 49
celebrarse. Sicio, adelantándose, acusó a este hombre de todos los actos de violencia que tenía fama de haber cometido contra los tribunos mientras fue cónsul y, al final, explicó la trama preparada por el general contra él y su cohorte. Presentó como testigos de todo esto a los hombres más destacados que habían tomado parte con él en la campaña, no sólo plebeyos sino también patricios. Entre éstos, había un joven no desconocido ni por el prestigio de su familia ni por su valía personal, y muy valiente en
la guerra. Su nombre era Espurio Virginio. Este contó que, 2
queriendo que Marco Icilio, hijo de uno de los hombres de la cohorte de Sicio, de su misma edad y amigo, fuera

[55] Probablemente el hombre llamado L. Alieno por Livio (III 31, 5).

licenciado de la expedición, pues tenía la idea de que iba con su padre a la muerte, pidió a Aulo Virginio, su tío, que participaba en la campaña como legado, que fuera con él ante los cónsules a rogarles que les concedieran este fa-
3 vor. Ante la negativa de los cónsules, lamentándose por adelantado del infortunio de su compañero, se le saltaron las lágrimas, pero el joven por el que se había hecho la súplica, enterado de esto, se presentó y, pidiendo la palabra, dijo que daba las gracias encarecidamente a quienes habían intercedido por él, pero que no habría aceptado gustoso un favor que le privaría de cumplir un deber piadoso para con su padre, y que no le abandonaría, sobre todo cuando iba a morir, y eso todos lo saben, sino que partiendo con él, le socorrería cuanto pudiera y participaría
4 de la misma suerte que él. Después de que el joven ofreciera este testimonio, no había nadie que no estuviera emocionado por el destino de estos hombres. Y cuando ellos mismos fueron llamados a declarar y se presentaron los Icilios, padre e hijo, y contaron lo que les atañía, la mayo-
5 ría de los plebeyos ya no pudo contener las lágrimas. Luego, cuando Romilio se defendió y expuso sus razones nada corteses ni adecuadas a la situación, sino altivo y orgulloso de no tener que rendir cuentas de su cargo, la mayoría se reafirmó en su cólera contra él. Y en el momento en que se les dio la posibilidad de votar, tenían una idea tan clara de su culpabilidad que este hombre fue condenado por todos los votos de las tribus. La pena impuesta en este pro-
6 ceso fue una multa de diez mil ases. Me parece que Sicio no hizo esto sin cierta intención, sino con el fin de que el interés de los patricios hacia este hombre fuera menor y no cometieran ningún error relacionado con la votación cuando consideraran que el condenado iba a ser castigado a una multa solamente, y, por otro lado, para que el em-

peño de los plebeyos en el castigo fuera más decidido ya que no iban a privar a un ex cónsul ni de la vida ni de la patria. No muchos días después de ser condenado Romilio, lo fue Veturio; y la pena que se le impuso fue también una multa, una vez y media la del otro.

Política conciliadora de los nuevos cónsules

Al reflexionar sobre estos hechos, los 50
cónsules en el poder estaban muy temerosos y tomaban precauciones para no recibir el mismo trato del pueblo al final de su consulado, hasta el punto de que ya no ocultaban sus intenciones, sino que administraban la política claramente a favor del pueblo. En primer lugar, ratificaron una ley en la asamblea por centurias, según la cual a todos los magistrados les estaba permitido castigar a quienes causaran desórdenes o cometieran algún delito contra su autoridad; pues hasta entonces no les estaba per-
mitido a todos, sino sólo a los cónsules. Sin embargo, no 2
dejaron en manos de los que debían imponer el castigo la cuantía de la multa, sino que ellos mismos limitaron la pena, fijando el tope máximo en dos bueyes y treinta ovejas. Los romanos mantuvieron esta ley en vigencia durante
mucho tiempo. Después de esto, remitieron al Senado la 3
discusión relativa a las leyes que los tribunos se esforzaban por formalizar; leyes comunes para todos los romanos y que serían observadas en el tiempo venidero. Los hombres de más influencia pronunciaron numerosas alocuciones en ambos sentidos, unas tendiendo a aceptar y otras, a oponerse. Pero prevaleció la opinión de Tito Romilio, que presentaba la opción más democrática frente a los oligarcas y contra las expectativas de todos, tanto patricios como
plebeyos, pues suponían que este hombre, que había sido 4
condenado recientemente por el pueblo en un juicio, pensaría y diría todo lo contrario a los plebeyos. Pero se levan-

tó cuando le correspondía contestar, pues le habían preguntado su opinión de acuerdo con su rango (estaba entre los del medio por su dignidad y edad), y dijo:

Discurso a favor de que se redacte un cuerpo de leyes

51 «Sería pesado si a vosotros, senadores, que lo sabéis perfectamente, os contara lo que he padecido por causa del pueblo, no por haber cometido ningún delito sino por mi interés hacia vosotros. Sin embargo, haré mención de ello porque es necesario para que sepáis que lo que voy a decir no se debe a que me entregue a la adulación de la plebe, que es mi enemiga, sino a que es lo conveniente en todos los sentidos. Que nadie se extrañe si muchas veces, en épocas anteriores y también cuando era cónsul, fui partidario de la opción contraria y ahora he cambiado repentinamente; y no supongáis ninguna de estas dos cosas: o que yo entonces había tomado una decisión errónea o que ahora he cambiado
2 de opinión sin motivo. Yo, senadores, durante todo el tiempo que consideré fuerte vuestra posición, exalté la aristocracia, como debía, menospreciando a la plebe; pero puesto que, castigado por mis propias desdichas, con un gran costo aprendí que vuestro poder es menor que vuestra voluntad y que habéis permitido, cediendo a la necesidad, que muchos que habían emprendido el combate a vuestro favor fueran llevados a su perdición por el pueblo,
3 ya no tengo las mismas opiniones. Yo habría preferido que ni a mí ni a mi colega nos hubieran ocurrido estas desgracias por las que todos nos compadecéis. Pero, ya que nuestros problemas han terminado y es posible enmendar los futuros y procurar que otros no sufran lo mismo, os ruego que, no sólo en común sino también cada uno en particular, resolváis bien la actual situación. La ciudad mejor administrada es la que cambia según la coyuntura, y el me-

jor consejero es el que da a conocer su opinión guiado no por su enemistad o gratitud particular, sino por la conveniencia de la comunidad. Y los que toman las mejores decisiones relativas al futuro son aquellos que tienen los hechos pasados como ejemplo de los venideros. Cuantas veces 4
hubo, senadores, una disputa y enfrentamiento con el pueblo, vosotros siempre estuvisteis en inferioridad de condiciones, unas veces porque hablaron mal de vosotros y otras, porque fuisteis castigados con la muerte, ultraje y destierro de varones ilustres. Verdaderamente, ¿qué mayor desgracia podría ocurrirle a una ciudad que verse privada de sus mejores hombres y además de forma injusta? Os aconsejo que lo evitéis y que no tengáis que arrepentiros de haber expuesto a un peligro evidente y luego haber abandonado en los momentos difíciles a los magistrados actuales o a algún otro que represente una ventaja aunque sea pequeña para la comunidad. Pero lo más importante 5
que os aconsejo es que elijáis embajadores, unos para las ciudades griegas de Italia y otros para Atenas, los cuales deberán pedir a los griegos sus mejores leyes y, sobre todo, las que más se ajusten a nuestras formas de vida, y después, traerlas aquí. Cuando ellos vuelvan, que los cónsules de entonces propongan al Senado que considere a quiénes deben elegir como legisladores, qué magistratura ostentarán, por cuánto tiempo, y respecto a lo demás, que piensen la fórmula que les parezca conveniente; y que ya no discutáis más con los plebeyos ni os carguéis unas desgracias sobre otras, en concreto disputando por unas leyes que, aunque no supongan ninguna otra cosa, al menos tienen la reputación decorosa de la dignidad».

Nombran embajadores para traer las leyes griegas

52 Después de hablar así Romilio, ambos cónsules apoyaron su opinión con unos discursos largos y preparados de antemano así como muchos otros senadores, y llegaron a ser mayoría los que se suma-
2 ron a esta opinión. Cuando la resolución provisional iba a ser formalizada, se levantó el tribuno Sicio, el que había llevado a Romilio a juicio, y pronunció un largo discurso a favor de este hombre, elogiando su cambio de opinión y el no dar más importancia a sus enemistades privadas que a los beneficios de la comunidad, sino señalar lo con-
3 veniente basándose en una recta opinión. «Por lo cual —dijo— le concedo este honor y este favor: le libero de la multa que le impusieron en el juicio y me reconcilio con él para el futuro, pues nos ha vencido con su honradez». También los demás tribunos se adelantaron y estuvieron de acuerdo en lo mismo. Sin embargo, Romilio no aceptó recibir este favor, sino que, tras agradecer a los tribunos su buena voluntad, dijo que pagaría la multa, puesto que ya estaba consagrada a los dioses y él no actuaría de forma justa y piadosa privando a los dioses de lo que la ley
4 les daba. Y así lo hizo. Una vez formalizado el decreto preliminar y sancionado después por el pueblo, fueron designados como embajadores para traerse las leyes de los griegos, Espurio Postumio, Servio Sulpicio y Aulo Manlio; y se les prepararon trirremes con el erario público y el restante ornato suficiente para demostrar su soberanía. Y terminó ese año.

Una peste asola Roma

En la LXXXII Olimpiada (451 a. C.)[56], en la que venció en el estadio Lico, el tesalio de Larisa, siendo arconte en Atenas Queréfanes, cuando se cumplían trescientos años de la fundación de Roma, y Publio Horacio y Sexto Quintilio habían recibido el consulado, una epidemia de peste asoló Roma, la mayor de las que se recuerdan de tiempos pasados. Debido a esto, perecieron casi todos los esclavos y alrededor de la mitad de los ciudadanos, pues ya no eran suficientes los médicos para auxiliarles en sus sufrimientos, ni sus servidores o amigos les ayudaban en las cosas necesarias. Los que querían poner remedio a las desdichas de otros, al estar en contacto con cuerpos enfermos y vivir con ellos, contraían las mismas enfermedades, hasta el punto de que muchas familias quedaron exterminadas por falta de gente que los cuidara. No era la menor de las desgracias para la ciudad, y además fue la causa de que la enfermedad no remitiera rápidamente, el hecho de abandonar los cadáveres. Al principio, tanto por un sentimiento de vergüenza como por abundancia de todo lo necesario para los enterramientos, quemaban los cadáveres y los entregaban a la tierra; pero al final, unos, por despreocupación moral y otros, por no tener los recursos necesarios, arrojaban a muchos muertos a las cloacas de las calles e incluso a la mayor parte los echaban al río; y de estos les venían los mayores males. Efectivamente, al ser arrojados los cuerpos por las olas a las orillas y riberas, una insoportable y pestilente emanación llevada por el viento caía sobre los que todavía estaban sanos y producía rápidas alteraciones en

53 (§1) · 2 · 3 · 4

[56] Véase LIVIO (III 32, 1-4). LIVIO da el nombre del primer cónsul como P. Curiacio.

sus cuerpos; el agua que traía el río ya no era aprovechable para beber, en parte por su extraño hedor y en parte
5 por provocar indigestiones. Estos desastres no sólo se daban en la ciudad sino también en los campos; y especialmente sufrió el contagio la masa de campesinos, pues vivían junto con sus ovejas y los demás animales. Durante el tiempo en que a la mayoría le quedaba alguna esperanza de que la divinidad le ayudara, todos se dedicaron a hacer sacrificios y ritos expiatorios; y los romanos introdujeron muchas prácticas indecorosas e inusuales entre ellos en re-
6 lación con el culto a los dioses. Pero cuando se dieron cuenta de que no había ningún interés ni compasión hacia ellos por parte de la divinidad, abandonaron también el servicio del culto. Durante esta desgraciada situación murió uno de los cónsules, Sexto Quintilio, y también el cónsul que fue designado a continuación, Espurio Furio, además
7 de cuatro tribunos y muchos senadores insignes. Pues bien, mientras la ciudad padecía esta enfermedad, los ecuos se propusieron conducir un ejército contra ellos y enviaron embajadas a los demás pueblos enemigos de los romanos convocándoles a la guerra. Pero no tuvieron tiempo de sacar sus fuerzas de las ciudades, pues cuando todavía estaban en los preparativos, la misma enfermedad se abatió sobre éstas.

8 No sólo se difundió por el territorio de los ecuos, sino también por el de los volscos y el de los sabinos, y fue perniciosa especialmente para sus habitantes. A raíz de esto, ocurrió que la tierra fue abandonada sin cultivo y el hambre se añadió a la epidemia. Así pues, bajo el mandato de estos cónsules, por causa de la enfermedad, los romanos no llevaron a cabo ninguna acción ni militar ni civil digna de pasar a los anales de la historia.

Los tribunos exigen que se nombren legisladores[57]

Para el año siguiente, fueron designados cónsules Lucio Menenio y Publio Sestio; y la epidemia remitió al fin. Después de esto, se celebraron sacrificios públicos de acción de gracias a los dioses y brillantes competiciones costeadas con espléndidos gastos; la ciudad estaba inmersa en fiestas y diversiones, como es 54
lógico. Y todo el invierno se pasó así. Al comienzo de la 2
primavera, se trajo trigo en abundancia de muchos lugares, la mayor parte comprado por el Estado, aunque también cierta cantidad fue importada por comerciantes particulares, pues el pueblo padecía sobre todo la escasez de alimento, al haber sido dejada la tierra baldía por causa de la epidemia y muerte de los campesinos.

Por la misma época, llegaron de Atenas y de las ciuda- 3
des griegas de Italia los embajadores con las leyes. Y, poco después, los tribunos se presentaron ante los cónsules pidiendo que designaran a los legisladores de acuerdo con el decreto del Senado. Pero los cónsules, que no sabían de qué modo librarse de sus asedios e insistencias, contrariados con el asunto y no queriendo que la aristocracia fuera abolida durante su mandato, se procuraron una excusa digna, diciendo que entonces era el momento de la elección de los magistrados y, como ellos debían nombrar
primero a los cónsules, que esto lo harían en breve y, una 4
vez designados los cónsules, remitirían con ellos al Senado la discusión relativa a los legisladores. Cuando los tribunos aceptaron, fijaron la elección mucho más pronto de lo que había sido costumbre en las anteriores elecciones y nombraron cónsules a Apio Claudio y a Tito Genucio; después de esto, desentendiéndose de cualquier preocupación relati-

[57] Para capítulos 54-56 véase LIVIO, III 32, 5-33, 6.

va a los asuntos públicos, como si ya fuera un deber de otros el ocuparse de esas cosas, no prestaban atención a los tribunos, sino que pensaban sustraerse de sus obligacio-
5 nes el tiempo que les quedaba de consulado. Casualmente, a uno de ellos, Menenio, le sobrevino una enfermedad crónica. Algunos dijeron que la consunción que se había apoderado de él por causa de la pena y el desánimo, había hecho la enfermedad irremediable. Sestio, ayudándose de esta excusa, y como si él no pudiera hacer nada solo, rechazaba las súplicas de los tribunos y les pedía que se diri-
6 gieran a los nuevos cónsules. Los tribunos, no sabiendo qué otra cosa hacer, se vieron obligados a recurrir a Apio y su colega, que todavía no habían tomado posesión de la magistratura, unas veces mediante peticiones en las asambleas y otras, en encuentros privados. Y, finalmente, se atrajeron a estos hombres prometiéndoles grandes esperanzas de honor y poder si se adherían a la causa del pueblo.
7 Efectivamente, a Apio le entró cierto deseo de ser investido con una magistratura insólita, establecer leyes para la patria y ser el origen de la concordia y la paz para sus conciudadanos y de que todos reconocieran la unidad de la ciudad. Sin embargo, no conservó su honestidad cuando fue honrado con esta importante magistratura, sino que, corrompido por la relevancia de su autoridad, cayó finalmente en una irresistible ansia de poder y faltó poco para que llegara a la tiranía. Sobre esto hablaré en el momento oportuno.

Se crea la magistratura de los decenviros

55 Pero, entonces, él tomó esta resolución seriamente y convenció a su colega, y, puesto que muchas veces los tribunos le habían convocado a la asamblea, se presentó y pronunció muchas palabras afables. El resumen de su alocución fue el siguiente: que

tanto a él como a su colega les parecía lo más importante de todo que fueran designados los legisladores y que los ciudadanos cesaran sus luchas por la igualdad de derechos, y así expresaron su opinión claramente. Pero ellos no tenían ninguna autoridad para nombrar a los legisladores, pues todavía no habían asumido su magistratura; sin embargo, no sólo no se opondrían al cónsul Menenio y a su colega cuando pusieran en práctica el decreto del Senado, sino que colaborarían con ellos y les quedarían muy agradecidos. De todas formas, si rehusaran poniendo como 2
pretexto la nueva magistratura, como si a ellos no les fuera lícito, cuando ya estaban confirmados los nuevos cónsules, designar otros magistrados que recibieran autoridad consular, dijeron que en lo concerniente a ellos no les supondría ningún obstáculo, pues renunciarían voluntariamente al consulado a favor de los que fueran elegidos en su lugar si también esto lo aprobaba el Senado. El pueblo 3
elogió la buena voluntad de estos hombres y, como todos en masa corrieron hacia el Senado, Sestio se vio obligado a reunir él solo a la Cámara, porque Menenio era incapaz de presentarse a causa de su enfermedad, y les propuso hablar sobre las leyes. También entonces se pronunciaron muchos discursos por ambas partes, los que aconsejaban ser gobernados según unas leyes y quienes pretendían mantener las costumbres de sus antepasados. Prevaleció la opi- 4
nión de los que iban a ser cónsules el año próximo y la expuso Apio Claudio, que fue el primero en ser preguntado; consistía en que fueran elegidas diez personas, las más sobresalientes del Senado, y que éstas gobernaran durante un año desde el día en que fueran designadas, poseyendo la misma autoridad sobre todos los asuntos de la ciudad que tenían los cónsules y antes los reyes, y que quedaran abolidas todas las demás magistraturas durante el tiempo

5 en que los decenviros desempeñaran su cargo; que estos hombres seleccionaran de entre las costumbres tradicionales y las leyes griegas que habían traído los embajadores las mejores y más adaptables a la ciudad de Roma, y compusieran un código; y que las leyes redactadas por estos diez hombres, si el Senado las aprobaba y el pueblo las votaba, fueran válidas para todo el tiempo, y todos los magistrados que fueran designados en lo sucesivo fijaran los contratos privados y administraran los asuntos públicos de acuerdo con estas leyes.

56 Los tribunos, al recibir este decreto, marcharon a la
asamblea y, después de leerlo ante el pueblo, dedicaron
numerosos elogios al Senado y a Apio, que había hecho
la propuesta. Cuando llegó el momento de la elección de
los magistrados, los tribunos convocaron una asamblea y
pidieron que los cónsules electos vinieran a confirmar sus
promesas ante el pueblo, y aquéllos, presentándose, abju-
2 raron de sus cargos. El pueblo continuaba elogiándolos
y alabándolos, y, cuando hubo que votar a los legisladores,
les escogieron los primeros. Fueron designados en la elec-
ción por la asamblea de centurias Apio Claudio y Tito Ge-
nucio, que debían haber sido cónsules el año siguiente;
Publio Sestio, el cónsul de ese año; los tres que habían
traído las leyes de los griegos, Espurio Postumio, Servio
Sulpicio y Aulo Manlio; uno de los cónsules del año ante-
rior, Tito Romilio, el que había sido condenado en un pro-
ceso incoado por Sicio ante el pueblo, y fue elegido por-
que parecía que había encabezado una propuesta favorable
al pueblo [58], y, de entre los demás senadores, Cayo Julio,
Tito Veturio y Publio Horacio, todos ex cónsules. Los car-
gos de los tribunos, ediles, cuestores y cualquier otro que
fuera tradicional entre los romanos, fueron abolidos.

[58] Véase capítulos 50, 51.

Los decenviros redactan un código de leyes

Al año siguiente, los legisladores se hicieron cargo de los asuntos públicos y establecieron el régimen político de la siguiente manera: uno de ellos tenía las varas de mando y las demás insignias de la autoridad consular, era el que convocaba al Senado, sancionaba los decretos y hacía todas las demás cosas que correspondían a un gobernante. Y los otros, reduciendo a un nivel más popular la parte odiosa de su cargo, a simple vista se diferenciaban muy poco de la mayoría de los ciudadanos. Después y por turno, otro de ellos asumía esta autoridad, y esto se hacía por rotación durante un año, recibiendo cada uno el mando para cierto número convenido de días. Pero todos, sentados desde por la mañana, arbitraban los contratos privados y públicos, en los que podían surgir querellas de la ciudad con los súbditos, los aliados y los de dudosa fidelidad a Roma, y examinaban cada caso con total equidad y justicia. Aquel año, la ciudad de Roma parecía excelentemente gobernada por los decenviros. Pero sobre todo se les elogiaba su interés por los plebeyos y su oposición, en favor de los más débiles, a todo acto violento. Y muchos decían que la ciudad ya no tenía ninguna necesidad de protectores del pueblo ni de los demás magistrados si un solo liderazgo administraba todos los asuntos, y a la cabeza de este régimen parecía estar Apio, que obtenía del pueblo el elogio que correspondía a todos los decenviros. La fama de honradez se la habían dado no sólo las cosas que hacía junto con los demás lo mejor posible, sino mucho más, el comportamiento que mantenía personalmente, en sus saludos cariñosos, afables conversaciones y en los demás detalles de amistad para con los pobres. Estos diez hombres redactaron leyes a partir de las griegas y de sus propias costumbres no escritas, y

57 (al margen, línea 1); 2 (línea «do de días. Pero todos, sentados desde por la mañana,»); 3 (línea «cada caso con total equidad y justicia. Aquel año, la ciu-»); 4 (línea «Apio, que obtenía del pueblo el elogio que correspondía»); 5 (línea «los pobres. Estos diez hombres redactaron leyes a partir»)

las expusieron en diez tablillas para el que quisiera examinarlas, aceptando cualquier rectificación de personas privadas y corrigiendo lo redactado con vistas a la común complacencia. Durante mucho tiempo continuaron deliberando en público con los mejores hombres y haciendo el más me-
6 ticuloso examen de la legislación. Una vez que les pareció satisfactorio lo escrito, en primer lugar convocaron al Senado, y no habiendo ningún reproche a las leyes, ratificaron un decreto preliminar sobre ellas. Después, convocaron al pueblo a la asamblea por centurias y, estando presentes los flámines, los augures y los demás sacerdotes y habiendo dirigido los ritos religiosos según la costumbre, distribu-
7 yeron a las centurias las tablillas para votar. Cuando también el pueblo había ratificado las leyes, las grabaron en estelas de bronce y las colocaron una detrás de otra en el Foro, escogiendo el lugar más visible. Y, como el tiempo que les quedaba de mandato era breve, reunieron a los Senadores y propusieron examinar cómo debía ser la elección de magistrados.

Se elige un nuevo decenvirato

58 Después de muchas intervenciones, venció la opinión de los que aconsejaban designar de nuevo un gobierno de diez personas que tuviera pleno poder en los asuntos públicos. La legislación parecía incompleta por el hecho de haber sido escrita en poco tiempo, y, en lo que respecta a las leyes ya ratificadas, parecía necesaria una magistratura con plenos poderes para que voluntaria o involuntariamente la gente se mantuviera fiel a ellas. Pero lo que más les convenció a decidirse por el decenvirato fue la eliminación de los tribunos, cosa que
2 deseaban por encima de todo. Ésta era su opinión cuando deliberaban en público; pero en privado, los líderes del Senado determinaron hacerse con esta magistratura, temero-

sos de que ciertos hombres turbulentos, al conseguir tanto poder, cometieran algún gran daño. Como el pueblo aceptó gustoso la resolución del Senado y con su mejor voluntad lo ratificó en votación, los propios decenviros anunciaron el momento de las elecciones, y, por su parte, los patricios más ancianos e ilustres se presentaron como candidatos al cargo. En aquel momento, Apio, el dirigente 3
del decenvirato de entonces, era el más elogiado por todos, y la gran masa de plebeyos quería que este permaneciera en el poder, considerando que ningún otro gobernaría mejor. Él, al principio fingía rehusar y pedía que le eximieran de un servicio molesto y a la vez objeto de envidia. Pero, finalmente, como todos le insistían, él mismo no sólo aceptó optar al cargo sino que también, acusando a los mejores de las candidaturas rivales de que no le eran favorables por envidia, apoyaba claramente a sus amigos. Y de nue- 4
vo, en la asamblea por centurias fue nombrado legislador por segunda vez; y con él, Quinto Fabio, de sobrenombre Vibulano, que había sido cónsul tres veces, hombre irreprochable hasta ese momento por todas sus virtudes. De los demás patricios, fueron elegidos aquellos a los que él favorecía, Marco Cornelio, Marco Sergio, Lucio Minucio, Tito Antonio y Manio Rabuleyo, hombres no demasiado ilustres; y, de entre los plebeyos[59], Quinto Petelio, Cesón Duilio y Espurio Opio. Estos también fueron añadidos por Apio con el fin de adular a los plebeyos, explicando que es justo que, siendo designada una sola magistratura para todos, también una parte del pueblo esté incluida en ella. Con muy buena reputación por todas estas cuestiones y 5
considerado superior a los reyes y a los que habían gobernado la ciudad anualmente, asumió de nuevo el cargo para

[59] Según LIVIO (IV 3, 17) los decenviros eran todos patricios.

el año siguiente. Estos fueron los asuntos realizados por los romanos durante ese decenvirato, y no hubo ninguna otra cosa digna de mención.

Desconfianza del pueblo ante la conducta de los nuevos magistrados[60]

59 Al año siguiente, habiendo asumido la autoridad consular Apio Claudio y los demás hombres en los idus de mayo (contaban los meses según la luna, y la luna
2 llena caía en los idus), en primer lugar hicieron un juramento sin decirlo a la plebe y pactaron entre ellos no oponerse unos a otros en nada, sino que lo que uno de ellos juzgara legítimo, todos lo considerarían válido; que mantendrían el cargo de por vida y no dejarían entrar a ningún otro en el gobierno; que todos gozarían de los mismos honores y tendrían el mismo poder; que raras veces harían uso de los votos del Senado o del pueblo y en las ocasiones estrictamente necesarias, y la mayoría de las cosas, en cambio, las realizarían guiándose por
3 su propia autoridad. Llegado el día en que debían asumir la magistratura, tras ofrecer a los dioses los sacrificios previos de rigor (los romanos consideran sagrado ese día y sobre todo juzgan como mal presagio escuchar o ver algo desagradable en su transcurso) los decenviros salieron al amanecer llevando todos consigo las insignias de la autori-
4 dad real. Cuando el pueblo se dio cuenta de que ellos ya no mantenían aquella forma de gobierno democrática y moderada ni se intercambiaban las insignias de la realeza
5 como antes, cayó en un gran desánimo y tristeza. Les asustaban las hachas atadas a los haces de varas, que llevaban los doce lictores que precedían a cada uno de los decenviros y que a base de golpes apartaban de las calles a la multitud, cosa que también ocurría en tiempos de los re-

[60] Para capítulos 59 y ss., véase Livio, III 35-38, 2.

yes. Pero, inmediatamente después de la expulsión de los monarcas, esta costumbre había sido abolida por un partidario del pueblo, Publio Valerio, que sucedió a aquellos en el poder, y todos los cónsules que le siguieron, considerando que había tomado una buena decisión, hicieron lo mismo, no volviendo a atar las hachas a los haces de varas excepto en las expediciones militares y otras salidas de la ciudad. Sólo cuando emprendían una guerra fuera de sus 6
fronteras o iban a inspeccionar los asuntos de los súbditos, entonces también añadían las hachas a las varas, para que su aspecto temible, como algo usado contra enemigos o esclavos, resultara lo menos molesto posible a sus conciudadanos.

Política tiránica de los decenviros

Verdaderamente, cuando todos vie- 60
ron esto, que era considerado una señal de la autoridad real, les invadió un gran temor, como dije, pensando que habían perdido su libertad y elegido diez reyes en lugar de uno. Los decenviros, teniendo asustadas a las masas de este modo y sabiendo que era preciso gobernarlas en el futuro a base de miedo, cada uno de ellos formó una asociación de camaradas escogiendo a los jóvenes más audaces y favorables a sus personas. El hecho de que la 2
mayoría de gente necesitada y de baja condición se mostrara aduladora de una autoridad tiránica, prefiriendo sus propias ganancias antes que el bien común, no era algo paradójico ni inesperado; pero que incluso pudieran encontrarse muchos patricios con motivos, por riqueza o por nacimiento, para sentirse orgullosos que aceptaran ayudar a los decenviros a abolir la libertad de la patria, esto le parecía sorprendente a todo el mundo. Los decenviros, por su parte, halagando con todos los placeres que por naturaleza subyugan a la gente, gobernaban la ciudad con una

total impunidad, haciendo el mínimo caso del Senado y
del pueblo y convirtiéndose ellos mismos en legisladores y
jueces de todos los asuntos, matando a muchos ciudadanos
y privando injustamente de sus posesiones a otros muchos.
3 Sin embargo, para que todas sus acciones, aunque fueran
ilegales e indignas, tuvieran buenas apariencias, como si
hubieran sido realizadas de acuerdo con la justicia, nom-
braban tribunales para cada caso; pero los acusadores, ele-
gidos de entre los que habían ayudado a establecer la ti-
ranía, eran sobornados por los mismos decenviros y los
tribunales eran designados de entre los camaradas de estos,
los cuales, por turno se hacían favores mutuamente a tra-
4 vés de sus decisiones judiciales. Muchas querellas, y no las
de menor importancia, las juzgaban los propios decenviros
por sí mismos, de modo que los que estaban en inferiori-
dad de condiciones en el terreno de la justicia, se veían
obligados a integrarse en las facciones, puesto que de otro
modo no les era posible tener seguridad. Y con el tiempo,
la parte corrompida y enferma en la ciudad llegó a ser
más numerosa que la sana; pues ya no consideraban con-
veniente permanecer dentro de las murallas aquellos a quie-
nes los hechos de los decenviros les resultaban enojosos,
sino que se marchaban a los campos aguardando el mo-
mento de las elecciones, con la idea de que los decenviros
depondrían sus magistraturas, cuando cumplieran el perio-
5 do de un año, y designarían a otros magistrados. Apio y
sus colegas, por su parte, hicieron inscribir las restantes
leyes en dos tablas y las añadieron a las publicadas ante-
riormente. Entre estas últimas, también estaba esa ley que
no permitía a los patricios unirse en matrimonio con plebe-
yos (a mi parecer, esto no tenía otro motivo que el que
no llegaran a la concordia las dos clases sociales ligadas
íntimamente por vínculos de matrimonio y lazos de paren-

tesco). Y cuando llegó el momento de las elecciones de 6
magistrados, despidiéndose alegremente tanto de las costumbres tradicionales como de las leyes recién redactadas y sin solicitar el voto ni del Senado ni del pueblo, continuaron en el mismo cargo.

NOTA AL LIBRO XI Y A LOS FRAGMENTOS DE LOS LIBROS XII-XX

Libro XI

Para esta traducción hemos utilizado el texto griego fijado por E. Cary para la edición de Loeb de 1950, que sigue en general la de Kiessling y Jacoby.

Los manuscritos usados por Kiessling y Jacoby para el libro XI son los siguientes:

L. Laurentianus Plut. LXX 5, siglo XV.

V. Vaticanus 133, siglo XV.

M. Ambrosianus A 159 sup., siglo XV.

C. Coislianus 150, siglo XVI.

El mejor de estos cuatro es el L, que parece ser una copia fiel de un original muy estropeado; el copista normalmente deja huecos donde el texto resultaba ilegible. Luego, el V, que sólo esporádicamente presenta interpolaciones; este V se designó como E para los diez primeros libros. Bastante inferiores al V son el M y el C, que ofrecen a menudo torpes intentos en la corrección del texto, especialmente rellenando lagunas (en concreto, capítulos 42 y 48-49).

Todos estos MSS. derivan de un arquetipo malo que, además de contener muchas lagunas breves, había perdido hojas enteras y tenía otras insertadas en orden equivocado (capítulos 44, 6-51 y 52-63).

Fragmentos de los libros XII-XX

Aproximadamente la mitad de estos fragmentos provienen de la impresionante colección encargada por el emperador Constantino Porfirogénito, en el siglo X, de historiadores clásicos y tardíos. Los extractos de estas obras fueron clasificados bajo distintos encabezamientos, y unas pocas de estas secciones se han conservado, algunas en un solo manuscrito.

Las secciones que contienen extractos de Dionisio son las siguientes:

Ursin. Περὶ πρεσβειῶν *(De legationibus).* Publicada por primera vez por Ursinus, 1582; edición crítica de C. de Boor, Berlín, 1903.

Vales. Περὶ ἀρετῆς καὶ κακίας *(De virtutibus et vitiis).* Publicada por Valesius, 1634; edición crítica de A. G. Roos, Berlín, 1910.

Esc. Περὶ ἐπιβουλῶν *(De insidiis),* conservado en el Escorial. Editado por Feder, 1848 y 1849, y por C. Müller en sus *Frag. Hist. Graec. 1848.* Edición crítica de C. de Boor, Berlín, 1905.

Ath. Περὶ πολιορκιῶν, unos pocos capítulos del libro XX contenidos en un manuscrito encontrado en el Monte Atos (ahora en París). Editado por C. Müller en su *Josephus,* París, 1847, y más tarde por C. Wescher en su *Poliorcétique des Grecs,* París, 1868.

Otra fuente importante es:

Ambr. Una miscelánea de fragmentos en orden cronológico, contenida en un manuscrito de Milán del siglo XV. Fue cuidadosamente editada por Angelo Mai en 1816. Struve realizó numerosas correcciones al texto.

El orden en que están editados los fragmentos es el de Kiessling, seguido por Jacoby, y basado en el de la *Colección Ambrosiana*.

Estéfano de Bizancio (siglo VI), cuando cita los libros concretos de la *Historia Antigua de Roma* en los que encontró los distintos lugares y pueblos que menciona en su léxico geográfico (*Ethniká*), nos ayuda a asignar casi todos los fragmentos a sus respectivos libros. Pero sus referencias a los libros XVII y XVIII son confusas y no fijan con claridad la separación entre uno y otro.

Los manuscritos de los *excerpta* de los libros XII-XX son los siguientes:

Ursin:

E. Scorialenses R III 14 y R III 21.
V. Vaticanus Graecus 1418.
R. Parisinus Graecus 2463.
B. Bruxellensis 11301-16.
M. Monacensis 267.
P. Palatinus Vaticanus Graecus 113.
O. Todos los MSS.
X. B M P.
Z. Todos los MSS. no citados de otra manera.

Vales:

P. Peirescianus, ahora Turonensis.

Esc:

S. Scorialensis Ω I 11.
Edd. Müller y Feder.

Ath:

A. Ms. del Monte Atos, ahora en París.

Ambr:

Q. Ambrosianus Q 13 sup.
A. Ambrosianus A 80 sup.

LIBRO XI

Justificación de su detallado relato

1 Durante la LXXXIII Olimpiada (447 a. C.) en la que venció Crisón de Himera, siendo arconte en Atenas Filisco, los romanos abolieron el gobierno de los Diez, que se había encargado de los asuntos públicos durante tres años. Trataré de explicar desde el principio de qué manera intentaron eliminar el poder oligárquico que estaba ya enraizado, qué hombres encabezaron la liberación y por qué motivos y causas, suponiendo que tales conocimientos son necesarios y valiosos para todos los hombres, por decirlo así, pero especialmente para cuantos se dedican al estudio filosófico y a las actividades políticas. 2 Ciertamente, a mucha gente no le basta saber de la historia sólo que la guerra contra los persas (para poner con esto un ejemplo) la ganaron los atenienses y los lacedemonios en dos batallas navales y en una por tierra, combatiendo contra el bárbaro que conducía tres millones de soldados, mientras ellos y sus aliados no eran más de ciento diez mil, sino que también quieren conocer por la historia los lugares donde sucedieron los hechos, escuchar las causas por las que llevaron a cabo estas acciones admirables y extraordinarias e indagar quiénes eran los caudillos de los ejércitos bárbaros y griegos, y no quedar ignorantes, se diría, de nada de lo acaecido en lo referente a las lu-

3 chas. La mente de todo hombre disfruta al ser llevada me-
diante las palabras hasta los hechos, y no sólo al oír lo
relatado sino también al ver lo realizado. Como es natural,
tampoco se contentan, cuando escuchan actuaciones políti-
cas, con enterarse de lo principal y del resultado de las
acciones, como, por ejemplo, que los atenienses consintie-
ron a los espartanos que derribaran los muros de su ciu-
dad, redujeran su flota, instalaran una guarnición en la
Acrópolis y nombraran una oligarquía como rectora de los
asuntos públicos en lugar de la democracia tradicional, y
todo esto sin entablar lucha contra ellos, sino que en se-
guida quieren conocer cuáles fueron las necesidades que se
apoderaron de la ciudad —por cuya causa soportó esta si-
tuación terrible y cruel— y qué discursos los convencieron
y por quiénes fueron pronunciados, y todo cuanto acompa-
4 ñó a los hechos. Los políticos, entre quienes incluyo a
cuantos filósofos consideran la filosofía como un ejercicio
de acciones bellas y no de palabras, tienen en común con
los restantes hombres el gozar con la visión completa de
las circunstancias que acompañan a los hechos. Pero, apar-
te del placer, está la ventaja de ofrecer grandes beneficios
a las ciudades en momentos de necesidad por esta experien-
cia y guiarlas voluntariamente hacia su propio provecho
5 mediante el razonamiento. Los hombres comprenden más
fácilmente lo que les conviene y lo que les perjudica cuan-
do lo ven con muchos ejemplos, y dan fe de la prudencia
y gran sabiduría de quienes los invitan a ello. Por estas
razones decidí narrar con detalle todo lo sucedido en torno
a la disolución de la oligarquía[1] —todo cuanto considero,
6 naturalmente, digno de contarse—. No empezaré el relato

[1] En el libro XI, Dionisio usa con frecuencia el término «oligarquía» como «decenvirato» y «oligarcas» como «decenviros».

por los últimos hechos, que le parecen a la mayoría la única causa de la libertad —me refiero a los delitos que contra la muchacha cometió Apio por amor (pues esto fue un agravante y la última causa del odio de los plebeyos, pero otros muchos los precedieron)—, sino por los agravios que sufrió primero la ciudad por obra del decenvirato. Esto es lo primero que narraré, y contaré por orden todas las ilegalidades surgidas durante este régimen.

Causas del odio contra los decenviros

Parece que el primer motivo de odio 2
que surgió contra la oligarquía fue que enlazaron su segundo mandato con el primero, despreciando al pueblo y desdeñando al Senado; en segundo lugar, que a los más prestigiosos romanos, a quienes no les eran gratas sus acciones, a unos los expulsaron de la ciudad aportando terribles acusaciones falsas, y a otros los mataron enviando secretamente como acusadores a algunos de sus propios partidarios y juzgando ellos mismos estas causas; pero el mayor motivo fue que permitieron a los jóvenes más audaces que cada uno tenía en su círculo el robo y saqueo de
quienes se oponían a su régimen de gobierno. Ellos, como 2
si la patria hubiese sido tomada en guerra por la fuerza, no sólo arrebataban las riquezas a quienes las poseían legalmente, sino que también violaban a sus esposas cuando eran agraciadas, ultrajaban a sus hijas casaderas y golpeaban a quienes se irritaban como si se tratase de esclavos. Dispusieron además que a cuantos lo sucedido les pareciera insoportable dejaran su patria, y, junto con sus mujeres y sus hijos, se marchasen a las ciudades cercanas, donde los acogieron los latinos por su común linaje y los hérnicos por la igualdad de derechos civiles que en otro tiempo les concedieron a ellos los romanos. De modo que, como era natural, al final sólo se quedaron los partidarios de la tira-

nía y aquellos a quienes no interesaban nada los asuntos
3 públicos. En efecto, no permanecieron en la ciudad ni los
patricios, que consideraban indigno adular a los caudillos
pero no podían oponerse a sus acciones, ni los inscritos
en el Senado, cuya presencia era absolutamente precisa en
las magistraturas, sino que la mayoría de ellos, pertrecha-
dos con todo el mobiliario, dejaron vacías sus casas y vi-
4 vían en los campos. Para los oligárquicos, la marcha de
los hombres más notables resultó de su agrado por muchas
razones, pero especialmente porque aumentó mucho la arro-
gancia de los jóvenes indisciplinados al no poder ver ya
ante sus ojos a quienes los harían avergonzarse al realizar
algún acto insolente.

Rebelión de los pueblos sometidos

3 Privada la ciudad de su mejor compo-
nente[2] y perdida toda su libertad, los
que fueron vencidos en guerra por ella
pensaron que tenían la mejor oportuni-
dad para vengarse de los agravios que ha-
bían sufrido y recuperar lo perdido. Creyendo que la ciu-
dad estaba enferma a causa de la oligarquía y no podría
unirse, ni actuar con unanimidad, ni ocuparse de los asun-
tos públicos, se prepararon para la guerra y marcharon
2 contra ella con grandes ejércitos. A un mismo tiempo los
sabinos, tras lanzarse contra la frontera limítrofe, hacerse
dueños de un gran botín y realizar una gran matanza de
campesinos, acamparon en Ereto[3] (esta ciudad estaba si-
tuada a ciento cuarenta estadios de Roma[4], cerca del río
3 Tíber) y a la vez los ecuos, tras lanzarse contra el territorio
de Túsculo, que era colindante con ellos, y causar gran
destrucción en él, establecieron su campamento en la ciu-

---

2 Para los capítulos 3 y 4, 3, véase LIVIO, III 38, 2-13.

3 Véase nota a III 32, 4.

4 Unos 25 km.

dad de Álgido. Cuando los decenviros se enteraron del ataque de los enemigos, turbados, convocaron a sus grupos y con ellos estuvieron deliberando sobre lo que se debía hacer. Todos decidieron enviar un ejército fuera de las 4
fronteras y no esperar hasta que las fuerzas de los enemigos llegasen a la misma ciudad. Pero se produjo entre ellos gran duda: primero, sobre si se debía llamar a las armas a todos los romanos, incluso a aquellos que odiaban su modo de gobierno; luego, sobre cómo se debería hacer la leva de los soldados, si de forma arrogante y odiosa, como era costumbre de los reyes y cónsules, o de manera humanitaria y moderada. Les pareció, además, que no era asun- 5
to digno de poca consideración quién ratificaría la decisión sobre la guerra y votaría la leva de tropas, si el Senado, los plebeyos o ninguno de ellos, puesto que unos y otros les resultaban sospechosos, o bien los propios decenviros se ratificarían a sí mismos. Por fin, tras mucho deliberar, decidieron convocar al Senado y hacer que éste votase la guerra y se encargase del reclutamiento del ejército; pues si ambas cosas eran ratificadas por el Senado, en primer lugar, suponían que todos obedecerían, especialmente al estar suprimido el poder tribunicio, el único que podía, según la ley, oponerse a las órdenes de los que gobernaban; en segundo lugar, parecería que ellos estaban sometidos al Senado y, al hacer lo ratificado por él, recibían la facultad de emprender la guerra según las leyes.

Los decenviros convocan al Senado. Discurso de Apio

Tras tomar esta decisión y preparar 4
de entre sus propios amigos y parientes a quienes expondrían en el Senado las opiniones convenientes para ellos y se opondrían a los que no eran partidarios de ellas, se dirigieron al Foro y, colocando delante al heraldo, le ordenaron llamar por su nombre a los senadores. Pero

2 ninguno de los moderados les obedeció. El heraldo gritó muchas veces y no se presentó nadie, excepto los que adulaban a la oligarquía —entre quienes se encontraba la peor parte de la ciudad— y, los que estaban en ese momento en el Foro se admiraron de que, si nunca habían convocado al Senado para nada, reconocieran entonces por primera vez que también existía entre los romanos un Consejo de los mejores hombres a quienes se debía consultar sobre
3 los asuntos públicos. Los decenviros, al ver esto, intentaron traer a los senadores de sus casas, pero, al darse cuenta de que la mayoría estaban vacías, lo pospusieron para el día siguiente. En este intervalo enviaron emisarios a los campos y los convocaron desde allí. Una vez llena la Cámara, se adelantó Apio, el jefe de los decenviros, y anunció que la guerra avanzaba contra Roma desde dos frentes: los ecuos y los sabinos. Expuso un discurso compuesto con mucho cuidado, cuyo fin era que se votara la leva del ejército y se hiciera rápidamente la salida puesto que el
4 momento no permitía retrasos. Después que él dijo esto, se levantó Lucio Valerio[5], llamado Potito, hombre muy orgulloso por sus antepasados —su padre Valerio fue el que venció mediante un asedio al sabino Herdonio que ocupaba el Capitolio y recobró la fortaleza, muriendo él mismo en el combate. Su abuelo por parte de padre fue Publícola, que expulsó a los reyes y estableció la aristo-
5 cracia—. Pero Apio, observándolo mientras aún salía y esperando que dijera algo contra él, dijo: «No es éste tu turno, Valerio, ni te corresponde a ti hablar ahora, sino que, cuando éstos, más ancianos y honorables que tú, expresen su opinión, entonces también tú, al ser preguntado, dirás lo que te parece. Pero ahora guarda silencio y siéntate». Valerio dijo: «No me he levantado para hablar sobre

[5] Para el discurso de Valerio, véase LIVIO, III 39, 2.

esos asuntos, sino sobre otros más importantes y urgentes, que creo que es necesario que el Senado escuche primero. Ellos verán, por lo que oigan, si es más urgente para el 6
Estado el tema para el que vosotros los habéis convocado o el que será expuesto por mí. No me prives del derecho a la palabra a mí que soy senador y un Valerio y que quiero hablar sobre la salvación de la ciudad. Pero si mantienes tu habitual arrogancia frente a todos, ¿a qué tribuno de la plebe llamaré en mi auxilio, cuando la ayuda a los ciudadanos oprimidos ha sido eliminada por vosotros? Aun- 7
que, ¿qué hay peor que esto, cuando yo, un Valerio, no tengo igualdad y necesito, como uno de los más humildes, el poder tribunicio? Sin embargo, puesto que hemos sido privados de esa magistratura, apelo a todos vosotros, que, junto con éste, habéis asumido los poderes de aquélla y gobernáis la ciudad. No ignoro que lo hago en vano, pero quiero que vuestra conspiración sea evidente para todos, que habéis subvertido los asuntos de la ciudad y tenéis todos una única intención. Pero especialmente te invoco a ti solo, Quinto Fabio Vibulano, que has sido honrado con tres consulados, si es que aún mantienes el mismo pensamiento. Levántate y ayuda a los oprimidos; en ti tiene puestos los ojos el Senado».

Discurso de Marco Horacio

Una vez que dijo esto, Fabio, senta- 5
do, no contestaba por vergüenza, pero Apio y todos los restantes decenviros, poniéndose en pie de un salto, le impidieron hablar. Un gran alboroto se apoderó del Senado, la mayoría de los senadores estaban irritados, mientras que los de la facción de los decenviros pensaban que ellos tenían razón. Entonces se levantó Marco Horacio[6], llamado Barbado, descendiente del Horacio que fue

[6] Para el discurso de Horacio, véase LIVIO, III 39, 3-10.

cónsul junto con Publio Valerio Publícola tras la expulsión de los reyes, hombre experto en asuntos bélicos y muy capacitado para hablar, amigo desde antiguo de Valerio. No
2 pudiendo contener ya su cólera dijo: «Me obligaréis muy pronto, Apio, a perder los estribos si no os mostráis moderados, sino revestidos de la actitud del Tarquinio aquel[7], vosotros que no permitís tomar la palabra a quienes quieren hablar sobre la salvación del Estado. ¿Acaso se ha borrado de vuestras mentes que viven los descendientes de los Valerios, que expulsaron a la tiranía, y que permanece la sucesión de la casa de los Horacios, para quienes es hereditario oponerse a los que esclavizan a la patria, con
3 ayuda o solos? ¿O pensáis que nosotros y los restantes romanos tenemos tal cobardía que nos conformaríamos si alguien nos permite vivir de cualquier manera, sin decir ni hacer nada por la libertad y la libre expresión? ¿O estáis embriagados con la grandeza del poder? ¿Quiénes sois vosotros o qué poder legal tenéis para privar de la palabra a Valerio o a cualquiera de los otros senadores? ¿No fuisteis nombrados jefes del Estado para un año? ¿No acabó el tiempo de vuestro mandato? ¿No sois ya particulares
4 según la ley? Remitid este asunto al pueblo. ¿Qué impedirá, pues, que aquél de nosotros que quiera convoque la asamblea y denuncie el poder que tenéis contra las leyes? Conceded a los ciudadanos el voto sobre este punto: si es preciso que permanezca vuestro decenvirato o que se proclamen de nuevo las magistraturas tradicionales; y si el pueblo se ha vuelto loco y persiste en aquello, entonces formad de nuevo el mismo gobierno e impedid decir cuanto uno quiera por la patria. Realmente, en ese caso, seríamos merecedores de sufrir esto y cosas aún peores, por

[7] Tarquinio el Soberbio, véase libros IV, V y VI.

estar bajo vosotros y ultrajar nuestras virtudes y las de nuestros antepasados con una vida vergonzosa».

Alboroto en el Senado. Nuevo discurso de Apio

Mientras éste estaba aún hablando[8], 6
los decenviros lo rodearon gritando, esgrimiendo su poder tribunicio y amenazando con arrojarlo desde la Roca[9] si no se callaba. Entre tanto, todos gritaban pensando que se anulaba su libertad y el Senado estaba
lleno de indignación y alboroto. Pero los decenviros se 2
arrepintieron pronto de su prohibición de hablar y de su amenaza cuando vieron al Senado irritado por este asunto. Luego, Apio avanzó de entre ellos y pidió a los alborotados que se contuviesen un momento; una vez que calmó su revuelo, dijo: «A ninguno de vosotros, señores senadores, privaremos de la palabra siempre que hable en el momento que le corresponde, pero rechazaremos a quienes se muestren insolentes y se levanten antes de ser llamados.
Así pues, no os irritéis; y, en consecuencia, permitiremos 3
a Horacio, Valerio y a todos los demás expresar su opinión en su turno de acuerdo con la antigua costumbre y orden, si os centráis en lo que hay que deliberar. Que hablen sobre esto y nada fuera del tema. Pero si os hablan 4
demagógicamente y dividen a la ciudad diciendo cosas que no afectan al tema, a nadie en ningún momento. Tenemos el poder, recibido del pueblo, de contener a los que promueven desórdenes, Marco Horacio, desde que nos otorgaron por votación el poder consular y el tribunicio, y su
duración aún no ha terminado, como a ti te parece; pues 5
no fuimos designados para un año ni para ningún otro tiempo determinado, sino hasta que establezcamos toda la

---

8 Para los capítulos 6-15, véase LIVIO, III 40, 2-6.

9 La Roca Tarpeya.

legislación. Ciertamente, una vez que hayamos llevado a cabo cuanto tenemos en mente y ratificado las restantes leyes, entonces renunciaremos al poder y daremos cuenta de nuestras actuaciones a quienes de vosotros lo deseen. Pero, mientras tanto, no reduciremos ni nuestro poder con-
6 sular ni el tribunicio. Respecto a la guerra, qué actuación es necesaria para rechazar a los enemigos lo más rápido y mejor posible, pido que avancéis y digáis vuestras opiniones, primero, como es costumbre y apropiado, los más ancianos, luego, los de mediana edad y, finalmente, los más jóvenes».

Discurso de Cayo Claudio

7 Tras decir esto llamó primero a su tío Cayo Claudio. Éste, levantándose, pronunció el siguiente discurso:

«Puesto que Apio considera conveniente, Senado, que yo exponga primero mi opinión, honrándome a causa de nuestro parentesco —como le corresponde—, y es preciso que yo diga lo que pienso sobre la guerra contra los ecuos y sabinos, antes de revelar mi propia opinión quisiera interrogaros sobre lo siguiente: con qué esperanzas se han exaltado los ecuos y sabinos, que se atrevieron a emprender la guerra contra nosotros y a invadir nuestro territorio para saquearlo, ellos, que hasta ahora se contentaban y daban gracias a los dioses si se les permitía poseer su propio territorio con seguridad. Si en efecto las conocéis, conoceréis también el método que será mejor para poner fin a la guerra contra ellos.
2 Aquéllos, pues, al escuchar que nuestra tradicional constitución está perturbada y enferma desde hace mucho y ni el pueblo ni los patricios se muestran acordes con quienes están al frente del gobierno (y no lo escuchan en vano, pues ésa es la verdad y no necesito decir las razones a vosotros que las sabéis bien), supusieron que, si desde fuera

caía sobre nosotros una guerra junto con los problemas de dentro de las murallas y los magistrados decidían enviar una fuerza para defender el territorio, ni todos los ciudadanos irían a prestar el juramento militar con el mismo ardor que antes por su enemistad hacia las magistraturas, ni los jefes aplicarían los castigos establecidos en las leyes contra quienes no se presentasen, por temor a provocar un mal mayor, y quienes obedeciesen y tomasen las armas, o bien abandonarían los estandartes o, si permanecían, se dejarían vencer en los combates. No esperaban nada fuera de lo 3
verosímil; pues cuando una ciudad concorde emprende una guerra, y esta misma conveniencia es evidente para todos, tanto gobernantes como gobernados, todos marchan con coraje contra los peligros y no rehúsan ningún esfuerzo ni riesgo. Pero cuando está enferma en sí misma y, antes de 4
restablecer sus asuntos internos, marcha contra sus enemigos en campo abierto, el razonamiento que surge en la plebe es que soportan calamidades no por sus propios bienes, sino para que otros los gobiernen con más seguridad, y en los jefes, que tienen un ejército propio no menos enemigo que el contrario; entonces, el conjunto se resiente y cualquier fuerza es suficiente para vencer y destruir tales ejércitos.

Cayo Claudio propone posponer la deliberación sobre la guerra

«Estos son, asamblea del Senado, los 8
pensamientos de sabinos y ecuos y, confiados en ellos, han invadido nuestra tierra. Si, indignados al ser despreciados por ellos, que están con los ánimos exaltados, como estamos irritados, votamos enviar una fuerza contra ellos, temo que nos suceda lo que pronosticaban; es más, sé bien que sucederá. Pero, si restablecemos lo prioritario 2
y más importante —esto es, el buen orden de la plebe y el reconocer todos los mismos intereses— expulsando de

la ciudad la insolencia y la ambición que ahora están establecidas en ella y devolviendo su antigua forma a la constitución, los ahora valientes, amedrentándose y arrojando de sus manos las armas, llegarán pronto a enmendar[10] los daños contra nosotros y a dialogar sobre la reconciliación, y nos sucederá lo que implorarían todos los que tienen
3 sensatez: el concluir la guerra contra ellos sin armas. Creo que es necesario que nosotros, considerando esto, rechacemos en el momento presente la decisión sobre la guerra, puesto que nuestros asuntos internos están revueltos, y antepongamos a quien quiera hablar sobre la concordia y el orden político. Ciertamente no nos fue posible, antes de que la guerra nos llevara a ello, deliberar sobre los asuntos de la ciudad convocados por este gobierno, si es que algo
4 de lo realizado no estaba bien; pues sería merecedor de gran reproche quien, dejando pasar aquella oportunidad, desease ahora hablar sobre esos temas[11]. Ni nadie podría decir con seguridad que, desaprovechando esta ocasión como no conveniente, podremos encontrar otra más apropiada, pues si uno quiere juzgar lo futuro por medio de lo pasado, después de este momento pasará mucho tiempo antes de que nos encontremos reunidos para deliberar sobre nada de los asuntos públicos.

Cayo Claudio expone la situación política

9 «Os pido a vosotros, Apio, que estáis al frente de la ciudad y debéis examinar lo conveniente para todos, no lo ventajoso en particular para vosotros mismos, que si digo algunas verdades con franqueza y no para agradaros, no os irritéis conmigo por esto,

[10] Este verbo no es seguro, pues está incompleto en los MSS.

[11] El texto griego no está claro. Parece que hay una elipsis y debe sobreentenderse algo como «si nos hubiesen convocado anteriormente para deliberar», sería merecedor de gran reproche etc.

pensando que no haré mi discurso para insultar ni ultrajar vuestro poder, sino, al mostrar en qué oleaje se agitan los asuntos de la ciudad, para exponer cuál será su salvación
y rectificación. Quizás a todos cuantos [....][12] a la patria 2
les es necesario hablar sobre lo conveniente para la comunidad, pero especialmente a mí. En primer lugar, porque he sido considerado digno —por deferencia hacia mí— de iniciar las intervenciones; vergüenza y gran locura sería que el que se levanta primero no hable sobre lo que es necesario enderezar primero. En segundo lugar, porque sucede que, siendo tío por parte de padre de Apio, que está al frente de los decenviros, me alegro más que nadie cuando los asuntos comunes son bien gobernados por ellos y me
aflijo más que cualquier otro cuando no lo son. Además 3
de esto, porque he recibido como opción política de mis antepasados el preferir la conveniencia común antes que las ventajas privadas y el no tener en cuenta ningún peligro personal, algo que no traicionaría voluntariamente ni
deshonraría las virtudes de aquellos hombres. Sobre la for- 4
ma de gobierno vigente, será para vosotros la mayor prueba de que nos va mal y de que casi todos están descontentos con ella lo único que no os es posible ignorar, que huyen cada día de la ciudad los plebeyos más distinguidos abandonando sus hogares paternos, trasladando unos su residencia a las ciudades vecinas junto con sus mujeres e hijos, y otros a los campos más distantes de la ciudad; ni tampoco podéis ignorar que muchos patricios pasan el tiempo en la ciudad como antes, aunque también la mayoría
de ellos viven en los campos. Y ¿qué hay que decir sobre 5
los otros, cuando incluso sólo unos pocos senadores, los que están unidos a vosotros por parentesco o amistad, per-

[12] Laguna en el texto.

manecen dentro de las murallas, y los demás consideran la soledad más deseable que su patria? Al menos, cuando os fue necesario convocar al Senado, se reunieron al ser llamados de los campos uno a uno quienes por tradición debían vigilar la patria junto con los magistrados y no dar
6 de lado ningún asunto público. ¿Acaso suponéis que los hombres abandonan sus patrias huyendo de lo bueno, o de lo malo? Yo, ciertamente, creo que de lo malo. Entonces, ¿qué creéis que es más grave para una ciudad —y especialmente para la de los romanos, que necesita un gran cuerpo nacional si pretende asentar firmemente su soberanía sobre los vecinos—, que el ser abandonada por los plebeyos y dejada desierta por los patricios, cuando ni una guerra, ni una enfermedad epidémica, ni ninguna otra calamidad enviada por la divinidad la envuelve?

Causas del abandono de Roma

10 «¿Queréis entonces escuchar cuáles son las causas que obligan a las personas a abandonar templos y tumbas de antepasados, a dejar vacíos hogares y posesiones de sus padres, y a considerar toda tierra más querida que su patria? Ciertamente, esto no es
2 así sin una causa. Yo os lo diré y no lo ocultaré. Hay muchas acusaciones contra vuestro gobierno, Apio, y por parte de muchos; si verdaderas o falsas, no pretendo investigarlo en el momento presente, pero, sin embargo, las hay. Nadie, por decirlo así, fuera de vuestros partidarios está conforme con los asuntos actuales. Los hombres de mérito hijos de hombres de mérito, a quienes compete desempeñar sacerdocios y magistraturas y disfrutar de los restantes honores que sus padres disfrutaban, están indignados al ser excluidos de ellos por vuestra culpa y al haber
3 perdido sus dignidades hereditarias. Los que ocupan un rango medio en la ciudad y persiguen la tranquilidad libre

de responsabilidades os acusan de injustas apropiaciones
de bienes, lamentan ultrajes contra mujeres casadas y abu-
sos causados por el vino contra hijas casaderas, y otras
muchas y graves insolencias. El sector más pobre de la ple- 4
be, que no tiene aún poder para elegir magistrados ni para
votar, ni es convocado a asambleas, ni participa de ningún
otro beneficio político, os odia por todo eso y llama tira-
nía a vuestro gobierno.

Propuesta de Cayo Claudio para que los decenviros abandonen el poder

«¿Cómo enmendaréis esto y dejaréis 11
de ser objeto de las acusaciones de los
ciudadanos?, eso es lo que queda por de-
cir: si hacéis un decreto preliminar del
Senado y devolvéis al pueblo el derecho
a decidir si le parece oportuno nombrar
de nuevo cónsules, tribunos y las restantes magistraturas
tradicionales, o bien permanecer bajo el mismo régimen
de gobierno. Si todos los romanos están contentos de es- 2
tar bajo una oligarquía y votan que vosotros permanez-
cáis con el mismo poder, tendréis el mando según la ley
y no por la fuerza; pero, si quieren elegir de nuevo cón-
sules y las demás magistraturas como antes, entregad vues-
tro poder según la ley y que no parezca que gobernáis a
vuestros iguales contra su voluntad; pues esto es tiránico,
pero el recibir los cargos con el consentimiento de los go-
bernados es aristocrático [13]. Creo que es necesario que tú, 3
Apio, emprendas primero esta medida política y pongas
fin a la oligarquía establecida por ti, que en su momento
nos fue útil pero ahora es gravosa. Escucha lo que gana-
rás al hacerme caso y renunciar a este odioso poder. Si 4
vuestro gobierno entero tuviera la misma intención, todos
supondrán que es debido a ti, que emprendiste el camino

[13] Véase nota a X 19, 1.

para que también ellos se hicieran virtuosos; pero, si éstos prefieren reafirmarse en su ilegal mandato, todos te darán gracias a ti como el único que quiso actuar legalmente y, a quienes no quieran, los harán abandonar el po-
5 der con desprecio y gran agravio. Si habéis hecho mutuos acuerdos y juramentos secretos poniendo a los dioses como garantes (pues tal vez habéis hecho algo semejante), considera su observancia impía, como actos contra los ciudadanos y la patria, y su ruptura piadosa. Los dioses, ciertamente, quieren ser invocados en los acuerdos dignos y justos, pero no en los vergonzosos e injustos.

Apio no tiene nada que temer

12 «Pero si dudas en entregar el poder por miedo a tus enemigos, no tienes razón al temer que ciertos peligros recaigan sobre ti por parte de ellos y seas obligado a dar cuenta de lo realizado. El pueblo romano no será tan pusilánime ni tan desagradecido como para recordar tus errores y olvidar tus beneficios, sino que, comparando los bienes actuales con los males de antaño, considerará a aquéllos dignos de perdón y a éstos, de elo-
2 gio. Te va a ocurrir que el pueblo se acordará de las obras de la oligarquía, que son muchas y hermosas, reclamará el agradecimiento por ellas para tu ayuda y salvación y utilizará muchos argumentos como defensa contra las acusaciones. Por ejemplo, que no cometiste el error personalmente, sino alguno de los otros sin tu conocimiento; o que no eras capaz de contener al que actuaba, por tener igual rango; o que por alguna empresa de utilidad estabas obli-
3 gado a soportar algo indeseable. Largo sería, pues, el relato si quisiera enumerar todos los argumentos de defensa. Incluso quienes no tienen ninguna defensa ni justa ni verosímil, al reconocerlo y suplicar, calman las iras de los perjudicados, unos amparándose en la insensatez de la edad,

otros en las compañías de gentes malvadas, otros en la magnitud de su poder, otros en el destino que hace errar
todos los razonamientos humanos. Yo te prometo que al 4
abandonar el poder se olvidarán todos tus errores y te reconciliarás con el pueblo de una forma honorable a pesar de la difícil situación.

¡Apio, imita a tus antepasados!

«Pero temo que el peligro no sea la 13
causa verdadera para no ceder vuestro poder —en efecto, a muchísimos les fue posible poner fin a sus tiranías sin recibir ningún mal de los ciudadanos—, sino que las verdaderas razones sean una vana ambición que busca la apariencia del honor y un deseo de placeres funestos
que conlleva la vida de los tiranos. Pero, si no quieres 2
perseguir las apariencias y las sombras de los honores y de los goces, sino disfrutar de los verdaderos honores en sí mismos, restaura la aristocracia a tu patria, recibe distinciones de tus iguales, obtén la admiración de la posteridad y deja a tus descendientes una gloria inmortal a cambio de tu cuerpo mortal. Realmente, éstos son firmes y verdaderos honores, inalienables, agradabilísimos e irreprocha-
bles. Alimenta tu alma gozando con los bienes de la pa- 3
tria, de los que parecerá que tú no has sido una parte insignificante al librarla de una pesada dominación. Toma a tus antepasados como ejemplo de ello, pensando que ninguno de aquellos hombres deseó un poder despótico ni fue esclavo de los censurables placeres del cuerpo. Con razón, incluso mientras vivían, fueron honrados y, una vez
muertos, elogiados por los descendientes. Y todos atesti- 4
guan, en efecto, que fueron los más firmes guardianes de la aristocracia que nuestra ciudad estableció tras expulsar a los reyes. Y no te olvides de tus propias brillantísimas palabras y hechos. Ciertamente hermosos fueron tus prime-

ros planteamientos de las acciones políticas y alimentaron en nosotros grandes esperanzas de virtud, con cuyo acompañamiento todos deseamos que actúes en el futuro. Vuelve de nuevo a tu propio carácter, Apio, hijo, y no seas tiránico en la elección de tus medidas políticas, sino aristocrático[14]; huye de quienes frecuentan los placeres, por cuya causa te alejaste de las buenas costumbres y te desviaste del camino recto. No tiene sentido creer que por estos motivos, por los que uno ha cambiado de bueno a malo, no pueda de nuevo pasar de malvado a virtuoso.

Cayo Claudio aconseja a Apio

14 «Muchas veces quise exponerte esto, encontrándonos en una conversación a solas, para enseñar a quien ignora y advertir a quien se equivoca; y me presenté en tu casa no una sola vez, pero tus esclavos me despidieron diciendo que no tenías tiempo para asuntos privados, sino que te ocupabas de algunos otros más importantes (como si hubiera algo más importante para ti que el respeto a tu familia).

2 Quizás los esclavos me impidieron la entrada no por tus órdenes, sino por propia decisión, y quisiera que ésa fuera la verdad. Realmente este hecho me obligó a hablar contigo de esto que quería en el Senado, puesto que no me fue posible a solas. Pero es oportuno hablar, sin duda, de lo hermoso y conveniente en público, Apio, antes que
3 no hacerlo de ninguna manera. Habiéndote ofrecido, pues, lo debido por familia, pongo por testigos a los dioses, cuyos templos y altares honramos en sacrificios comunes los sucesores de la familia Apia, y a los genios de nuestros antepasados, a quienes después de los dioses rendimos honores y gratitudes comunes, y, por encima de todos éstos,

[14] Véase nota a X 19, 1.

a la tierra, que contiene a tu padre y hermano mío, de que puse a tu disposición mi alma y mi voz para aconsejarte lo mejor; y, corrigiendo tu ignorancia, deseo con toda mi fuerza que no cures los males con males, ni que, por aspirar a más, pierdas incluso lo presente, ni que, por mandar sobre tus iguales y superiores, seas mandado por tus inferiores y peores. Querría aún decirte muchas cosas 4
sobre muchos temas, pero renuncio. Realmente, si el dios te conduce a las mejores decisiones, he hablado más que suficiente; si a las peores, en vano hablaré también el resto. Tenéis mi opinión, Senado y vosotros los que estáis al frente de la ciudad, sobre la terminación de la guerra y la solución de los disturbios de la ciudad. Si alguien va a decir otros argumentos más fuertes que éstos, que venzan los mejores».

Contesta Marco Cornelio. Cayo Claudio decide abandonar Roma

Una vez que Claudio dijo esto y dio 15
al Senado grandes esperanzas de que los decenviros abandonarían el poder, Apio decidió no contestar nada a lo anterior; de entre los restantes oligarcas avanzó Marco Cornelio y dijo: «Nosotros mismos, Claudio, decidiremos sobre nuestros propios intereses sin necesitar tu opinión, pues estamos en la edad más prudente, de modo que no ignoramos nada de lo que nos concierne y no estamos escasos de amigos de cuyos consejos nos serviremos, si es necesario. Deja ya de hablar de un asunto improce- 2
dente, como hombre viejo que expone su opinión a quienes no necesitan consejo. A Apio, si quieres amonestarlo o insultarlo —pues esto es lo más cierto—, cuando salgas del Senado insúltalo. Pero ahora sobre la guerra contra ecuos y sabinos, por lo que has sido convocado para exponer tu opinión, di lo que te parece y cesa de decir tonterías respecto a cosas ajenas al tema». Tras esto, se levantó de 3

nuevo Claudio, abatido y con los ojos llenos de lágrimas, y dijo: «Apio no me considera a mí, su propio tío, merecedor de una respuesta frente a vosotros, senadores, sino que, igual que me cerró su propia casa, también me hace inaccesible este Senado en todo lo que está en su mano. Y, si es preciso decir la verdad, también soy expulsado de
4 la ciudad. Realmente ya no podría verlo con buenos ojos, pues se ha hecho indigno de sus antepasados y ha emulado la ilegalidad tiránica, así que, trasladando todo lo mío y a los míos, me marcho junto a los sabinos, habitaré en la ciudad de Régilo[15], de la que procede nuestro linaje, y permaneceré allí el tiempo futuro mientras ellos retengan este excelso poder. Pero cuando suceda lo que auguro sobre el decenvirato, que sucederá pronto, entonces regresa-
5 ré. Ya es suficiente lo relativo a mí; en cuanto a la guerra, Senado, os manifiesto esta opinión: no votar sobre ningún asunto hasta que se nombren nuevos cargos». Tras decir esto y provocar muchos elogios del Senado por la nobleza de su pensamiento y su amor a la libertad, se sentó. Después de él se levantó Lucio Quincio, llamado Cincinato, y luego Tito Quincio Capitolino, Lucio Lucrecio y uno tras otro todos los principales[16] del Senado se adhirieron a la opinión de Claudio.

Discurso de Lucio Cornelio defendiendo a los decenviros

16 Los partidarios de Apio[17], turbados por esto, decidieron no llamar a más senadores por edad y orden senatorial[18], sino por amistad y compañerismo hacia ellos. Y avanzando Marco Cornelio hizo levantar a Lucio

[15] Véase V 40, 3 y ss., y LIVIO, III 58, 1.

[16] Los MSS. dicen «todos los diez hombres principales», probablemente un error.

[17] Para los capítulos 16 a 18, véase LIVIO, III 40, 8-14.

[18] O «prestigio de sus consejos». La expresión es dudosa, debida quizás a una interpolación. Algunos proponen leer sólo «rango».

Cornelio, su hermano, que fue cónsul con Quinto Fabio Vibulano en su tercer consulado, hombre práctico y hábil en pronunciar discursos políticos. Este se levantó y dijo lo que sigue:

«Sorprendente es, Senado, que, teniendo la edad que 2
tienen los hombres que han expuesto su opinión antes que yo y que se consideran los principales entre los senadores, piensen que es necesario mantener irreconciliable su enemistad[19], nacida de enfrentamientos políticos, contra quienes están al frente de la ciudad, ellos que debían también exhortar a los jóvenes con la mejor intención a realizar combates por hermosos objetivos y a no considerar enemigos sino amigos a los rivales en la actuación pública. Pero 3
mucho más sorprendente aún que esto es que transfieran sus enemistades personales a los asuntos de la ciudad y prefieran perecer junto con sus enemigos antes que salvarse con todos los amigos. Ciertamente es un exceso de demencia y no lejos de locura divina esto que han hecho los presidentes de nuestro Senado. Estos, pues, irritados porque 4
cuando aspiraban al decenvirato, que ahora critican, los vencieron en las elecciones quienes parecían más apropiados, mantienen siempre una guerra irreconciliable y llegan a tal extremo de estupidez, más bien de locura, que para calumniarlos ante vosotros están dispuestos a poner cabeza abajo toda la patria. Viendo que nuestra región está arrui- 5
nada por los enemigos, viendo que éstos se lanzarán inmediatamente incluso contra la ciudad (pues el terreno intermedio no es mucho), en lugar de exhortar e incitar a los jóvenes a la lucha por la patria, y correr ellos mismos en su ayuda con todo entusiasmo y celeridad —al menos con tanto vigor como hay en los hombres de su edad—, ahora pretenden que vosotros deliberéis sobre la rectitud de la

[19] Pasaje dudoso.

forma de gobierno y nombréis nuevos cargos, y todo antes que castigar a los enemigos. Y no pueden ver esto mismo: que introducen ideas inoportunas[20] o, más bien, expresan deseos imposibles.

Continúa el discurso de Lucio Cornelio

17 «Observad el tema de esta manera concreta: habrá un decreto previo del Senado sobre elección de cargos, a continuación los decenviros transmitirán lo decidido al pueblo, tras fijar el tercer día de mercado a partir de éste. Pues realmente, ¿cómo algo votado por el pueblo puede llegar a tener validez si no se hace conforme a las leyes? Luego, cuando las tribus hayan depositado el voto, entonces las nuevas magistraturas tomarán el mando de la ciudad y os propondrán deliberar
2 sobre la guerra. Pero durante el tiempo de intervalo de las elecciones, al ser tan largo, si los enemigos avanzan contra nuestra ciudad y se acercan a las murallas ¿qué haremos, Claudio?, les diremos, por Júpiter,: «esperad hasta que escojamos otras magistraturas, pues Claudio nos convenció de no hacer un decreto previo sobre ningún otro asunto, ni presentarlo al pueblo, ni reclutar tropas, si no establecíamos antes lo relativo a las magistraturas como
3 queremos. Marchad, pues, y cuando oigáis que los cónsules y las restantes magistraturas fueron nombradas por la ciudad y tenemos preparado todo para el combate, entonces llegad para hablar sobre reconciliación, puesto que empezasteis a molestarnos a nosotros sin haber sufrido previamente ningún ultraje por nuestra parte. Y, cuantos daños habéis causado en vuestras incursiones en lo referente a
4 bienes, todo lo repararéis según justicia; pero la matanza de los campesinos no os la tendremos en cuenta, ni si al-

[20] El adjetivo falta en los MSS. Aquí damos la conjetura de Cary.

gunas mujeres libres han sufrido insolencia y abuso debido a la borrachera de los soldados, ni ningún otro perjuicio irreparable». ¡Y ellos ante esta propuesta nuestra se mostrarán moderados, permitirán a la ciudad nombrar nuevos cargos y preparar todo para la guerra, y entonces llegarán con ramos de suplicantes en lugar de armas y se entregarán a nosotros!

Cornelio propone emprender la guerra contra sabinos y ecuos

«¡Qué gran simpleza la de éstos a 18
quienes les viene a la mente decir tales disparates, qué gran insensibilidad la nuestra si no nos irritamos al decir ellos tales cosas, sino que aceptamos escucharlas como si estuviésemos deliberando en favor de los enemigos
y no por nosotros mismos y por la patria! ¿No expulsare- 2
mos de entre nosotros a estos charlatanes?, ¿no votaremos rápidamente la ayuda a la región ocupada fraudulentamente?, ¿no armaremos a toda la juventud de la ciudad?, ¿no marcharemos nosotros mismos contra sus ciudades? ¿O acaso, quedándonos en casa, haciendo reproches a los decenviros, estableciendo nuevos cargos y deliberando sobre el orden político, como en la paz, permitiremos que todo en la región llegue a estar bajo los enemigos, y finalmente correremos el riesgo de caer en la esclavitud y ruina de la ciudad permitiendo que la guerra se acerque a las mura-
llas? Tales decisiones no son propias de hombres en su 3
sano juicio, padres, ni de la reflexión política que considera los intereses comunes más importantes que las enemistades privadas, sino de un inoportuno afán de disputas, de una irreflexiva animosidad y de una desafortunada envidia, que no permite a quienes la tienen juzgar sensatamente. Pero mandad a paseo sus disputas; yo intentaré decir las medidas que debéis votar si habéis decidido lo seguro para la ciudad, lo conveniente para vosotros mismos y lo temi-

4 ble para los enemigos. Ahora, aprobad la guerra contra los ecuos y sabinos y reclutad con el mayor ardor y diligencia las fuerzas que saldrán contra ambos. Cuando lo relativo a la guerra llegue al mejor fin para nosotros y las tropas regresen a la ciudad al producirse la paz, entonces deliberad también sobre la ordenación del gobierno y pedid cuentas a los decenviros de todo cuanto hicieron en su mandato, votad nuevos magistrados, estableced tribunales y honrad así a los dignos de cada uno de estos dos cargos —cuando ambos estén en vuestra mano—, sabiendo que las oportunidades no se someten a los asuntos, sino los asuntos a las oportunidades».

5 Una vez que Cornelio expuso su consejo, los que se levantaron tras él, excepto unos pocos, fueron de la misma opinión, unos, suponiendo que era conveniente y necesario en la presente ocasión, otros, sometiéndose y adulando a los decenviros por miedo a su autoridad; pues una gran parte de los senadores estaba amedrentada por su poder.

Discurso de Lucio Valerio

19 Una vez que la mayoría de las opiniones fueron expuestas y que los que sancionaban la guerra parecían vencer con mucho a los demás, entonces llamaron entre los últimos a Lucio Valerio que, como dije[21], muy al principio quiso hablar pero se lo impidieron. Se levantó y expuso los siguientes argumentos:

2 «Veis, padres, la maquinación de los decenviros, que al principio no me permitieron deciros cuanto me proponía y ahora me han concedido la palabra entre los últimos pensando, como parece, que, adhiriéndome a la opinión de Claudio, no haré ningún provecho a la comunidad, al ser pocos quienes la compartieron, y al mostrar otra opi-

[21] En el capítulo 4.

nión frente a las dichas, aunque sostenga lo mejor, habré
recitado mi canto en vano. Naturalmente, son contados los 3
que se levantarán tras de mí y, aunque los suponga a to-
dos acordes conmigo, ¿qué ventaja habrá para mí, que no
tengo ni una mínima parte de los que apoyan a Cornelio?
Así que, viendo yo esto, no me demoraré en exponer mi
propia opinión. Cuando lo oigáis todo, en vosotros estará
el escoger lo mejor. Respecto al decenvirato, es decir, de 4
qué manera se ocupa de los asuntos públicos, considerad
que cuanto el excelente Claudio dijo, también lo habría
dicho yo, y que es necesario designar nuevos magistrados
antes de hacer el decreto sobre la guerra, también esto ha
sido dicho por este hombre de la mejor manera. Pero 5
puesto que Cornelio trataba de llevar esta propuesta a lo
imposible mostrando que los intervalos de tiempo para los
asuntos de la administración civil serían largos, teniendo
la guerra entre las manos, e intentaba bromear con asuntos
impropios de bromas y, engañándoos con ellos, pensaba
atraerse a la mayoría de vosotros, yo también os hablaré
respecto a que no es imposible la propuesta de Claudio;
pues, que es inútil, ninguno de los que la despreciaban se
atrevió a decirlo. Y mostraré cómo el territorio estaría se-
guro, los que se atreviesen a dañarlo pagarían su pena y
recobraríamos la ancestral aristocracia, y todo esto sucede-
ría de una vez, al combatir juntos todos los de la ciudad
y no dignarse nadie a hacer lo contrario, y lo haré no de-
mostrándoos ninguna sabiduría sino trayendo como mode-
lo lo hecho por vosotros mismos. En este ejemplo, pues,
la experiencia enseña lo conveniente ¿qué otras conjeturas
necesitamos?

20 *Valerio recuerda anteriores guerras contra ecuos y sabinos*

«Recordad que fuerzas de estos mismos pueblos hacían incursiones como ahora, unas en nuestra tierra, otras en las de nuestros aliados, ambos al mismo tiempo, cuando Cayo Naucio y Lucio Minucio tenían el consulado, hace ocho o nueve años creo[22].
2 Entonces, ciertamente, mandasteis una numerosa y valiente juventud contra ambos pueblos, y a uno de los cónsules, obligado a encerrar el campamento en un lugar difícil, le fue imposible hacer nada, sitiado en la fortificación y en peligro de ser cogido por la escasez de los víveres necesarios; a Naucio, acampado frente a los sabinos, le era preciso establecer continuos combates contra ellos y no era capaz de ayudar a los suyos que se encontraban en apuros. Estaba claro que, al ser destruido el ejército situado frente a los ecuos, tampoco el que combatía a los sabinos
3 resistiría cuando ambos enemigos se uniesen en uno. Acechando tales peligros a la ciudad, y a pesar de no estar los de dentro de las murallas acordes en sus ideas, ¿qué solución encontrasteis vosotros que fue reconocidamente provechosa para todos los asuntos y enderezó a la ciudad, que iba a una desdichada caída? Reunidos a media noche en el Senado nombrasteis una sola magistratura con plenos poderes de guerra y paz, disolviendo todas las otras, y, antes de que el día llegara, quedó nombrado como dictador el excelente Lucio Quincio, a pesar de no estar en ese
4 momento en la ciudad sino en el campo. Naturalmente, conocéis los hechos posteriores de este hombre: que preparó fuerzas apropiadas, rescató al ejército en peligro, castigó a los enemigos y tomó a su general como prisionero; realizando todo esto en sólo catorce días y, tras enderezar lo

[22] Nueve años antes, 456 a. C. según la cronología de Dionisio. Véase X 22 y ss.

que pudiese estar deteriorado en el gobierno, entregó las varas de mando. Y nada impidió ratificar una nueva magistratura en un solo día cuando vosotros quisisteis. Real- 5
mente, pienso que es preciso que imitemos este ejemplo, puesto que no podemos hacer ninguna otra cosa, de elegir un dictador antes de salir de aquí; pues, si dejamos pasar esta ocasión, los decenviros nunca más nos reunirán para tomar decisiones sobre nada. Para que la proclamación del dictador sea también conforme a las leyes debemos elegir la magistratura del *interrex*, escogiendo al más apropiado de los ciudadanos; esto es costumbre hacerlo siempre que no tenéis ni reyes, ni cónsules, ni ninguna otra magistratura legal, como ahora os sucede. Ciertamente, a estos hombres les pasó su tiempo de mandato y la ley los priva de sus varas. Esto es lo que os aconsejo hacer, padres, 6
provechoso y posible. La opinión que Cornelio propone es la disolución reconocida de vuestra aristocracia. Si, por una sola vez, los decenviros se hacen dueños de las armas con esta excusa de la guerra, temo que las usarán contra nosotros, pues quienes no están dispuestos a entregar las varas ¿acaso depondrán las armas? Razonando así, cuidaos de estos hombres y prevenid todo engaño suyo. Realmente es mejor la previsión que el arrepentimiento, y no confiar en los malvados es más sensato que acusarlos después de haberlos creído».

Diversidad de pareceres en el Senado. Discurso de Apio

Tras manifestar Valerio esta opi- 21
nión[23], que agradó a la mayoría —como era fácil suponer por su aclamación—, también quienes se levantaron después de él (el grupo que quedaba eran los más jóvenes del Senado) pensaban que esas medidas eran las

[23] Véase Livio, III 41, 1-6.

mejores, excepto unos pocos. Una vez que todos manifestaron sus propias opiniones y era necesario que las deliberaciones llegasen a su fin, Valerio pidió que los decenviros sometieran a votación las propuestas llamando de nuevo desde el principio a todos los senadores y, al decir esto, persuadió a muchos de ellos que querían retirar sus anterio-
2 res declaraciones. Pero Cornelio, el que proponía entregar a los decenviros la comandancia de la guerra, se oponía con fuerza diciendo que el tema estaba ya decidido y tenía su término legal al haber votado todos, y exigía que se
3 contasen los votos y que no se modificase nada. Dichas estas opiniones por ambos con gran rivalidad y griterío, el Senado se dividió a favor de cada uno —unos, queriendo enderezar el desorden del gobierno, se unían a Valerio, los otros, que habían escogido lo peor y para quienes se suponía que surgiría peligro a causa del cambio, apoyaban a Cornelio—, entonces los decenviros, tomando como pretexto para hacer lo que querían el alboroto del Senado, se sumaron a la opinión de Cornelio. Y avanzando uno
4 de entre ellos, Apio, dijo: «Os convocamos para deliberar acerca de la guerra contra ecuos y sabinos, Senado, y dimos la palabra a todos los que quisieron, desde los primeros hasta los más jóvenes, llamando a cada uno en el orden conveniente. Tres expusieron opiniones diferentes, Claudio, Cornelio y finalmente Valerio; los restantes decidisteis sobre ellas y cada uno, avanzando, expuso a todos
5 los que escuchaban a qué opinión se unía. Ciertamente, todo ha sido conforme a la ley y, puesto que a la mayoría de vosotros os pareció que Cornelio proponía lo mejor, proclamamos que ha vencido y exponemos por escrito la opinión expresada por él. Que Valerio y quienes están con él, cuando obtengan el poder consular, promuevan apelaciones judiciales a causas ya resueltas, si quieren, y decla-

ren nulos los decretos aprobados por todos vosotros». Tras 6
decir esto y ordenar leer al escribano el decreto preliminar, en el que se había ordenado el reclutamiento del ejército y que los decenviros tomasen el mando de la guerra, disolvió la asamblea.

Los decenviros se mantienen en el poder. Se organizan bandas

Después de esto, los del partido oligár- 22
quico iban de un lado para otro arrogantes y osados, como si realmente hubiesen vencido a los otros y hubiesen conseguido que su poder no se acabase nunca, puesto que por una vez eran dueños de las armas y del ejército;
los que pensaban lo mejor para la comunidad se encontra- 2
ban abatidos y aterrados, suponiendo que ya no serían soberanos en ningún asunto público, y se dividieron en muchos grupos. Los menos nobles por naturaleza se vieron obligados a ceder en todo a los vencedores y a adscribirse a los grupos oligárquicos, los menos miedosos abandonaron el interés por los asuntos públicos y se readaptaron a una vida ociosa; pero cuantos eran muy nobles de carácter organizaron grupos propios y hacían planes conjuntos para
la defensa mutua y el cambio de régimen. De estos grupos 3
eran jefes los que primero se atrevieron a hablar sobre la disolución del decenvirato, Lucio Valerio y Marco Horacio, que habían protegido sus casas con armas y tenían en torno a sí una fuerte guardia de servidores y clientes, con objeto de no sufrir nada por violencia o maquinación.
Cuantos no querían ni servir al poder de los vencedores, 4
ni desocuparse de los asuntos públicos y no les parecía bien vivir en unas ociosa tranquilidad, pero luchar por la fuerza les parecía insensato (pues no era fácil derrocar tal poder), abandonaron la ciudad. El jefe de éstos era un hombre ilustre, Cayo Claudio, el tío de Apio el cabecilla del decenvirato, confirmando las promesas que hizo en el

Senado a su sobrino cuando no lo convenció al tratar de
5 que abandonase el mando. Lo acompañaba una gran multitud de amigos y clientes. Habiendo comenzado él, también la restante multitud de ciudadanos abandonó la patria, ya no a escondidas y en pequeños grupos, sino al descubierto y en masa, llevándose a hijos y mujeres. Los del bando de Apio, irritados por lo que sucedía, se lanzaron a impedirlo cerrando las puertas y arrestando a algunas personas; luego —pues les entró miedo de que los retenidos recurriesen a la fuerza, y además se impuso el correcto razonamiento de que sería mejor para ellos que los enemigos estuviesen fuera, y no que causaran problemas al permanecer dentro— abriendo las puertas, dejaron salir a quienes deseaban irse, pero sus casas, propiedades y las restantes cosas que quedaban, por ser imposible llevarlas en la huida, las confiscaron, nominalmente, en favor del Estado aplicándoles la pena de deserción militar, pero, realmente, las entregaron a sus propios amigos como si és-
6 tos las hubiesen comprado al Estado. Ciertamente, estos agravios añadidos a los anteriores hicieron a los patricios y los plebeyos mucho más hostiles contra el decenvirato. Si, en efecto, no hubiesen acumulado aún más crímenes a los dichos, me parece que hubiesen permanecido mucho tiempo en su cargo; pues la sedición que propiciaba su poder aún se mantenía en la ciudad, aumentada por muchas razones y desde hacía mucho tiempo, por cuya causa am-
7 bos bandos se alegraban de los males mutuos: los plebeyos, al ver abatido el espíritu de los patricios y al Senado que ya no era soberano en ningún asunto público; los patricios, al ver que el pueblo había perdido la libertad y no tenía la más mínima fuerza desde que los decenviros lo privaron del poder tribunicio. Tratando con una gran arrogancia a ambas partes, sin mostrar moderación en el ejército ni co-

medimiento en la ciudad, forzaron a todos a coincidir y a derribar su poder en cuanto fueron dueños de armas con motivo de la guerra. Sus últimos delitos y por los que fue- 8
ron derrocados por el pueblo (pues realmente al insultarlo lo exasperaron) fueron los siguientes:

Comienza la guerra

Cuando ratificaron el decreto sobre la 23
guerra[24], reclutando con rapidez las fuerzas y dividiéndolas en tres cuerpos, dejaron dos legiones en la ciudad para custodia del interior de las murallas; mandaba estas dos legiones Apio Claudio, el jefe de la oligarquía, y con él Espurio Opio. Con tres legiones salieron contra los sabinos Quinto Fabio, Quinto Petelio y Manio Rabuleyo. Tomando las cinco legiones restantes, llegaron a la 2
guerra contra los ecuos Marco Cornelio, Lucio Minucio, Marco Sergio, Tito Antonio y por último Cesón Duilio. Combatía con ellos una tropa auxiliar de latinos y otros aliados, no menor que el cuerpo de los ciudadanos. Pero no les iba según sus planes, a pesar de conducir una fuerza tan grande de tropas propias y aliadas, pues los enemi- 3
gos[25], despreciándolos porque los soldados eran recién reclutados, acamparon cerca y, colocando emboscadas en los caminos, se apoderaban de los aprovisionamientos que les eran llevados y atacaban a quienes salían a por forraje; y si en algún momento la caballería hubiera llegado a las manos combatiendo con la caballería, infantes con infantes y falange contra falange, a pesar de ser más en todas partes, hubiesen huido, dejándose no pocos abatir en los encuentros, no obedeciendo a sus jefes ni queriendo avanzar contra los enemigos. Así que los que combatían contra los 4

24 Para los capítulos 23 y 24, véase LIVIO, III 41, 7-42, 7.

25 Se refiere a los sabinos.

sabinos, aleccionados con estas desgracias menores, decidieron voluntariamente abandonar el campamento, y poniendo en marcha al ejército a media noche salieron de la región enemiga hacia la suya —haciendo la retirada semejante a una fuga— hasta que llegaron a la ciudad de Crustumerio, que está no lejos de Roma. Los que establecieron su campo en Álgido, en la región de los ecuos, recibieron también muchos reveses a manos de los enemigos, pero decidieron permanecer frente al peligro con idea de resarcirse
5 de las derrotas, y sufrieron lamentables percances, pues se lanzaron contra ellos los enemigos y, tras derribar a los que estaban sobre la empalizada, subieron a las murallas y, dueños del campamento, mataron a unos pocos mientras se defendían, pero a la mayoría los mataron en la persecución. Los que se salvaron en la huida, la mayoría heridos y casi todos sin las armas, llegaron a la ciudad de Túsculo; pero los enemigos se llevaron como botín sus tiendas, bestias de carga, dinero, esclavos y el restante material de
6 guerra. Cuando se anunció esto por la ciudad, cuantos eran contrarios a la oligarquía y los que hasta ese momento ocultaban su odio se mostraron entonces abiertamente alegres por los desastres de los generales. Y había ya un poderoso grupo en torno a Horacio y Valerio, que dije eran jefes de los partidos aristocráticos.

Los decenviros eliminan secretamente a sus oponentes

24 Apio y los suyos mandaron a sus colegas del campamento una nueva contribución de armas, dinero, trigo y las restantes cosas que necesitaban, tomando con total arrogancia bienes públicos y privados, y, para suplir a los hombres perdidos, alistaron de cada tribu a quienes podían llevar armas de modo que se completasen las centurias. Tenían una cuidadosa vigilancia de los asuntos de la ciudad, tomando con guarniciones los

lugares más favorables para que no pasasen inadvertidos los seguidores de Valerio si se movilizaban. Aconsejaban 2
en secreto a sus colegas en los campamentos que matasen a quienes se les oponían, a los hombres ilustres ocultamente y a los de poco nombre incluso a las claras, imputándoles siempre algunas acusaciones para que pareciese que morían de forma justa. Y así se hizo: unos, enviados por ellos a por forraje, otros a escoltar el aprovisionamiento que se traía, otros a cumplir algunas otras tareas militares, una vez fuera del campamento no fueron vistos más por ninguna parte; a los más humildes, acusados de emprender 3
la fuga, de aportar datos secretos a los enemigos o de no guardar su puesto les dieron muerte públicamente para consternación de los demás. Realmente, la muerte de los soldados provino de dos motivos distintos: mientras que los partidarios de la oligarquía cayeron en los encuentros con los enemigos, los que añoraban el orden aristocrático murieron por orden de los generales.

Sicio se enfrenta a los decenviros

Muchos hechos semejantes sucedieron 25
también en la ciudad[26] llevados a cabo por los partidarios de Apio. Los otros desaparecidos, aunque numerosos, poco interés tenían para la plebe, pero la muerte cruel e impía de un solo hombre —el más destacado de los plebeyos, que había mostrado enormes virtudes en las acciones de guerra, ejecutado en el campamento donde estaban los tres generales— hizo que todos los de allí estuviesen dispuestos a la defección. El asesinado era Sicio[27], 2
que combatió en ciento veinte batallas y recibió condecoraciones por todas; el que dije que, cuando ya había queda-

---

26 Para los capítulos 25 a 27, véase Livio, III 43.

27 Véase X 36 y ss. y 43 y ss.

do libre del servicio militar por su edad, voluntariamente tomó las armas en la guerra contra los ecuos conduciendo una cohorte de hombres octogenarios que ya habían cumplido su servicio según la ley y que lo seguían por su bienquerencia hacia él; enviado con ellos por uno de los cónsules contra el campamento de los enemigos a una evidente derrota, como todos creían, tomó el campamento y fue
3 autor de una completa victoria para los cónsules. A este hombre, que había dirigido muchos discursos en la ciudad contra los generales del campamento como cobardes e inexpertos en la guerra, los partidarios de Apio, tratando de quitarlo de en medio, lo convocaron a charlas amistosas, le pidieron permiso para plantearle unas dudas sobre la campaña y le rogaron que dijera cómo se subsanarían los errores de los generales, finalmente lo convencieron para que fuera al campamento de Crustumerio con la autoridad de legado. (El legado es entre los romanos lo más sagrado y honrado, con el poder y autoridad de un magistrado y
4 la inviolabilidad y santidad de un sacerdote). Cuando llegó, los jefes lo acogieron allí cariñosamente y le pidieron que se quedara para ayudarlos a dirigir la guerra, le dieron también algunos regalos ya y le prometieron otros, y engañado por personas malvadas y, al ser hombre militar y de carácter simple, sin darse cuenta por la fascinación de sus palabras de que se debía a una trama, les aconsejaba cuanto suponía era conveniente y, en primer lugar, los exhortaba a trasladar el campo de su territorio al de los enemigos, exponiendo las pérdidas sufridas entonces y calculando las ventajas que iban a tener al cambiar el campamento.

Muerte de Sicio

Pretextando aceptar contentos los consejos, dijeron: «¿Por qué entonces no te haces responsable del levantamiento del campo, tras explorar de antemano un sitio adecuado?, tienes suficiente experiencia de los lugares gracias a tus numerosas campañas, te daremos una compañía de jóvenes selectos equipados con armamento ligero; a ti, por tu edad, que se te proporcione un caballo y el armamento que corresponde a los de tu 26
edad». Sicio aceptó y pidió cien hombres escogidos con 2
armamento ligero, y sin demorarse un momento lo enviaron aún de noche, y con él a cien hombres, escogiendo a los más ardorosos de entre sus propios partidarios, a quienes encomendaron matar al hombre prometiendo grandes recompensas por el asesinato. Cuando habían avanzado mucho desde el campamento y llegaron a una zona escarpada, angosta y difícil de atravesar para un caballo, porque no podía subir el paso debido a lo abrupto de las colinas, se dieron la señal unos a otros e hicieron un grupo compacto para avanzar todos juntos en bloque contra él. Pero un sirviente de Sicio, escudero valiente en la guerra,
sospechando su intención, lo reveló a su señor. Y él, como 3
comprendió que estaba atrapado en un lugar difícil —donde no era posible lanzar al caballo con fuerza—, saltó y en pie sobre la colina para no ser rodeado por ellos, sólo con el escudero, esperó a los atacantes. Se lanzaron todos juntos, que eran muchos, contra él, que mató a unos quince e hirió al doble. Parece que habría matado también a los otros en el combate si se hubieran lanzado juntos con-
tra él. Pero ellos, comprendiendo que sería una acción im- 4
posible y que no lo cogerían en combate personal, desistieron de la lucha cuerpo a cuerpo y, colocándose más lejos, unos lo atacaban con jabalinas, otros con piedras, otros

con palos; algunos de ellos, acercándose a la colina por los flancos, una vez que estuvieron sobre su cabeza, hacían rodar piedras enormes desde arriba hasta que lo mataron por la cantidad de objetos lanzados desde enfrente y el peso de los caídos con estrépito desde arriba. Tal fue el fin que sufrió Sicio.

Se descubre el asesinato de Sicio. Reacción del ejército

27 Los que llevaron a cabo su muerte llegaron al campamento con los heridos y difundieron el rumor de que les apareció una tropa de enemigos que mató a Sicio y a los otros hombres —los primeros con quienes se encontraron—, y que ellos mismos, tras recibir muchas heridas, a duras penas escaparon de ellos. A todos les pareció que contaban cosas creíbles. Sin embargo, su acción no pasó inadvertida, sino que a pesar de que el asesinato ocurrió en un lugar solitario y sin ningún testigo, por obra del propio destino y de la justicia que vigila todos los asuntos humanos fueron desenmascarados con prue-
2 bas incuestionables. En efecto, los que estaban en el campamento, considerando al hombre merecedor de un funeral público y de honores superiores a los otros por muchas razones, pero esencialmente porque, siendo anciano y excluido de enfrentamientos bélicos por su edad, se entregó voluntariamente al peligro por el interés común, votaron reunirse en una las tres legiones[28] y salir a recuperar el cadáver para trasladarlo al campamento con garantías de seguridad y honores. Los generales accedieron por precaución, para no atraer sobre sí alguna sospecha de trama en torno al asunto al oponerse a una acción hermosa y apro-
3 piada, y tomando sus armas salieron. Al llegar al lugar, cuando no vieron bosques, ni precipicios, ni ningún otro

---

[28] Según LIVIO (III 43, 6) sólo dale una cohorte.

terreno donde es costumbre situarse en las emboscadas,
sino una colina desnuda, bien visible y escarpada, en se-
guida concibieron sospechas sobre lo sucedido. Luego, al
acercarse a los muertos, cuando contemplaron al propio
Sicio y a todos los otros tumbados sin haber sido despoja-
dos de sus armas, se admiraron de que los enemigos, tras
vencer a sus adversarios, no los hubiesen desnudado de sus
armas ni de sus ropas. Como exploraron todo alrededor 4
y no encontraron pisadas de caballos, ni huellas de hom-
bres, excepto las del camino, supusieron que era un asunto
imposible que se les hubieran aparecido enemigos invisibles
como seres alados o caídos del cielo. Pero, por encima de
todo esto y de lo demás, se les hizo evidente una gran
prueba de que el hombre murió no a manos de enemigos
sino de amigos: que no se encontró ningún cadáver de los
atacantes, pues les parecía que Sicio no habría muerto sin 5
combate, hombre irresistible en fuerza y ánimo, ni tampo-
co su escudero, ni los otros que cayeron con él, sobre to-
do, siendo el combate cuerpo a cuerpo. Dedujeron esto por
las heridas. El propio Sicio tenía muchas, unas por pie-
dras, otras por jabalinas, otras por espadas, y lo mismo
su escudero, mientras que todos los matados por ellos te-
nían heridas de espadas, pero en absoluto de proyectiles.
Tras esto se produjo irritación de todos, griterío y gran 6
lamento. Una vez que deploraron la desgracia, levantaron
el cadáver y lo condujeron al campamento, y empezaron
a lanzar muchos insultos contra los generales y, especial-
mente, pedían que los asesinos muriesen de acuerdo con
la ley militar, o si no, que se les asignara un tribunal in-
mediatamente; y muchos eran los que estaban dispuestos
a acusarlos. Como aquéllos no los escuchaban, sino que 7
ocultaron a los hombres y difirieron los juicios, diciendo
que en Roma darían cuenta a quienes quisieran acusarlos,

comprendieron que el complot era obra de los generales. Y enterraron a Sicio realizando un brillantísimo cortejo fúnebre, amontonando una pira enorme y ofreciendo, según sus posibilidades, las primicias de las restantes cosas que es norma aportar para el último honor a hombres valientes. Todos se distanciaron del decenvirato y tenían intención de hacer revueltas. Así, el ejército de Crustumerio y Fidenas, a causa de la muerte del legado Sicio, era enemigo de quienes estaban al frente del gobierno.

Apio Claudio se enamora de la hija de Virginio

28 El ejército establecido en Álgido[29], territorio de los ecuos, y toda la plebe de la ciudad se hizo hostil a ellos por las siguientes razones. Un hombre plebeyo, Lucio Virginio, no inferior a nadie en cuestiones bélicas, fue puesto al mando de una centuria de las cinco legiones que marcharon en campaña contra los ecuos.
2 Tenía una hija que era la más hermosa de las doncellas de Roma, cuyo nombre era el patrónimo[30], que estaba prometida a Lucio —uno de los tribunos de la plebe, hijo de Icilio el primero que instituyó el poder tribunicio y que
3 lo recibió—. A esta muchacha, que era ya casadera, la vio Apio Claudio, el jefe del decenvirato, mientras leía en casa del maestro (entonces las escuelas de los niños estaban alrededor del Foro) y al punto quedó atrapado por la belleza de la chica, y mucho más fuera de sí se puso aún al verse obligado a pasar a menudo cerca de la escuela cuando
4 ya estaba dominado por la pasión. Como no podía tomarla en matrimonio al ver que estaba prometida a otro y que él mismo tenía una esposa legítima, y al tiempo no consideraba digno concertar un matrimonio de familia plebeya

[29] Para los capítulos 28 a 37, véase Livio, III 44 a 48, 6.
[30] Es decir, Virginia.

por desprecio a esa clase social y porque iba contra la ley
que él mismo había inscrito en las Doce Tablas, primero
intentó seducir a la joven con dinero, y enviaba continua-
mente mujeres a sus nodrizas (pues la chica era huérfana
de madre) dándoles muchos presentes y prometiendo aún
más de lo dado. Había ordenado a quienes trataban de so-
bornar a las nodrizas no decir quién era el enamorado de
la joven, sino sólo que era uno de los que tenían el poder
de hacer bien o mal a quienes quisieran. Como no las con- 5
vencía, sino que veía que la joven era rodeada de mayor
vigilancia que antes, inflamado por la pasión, decidió se-
guir el camino más atrevido. Mandó llamar a uno de sus
clientes, Marco Claudio, hombre audaz y dispuesto a cual-
quier servicio, le expuso su pasión e indicándole cuanto
quería que hiciera y dijera, lo envió al frente de un grupo
de los hombres más sinvergüenzas. Éste se presentó en la 6
escuela, cogió a la joven y quería llevársela a la vista de
todos por mitad del Foro. Pero al producirse griterío y
congregarse una gran multitud, se vio impedido de llevar
a la chica donde pretendía y se dirigió a la magistratura.
Sentado en la tribuna en aquel momento estaba solo Apio,
tratando asuntos públicos y administrando justicia a quie-
nes lo pedían. Mientras Claudio quería hablar, había grite-
río e indignación de la multitud que los rodeaba, queriendo
todos quedarse hasta que llegasen los parientes de la chica;
y Apio ordenó hacerlo así. Cuando había pasado un corto 7
tiempo ya estaba presente el tío materno de la joven, Pu-
blio Numitorio, hombre distinguido entre los plebeyos, tra-
yendo a muchos amigos y parientes, y no mucho después
Lucio, a quien el padre había prometido a la chica, con
un poderoso grupo de jóvenes plebeyos en torno a sí.
Cuando se acercó a la tribuna, aún jadeante y cortado el
aliento, exigió que se dijera quién era el que se había atre-
vido a tocar a una joven ciudadana y con qué propósito.

Marco Claudio sostiene que la muchacha es su esclava

29 Una vez establecido el silencio, Marco
Claudio, el que había tomado a la chica,
expuso estos argumentos: «No he hecho
nada temerario ni violento respecto a la
muchacha, Apio Claudio; siendo su amo,
me la llevo conforme a las leyes. Entérate de qué manera
2 es mía. Tengo una esclava familiar que nos ha servido du-
rante muchos años. Cuando ella estaba embarazada, la mu-
jer de Virginio la convenció, pues la trataba y visitaba,
para que cuando diese a luz le entregara la criatura. Aqué-
lla, manteniendo su promesa, cuando le nació esta hija
pretextó ante nosotros haber dado a luz un niño muerto
y entregó la criatura a Numitoria; ésta, tomándola, la
adoptó y crió al no ser madre ni de hijos varones ni de
3 hembras. Primero me pasó inadvertido, pero ahora lo sé
por una delación, tengo muchos y buenos testigos y he in-
terrogado a la esclava, así que recurro a la ley común a
todos, que estipula que los hijos no son de quienes los
adoptan, sino de sus madres —libres si ellas son libres,
esclavos si son esclavas, con los mismos dueños que tengan
4 también sus madres—. De acuerdo con esta ley, exijo lle-
varme a la hija de mi esclava y estoy dispuesto a someter-
me a juicio si alguien hace valer sus derechos, aportando
suficientes garantías de que la traeré al juicio; pero si al-
guien quiere que la decisión sea rápida, estoy preparado
para exponer ahora mismo mi causa ante ti, en vez de dar
una fianza por ella y provocar retrasos en el asunto; que
ellos mismos elijan cuál de las dos opciones prefieren».

Publio Numitorio defiende a su sobrina

30 Esto dijo Claudio, y añadió una viva súplica de no ser rebajado frente a sus oponentes por ser cliente y pobre. El tío de la joven, tomando la palabra, dijo brevemente lo apropiado para ser dicho ante el magistrado:

que realmente el padre de la muchacha era Virginio, un plebeyo, que estaba fuera luchando por la ciudad; que su madre era Numitoria, su propia hermana, mujer virtuosa y buena que había muerto no muchos años antes; que la doncella, educada como corresponde a una mujer libre y ciudadana, había sido prometida de acuerdo con la ley a Icilio, y que el matrimonio se habría llevado ya a cabo de no ser porque antes se produjo la guerra contra los ecuos. Que en los años anteriores —no habían pasado me- 2
nos de quince— Claudio no había tratado de decirles nada semejante, pero una vez que la joven tenía edad casadera y parecía destacarse por su belleza había venido para hablar, después de urdir una abominable calumnia no por propia iniciativa, sino enviado por un hombre que pensaba que tenía que satisfacer todos sus deseos por cualquier medio. En lo relativo al juicio —dijo— el propio padre 3
defenderá la causa de su hija en cuanto regrese de la campaña; la reclamación de su persona —que era necesaria según las leyes— él mismo la hará por ser tío de la muchacha y se someterá a la justicia, creyendo que no pedía nada extraño ni que no se hubiese concedido como derecho también a los otros romanos, si es que no, incluso, a todos los hombres: que al ser una persona llevada de la libertad a la esclavitud no sea el que quita la libertad, sino el que la salvaguarda el que tenga la custodia hasta el juicio. Dijo que a Apio le convenía mantener esta nor- 4
ma por varias razones: en primer lugar, porque inscribió esta ley junto a las otras en las Doce Tablas; luego, porque era el jefe del decenvirato; además de esto, porque había asumido junto con el poder consular también el tribunicio, cuya principal labor era ayudar a los ciudadanos débiles y desamparados. Le pedía que se apiadara de una 5
joven que había buscado refugio en él, huérfana de madre

ya hacía tiempo y privada de padre en aquel momento, que corría peligro no sólo de ser despojada de sus bienes patrimoniales, sino también de marido y patria y, lo que parece ser el mayor de todos los bienes humanos, de la libertad de su persona. Lamentó la insolencia a la que la chica iba a ser sometida y despertó gran compasión entre los presentes y, finalmente, sobre la fecha del juicio dijo:
6 «Puesto que Claudio quiere que el juicio sea rápido, él, que en estos quince años nunca dijo que sufría una injusticia, cualquier otro que luchase por cosas de tanta importancia como yo habría dicho que soportaba ofensas terribles y se habría irritado, como es lógico, pidiendo celebrar su defensa cuando se haga la paz y regresen todos los que ahora están en campaña, en el momento en que haya también abundancia de testigos, de amigos y de jueces para ambos litigantes —una propuesta popular y moderada que
7 además es costumbre en la constitución de Roma—, pero nosotros —dijo— no necesitamos de discursos, ni de paz, ni de multitud de amigos y jueces, ni aplazamos el tema para momentos propios de procesos, sino que, incluso en guerra y con escasez de amigos y con jueces no imparciales como ahora, nos atrevemos a realizar la defensa, pidiéndote, Apio, sólo el tiempo que sea suficiente para que el padre de la joven regrese del campamento, lamente su desgracia y defienda la causa por sí mismo».

Apio concede la custodia a Claudio. Icilio se opone

31 Esto es lo que dijo Numitorio y la multitud que estaba alrededor mostró con gran griterío que lo consideraba justo; entonces Apio, tras un momento, dijo: «Yo no desconozco la ley establecida sobre la liberación de quienes son llevados a la esclavitud, que no permite que la persona esté con los reclamantes hasta el juicio, y yo mismo no transgrediría la ley que vo-

luntariamente redacté. Sin embargo, considero justo que, siendo dos los demandantes, amo y padre, si ambos estuviesen presentes, el padre debería tener la custodia hasta el juicio; pero, puesto que aquél está ausente, el amo se 2 la lleva, dando garantías suficientes de que la traerá ante el magistrado en cuanto su padre llegue. Pondré gran cuidado en las garantías y la fianza, Numitorio, y en que no estéis en desventaja en el juicio. Ahora entrega a la muchacha».

Una vez que Apio expuso esta resolución, se produjo 3 gran lamento y muestras de dolor[31] por parte de la joven y de las mujeres que estaban a su alrededor, y gran griterío e indignación entre la multitud que rodeaba la tribuna. Icilio, el que iba a tomar por esposa a la chica, la agarró con fuerza y dijo: «Mientras yo viva, Apio, nadie se la 4 llevará. Pero si has decidido violar las leyes, trastocar la justicia y arrebatarnos nuestra libertad, no niegues ya la tiranía que se os reprocha, sino, tras cortar mi cuello, llévatela donde te parezca, y también a las demás doncellas y mujeres, para que entonces por fin se enteren los romanos de que son esclavos en lugar de hombres libres y no se consideren por encima de su condición. ¿Por qué aún 5 te demoras, acaso no verterás mi sangre frente a la tribuna ante los ojos de todos? Pero que sepas con certeza que mi muerte será sin duda para los romanos el comienzo de grandes males o de grandes bienes».

Apio, por temor a la multitud, da la custodia a los familiares

Este aún quería hablar, pero los lic- 32 tores, llamados por los magistrados, los hicieron bajar de la tribuna y los conminaron a obedecer la sentencia; Claudio, cogiendo a la chica, pretendía llevársela mientras ella se

[31] Lit. «golpes de pecho».

agarraba a su tío y a su pretendiente. Viendo el lamentable espectáculo de duelo, todos cuantos rodeaban la tribuna gritaban a la vez y, sin considerar el poder del magistrado, rechazaban a quienes se les oponían por la fuerza, de modo que Claudio, temiendo su ataque, soltó a la jo-
2 ven y se refugió bajo los pies del general[32]. Apio, al principio, cayó en gran turbación al ver a todos como fieras y durante mucho tiempo no supo qué se debía hacer; luego, llamó a Claudio a la tribuna y, tras charlar un poco con él, según parecía, hizo una señal a quienes lo rodea-
3 ban para imponer calma y dijo lo siguiente: «Yo, ciudadanos, dejo de lado el cumplimiento exacto de la ley sobre la liberación, puesto que os veo irritados por la sentencia previa; queriendo complaceros he convencido a mi cliente para que permita confiar la custodia de la joven a
4 sus parientes hasta que su padre llegue. Llevaos pues, Numitorio, a la chica y convenid la fianza por ella para mañana, pues este tiempo os basta para dar la noticia hoy a Virginio y traerlo aquí desde el campamento mañana en tres o cuatro horas». Aunque ellos pidieron más tiempo, él, ya sin contestar, se levantó y ordenó recoger la silla curul.

33 *Apio trata de impedir la llegada de Virginio*

Cuando salió del Foro, inquieto y enloquecido por su pasión, decidió no entregar ya a la joven a sus parientes sino, cuando fuese presentada para la fianza, tomarla por la fuerza, después de rodearse de una numerosa guardia con objeto de no sufrir ninguna violencia por parte de las masas y de ocupar con antelación los alrededores de la tribuna con una multitud de

[32] Apio era uno de los dos decenviros dejados en la ciudad como generales, véase capítulo 23, 1.

amigos y clientes. Para realizar esto con un aparente pre- 2
texto de justicia, no fuera a ser que el padre se presentase para la fianza, envió a sus jinetes de mayor confianza al campamento entregándoles cartas para Antonio, el jefe de la legión en que estaba Virginio, pidiéndole que mantuviese al hombre bajo estricta vigilancia para que no se enterase, sin él saberlo, de lo relativo a su hija y escapara del campamento. Pero se le habían adelantado los parientes de la 3
chica —un hijo de Numitorio y un hermano de Icilio, enviados por los demás al principio aún de la cuestión—, jóvenes llenos de resolución, con caballos azuzados con bridas y con látigo, recorrieron antes el camino y explicaron claramente a Virginio lo sucedido. Éste, ocultando a Anto- 4
nio la verdadera razón, pretextando haberse enterado de la muerte de cierto pariente cercano cuyo cortejo fúnebre y sepultura debía hacer de acuerdo con la ley, se marchó y, explorando con antorchas, avanzó con los muchachos por otros caminos, temiendo la persecución desde el campamento y desde la ciudad. Precisamente lo que sucedió. 5
En efecto, Antonio, al recibir las cartas aproximadamente en la primera guardia, mandó una tropa de jinetes tras él, y otros jinetes enviados de la ciudad patrullaron durante toda la noche el camino que conducía desde el campamento. Cuando se anunció a Apio que Virginio había llegado contra lo previsto, fuera de sí fue a la tribuna con una gran tropa y ordenó que avanzaran los parientes de la chica. Se acercaron éstos, y Claudio, tras exponer de 6
nuevo los mismos razonamientos, pidió que Apio fuera juez en el asunto sin hacer ningún aplazamiento, diciendo que estaban presentes el informante y los testigos, y entregando a la propia esclava; además de todo esto, estaba la pretendida gran indignación de que no obtendría equidad como los otros, igual que antes, porque era cliente suyo,

y la súplica de que no ayudase a quienes exponen los casos más lamentables sino a quienes piden lo más justo.

Virginio sostiene que la chica es hija de Numitoria

34 El padre de la chica y los restantes parientes se defendían diciendo muchos justos y ciertos argumentos sobre la suplantación: que la hermana de Numitorio, mujer de Virginio, no tenía ninguna razón lógica para la suplantación, pues se casó virgen con un hombre joven y no mucho tiempo después de la boda dio a luz; ni, incluso si quería introducir un niño ajeno en su propia casa, tendría que haber tomado al bebé de una esclava extraña en lugar del de una mujer libre unida a ella por parentesco o amistad, de la que tendría al niño
2 adoptado de forma confidencial y, al tiempo, segura. Teniendo, además, posibilidad de tomar al que quisiera, cogería antes a un niño varón que a una hembra, pues una madre que quiera hijos está obligada a contentarse y criar al que la naturaleza le dé, pero la que los suplanta es na-
3 tural que coja al mejor en lugar de al peor. Respecto al informante y los testigos, pues Claudio dijo que ofrecería muchos y dignos de crédito, presentaban el argumento de lo verosímil: que Numitoria nunca habría hecho abiertamente y con testigos un asunto que exige silencio y que puede ser realizado por una sola persona, para luego ser privada de la chica, una vez crecida, por los amos de la
4 madre. Afirmaban que el tiempo era una prueba no pequeña de que el acusador no decía nada sensato, pues ni el informante ni los testigos habrían mantenido durante quince años secreta la suplantación, sino que lo habrían dicho
5 mucho antes. Descalificaban las pruebas de los acusadores como no verdaderas ni convincentes y exigían compararlas con las suyas, nombrando a muchas mujeres distinguidas que afirmarían saber que Numitoria estuvo embarazada

por el grosor de su vientre. Aparte de esto, señalarían a las que estuvieron presentes, por su parentesco, en el parto y el alumbramiento y vieron al bebé nacer, y pedirían que fuesen interrogadas. Pero lo que era la prueba más eviden- 6
te de todas, atestiguada por muchos hombres y mujeres, libres y esclavos, la decían al final: que la niña fue alimentada con la leche de su madre, y es imposible que se le llene de leche el pecho a una mujer que no ha parido.

Todos se compadecen de la joven excepto Apio

Presentaron estas y otras muchas ra- 35
zones de semejante peso, que no admitían ningún razonamiento en contra, y despertaron gran compasión por las desgracias de la joven. Todos los otros que escuchaban sus palabras se apiadaban de su belleza cuando veían a la joven (pues, a pesar de llevar un vestido mugriento, 2
mirar abatida y tener bañada la hermosura de sus ojos por las lágrimas, robaba las miradas de todos, tan sobrehumanas eran su belleza y su gracia) y prorrumpían en lamentos por lo ilógico de su destino, ¡a qué insolencia y ultrajes sería empujada desde tal felicidad! Se les ocurría el razo- 3
namiento de que, puesto que la ley sobre la libertad había sido violada, nada sería impedimento para que también sus mujeres e hijas sufrieran lo mismo que aquélla. Reflexionando sobre estos temas y muchos semejantes, y comentándolos entre sí, lloraban. Pero Apio, como hombre impru- 4
dente por naturaleza y corrompido por la magnitud de su poder —inflamado su espíritu e hirviendo sus entrañas por el amor de la muchacha—, no atendía ni a las palabras de los defensores, ni se conmovía por las lágrimas de ella, y tomaba los sentimientos de simpatía de los presentes con irritación, pensando que él mismo era digno de mayor compasión y que había sufrido más terriblemente por la belleza que lo tenía esclavizado. Furioso por todo esto, tuvo la 5

osadía de pronunciar un discurso vergonzoso, por el que resultó evidente para quienes lo sospechaban que la falsa acusación contra la joven la había urdido él, y se atrevió a realizar un hecho tiránico y cruel.

Apio testimonia a favor de Claudio

36 En efecto, mientras ellos estaban aún hablando, ordenó que se hiciera silencio. Cuando lo hubo y toda la multitud del Foro se adelantaba llevada por el deseo de conocer lo que iba a decir, tras dirigir varias veces el rostro aquí y allá y recontar con la vista los grupos de amigos a quienes había distribuido por el
2 Foro, dijo lo siguiente: «Yo, Virginio y vosotros que estáis con él, no he oído hablar sobre este asunto por primera vez ahora, sino ya desde bastante tiempo antes de asumir este cargo. De qué manera lo supe, escuchadlo. El padre de Marco Claudio aquí presente, al finalizar su vida, me pidió que yo me ocupara de su hijo, al que dejaba niño;
3 son clientes de mi casa desde sus antepasados. Durante el tiempo de mi tutela hubo una delación sobre la chica —que Numitoria la había adoptado tomándola de una esclava de Claudio—, y tras investigar el asunto supe que era así. Ciertamente, tenía derecho a ocuparme de lo que me correspondía[33], pero pensé que era mejor dejarle a él la posibilidad de decidir, cuando fuese hombre, si quería reclamar a la chica o llegar a un acuerdo con quienes la habían criado mediante un arreglo económico o como un
4 acto de gracia. Entretanto, lanzado a asuntos públicos, no tuve más en la mente las cuestiones de Claudio. Pero a él, según parece, mientras examinaba su propia situación, también se le dio la misma información que antes a mí sobre la joven, y considera que no es injusto querer recuperar

[33] O según Capps «tenía derecho a reclamarla como mía».

a la hija de su propia esclava. Si ellos se hubiesen puesto 5
de acuerdo entre sí, estaría bien; pero ya que el asunto ha llegado a un litigio, yo testimonio a favor de él y declaro que es el amo de la muchacha».

Virginio toma una terrible decisión

Cuando escucharon esto, cuantos eran 37
imparciales y defensores de quienes proclamaban lo justo levantaron las manos al cielo y lanzaron un grito mezcla de lamento y rabia, mientras que los aduladores de la oligarquía emitieron las voces de exhortación que podían infundir ánimo en los gobernantes. Como el Foro estaba excitado y lleno de todo tipo de palabras y emocio-
nes, Apio ordenó que se hiciera silencio y dijo: «Si los 2
perturbadores no cesáis de dividir en bandos a la ciudad y de combatirnos a nosotros, vosotros que no sois en absoluto útiles ni en paz ni en guerras, seréis empujados por la fuerza a entrar en razón. No creáis que estas guarniciones del Capitolio y la ciudadela están dispuestas por nosotros sólo contra los enemigos exteriores, pero van a permitir que vosotros los de dentro estéis en una posición fuerte
y corrompáis los asuntos de la ciudad. Con una intención 3
mejor de la que mostráis ahora, marchaos quienes no tengáis ningún asunto aquí y ocupaos de vuestras obligaciones, si sois sensatos. Y tú, Claudio, llévate a la chica a través del Foro sin temor a nadie, pues las doce hachas de Apio te escoltarán».

Una vez que dijo esto, los demás se alejaban del Foro 4
lamentándose, golpeando sus frentes y sin poder retener las lágrimas, y Claudio cogía a la muchacha, que estaba abrazada a su padre y lo besaba y lo llamaba con las más dulces palabras. En tales circunstancias, a Virginio le vino a la mente una acción dolorosa y amarga para un padre,
pero conveniente para un hombre libre y magnánimo. Pi- 5

dió, pues, permiso para dar los últimos abrazos a su hija en libertad y charlar a solas con ella cuanto quisiese antes de que fuese sacada del Foro. Una vez que el general[34] lo concedió y sus enemigos se apartaron un poco, él la cogió en brazos al desmayarse y desplomarse ella y, sosteniéndola un tiempo, la llamaba, la besaba y secaba las gotas de sus lágrimas; luego, bajándola poco a poco, como estaba cerca de una carnicería, cogió un cuchillo de la mesa e hirió a
6 su hija en las entrañas, diciendo: «Libre y virtuosa te envío, hija, a tus antepasados bajo tierra; pues viva no podías tener ambas cosas por culpa del tirano». Mientras se producía un griterío, sosteniendo el cuchillo ensangrentado y él mismo cubierto de sangre, porque lo había manchado la herida de la chica, corría por la ciudad enloquecido lla-
7 mando a los ciudadanos a la libertad. Se abrió camino a través de las puertas, subió al caballo que estaba preparado para él y se dirigió apresuradamente al campamento, mientras Icilio y Numitorio, los jóvenes que lo condujeron desde el campamento, lo escoltaban también entonces. Los acompañaba además otro grupo no pequeño de plebeyos, de modo que todos juntos serían unos cuatrocientos.

La multitud provoca un tumulto

38 Apio, cuando supo lo sucedido a la joven[35], se levantó de un salto de la silla y quería perseguir a Virginio mientras decía y hacía muchas inconveniencias. Como sus amigos lo rodearon y le pidieron que no cometiera un error, se marchó irritado con todos.
2 Una vez que ya estaba en su casa, algunos de sus amigos le anunciaron que Icilio, el prometido, y Numitorio, el tío, junto con los otros amigos y parientes en pie alrededor del

[34] Véase nota 32.

[35] Para el capítulo 38 y ss., véase Livio, III 48, 7-49, 8.

cuerpo de la muchacha, contaban de él cosas decibles a indecibles y llamaban al pueblo a la libertad. Él, encoleri- 3 zado como estaba, envió a algunos de los lictores ordenándoles conducir a la cárcel a los que gritaban y sacar el cuerpo del Foro, realizando un acto totalmente insensato y en absoluto apropiado en aquellas circunstancias. Realmente, debería haber tratado con cuidado a la multitud, que tenía un justo motivo de irritación, cediendo en ese momento y, luego, defendiendo unas acciones, pidiendo perdón por otras, enmendando las demás con algunos actos de generosidad. Pero en cambio, lanzado a la medida más violenta, los obligó a caer en la desesperación. En 4 efecto, no permitieron que intentasen arrastrar a la muerta o conducir a los hombres a la cárcel, sino que, excitándose con gritos, expulsaron del Foro con empujones y golpes a quienes iban a usar la violencia. De modo que Apio, al oír esto, se vio obligado a dirigirse al Foro junto con numerosos amigos y clientes, ordenando golpear y hacer retroceder a los que estaban en los escalones. Pero Valerio 5 y Horacio, que dije[36] eran los máximos dirigentes de quienes se esforzaban por la libertad, comprendieron la intención de su salida y se colocaron delante del cadáver con una numerosa y valiente juventud en torno suyo; cuando Apio y sus partidarios estuvieron cerca de ellos, primero recurrieron a palabras duras e insultantes contra su poder, luego añadieron hechos parejos a las palabras, golpeando y derribando a quienes avanzaban contra ellos.

La plebe abandona a Apio y se une al cortejo fúnebre

Apio, turbado por lo inesperado de la 39 oposición y sin saber cómo tratar a los hombres, decidió seguir el camino más pernicioso. Pensando que la plebe aún le permanecía adicta, subió al templo de Vulcano, convocó

[36] Véase capítulo 22, 3.

al pueblo en asamblea e intentaba acusar a los hombres
de ilegalidad e insolencia, apoyándose en su poder tribu-
nicio y en la vana esperanza de que el pueblo comparti-
ría su indignación y le dejaría arrojar a los hombres desde
2 la Roca[37]. Pero los seguidores de Valerio, tomando otro
lugar del Foro, depositaron el cuerpo de la joven donde
debería ser visto por todos, reunieron otra asamblea y lan-
zaban muchas acusaciones contra Apio y los restantes oli-
3 garcas. Sucedía, como era natural, que a unos el presti-
gio de los hombres, a otros la compasión de la muchacha
—que había padecido cosas terribles y más que terribles
por su desafortunada belleza—, a otros la propia añoran-
za de la antigua constitución los invitaba a reunirse en esta
asamblea más que en la de los otros, de modo que sólo
unos pocos quedaron en torno a Apio, precisamente los
propios oligárquicos —entre quienes estaban algunos que
ya no hacían caso a los mismos oligarcas por muchas ra-
zones y que, si la causa de los contrarios se hiciera fuer-
4 te, se volverían contentos hacia aquéllos[38]—. Apio, vién-
dose abandonado, se sintió obligado a cambiar de planes
y marcharse del Foro, lo que le fue muy ventajoso pues,
si la multitud plebeya hubiera caído sobre él, habría reci-
5 bido un buen castigo. Después de esto, Valerio y sus se-
guidores, tras obtener cuanta autoridad querían, se exce-
dían en sus discursos contra la oligarquía y atraían por
medios demagógicos a quienes aún dudaban. Pero los pa-
rientes de la chica todavía alteraron más a los ciudadanos
al traer sus andas al Foro, preparar el funeral más lujoso
que podían en lo relativo al ceremonial y hacer el trasla-
do del cuerpo por las calles más importantes de la ciu-
dad, donde sería visto por mayor cantidad de personas.

[37] La Roca Tarpeya.

[38] No está claro a quien se refiere el texto con «aquéllos».

En efecto, saltaban fuera de sus casas mujeres y doncellas 6
lamentando el suceso, unas lanzaban flores y coronas sobre las andas, otras cinturones o cintas, otras juguetes de niña y, algunas, incluso bucles que habían cortado de sus trenzas. Muchos hombres, tomando de las tiendas cerca- 7
nas unas cosas por compra, otras gratis, contribuían a la pompa del funeral con los presentes apropiados; de modo que el duelo fue muy comentado por toda la ciudad, y el deseo de derrocar a los oligarcas se apoderó de todos. Pero los partidarios de la oligarquía, con su gran armamento, les producían miedo, y los seguidores de Valerio no estaban dispuestos a dirimir la disputa con sangre ciudadana.

Virginio regresa al campamento y exhorta a los hombres a la rebelión

Los asuntos se encontraban en la ciu- 40
dad[39] en tal situación de revuelta. Virginio, el que, como dije, mató con sus manos a su propia hija, azuzando al caballo con las bridas y guiándose con linternas, llegó al campamento de Álgido tal como salió corriendo de la ciudad, todo manchado de sangre y con el cuchillo de carnicero en la mano. Al verlo, los que hacían guardia 2
ante el campamento no podían imaginar lo que le había pasado, y lo acompañaron con la idea de escuchar un suceso grande y terrible. Virginio, mientras caminaba, lloraba y hacía señas de que lo siguieran a quienes le salían al paso; a medio cenar, salían corriendo de las tiendas por donde pasaba todos en bloque con antorchas y lámparas, y lo acompañaban llenos de ansiedad y consternación esparciéndose alrededor de él. Cuando llegó al lugar más 3
abierto del campamento, en pie sobre una elevación para ser visto por todos, expuso las desgracias que le habían

[39] Para los capítulos 40 a 44, véase Livio, III 50 y ss.

sobrevenido, presentando como testigos de sus palabras a
quienes habían venido con él desde la ciudad.

Al ver a muchos lamentándose y llorando, se puso a
suplicarles y pedirles que no permitieran que él quedase
sin venganza ni la patria ultrajada. Mientras decía esto, la
voluntad de todos era escucharlo, y lo exhortaban a ha-
4 blar. Así que él atacaba ya, incluso más audazmente, a la
oligarquía, exponiendo cómo los decenviros a muchos los
privaron de sus haciendas, a muchos los maltrataron física-
mente, a muchísimos los obligaron a huir de su patria sin
haber cometido ningún delito, enumerando insolencias con-
tra matronas, raptos de doncellas casaderas, abusos contra
5 niños libres y sus restantes ilegalidades y crueldades. «Y es-
tos ultrajes —dijo— los han cometido contra nosotros quie-
nes ni tienen el poder por ley, ni lo han recibido por vo-
tación del Senado o consentimiento del pueblo (pues ha
pasado el año de su mandato y tras gobernar durante ese
tiempo, debían haber entregado a otros la administración
pública), sino por el más violento de los medios, achacán-
6 donos una gran cobardía y debilidad, como mujeres. Que
cada uno de vosotros haga cuentas de lo que él mismo ha
soportado y de lo que sabe que otros han padecido. Y si
alguno de vosotros, seducido por ellos con algunos placeres
o gratificaciones, no ha tenido miedo a la oligarquía, ni
ha temido que con el tiempo le vinieran las desgracias, sa-
biendo que para los tiranos no hay lealtad, que los favores
de los poderosos no se dan por benevolencia y todo lo se-
7 mejante a esto, que cambie de opinión. Y todos, con un
mismo pensamiento, liberad de los tiranos a la patria don-
de se levantan los templos de vuestros dioses y están los
sepulcros de vuestros antepasados —a quienes honráis des-
pués de los dioses—, están los ancianos padres, que recla-
man muchos cuidados dignos de sus desvelos, las mujeres

legalmente desposadas, las hijas casaderas, que suponen a
quienes las tienen una no pequeña preocupación, y la des-
cendencia de hijos varones, a quienes se les deben los dere-
chos de la naturaleza y de sus antepasados. Y no hablo, 8
pues, de casas, haciendas y riquezas, conseguidas con mu-
chos esfuerzos por vuestros padres y por vosotros mismos,
nada de lo cual os es posible tener seguro mientras seáis
tiranizados por los decenviros.

Continúa la arenga de Virginio

«No es propio de hombres sensatos y 41
nobles apoderarse de lo ajeno con valor
y permitir, sin embargo, que lo propio se
destruya por cobardía, ni combatir con-
tra ecuos, volscos, sabinos y todos los
otros pueblos vecinos en guerras largas e incesantes por el
poder y la soberanía, pero no querer levantar las armas
por la seguridad y la libertad contra quienes os gobiernan
ilegalmente. ¿No recobraréis el alto espíritu de la patria?, 2
¿no llegaréis a una decisión digna del valor de nuestros
progenitores que, por una mujer que recibió un ultraje de
uno de los hijos de Tarquinio y que por esa desgracia se
mató a sí misma, de tal modo se enfurecieron por el su-
ceso, se exasperaron y consideraron el ultraje común a to-
dos, que no sólo expulsaron a Tarquinio de la ciudad, sino
que además abolieron el régimen monárquico y prohibie-
ron que en adelante ningún romano tuviese de por vida
un cargo público sin rendir cuentas, pronunciando ellos
mismos los mayores juramentos y lanzando maldiciones
contra sus descendientes, si actuaban contra estas medidas?
Aquellos hombres no toleraron entonces la insolencia tirá- 3
nica de un jovenzuelo licencioso contra una persona libre,
¿y vosotros vais a soportar una tiranía de muchas cabezas
que actúa con total ilegalidad y descaro, y aún actuará
más si ahora os quedáis quietos? No soy el único que te- 4

nía una hija superior en belleza a otras —a la que Apio
ha intentado a las claras violar y ultrajar—, sino que tam-
bién muchos de vosotros tenéis hijas, otros esposas, otros
hijos jóvenes de buena presencia ¿y qué impedirá que ellos
sufran lo mismo por parte de algún otro de los diez tira-
nos o del propio Apio? ¡A no ser que, realmente, algún
dios sea garante de que, aunque dejéis estas desgracias
mías impunes, los mismos horrores no vendrán sobre mu-
chos de vosotros, sino que el amor tiránico, tras avanzar
hasta mi hija, se detendrá y será casto en lo referente a
5 los restantes cuerpos de jóvenes y doncellas! Gran locura
y torpeza, obviamente, es decir que estas imaginaciones no
sucederán, lo sabéis con claridad. Los deseos de los tiranos
son, por lo natural, ilimitados, puesto que no tienen ley
represora ni miedo. Al hacerme a mí una justa venganza,
también os procuráis a vosotros seguridad para no padecer
los mismos ultrajes, y romperéis ya por fin vuestras atadu-
ras, ¡desgraciados! Mirad con ojos fijos hacia la libertad.
6 ¿Os irritaréis, realmente, por otro motivo más que por és-
te, cuando los tiranos se llevan a las hijas de los ciudada-
nos como esclavas y conducen a las novias con látigos?,
¿en qué ocasión recuperaréis el libre espíritu, si dejáis pa-
sar la presente en que las armas protegen vuestros cuer-
pos?».

Los generales deciden detener a Virginio e ir contra el enemigo. Los centuriones lo impiden

42 Mientras él hablaba, la mayoría grita-
ba prometiendo venganza y llamaba por
su nombre a los jefes de las centurias pi-
diéndoles que emprendiesen la acción y
muchos, avanzando, se atrevían a decir
abiertamente si habían sufrido alguna in-
2 dignidad. Al enterarse de lo sucedido, los cinco hombres
que dije[40] estaban al frente de las legiones, temiendo que

[40] Capítulo 23, 2.

se produjese contra ellos algún ataque de las masas, corrieron todos hacia el cuartel general y estuvieron meditando con sus amigos cómo poner fin a la revuelta, tras rodearse de sus partidarios armados. Cuando se enteraron de que 3
se habían retirado a sus tiendas y que el disturbio había cesado —desconociendo que la mayoría de los centuriones habían acordado con juramentos secretos hacer defección y ayudar a liberar la patria— decidieron, en cuanto fuese de día, primero, detener a Virginio, que había revolucionado a la gente, y mantenerlo bajo vigilancia, luego, sacar a las fuerzas del campamento y llevarlas contra los enemigos y, estableciéndose allí, devastar la mejor zona de su territorio, sin permitir ya a los suyos hacer intrigas sobre lo sucedido en la ciudad, en parte por las ganancias, en parte por los combates que tendrían lugar en cada ocasión por su propia vida. Pero nada les resultó según sus cálcu- 4
los, pues los centuriones no sólo no permitieron que Virginio, al ser llamado, marchase al cuartel general, sospech[ando[41] que le pudiese pasar alguna desgracia, sino que, además, reprobaban con injurias la] interceptad[a orden de que] querían conducir las tropas contra los enemigos, diciendo: «¡Bien nos habéis capitaneado antes como para que ahora, cobrando esperanzas, os sigamos a vosotros que, tras reunir un ejército de la propia ciudad y de los aliados como nunca antes otros generales romanos, no [habéis llevado a cabo una victoria o un perjuicio contra] los enemigos, sino que [habéis demostrado] falta de valor e inexperiencia al acampar [cobardemente]; y [al permitir] que vuestro propio territorio [fuese devastado] por los enemigos, nos habéis hecho mendigos y carentes de todos los medios con los que, [al ser superiores en armas a los con-

[41] A partir de aquí este capítulo presenta varias lagunas en los MSS. Las palabras entre corchetes aparecen sólo en los MSS. inferiores.

trarios], vencimos en los combates cuando los generales eran mejores que vosotros! ¡Ahora levantan trofeos por sus victorias sobre nosotros y tienen nuestras posesiones, tras haberse apoderado de tiendas, esclavos, armas y dinero!».

Gran parte del ejército abandona el campamento

43 Virginio, por irritación y por no temer ya a los generales, se dirigía a ellos con gran arrogancia llamándolos plaga y ruina de la patria, y exhortaba a todos los centuriones a levantar los estandartes
2 y conducir a casa al ejército. Pero muchos de ellos aún se horrorizaban de mover los estandartes sagrados y, luego, consideraban que el abandonar a los jefes y generales no era totalmente justo ni seguro (pues el juramento militar, que los romanos sancionan más especialmente que todos los demás, ordena que los soldados sigan a sus mandos a donde los lleven y la ley da poder a los generales para matar sin juicio a quienes desobedezcan o abandonen los estan-
3 dartes). Viendo Virginio que actuaban así por precaución, les explicó que la ley había anulado su juramento, puesto que es necesario que el general que manda las fuerzas haya sido elegido por ley, y el poder de los diez hombres era ilegal al sobrepasar el tiempo de un año para el que fue establecido. Y el hacer lo ordenado por quienes no gobiernan de acuerdo con la ley no es obediencia y fidelidad,
4 sino insensatez y locura. Tras oir esto, pensaron que hablaba correctamente, se exhortaron unos a otros y, recibiendo ánimo de la divinidad, levantaron los estandartes y salieron del campamento. Pero, como era natural entre caracteres variados y no todos con las mejores intenciones, iba a haber algunos que se quedaran con los oligarcas —soldados y centuriones—, no tantos en cantidad sino,
5 con mucho, menos que los otros. Los que salieron del

campamento, tras marchar durante todo el día, llegaron al caer la tarde a la ciudad sin que nadie hubiese anunciado su llegada y causaron gran alteración en los de dentro, que creyeron que había entrado un ejército enemigo; y hubo griterío y carreras desordenadas por la ciudad. Sin embargo, la confusión no duró mucho tiempo como para que se produjera algún desastre por su causa pues, al atravesar las calles, gritaban que eran amigos y que habían entrado por el bien de la ciudad, y acompañaban sus palabras con idénticos hechos, sin cometer ningún daño. Llega- 6
dos al llamado Aventino (ésta es la más adecuada para acampar de las colinas que están incluidas en Roma), depositaron sus armas en torno al templo de Diana y al día siguiente, tras fortificar el campamento y elegir diez tribunos —cuyo jefe era Marco Opio— para ocuparse de los intereses comunes, permanecieron tranquilos.

El ejército de Fidenas también abandona el campamento

No mucho después, les llegaron como 44
apoyo también los mejores centuriones de las tres legiones del ejército de Fidenas, trayendo una gran fuerza. Estaban distanciados de los generales de allí ya hacía tiempo —desde que mataron a Sicio el legado, como dije—,[42] pero temían empezar antes la rebelión, pensando que las cinco legiones de Álgido eran leales al decenvirato; sin embargo, cuando conocieron su defección, recibieron entonces con agrado lo convenido por el destino. Los jefes 2
de estas legiones eran también diez tribunos nombrados en el camino, el más destacado de los cuales era Sexto Malio[43]. Una vez que se juntaron unos con otros, depusieron

[42] Capítulos 25 a 27.

[43] El nombre probablemente es Manilio, como lo da Livio (III 51, 10).

sus armas y encomendaron a los veinte tribunos que dijeran e hicieran todo en nombre del colectivo. De los veinte nombraron como consejeros a los dos más distinguidos, Marco Opio y Sexto Malio; éstos establecieron un consejo de todos los centuriones y continuaron tratando con ellos
3 todos los asuntos. Mientras su intención aún era desconocida para la mayoría, Apio, como reconocía para sus adentros que era responsable de la presente revuelta y de los males que se esperaban por su causa, no consideraba conveniente realizar ningún asunto público, sino que permanecía en casa. Espurio Opio, colocado al frente de la ciudad junto a él, también se alarmó al principio creyendo que al instante sus enemigos caerían sobre ellos y que habían llegado para eso, pero cuando comprendió que no intentaban ninguna revolución, liberado del miedo, convocó al Senado en su sede, mandando traer a cada hombre desde su
4 casa. Mientras aún se estaban reuniendo, llegaron los jefes del ejército de Fidenas, irritados porque ambos campamentos habían sido abandonados por los soldados, tratando de persuadir al Senado para que tomase contra ellos medidas de castigo adecuadas a su acción. Cuando cada uno debía exponer su opinión, Lucio Cornelio dijo que era necesario que los destacados en el Aventino marchasen ese mismo día a sus campamentos y cumpliesen las órdenes de los generales, no siendo sometidos a juicio por nada de lo sucedido, excepto únicamente los responsables de la revuel-
5 ta; a ellos los generales les aplicarían los castigos. Pero si no hacían esto, el Senado deliberaría sobre ellos por haber abandonado el puesto en que fueron colocados por sus jefes y haber violado el juramento militar. Lucio Valerio[44]

[44] A continuación hay una importante laguna en los MSS. El L (el mejor) indica que falta una hoja. Se ha perdido, pues, el relato de la Segunda Secesión de la plebe al Monte Sacro y del abandono del poder por parte de los decenviros. Véase LIVIO, III 52 a 54.

. . . .

Pero sobre las leyes romanas que encontramos escritas en 6
las Doce Tablas no convenía hacer ninguna mención, a pesar de ser tan respetables y tener tal superioridad en comparación con las legislaciones griegas, ni extenderse prolongado el relato sobre ellas más allá de lo necesario.

Valerio y Horacio ratifican leyes en favor de los plebeyos

Tras la caída del decenvirato[45], los 45
primeros en recibir del pueblo el poder consular en una asamblea centuriada fueron, como dije, Lucio Valerio Potito y Marco Horacio Barbado, favorables a la plebe ellos mismos por temperamento y que además habían heredado de sus antepasados esas ideas políticas. Respetando las promesas que hicieron a los plebeyos, cuando los persuadieron para deponer las armas, de que llevarían a cabo en el gobierno todo lo conveniente para el pueblo, ratificaron en asambleas centuriadas, a pesar del descontento de los patricios —aunque se avergonzaron de oponerse—, algunas otras leyes que no necesito escribir y la que ordena que las leyes establecidas por el pueblo en las asambleas tribales[46] se apliquen a todos los romanos por igual, con la misma fuerza que las que se fijen en las asambleas centuriadas. Se establecieron como penas para quienes derogasen o transgrediesen la ley, si eran condenados, la
muerte y la confiscación de su hacienda. Esta ley puso fin 2
a las discusiones que tuvieron antes los patricios con los plebeyos, al no estar dispuestos a obedecer las leyes impuestas por éstos, ni a considerar en absoluto lo sancionado en las asambleas tribales como decretos comunes para toda la ciudad, sino como específicos sólo para los plebe-

---

[45] Para el capítulo 45, véase Livio, III 55.

[46] Véase VII 59 y VIII 82, 6.

yos, mientras que lo que decidiese la asamblea centuriada pensaban que quedaba establecido para ellos mismos y pa-
3 ra los restantes ciudadanos. Se ha dicho ya antes que en las asambleas tribales los plebeyos y los pobres superaban a los patricios, pero en las asambleas centuriadas los patricios, aún siendo con mucho inferiores en número a los otros, dominaban sobre los plebeyos.

Juicio a los decenviros

46 Tras ser ratificada por los cónsules esta ley[47] junto con algunas otras de carácter popular, como dije, los tribunos inmediatamente, creyendo que había llegado el momento oportuno para castigar al grupo de Apio, pensaron que era preciso hacer una acusación contra ellos, no llevándolos todos juntos a juicio, sino uno a uno para que no se ayudasen mutuamente, pues suponían que de esta forma serían más fácilmente maneja-
2 bles. Examinando cuál sería el más apropiado para empezar, decidieron dirigir la justicia primero contra Apio, odiado por el pueblo a causa de sus otros delitos y de sus recientes abusos contra la joven. Al condenarlo creían que también dominarían fácilmente a los otros, en tanto que, si empezaban por los más humildes, suponían que los resentimientos de los ciudadanos serían más débiles contra los hombres más ilustres, al ser juzgados al final, mientras que son más intensos en los primeros juicios, como ha su-
3 cedido ya muchas veces. Tras tomar estas decisiones, detuvieron a los hombres[48] y ordenaron que Virginio acusara a Apio sin echarlo a suertes. Después de esto, Apio fue citado ante el tribunal popular acusado por Virginio en la asamblea, y pidió tiempo para su defensa. Fue conducido a la cárcel para ser custodiado hasta el juicio (pues no le

[47] Para este capítulo veáse LIVIO, III 56 a 59.

[48] Los decenviros.

fue concedida libertad bajo fianza), pero antes de que llegase el día designado para la vista murió en prisión, según la sospecha de la mayoría, por orden de los tribunos pero, según dieron a conocer quienes querían librarse de la acusación, él mismo se estranguló con una cuerda. Tras él, 4
Espurio Opio fue llevado ante el tribunal popular por otro de los tribunos, Publio Numitorio; se le concedió realizar su defensa, fue condenado por todos los votos y, llevado a la cárcel, murió ese mismo día. Los restantes decenviros, antes de ser acusados, se castigaron a sí mismos con el exilio. Los bienes de los condenados a muerte y de los huidos[49] los cuestores los confiscaron para el tesoro público. También fue acusado Marco Claudio —el que inten- 5
tó llevarse a la joven como esclava— por su prometido Icilio; y echando la culpa a Apio, que le ordenó cometer el delito, se libró de la muerte, pero fue condenado a exilio perpetuo. Ninguno de los otros que sirvieron a los oligarcas en algún crimen tuvo un juicio público, sino que a todos les fue concedida una amnistía. El que propuso este decreto fue Marco Duilio, el tribuno, al irritarse ya los ciudadanos y pareciendo ..... ser .... enemigos[50].

El ejército sale contra ecuos y volscos, y vence

Cuando cesaron los disturbios en la 47
ciudad[51], los cónsules reunieron al Senado y aprobaron por decreto que el ejército saliese rápidamente contra los enemigos. Una vez que el pueblo ratificó lo decretado por el Senado, Valerio, uno de los cónsules, marchó con la mitad del ejército contra los ecuos y vols-

[49] O «exiliados».

[50] El significado del texto no está claro. Quizás la mejor conjetura sea la de Hertleim «esperando que se produjese un ataque de los enemigos».

[51] Para los capítulos 47 a 50, véase LIVIO, III 60 a 63.

2 cos, pues ambos pueblos se habían unido. Comprendiendo que los ecuos se mostraban jactanciosos por sus anteriores éxitos y habían llegado a un gran desprecio del poderío de los romanos, todavía quería envanecerlos más y hacerlos más audaces ofreciéndoles la falsa impresión de que iba asustado a la lucha contra ellos, y lo hacía todo como con
3 temor. Así que escogió para el campamento un lugar alto y difícil de acceder, lo rodeó con un profundo foso y levantó altas empalizadas. Aunque los enemigos lo llamaban a combate repetidamente y lo acusaban de cobardía, lo soportaba y permanecía en calma. Pero cuando supo que las mejores fuerzas de los enemigos habían salido para saquear la tierra de los hérnicos y latinos, y que en el campamento habían dejado una guarnición ni numerosa ni eficiente, consideró que éste era el momento oportuno, sacó al ejér-
4 cito ordenado y lo dispuso para combate. Como nadie se le enfrentó, se contuvo durante aquel día, pero al día siguiente marchó contra su campamento[52] que no era muy fuerte. Al darse cuenta de que el campamento estaba sitiado, los que habían salido para forrajear regresaron rápidamente, pero no aparecieron juntos y en orden sino dispersos y en pequeños grupos, cada uno como podía. Los del campamento, cuando vieron a los suyos que se acercaban,
5 salieron en bloque llenos de coraje. Y se produjo un gran combate y una matanza numerosa por ambas partes, en donde vencieron los romanos y pusieron en fuga a quienes luchaban en filas cerradas, y, persiguiendo a quienes huían, a unos los mataron, a otros los tomaron como prisioneros y, tras hacerse dueños de su campamento, se apoderaron de mucho dinero y abundante botín. Valerio, después de

[52] «Campamento» es la palabra que el sentido del texto exige aquí, pero los MSS. dan «bagajes, impedimenta».

llevar a cabo esto, marchaba ya con toda seguridad sobre la tierra de los enemigos y la devastaba.

Victoria sobre los sabinos

Marco Horacio, [que había marchado][53] a la guerra contra los sabinos, cuando supo lo sucedido a su compañero en el cargo, salió también él del campamento y condujo sus tropas inmediatamente [con toda su fuerza] contra los sabinos, no inferiores en número y [expertísimos] en artes bélicas, [así que demostraron] coraje por sus anteriores éxitos y gran audacia [contra sus oponentes, todos en conjunto y en particular el que los comandaba]. Era no sólo un buen general[54], 48
sino también un noble luchador cuerpo a cuerpo y, como 2
la caballería mostró gran ardor, obtuvo una brillantísima victoria matando a muchos enemigos, pero consiguiendo aún muchos más prisioneros; tomó su campamento abandonado, en el que encontró mucho bagaje de los enemigos y todo el botín que habían cogido del territorio romano, y rescató a muchos prisioneros de los suyos, pues los sabinos, por exceso de confianza, no se habían dado prisa en
enviar fuera su botín. Los bienes de los enemigos los dejó 3
a los soldados como recompensa, tras escoger de los despojos cuanto debía consagrar a los dioses; pero el botín lo devolvió a sus dueños.

El Senado no concede a los cónsules la celebración de triunfos

Tras llevar esto a cabo, condujo las 49
fuerzas a Roma y al mismo tiempo llegó Valerio. Ambos, muy enorgullecidos por sus victorias, tenían esperanza de obtener
brillantes celebraciones de triunfo. Pero 2
el asunto no les salió según lo esperado, pues el Senado,

[53] Laguna en el texto. Las palabras que aparecen a continuación entre corchetes se encuentran sólo en los MSS. inferiores.

[54] Se refiere, evidentemente, al general romano.

reunido mientras ellos estaban acampados fuera de la ciudad en el llamado Campo de Marte, una vez enterado de lo realizado por ambos, no permitió que se hiciese el sacrificio triunfal, al oponerse a ellos muchos públicamente,
3 pero en especial Cayo Claudio (era tío, como dije, de Apio, el que estableció la oligarquía, recientemente ejecutado por los tribunos) que criticó las leyes sancionadas por ellos —por las que se debilitó el poder del Senado— y las restantes medidas públicas que habían llevado a cabo durante su administración; expuso, finalmente, la muerte de algunos de los decenviros —aquéllos que entregaron a los tribunos— y la confiscación de bienes a los otros en con-
4 tra de los juramentos y pactos (pues lo acordado en términos sagrados por los patricios con los plebeyos estaba basado en la seguridad de todos y en la amnistía de los hechos anteriores); y dijo que la muerte de Apio no fue por su propia mano, sino por las maquinaciones de los tribunos antes del juicio, para que no obtuviese, al ser juzgado, ni derecho a hablar ni compasión, como era natural, si se hubiese sometido a juicio el hombre que presentaba el prestigio de su linaje, había hecho muchos beneficios a la comunidad, invocaba los juramentos y pruebas de fidelidad —en las que confían los hombres para realizar sus reconciliaciones—, y [traía] hijos y parientes, su propio aspecto humilde y otras muchas cosas que arrastran a la plebe a
5 la compasión. [Cuando Cayo Claudio vertió] todas estas acusaciones [contra los propios] cónsules [y los] presentes [lo aprobaron][55], se decidió que debían contentarse con no recibir castigo, pero que no eran dignos en absoluto de obtener la celebración de triunfos o de algunas concesiones semejantes.

[55] La traducción sigue la propuesta de Kiessling, pues ninguno de los MSS. da una lectura satisfactoria.

Los cónsules indisponen de nuevo a patricios y plebeyos

Al rechazar el Senado el triunfo, Valerio y su colega se irritaron y, suponiendo que habían sufrido una gran ofensa, convocaron al pueblo a asamblea; lanzaron muchas acusaciones contra el Senado y, como los tribunos los defendieron y lo propusieron como ley, obtuvieron del pueblo la celebración del triunfo, siendo los primeros de todos los romanos en introducir esta costumbre. A partir de esto, de nuevo los plebeyos se enzarzaron en acusaciones y discrepancias con los patricios, y los tribunos los exaltaban cada día reuniendo asambleas y haciendo muchos reproches contra el Senado. Pero lo que más irritaba a la mayoría era la suposición, que aquellos procuraron que se hiciese firme y que había crecido con rumores anónimos y no pocas conjeturas, de que los patricios iban a abolir las leyes que sancionaron Valerio y su colega en el consulado. Y una fuerte creencia, que no distaba mucho de ser convicción, dominaba a la mayoría. Y esto fue lo realizado por estos cónsules. 50

ta costumbre. A partir de esto, de nuevo los plebeyos se 2

Siguientes consulados

Los que ejercieron el consulado al año siguiente[56] fueron Larte Herminio y Tito Virginio; y los que recibieron el cargo de ellos marco Ge[ganio] 51

....

El pueblo romano vota sobre un litigio de tierras

Al no dar aquéllos[57] respuesta sino seguir irritados, de nuevo Escapcio subió a la tribuna y dijo: «Habéis permitido, ciudadanos, a quienes no están de acuerdo con vosotros que disputen la posesión de nuestra tierra, que no les corresponde en absoluto; vien- 52

[56] Para este capítulo perdido, véase Livio, III 65 a 70.

[57] Los aricinos, véase Livio, III 71 y ss.

2 do esto, votad lo justo y conforme a juramento». Al decir esto Escapcio, les entró vergüenza a los cónsules, que pensaban que el juicio no tendría un final justo ni decente si el pueblo romano, escogido como juez, abandonaba un territorio disputado por otros y, sin reclamarlo para sí, lo otorgaba a los litigantes. Se pronunciaron muchos discursos por parte de los cónsules y de los jefes del Senado
3 para impedir el resultado, pero en vano. Los que iban a votar decían, pues, que sería una gran locura permitir a otros ocupar lo suyo propio, y suponían que no emitirían un veredicto irreprochable si designaban a los aricinos o a los ardeates soberanos de la tierra disputada, tras haber jurado que decidirían que era de aquellos a quienes descubriesen que les pertenecía; y estaban irritados contra quienes litigaban porque habían querido tomar como árbitros a los privados de su tierra, para que luego no les fuese posible recobrar la propia posesión, que ellos mismos, juzgando bajo juramento, habían decidido que era de otros.
4 Considerando esto, e indignados, ordenaron que se colocase por cada tribu una tercera urna para la ciudad de Roma en la que depositarían los votos; y el pueblo de Roma resultó por todos los votos dueño de la región disputada. Esto fue lo realizado por estos cónsules.

Nuevas disensiones entre patricios y plebeyos

53 Cuando Marco Genucio y Cayo Quincio recibieron el poder[58], surgieron de nuevo las disensiones políticas de los plebeyos que pedían que se permitiese a todos los romanos obtener el poder consular, pues hasta entonces los patricios eran los únicos que accedían a él, nombrados en las asambleas centuriadas.

---

[58] Para los capítulos 53-61, véase Livio, IV 1-7, 1. Livio da el nombre como Cayo Curcio.

Redactaron una ley sobre las elecciones consulares y la introdujeron los tribunos de ese año, estando conformes todos los demás excepto uno, Cayo Furnio; en esta ley hacían al pueblo soberano cada año de la decisión de si querían que desempeñasen el consulado patricios o bien ple-
beyos. Por tales cosas se irritaron los componentes del Se- 2
nado, viendo anulado su propio poder, y pensaban que era preciso soportarlo todo antes que permitir que la ley fuese ratificada; muestras de irritación, acusaciones y oposiciones continuas se producían en conversaciones privadas y en las sesiones públicas, al volverse hostiles todos los pa-
tricios contra todos los plebeyos. Y se pronunciaron mu- 3
chos discursos en el Senado y muchos en las asambleas por quienes estaban al frente de la aristocracia —más moderados por parte de aquéllos que creían engañar a los plebeyos por ignorancia de su propio interés, más violentos por parte de los que consideraban que el asunto estaba basado en una trama y en envidias contra ellos—.

Los aliados piden ayuda. Los tribunos se oponen

Pasando el tiempo en vano, llegaron 54
a la ciudad mensajeros de los aliados que dijeron que los ecuos y los volscos iban a marchar contra ellos con un gran ejército, y que pedían que se les enviase ayuda
rápidamente por encontrarse en pie de guerra. También se 2
decía que entre los tirrenos los llamados veyentes se estaban preparando para una revuelta, y los ardeates ya no eran sus súbditos, irritados por la tierra disputada que el pueblo romano, elegido juez, se adjudicó a sí mismo el
año anterior. Al enterarse de estas cosas, el Senado votó 3
reclutar un ejército y que ambos cónsules condujeran las fuerzas. Pero quienes presentaban la ley se oponían a sus decisiones (los tribunos tenían autoridad para oponerse a los cónsules), licenciando a quienes habían sido puestos

bajo juramento militar por los cónsules y no permitiendo
4 imponer ningún castigo a los que desobedecían. A pesar de que el Senado deseaba ardientemente en ese momento poner fin a la disputa y, una vez que las guerras llegasen a su fin, proponer entonces la ley sobre las elecciones consulares, estos hombres estaban lejos de ceder ante las circunstancias, de modo que decían oponerse también a los decretos del Senado relativos a otros puntos y no permitir que ningún decreto referente a ningún tema fuese sancionado, si no se aprobaba en decreto preliminar la ley introdu-
5 cida por ellos. Y no sólo llegaron a hacer estas amenazas contra los cónsules en el Senado, sino también en la asamblea, pronunciando los juramentos que tienen más valor entre ellos, es decir, por su propia credibilidad, para que no les fuese posible revocar nada de lo decidido ni aunque los convenciesen.

El Senado duda sobre las medidas que debe tomar

55 Ante estas amenazas, los más ancianos y destacados dirigentes de la aristocracia consideraban lo que se debía hacer, reunidos por los cónsules en una
2 charla privada entre ellos. Cayo Claudio, que no era en absoluto partidario de los plebeyos y había heredado esta opción política de sus antepasados, presentó una propuesta bastante arrogante: no entregar al pueblo ni el consulado ni ninguna otra magistratura; a quienes intentasen hacer lo contrario impedírselo con las armas, si no obedecían a razones, sin ningún miramiento, ya fuese un particular o un magistrado, pues todos lo que intentan alterar las costumbres tradicionales y destruir la antigua forma de gobierno son extraños y enemigos de la ciudad.
3 Pero Tito Quincio se oponía a reducir al adversario por la fuerza y a marchar contra el pueblo con armas y derramamiento de sangre ciudadana, especialmente al enfrentár-

seles los tribunos —que nuestros padres votaron que fuesen sagrados y sacrosantos, haciendo valedores de los acuerdos a los dioses y divinidades y pronunciando los mayores juramentos por su perdición y la de sus descendientes si transgredían algo de lo convenido—.

Los patricios toman medidas contra los plebeyos

Se adhirieron a esta propuesta tam- 56
bién los otros que habían sido convocados a la reunión, y tomando la palabra Claudio, dijo: «No desconozco el germen de las calamidades que se abatirán sobre todos nosotros si permitimos al pueblo dar su voto sobre la ley; pero como no puedo hacer lo que es necesario, ni soy capaz de oponerme solo a vosotros, que sois tantos, cedo ante vuestras decisiones. Es justo que cada uno ex- 2
ponga lo que le parece que conviene a la comunidad, pero que obedezca lo decidido por la mayoría. Ciertamente, tengo que aconsejaros a vosotros, que estáis en situación difícil y desagradable, no entregar el consulado ni ahora ni después a nadie excepto a los patricios, los únicos a quienes les es santo y legal obtenerlo. Pero cuando estáis redu- 3
cidos, como ahora, a la necesidad de compartir también con los otros ciudadanos el máximo poder y magistratura, nombrad tribunos militares en lugar de los cónsules, fijando el número de ellos que os parezca —a mí me parece que ocho o seis es suficiente—, y entre estos hombres, que los patricios no sean inferiores en número a los plebeyos. Al hacer esto, ni dejaréis caer el poder de los cónsules en gente baja e indigna, ni parecerá que os amañáis para vosotros mismos poderes injustos al no dar ninguna participación a los plebeyos». Todos aprobaron esta opinión y 4
nadie dijo lo contrario, entonces siguió: «Escuchad lo que tengo que aconsejaros también a vosotros los cónsules. Después de fijar el día en que ratificaréis el decreto previo

y lo decidido por el Senado, dad la palabra a quienes defienden la ley y a quienes la atacan; pronunciados los discursos, cuando llegue el momento de preguntar las opiniones, no empecéis por mí, ni por Quincio aquí presente, ni por ningún otro de los más ancianos, sino por Lucio Valerio, el más partidario de los plebeyos entre los senadores, y después de él, preguntad a Horacio si quiere hablar. Cuando hayáis examinado sus opiniones, entonces ordenad-
5 nos hablar a nosotros los más ancianos. Yo, naturalmente, mostraré la opinión contraria a los tribunos utilizando toda la franqueza —pues esto conviene a la comunidad—, y la propuesta sobre los tribunos militares, si así lo queréis, que la introduzca Tito Genucio aquí presente; pues esta opinión sería la más conveniente y no atraería en absoluto sospe-
6 cha, Marco Genucio, si la dice este hermano tuyo». Pareció que era una propuesta correcta, y se marcharon de la reunión. Pero a los tribunos les entró miedo a causa de la junta secreta de los hombres, pensando que sería para un gran mal del pueblo, puesto que se reunieron en una casa y no en público, y no aceptaron como participante a ninguno de los representantes del pueblo. Y tras esta asamblea, reunieron de nuevo defensas y guardias de entre los mayores partidarios de la plebe, para oponerse a las insidias que suponían que se producirían contra ellos por obra de los patricios.

Habla el tribuno Cayo Canuleyo en el Senado

57 Cuando llegó el momento en que debía pasarse el decreto previo, los cónsules convocaron al Senado y, tras hacer muchas exhortaciones por la concordia y buen orden, dieron la palabra primero a
2 los tribunos que habían presentado la ley. Uno de ellos, Cayo Canuleyo, avanzando, no trató de explicar que la ley era justa o conveniente, ni siquiera la mencionó, sino que

dijo que se extrañaba de la actitud de los cónsules porque, habiendo deliberado y decidido ya entre sí lo que se debía hacer, habían intentado introducirlo en el Senado como un tema no aprobado y que precisaba deliberación, y habían dado la palabra sobre ello a quienes estaban elegidos de antemano, admitiendo una simulación que no se acomoda a su edad, ni conviene a la importancia de su cargo. Dijo 3
que introducían un principio de infames medidas políticas al convocar reuniones senatoriales secretas en casas privadas y al no llamar a todos los senadores a ellas, sino sólo a sus más afines. Que se extrañaba menos de los otros senadores excluidos de la sesión senatorial doméstica, pero sí le había sorprendido la exclusión de la convocatoria a la reunión de Marco Horacio y Lucio Valerio, los que derrocaron la oligarquía —ex cónsules y apropiados como nadie para deliberar sobre asuntos públicos—, y no podía explicarlo con un razonamiento justo, ni imaginar una causa, a no ser que, tratando de introducir medidas malvadas y perjudiciales contra los plebeyos, no quisiesen convocar a estas deliberaciones a los más partidarios de la plebe, que se irritarían manifiestamente y no permitirían que se llevara a cabo ninguna injusta medida contra el pueblo.

Habla el cónsul Genucio

Tras decir esto Canuleyo con gran in- 58
dignación y tomar muy a mal el asunto los senadores no admitidos en el consejo, avanzó uno de los cónsules, Genucio, e intentó defenderse y calmar su cólera explicando que llamaron a los amigos no para llevar a cabo nada contra el pueblo, sino para deliberar con los más íntimos qué podían hacer para que no pareciese que perjudicaban a ninguno de los dos partidos, si remitir al Senado la decisión sobre la ley rápida o tardiamente. Que no invita- 2
ron a la reunión a Horacio y Valerio no por ninguna otra

causa, sino para que no surgiese entre los plebeyos ninguna sospecha sobre ellos, a pesar de su prestigio, como si hubiesen cambiado sus principios políticos, si llegaban tal vez a la otra opinión de decidir aplazar la consideración sobre la ley a otro momento más adecuado. Pero, puesto que a todos los invitados les pareció que la decisión más expeditiva era mejor que la más lenta, se hizo como se decidió.
3 Tras decir esto y jurar por los dioses, afirmó que decía la verdad y, poniendo por testigos a los senadores convocados, dijo que eliminaría toda calumnia no con palabras,
4 sino con hechos. En efecto, cuando los que quieran atacar y defender la ley expongan sus razones, no llamarán primero para preguntarles su opinión a los senadores más ancianos y respetados —a quienes este privilegio les ha sido otorgado también por las costumbres ancestrales—, ni a quienes resultan sospechosos a los plebeyos de no decir ni pensar nada provechoso para ellos, sino a aquéllos que parecen ser más partidarios de la plebe entre los más jóvenes.

Valerio propone aplazar la ratificación de la ley

59 Tras prometer eso y dar permiso a quienes quisiesen hablar, puesto que nadie se presentaba para atacar o defender la ley, avanzó de nuevo y preguntó primero a Valerio qué convenía a la comunidad y qué aconsejaba a los senadores votar como decreto
2 preliminar. Este se levantó y expuso un largo discurso sobre sí mismo y sus antepasados, explicando que para provecho de la comunidad estuvieron al frente del partido plebeyo, y enumeró todos los peligros que desde el principio se abatieron sobre la ciudad por causa de quienes seguían la política contraria, mostrando que el odio a la plebe ha sido desventajoso para todos quienes han actuado hostilmente contra la clase popular. Hizo muchos elogios del pueblo porque había sido para la ciudad el principal

responsable de la libertad y también de su hegemonía, y una vez que les expuso estos y semejantes argumentos, dijo finalmente que no podía ser libre una ciudad de la que se eliminase la igualdad. Y añadió que a él le parecía que era 3
justa la ley que permitía a todos los romanos participar del poder consular —naturalmente a los que han tenido una vida irreprochable y han realizado acciones dignas de este honor—, pero que no era momento apropiado para la consideración sobre ella, al encontrarse la ciudad en revueltas bélicas, y aconsejaba a los tribunos permitir que 4
se llevase a cabo el reclutamiento de los soldados y que no impidiesen la salida de los alistados, y a los cónsules que, cuando diesen el mejor final a la guerra, lo primero de todo presentasen al pueblo el decreto previo sobre la ley. Que esto se pusiera por escrito ya y fuese acordado por ambas partes. Tras expresar Valerio esta opinión y 5
después de él Horacio (pues a él le concedieron en segundo lugar la palabra los cónsules), el mismo sentimiento se apoderó de todos los presentes. Los que querían eliminar la ley oían con gusto la posposición del debate sobre ella, y aceptaban de mala gana que les era necesario, después de la guerra, hacer un decreto previo sobre la ley. Los que preferían que fuese ratificada por el Senado oían contentos que la ley era reconocida como justa, pero les provocaba irritación el dejar el decreto previo para otro momento.

Propuestas de Cayo Claudio y Tito Genucio

Se produjo, como era natural, alboroto tras esta opinión, por no agradar a ambos bandos en todos sus puntos, y el cónsul, avanzando, preguntó en tercer lugar a Cayo Claudio que parecía ser el más arrogante y poderoso de los jefes del otro partido, el que se oponía a los plebeyos. Éste expuso un discurso pre- 60 2
parado contra los plebeyos, recordando todas cuantas ac-

ciones suyas parecieron alguna vez contrarias a las hermo-
sas costumbres de los antepasados. El punto central al que
dirigió su propuesta era que los cónsules no remitiesen al
Senado ninguna consideración sobre la ley ni en el momen-
to presente ni después, puesto que era introducida para la
eliminación de la aristocracia e iba a subvertir toda la or-
3 denación constitucional. Se produjo un alboroto aún ma-
yor ante esta propuesta y, llamado en cuarto lugar, se le-
vantó Tito Genucio, hermano de uno de los cónsules. Éste,
tras hablar brevemente sobre los acontecimientos que en-
volvían a la ciudad, dijo que era inevitable que uno de los
dos peligros más graves cayese sobre ella: o bien que se
hiciera más fuerte la posición de los enemigos a causa de
las disputas civiles y las rivalidades, o bien, al querer re-
chazar a quienes atacaban desde fuera, que se pusiera fin
4 de mala manera a la guerra doméstica y civil. Y siendo
malas las dos situaciones de las que era necesario soportar
involuntariamente una, a él le parecía que era más ventajo-
so que el Senado permitiese al pueblo arrebatar una parte
del ordenamiento de la constitución patria, antes que poner
5 en ridículo a la ciudad ante los extraños y enemigos. Tras
decir esto, presentó la propuesta aprobada por los que es-
tuvieron en la reunión privada —la que introdujo Claudio,
como dije— de que se nombrasen tribunos militares en lu-
gar de los cónsules, tres entre los patricios, tres entre los
plebeyos, con poder consular. Cuando éstos terminasen su
mandato y llegase el momento de nombrar nuevos cargos,
que el Senado y el pueblo, reuniéndose de nuevo, decidie-
sen si querían que ocupasen el cargo cónsules o tribunos
militares, y lo que aprobaran todos al depositar sus votos,
que esto tuviese validez; pero que el decreto previo fuese
renovado cada año.

Se aprueba la propuesta de Genucio

Una vez que Genucio expuso esta propuesta, hubo un gran elogio por parte de todos, y casi la totalidad de los que se levantaron tras él reconocieron que eso era lo mejor. Se escribió, naturalmente, el decreto previo por orden de los cónsules, y los tribunos, recibiéndolo con gran alegría, marcharon hacia el Foro. A continuación convocaron al pueblo a asamblea, hicieron muchos elogios del Senado y exhortaron a los plebeyos que quisiesen a obtener la magistratura junto con los patricios. Pero asunto tan vano es el deseo que surge fuera de la razón y que rápidamente se vuelve hacia otra parte, especialmente el de la plebe, que quienes hasta entonces daban la máxima importancia a participar y, si no les era concedido por los patricios, o bien dejarían la ciudad como anteriormente, o bien tomarían por las armas este derecho, una vez que recibieron la concesión, abandonaron al punto su deseo y mudaron sus afanes en otro sentido. Aspirando, en efecto, muchos plebeyos al tribunado militar, a pesar de sus urgentes súplicas, a ninguno lo consideraron digno de este honor, sino que, haciendo uso de sus votos, nombraron tribunos a los patricios que aspiraban al cargo, hombres distinguidos: Aulo Sempronio Atratino, Lucio Atilio Lusco y Tito Cloelio Sículo.

61 (Una vez que Genucio…) · 2 (cios. Pero asunto…) · 3 (su deseo y mudaron…)

El pueblo decide que se nombren de nuevo cónsules

Estos fueron los primeros que recibieron el poder proconsular, en el tercer año de la LXXXIV Olimpiada (441 a. C.), siendo arconte en Atenas Dífilo. Tras permanecer en él sólo setenta y tres días, lo entregaron voluntariamente según la antigua costumbre, al producirse ciertas señales enviadas por la divinidad que les prohibían realizar los asuntos públicos. Al renunciar ellos a su cargo, el Senado, reunido, nombró *interreges* y éstos

62 (Estos fueron…) · 2 (prohibían realizar…)

anunciaron la elección de magistrados, y confiaron al pueblo la decisión de si quería nombrar tribunos militares o cónsules; como decidió mantenerse en las costumbres primitivas, ofrecieron a los patricios que lo quisieran acceder al poder consular. Y salen como cónsules de nuevo entre los patricios Lucio Papirio Mugilano y Lucio Sempronio Atratino, hermano de uno de los que renunciaron al tribu-
3 nado militar. Estas dos magistraturas se sucedieron durante ese mismo año, ambas con el máximo poder. Sin embargo, no en todos los anales romanos se encuentran ambas, sino en unos sólo los tribunos, en otros los cónsules, y en unos pocos las dos, con los que nosotros estamos de acuerdo no sin reflexión, sino confiando en los testimonios de los
4 libros sagrados y secretos[59]. Durante su mandato no se realizó ninguna otra acción ni militar ni civil digna de mención, pero se hicieron los tratados de amistad y alianza con la ciudad de los ardeates, pues enviaron embajadores, tras abandonar sus reclamaciones sobre el territorio, pidiendo hacerse amigos y aliados de los romanos. Esta alianza la ratificó la magistratura de los cónsules.

63 *Consulado de Geganio y Quincio. Necesidad de un censo*

Al año siguiente, de nuevo el pueblo votó que se eligieran cónsules, y ocuparon el poder consular en los idus del mes de diciembre Marco Geganio Macerino, por segunda vez, y Tito Quincio Capito-
2 lino, por quinta. Estos explicaron al Senado que muchos otros asuntos estaban descuidados por las continuas expediciones militares de los cónsules, pero el más importante de todos era la costumbre relativa al censo de personas, por el que se conocía el número de los que tienen edad

[59] Quizás los *libri lintei* citados por Licinio Macer (Livio IV 7, 12). Eran listas de cónsules y otros magistrados escritas sobre rollos de lino.

militar y la cantidad de riqueza según la cual cada uno debía pagar las contribuciones para la guerra, y no se había hecho ningún censo en setenta años, desde [el consulado] de Lucio Cornelio y Quinto Fabio[60], [de modo que] ... abandonar los más ruines y licenciosos romanos, pero se cambiaban a un lugar en el que les resultaba posible vivir como habían elegido[61].

---

60 *Véase X 20 y ss. Pero allí no se hace mención de ningún censo.*

61 El manuscrito M en lugar de la laguna presenta esta lectura: «de modo que los hombres buenos y de provecho estaban en los puestos de honor y en las campañas militares[62], y los más licenciosos y ruines quedaban sin honores y se cambiaban a un lugar en el que les resultase posible vivir como habían elegido».

62 Quizás deba decir «puestos de mando».

FRAGMENTOS DE LOS LIBROS XII-XX

LIBRO XII

Actuación de Espurio Melio

1 Mientras una terrible hambruna se produjo en Roma[1], un hombre de familia ilustre y poderoso por sus riquezas entre los que más, Espurio Melio, de sobrenombre Félix por su mucha fortuna —que recientemente había heredado la hacienda de su padre, pero que por su edad y rango ecuestre no podía recibir magistraturas ni ningún otro cargo público, brillante como nadie en las acciones bélicas y premiado con muchas condecoraciones—, suponiendo que era la mejor ocasión para imponer un poder personal, se dedicaba a atraerse a la plebe, el más fácil de los caminos que llevan hasta la tiranía. 2 Como tenía muchos amigos y clientes, los mandó en distintas direcciones dándoles dinero de su propiedad para la recogida de alimento, y él mismo marchó a Tirrenia. En breve tiempo importó por medio de sus amigos y de él personalmente gran cantidad de provisiones y las distribuyó entre los ciudadanos, valorando la medida de grano en dos denarios en lugar de doce, y a los que vio que eran totalmente pobres y no podían desembolsar el pago del alimento dia-

[1] Año 437 a. C. según la cronología de Varrón. Probablemente el 435 a. C. según la de Dionisio. Para los capítulos 1 a 4, véase Livio, IV 13-16.

3 rio se lo dio gratis. Con este acto de generosidad se atrajo al pueblo y, tras ganarse una fama admirable, se marchó de nuevo para importar otras provisiones. Y llegó poco después con muchos barcos fluviales completamente llenos de alimento, y lo repartió a los ciudadanos de la misma manera.

4 Los patricios, al ver estos hechos, tenían sospechas de él, pensando que nada bueno se sacaría de la excesiva prodigalidad de este hombre y, reunidos en el Foro, examinaban qué método sería el más apropiado para hacerlo desistir de estas actuaciones públicas sin peligro. Primero, secretamente y en pequeños grupos charlaban entre ellos, luego, incluso a las claras, gritaban contra él, puesto que era molesto e intolerable, realizaba acciones llenas de orgu-
5 llo y pronunciaba discursos arrogantes sobre sí mismo. En primer lugar, sentándose en la distinguida tribuna, como es costumbre en quienes tienen las magistraturas, trataba durante el día con quienes se le acercaban sobre la distribución del trigo, relegando de esta función al prefecto[2] de-
6 signado por el Senado. Luego, hacía continuas asambleas —no siendo costumbre entre los romanos que un particular reuniese una asamblea— y realizaba muchas acusaciones contra Minucio delante del pueblo, diciendo que sólo tenía el nombre de la magistratura, pero que no había llevado a cabo ninguna actuación provechosa para los pobres; atacaba a los patricios ante la asamblea popular como los artífices de las medidas por las que el pueblo iba a ser digno de poco o de nada y porque durante la escasez de víveres no tenían ninguna preocupación por los indigentes, ni todos en común ni los poderosos en particular, cuando era necesario por encima de todo que ellos, como él mismo,

[2] Minucio.

afrontasen los problemas con sus riquezas y sus personas y trajesen de todas partes las provisiones para la ciudad. Pedía que se comparasen sus actos frente a los hechos de 7
los otros patricios: cómo eran totalmente diferentes unos de otros. Efectivamente, aquéllos no habían gastado todavía nada de sus bienes privados en favor de la comunidad y se habían apropiado de la tierra pública de la que se beneficiaban ya desde hacía mucho tiempo, mientras que él, que no tenía aún ningún bien público, derrochaba incluso la hacienda paterna para ayudar a los pobres y, cuando gastó el dinero disponible, pidió prestado a sus amigos, sin recibir nada a cambio de tal munificiencia que no fuese la gratitud popular, y él consideraba que ni toda la riqueza de los hombres era más preciada que eso. Quienes estaban 8
a su alrededor lo llamaban continuamente salvador, padre y fundador de la patria, declaraban que darle el poder consular sería un favor menor comparado con la grandeza de sus acciones y pedían distinguirlo con otro honor mayor y más brillante, que tendría también su descendencia. Cuan- 9
do, tras hacer la tercera salida hacia la zona costera de Italia, atracó en Ostia, que es el puerto de Roma, trayendo barcos mercantes de trigo desde Cumas y los puertos en torno a Miseno, e inundó la ciudad de alimentos de modo que no había ya ninguna diferencia respecto a la antigua abundancia, todo el pueblo estaba dispuesto, si se le diera voto en las elecciones para las magistraturas, a recompensarlo ya pretendiese el consulado o algún otro honor, sin atender a nada, ni a una ley que lo impedía, ni a un hombre que se oponía. Al ver esto, los jefes de la aristocracia 10
estaban todos muy desanimados, pues no querían ceder ni tenían fuerza para evitarlo. Y aún se intranquilizaron más cuando los tribunos y los cónsules le impidieron convocar asambleas y hablar en público, y entonces el pueblo, agru-

pado, los expulsó del Foro y proporcionó a Melio gran seguridad y fuerza.

11 Mientras la ciudad se encontraba en tal situación, el que había sido designado prefecto del aprovisionamiento continuaba irritado por las palabras insultantes con que lo ultrajaba Melio en las asambleas, temiendo a este hombre más que a los otros, pues, si obtenía algún cargo, se haría más poderoso[3] que la aristocracia o, excitando al pueblo contra él[4] por medio de los de su partido, tramaría un complot en su contra, así que, indignado por ambas cosas y deseando quedar libre de aquél que tenía una fuerza mayor que un particular, realizaba una cuidadosa investiga-
12 ción de sus dichos y hechos. Siendo muchos aquéllos que el hombre utilizaba como cómplices de sus secretos —que ni eran semejantes en sus naturalezas, ni parecidos en sus ideas—, había uno, como es natural, que no le sería amigo firme o por miedo o por provecho propio; al darle Minucio garantías de no revelar quién era, conoció todo el pro-
13 yecto de Melio y sus preparativos. Cuando tuvo una prueba irrefutable y supo que la ejecución estaba en marcha, lo dijo a los cónsules. Ellos no quisieron hacer solos por sí mismos la investigación de tal conjura y pensaron que era necesario remitir el tema al Senado, y convocaron inmediatamente a la Cámara como si fuesen a deliberar so-
14 bre una guerra exterior. Cuando estuvo llena la Cámara, rápidamente avanzó uno de ellos y dijo que les había sido delatada una acción tramada contra la ciudad que precisaba de muchas y rápidas medidas de precaución debido a la magnitud del peligro. Dijo que el delator no era un ciudadano cualquiera, sino alguien a quien ellos habían situa-

3 El texto presenta problemas de interpretación.

4 Minucio.

do por sus méritos en un puesto del mayor y más necesario servicio para la comunidad, tras comprobar su fidelidad y su afán de esfuerzo por el interés público demostrados por su conducta durante toda su vida. Mientras el Senado 15
quedó, naturalmente, en suspenso por la espera, llamó a Minucio, y aquél dijo: [Véase en la sección de los discursos.][5].

Elección de un dictador. Muerte de Melio

Cuando fue hecha la denuncia al Se- 2
nado, eligieron un dictador que, [tras nombrar][6] al jefe de la caballería, le ordenó venir con sus jinetes junto a él hacia la media noche; a los senadores les ordenó que se reunieran en el Capitolio al amanecer, a Minucio que se presentase ante el tribunal trayendo al delator y las otras pruebas, y a todos, que mantuviesen las decisiones secretas a los ajenos al Senado, diciendo que existía una sola garantía de seguridad: si Melio no se enteraba de nada de lo dicho o hecho en relación a él. Después de dis- 2
poner las restantes medidas necesarias, retuvo a todos en el Senado hasta la puesta de sol y, cuando ya estaba oscuro, disolvió la reunión; al llegar la media noche salió de su casa [....] y marchó al rayar el día conduciendo las fuerzas selectas de ambos cónsules y a ellos mismos. Éstos, 3
tras tomar el Capitolio junto con los senadores al amanecer, lo pusieron bajo vigilancia.

Melio, que no había tenido noticia de nada de esto, al llegar el día fue al Foro y trataba con quienes se lo solicitaban sentado en la tribuna. Y no mucho después se presentó ante él Servilio, el jefe de la caballería, con los ji-

[5] Como ya se dijo en la Nota Introductoria a este volumen, los extractos se clasificaron en distintas secciones según su temática; muchas de ellas se han perdido, como es el caso de la que aquí se cita.

[6] Laguna de los MSS. Igual ocurre más abajo.

netes más selectos que traían bajo sus mantos espadas y,
4 situándose cerca de él, dijo: «El dictador te ordena, Melio, ir ante él». Aquél, preguntando, dijo: «¿Qué dictador, Servilio, me ordena ir ante él, dónde y cuándo ha sido elegido?», y al mismo tiempo miró consternado a quienes estaban alrededor de la tribuna. Como el silencio se apoderó de todos por no conocer nada de lo realizado por el Senado, habló de nuevo Servilio: «Fuiste denunciado ayer al Senado, Melio, por intentar acciones revolucionarias, tal vez falsamente, pues no es justo prejuzgar a nadie por la
5 acusación. El Senado prefirió investigar esta denuncia y dijo que, ante los hechos, era necesario un dictador, puesto que corría un gran peligro, y designó como investido de este poder a Lucio Quincio Cincinato que, como sin duda también tú sabes, es el más importante de los patricios y por dos veces ya ha desempeñado este cargo de manera
6 irreprochable. Este hombre, queriendo convocar un tribunal para ti y darte la oportunidad de hablar, nos ha enviado a nosotros, a mí, el jefe de la caballería, junto con estos hombres, para que te conduzcamos con seguridad a hacer tu defensa. Si estás convencido de no haber cometido ningún delito, ve y expón tus justificaciones ante un hombre amante de la ciudad, que no querrá quitarte de en medio ni por la general envidia ni por ninguna otra causa
7 injusta». Cuando lo oyó, se levantó de un salto y a grandes voces dijo: «Plebeyos, ayudadme, pues soy capturado por los poderosos como consecuencia de mi benevolencia hacia vosotros; no se me convoca para un juicio, sino para la muerte». Se produjo gran griterío y alboroto en torno a la tribuna y, comprendiendo que los que pretendían arrestarlo eran más que los que querían ayudarlo y que no lejos otros esperaban armados, saltó rápidamente de la tribuna y marchó a la carrera a través del Foro, apresurándose

para refugiarse en su casa. Pero cuando estaba a punto de ser capturado por los jinetes, entró en una tienda y cogió un cuchillo de cocina de los carniceros y golpeó al primero que se le acercó. Luego, cuando muchos cayeron sobre él en bloque, se defendió y resistió un breve tiempo, hasta que le cortaron el brazo y cayó, y murió descuartizado como un animal. 8

Así Melio, con grandes pretensiones y faltándole poco para conseguir la hegemonía sobre los romanos, tuvo un desenlace tan lamentable y amargo. Transportado al Foro el cadáver y expuesto ante todos, hubo carreras, griterío y alboroto por parte de quienes estaban en el Foro, lamentándose unos, irritados otros, dispuestos otros a marchar contra los autores. Al producirse tal perturbación, el dictador comprendió que se había llevado a cabo el asunto ordenado a los jinetes y bajó de la ciudadela al Foro, llevando con él a los senadores y rodeado por los jinetes, que mostraban sus espadas desnudas. Y tras pronunciar una arenga en la asamblea, disolvió a la multitud. 9

Discurso de Cincinato

«... teniendo a su alrededor hombres escogidos por todo tipo de felonías, a quienes alimentaba como a fieras contra su patria [7]. Si realmente me hubiese escuchado y se hubiese presentado como quien se mantiene dentro de la ley, esto le había supuesto la mayor baza para su defensa y habría sido una grandísima prueba de que no había conspirado contra la patria; pero ahora empujado por la conciencia de su delito, lo que sucede a todos los que hacen impías conjuras contra los más cercanos a ellos, sufrió lo siguiente: decidió escapar a la 3

[7] Parece que es el discurso de Cincinato ante la asamblea. Véase LIVIO, IV 15.

investigación, y a los jinetes que iban contra él los rechazó, golpeándolos con un cuchillo de carnicero ...».

Otra versión de la muerte de Melio

4 Aquellos entre los plebeyos que no habían conspirado para derrocar al gobierno se irritaron y tomaron con gran indignación el intento del hombre; los que habían participado en la conjura, liberados del miedo, fingían alegrarse y alababan al Senado por sus medidas; pero unos pocos de ellos, los más ruines, se atrevieron a decir en los días siguientes que Melio había sido eliminado por los que tenían el poder, e intentaban dividir al pueblo. El dictador los hizo morir secretamente y, cuando cesó el alboroto, entregó el cargo.

2 Así lo han transmitido los que me parece que han escrito lo más convincente respecto al final de Melio; pero se va a relatar también la versión que me parece menos creíble, la que han tomado Cincio y Calpurnio[8], escritores locales, que dicen que ni Quincio fue designado dictador por el Senado, ni Servilio nombrado jefe de la caballe-
3 ría por Quincio. Sino que, al tener lugar la delación de Minucio, los presentes en el Senado creyeron que era verdad lo dicho y, cuando uno de los más ancianos expuso la opinión de matar al hombre sin juicio, se convencieron inmediatamente, y así encargaron para esta labor a Servi-
4 lio, que era joven y noble en la acción. Dicen que él, tras coger un puñal bajo el brazo, se dirigió hacia Melio que salía del Foro y, acercándose, le dijo que quería hablar con él sobre un asunto secreto e importante. Melio ordenó alejarse un poco a quienes estaban cerca de él y, cuando lo cogió desprovisto de su guardia, desnudó la espada y la hundió en su garganta; tras hacer esto, marchó a la ca-

[8] L. Cincio Alimento y L. Calpurnio Fisón Frugi.

rrera hacia el Senado, mientras aún estaban reunidos los senadores, con la espada ensangrentada y gritando a quienes lo perseguían que había matado al tirano siguiendo órdenes del Senado. Al oir el nombre del Senado, los que 5 se habían lanzado para golpearlo y hacerle caer desistieron y no hicieron nada ilegal contra él. Por eso también dicen que le fue impuesto el sobrenombre de Ala[9], porque fue hacia el hombre con la espada bajo la axila, pues los romanos llaman *alas* a las axilas.

Tras ser eliminado el hombre de la manera que fuese, 6 el Senado se reunió y votó que su propiedad fuese confiscada y su casa derribada hasta los cimientos. Incluso aún en mis tiempos este lugar era el único dejado vacío entre las muchas casas de alrededor, llamado por los romanos Equimelio, como nosotros diríamos Llanura de Melio, pues *aequum* se dice entre los romanos de lo que no tiene ningún saliente. Así, un lugar denominado al principio *Aequum Melium,* al fundirse luego las palabras entre sí en una sola pronunciación, lo llamaron Equimelio. Al que dio la información relativa a Melio, Minucio, el Senado le votó la erección de una estatua.

Combate de Cornelio con Tolumnio

Cuando tirrenos, fidenates y veyentes 5 guerreaban contra los romanos[10] y Larte Tolumnio, el rey de los tirrenos, hacía terribles estragos entre ellos, un tribuno militar romano, Aulo Cornelio de sobrenombre Coso, lanzó su caballo contra Tolumnio; y una vez que estuvieron cerca, llevaron sus lanzas uno contra otro. Tolumnio hirió en el pecho al caballo que, encabri- 2

[9] El nombre latino es *Ahala,* palabra de difícil transcripción en griego.

[10] Para el capítulo 5, véase LIVIO, IV 19, 1-6.

tándose, derribó a su jinete; Cornelio, dirigiendo la punta de su lanza a través del escudo y la coraza contra el costado, hizo caer a Tolumnio del caballo y, mientras aún se
3 estaba levantando, le metió la espada por la ingle. Tras matarlo y despojarlo, no sólo rechazó a los jinetes e infantes que avanzaban contra él, también precipitó en el desánimo y el temor a quienes resistían en ambas alas.

Sequía en Roma. Nueva guerra. Intento de rebelión de los esclavos

6 Cuando fueron cónsules Aulo Cornelio Coso —por segunda vez— y Tito Quincio[11], la tierra, maltrecha por una gran sequía, se vio privada no sólo de todas las aguas de lluvia sino también de las de manantial. Por esta causa se produjo una falta total de ovejas, bestias de tiro y vacas, y sobre las personas se abatieron muchas enfermedades, pero especialmente la llamada sarna, que produce terribles dolores en la piel por la comezón y con las llagas es aún más violenta —un terrible sufrimiento en la mayoría de los casos y causa de la más rápida de las muertes—.

2 No les parecía bien a los dirigentes del Senado mantener una paz profunda y una inactividad duradera, pensando que indolencia y molicie se introducen en las ciudades con la paz, y al tiempo por temor a los disturbios civiles, que en cuanto acabaron las guerras externas se hicieron penosos y continuos por cualquier motivo.

3 Es mejor superar a los enemigos en actos humanitarios que en castigos, por cuya causa, aunque no haya otro motivo, surgen para ellos las esperanzas más agradables procedentes de los dioses.

4 Cuando se dio cuenta de que los enemigos avanzaban

---

[11] LIVIO, IV 30, 7 y ss. indica que fue Quincio el que ocupó por segunda vez el consulado.

por detrás de ellos[12], desistió de dar la vuelta al estar rodeado por todas partes, pensando que todos corrían el riesgo de perecer vergonzosamente sin realizar ninguna acción noble, al ser pocos luchando contra muchos y estar armados con corazas frente a tropas ligeras. Viendo una colina moderadamente alta que no estaba lejos de él, decidió tomarla.

Agripa Menenio, Publio Lucrecio y Servio Naucio[13], 5
tras ser nombrados tribunos militares, advirtieron una tentativa que había surgido contra la ciudad por obra de los esclavos. Los que formaban parte de la conjura prenderían 6
fuego a las casas por muchos lugares al mismo tiempo durante la noche, y cuando viesen que todos se habían lanzado a ayudar a las casas incendiadas, ocuparían el Capitolio y los otros lugares fortificados y, una vez dueños de los puntos fuertes de la ciudad, llamarían a la libertad a los demás esclavos y con ellos, tras matar a los amos, tomarían las mujeres y posesiones de los asesinados. Al 7
hacerse manifiesta la empresa, fueron detenidos los principales que habían planeado el complot y, después de ser azotados, fueron llevados a crucificar; cada uno de los que los delataron, que eran dos, recibieron la libertad y mil denarios del tesoro público[14].

Táctica de guerra

El tribuno militar romano estaba an- 7
sioso por poner fin a la guerra en pocos días, suponiendo que era realmente un asunto fácil y que estaba en su mano someter a los enemigos en una sola batalla. Pero el jefe enemigo, pensando en la experiencia bélica 2

---

[12] Véase Livio, IV 39, 4.

[13] Livio da el nombre como Espurio Naucio. Véase Livio, IV 44, 13-45, 2.

[14] *Dena milia gravis aeris* (es decir 10.000 ases), véase Livio, IV 45.

de los romanos y en su firmeza ante los peligros, decidió no llevar a cabo contra ellos un combate abierto y ordenado, sino dirigir la guerra con engaños y astucias, y estar atentos por si les proporcionaban alguna ventaja contra ellos mismos.

De una herida y yendo casi a morir.

Invierno muy frío en Roma

8 En Roma hizo un invierno terrible[15]; allí donde menos nieve había caído, la profundidad no era menor de siete pies[16]. Y sucedió que algunas personas murieron por la nevada, también muchas ovejas y no poca cantidad del resto del ganado y animales de tiro, unos congelados por el frío, otros por la falta de
2 su pasto habitual. Aquellos árboles frutales que por naturaleza no soportan las excesivas nevadas, unos se secaron por completo, otros, con los brotes quemados, estuvieron sin frutos muchos años. Numerosas casas se resquebrajaron y algunas incluso se desplomaron, especialmente las de
3 piedra, mientras se disolvía y derretía la nieve. En los escritos históricos no hemos encontrado que este suceso haya tenido lugar antes ni después de entonces hasta nuestros días en esta zona —un poco más al norte de la región central, en el paralelo trazado sobre el Atos a través del Helesponto[17]—. Entonces, por primera y única vez, la naturaleza de la atmósfera que rodea esta tierra se salió de su acostumbrada temperatura.

---

15 Véase Livio, V 13, 1 para este capítulo y el siguiente.

16 Unos 2 m.

17 Los antiguos geógrafos griegos dividían la tierra habitada conocida por ellos en siete zonas *(klímata)*, la central situada sobre el paralelo de Rodas. El siguiente paralelo importante era el del Helesponto, que pasaba por la Tróade, Anfípolis, Apolonia en el Epiro y entre Roma y Nápoles. En realidad Roma está cerca de 2.° al norte de la latitud indicada aquí.

Las fiestas del lectisternium

Los romanos celebraban las fiestas lla- 9
madas en su lengua *lectisternium* por
mandato de los oráculos sibilinos[18], pues
una enfermedad pestilente —enviada por
la divinidad e incurable mediante ciencia
humana— los llevó a la consulta de los oráculos. Adorna- 2
ban tres lechos, como ordenaban los oráculos, uno para
Apolo y Latona, otro para Hércules y Diana, y el tercero
para Mercurio y Neptuno; y pasaban siete días haciendo
sacrificios públicos y privados según su propia capacidad,
ofreciendo todos primicias a los dioses, realizando brillan-
tísimos banquetes y acogiendo a los extranjeros que esta-
ban de paso. Pisón, el censor, en sus Anales añade aún 3
lo siguiente: que eran liberados los esclavos que los amos
tenían antes encadenados, la ciudad se llenaba de gente
extranjera, las casas estaban abiertas de día y de noche y
los que querían entraban en ellas sin impedimento, y a
pesar de esto, nadie se quejaba de haber perdido ninguna
cosa ni de haber sufrido ningún ultraje por causa de nadie,
aunque las ocasiones de fiesta suelen traer muchos desórde-
nes e ilegalidades por culpa de las borracheras.

Un lago en los Montes Albanos crece de forma inexplicable

Mientras los romanos estaban asedian- 10
do a los veyentes[19] por la época de la sa-
lida del Perro[20], cuando los lagos y to-
dos los ríos están más secos —la única
excepción es el Nilo de Egipto—, un lago
distante de Roma no menos de ciento veinte estadios[21]

[18] Véase Livio, V 13, 4-8.

[19] Para los capítulos 10 a 12, véase Livio, V 15; 16, 1, 8-11; 17, 1; 19, 1.

[20] Lat. *Canicula*, nombre de la estrella Sirio asociada a un período de calor. Entre los romanos los días caniculares iban del 3 de julio al 11 de agosto.

[21] Unos 22 km.

—en los montes llamados Albanos junto a los que antiguamente estaba situada la ciudad originaria de los romanos— sin haber lluvias ni nevadas ni ninguna otra causa visible para los hombres, recibió tal incremento desde sus fuentes, que inundó gran parte de la región situada a lo largo de los montes, destruyó muchas viviendas agrícolas, horadó finalmente el desfiladero entre las montañas e hizo fluir
2 un río violento hacia las llanuras situadas abajo. Al enterarse de esto los romanos, al principio, pensando que alguna divinidad estaba encolerizada con la ciudad, votaron apaciguar con sacrificios a los dioses y divinidades que protegían el lugar y preguntaban a los adivinos locales si podían decir algo; pero como el lago no recobraba su nivel propio, ni los adivinos decían nada preciso, sino que aconsejaban consultar al dios, enviaron mensajeros al oráculo de Delfos.

Un veyente revela los oráculos sobre la toma de Veyes

11 Entretanto, un veyente —experto por sus antepasados en la adivinación local— tenía por casualidad la guardia de la muralla, y un centurión de Roma era conocido suyo desde hacía tiempo. Este centurión, estando una vez cerca de la muralla, dio al hombre los habituales saludos y dijo que lo compadecía por la desgracia que le sobrevendría junto a los demás si la
2 ciudad era conquistada. El tirreno, que había oído hablar del desbordamiento del lago Albano y que conocía los antiguos oráculos sobre ello, echándose a reir, dijo: «¡Qué bueno es conocer de antemano lo que va a suceder! Vosotros, por vuestro desconocimiento de los resultados, soportáis una guerra interminable y esfuerzos inútiles pensando que destruiréis la ciudad de Veyes. En cambio, si alguien os hubiese revelado que a esta ciudad le estaba marcado por el destino ser tomada cuando el lago junto al Monte

Albano, carente de sus fuentes naturales, ya no se mezclase con el mar, cesaríais de desgastaros y de molestarnos a nosotros». Tras oír esto, el romano estuvo considerán- 3
dolo mucho consigo mismo, luego se marchó, pero al día siguiente, después de decir a los tribunos lo que tenía en mente, se presentó en el mismo sitio desarmado, de modo que el tirreno no concibiese ninguna sospecha de trama por su parte. Tras los habituales saludos habló primero sobre las dificultades que abrumaban al campamento romano —aquéllas por las que suponía que se alegraría el tirreno—, luego le pidió que le explicase algunos signos y prodigios aparecidos recientemente a los tribunos. El adivino se con- 4
venció con sus palabras sin temer ningún engaño y, una vez que ordenó a quienes lo acompañaban que se alejasen, él solo siguió al centurión. El romano lo llevó más lejos de la muralla mediante una conversación planeada para engañarlo y, cuando estuvo cerca de la línea de fortificación, lo rodeó por la cintura con ambas manos, lo levantó y lo cargó hasta el campamento romano.

El oráculo de Delfos confirma las palabras del veyente

Los tribunos, tratándolo atentamente 12
con argumentos y asustándolo con amenazas de torturas, hicieron que este hombre estuviera dispuesto a contar todo lo que ocultaba sobre el Lago Albano; luego lo enviaron al Senado. Los senadores no tuvieron una opinión unánime, sino que a unos les parecía que el tirreno era un bribón y un charlatán y que atribuía falsamente a la divinidad lo relativo al oráculo, y a otros que había hablado con toda sinceridad. Mientras el Senado se 2
encontraba en esta incertidumbre, llegaron los mensajeros enviados anteriormente a Delfos, trayendo oráculos acordes con lo anunciado antes por el tirreno: que los dioses y divinidades a quienes había tocado en suerte la ciudad

de Veyes les garantizaban conservar firme la prosperidad heredada de sus antepasados durante todo el tiempo en que las fuentes del lago de los Montes Albanos se desbor-
3 dasen y fluyesen hasta el mar; pero cuando aquéllas se saliesen de su naturaleza y de sus antiguos cauces y se tornasen a otros, de modo que ya no se mezclasen con el mar, entonces también su ciudad sería destruida. Esto podría ser hecho por los romanos en no muy largo tiempo si, con canales hacia otros lugares, hacían cambiar el flujo de las aguas hasta las llanuras lejos del mar. Los romanos, al saber esto, pusieron inmediatamente a los ingenieros al frente de los trabajos.

Los veyentes piden la paz, pero el Senado se niega

13 Los veyentes, cuando oyeron esto por boca de un prisionero, quisieron enviar heraldos a los sitiadores para tratar de la terminación de la guerra antes de que la ciudad fuese tomada por la fuerza, y los
2 más ancianos fueron designados embajadores. Después de que el Senado romano votase en contra de la reconciliación, los demás embajadores salieron de la Cámara en silencio, pero el más distinguido de ellos y reputadísimo por su ciencia adivinatoria, parándose en las puertas y mirando a todos los presentes en la reunión, dijo: «Excelente y magnánimo decreto, romanos, habéis emitido, vosotros que aspiráis a tener la hegemonía sobre vuestros vecinos por vuestro valor, pero no aceptáis como vasalla a una ciudad ni pequeña ni oscura que depone sus armas y se os entrega a sí misma, sino que queréis arrasarla de raíz, sin temer la cólera de la divinidad ni preocuparos por el castigo pro-
3 veniente de los hombres. Por ello, una justicia vengadora vendrá contra vosotros procedente de los dioses castigándoos de la misma manera. Privando, pues, a los veyentes de su patria, perderéis la vuestra dentro de poco».

Pronto la ciudad fue tomada[22] y los que se enfrenta- 4
ban a los enemigos, hombres valientes y que habían mata-
do a muchos, unos fueron muertos, otros perecieron ma-
tándose por su propia mano; pero a cuantos por cobardía
y pusilanimidad de espíritu les parecían todas las calamida-
des más llevaderas que la muerte, arrojaron sus armas y
se entregaron a los conquistadores.

Camilo reflexiona sobre su buena suerte

El dictador Camilo, durante cuyo ge- 14
neralato fue tomada la ciudad, tras situar-
se junto con los más destacados romanos
sobre una altura desde donde era visible
toda la ciudad, primero se consideró di-
choso por su actual buena suerte, porque le fue posible
conquistar sin esfuerzo una ciudad grande y próspera que
era una parte no despreciable de Tirrenia —entonces era
floreciente y el más poderoso de los pueblos que habitaban
Italia—, había disputado continuamente con los romanos
por la hegemonía y mantenido muchas guerras hasta la dé-
cima generación y, desde que empezó a guerrear y a ser
sitiada sin interrupción, soportó el asedio durante diez
años, experimentando todo tipo de suertes. Luego, con- 2
siderando que la felicidad humana se sostiene sobre una
pequeña inclinación de la balanza y ningún bien permanece
firme, extendió las manos al cielo y suplicó a Júpiter y a
los restantes dioses que la presente felicidad, sobre todo,
no fuese causa de envidia hacia él o hacia la patria; pero
si una desgracia tenía que sobrevenir sobre la ciudad de
Roma en general, o sobre su propia vida como contraba-
lanza de los actuales bienes, que fuese mínima y muy mo-
derada.

---

[22] Se refiere a Veyes. Véase Livio, V 21, 12-14, también para el capítulo 14.

15

Veyes: localización excelente

La ciudad de Veyes[23] no era inferior a Roma como lugar habitable y tenia mucha tierra fértil, parte montañosa y parte llana, y un aire circundante purísimo y óptimo para la salud de las personas, sin zonas pantanosas cerca —de donde se desprendiesen pesados y malolientes vapores—, ni ningún río que levantase brisa fría al amanecer, y las aguas no eran escasas ni importadas, sino autóctonas, ricas y excelentes para ser bebidas.

16

Mal presagio para Camilo

Dicen que Eneas, el hijo de Anquises y Venus, cuando arribó a Italia, se proponía hacer un sacrificio a uno cualquiera de los dioses y, tras la súplica, estaba a punto de emprender la inmolación de la víctima preparada, pero vio que uno de los aqueos se acercaba desde lejos —ya Ulises cuando iba a consultar al oráculo cercano al Averno, ya Diomedes cuando llegó co-
2 mo aliado de Dauno—. Irritado por el encuentro fortuito y queriendo purificarse de una presencia enemiga que aparecía en el momento del sacrificio como un mal presagio, se cubrió y se dio la vuelta. Tras la marcha del enemigo
3 se lavó de nuevo las manos y llevó a cabo el rito. Como los augurios fueron muy buenos, se alegró por el encuentro y observó la misma tradición en todas las súplicas, y sus sucesores la conservaron también como una de las normas
4 sobre los sacrificios. Siguiendo los usos tradicionales, Camilo[24], una vez que hizo la súplica y deslizó el manto sobre su cabeza, quiso darse la vuelta, pero al desplazarse su pie no pudo recuperar el equilibrio, y cayó a tierra de

[23] Para este capítulo, véase Livio, V 24, 5.

[24] Véase Livio, V 21, 16.

espaldas. Este presagio no requería ni adivinación, ni duda, sino que era fácil comprenderlo incluso al más simple: que era completamente inevitable que una caída vergonzosa se abatiese sobre él. Pero supuso que no merecía cuidado ni expiación, sino que lo tergiversó del modo más agradable para él: que los dioses habían escuchado sus súplicas y habían dispuesto que sucediese el mal menor.

LIBRO XIII

Un falisco traiciona a su ciudad

Mientras Camilo asediaba la ciudad 1
de Falerios[1], un falisco —quizás por desesperar de la salvación de la ciudad o por perseguir ganancias personales— engañó a los hijos de las familias más distinguidas (era maestro de escuela) y los sacó fuera de la ciudad, como si fuesen a pasear frente a la muralla y a
contemplar el campamento romano. Llevándolos poco a 2
poco más lejos de la ciudad, los condujo al puesto de guardia romano y los entregó a los que salieron fuera y, conducido por ellos ante Camilo, dijo que había decidido hacía ya tiempo poner la ciudad bajo dominio romano, pero como no era responsable de nada, ni de una ciudadela, ni de puertas, ni de armas, había ideado este método: poner en sus manos a los hijos de los más nobles, suponiendo que sería una necesidad ineludible que los padres, constreñidos a ocuparse de la salvación de sus hijos, entre-
gasen rápidamente a los romanos la ciudad. Decía esto con 3
muchas esperanzas de que se le ofreciesen extraordinarias recompensas por su traición.

---

[1] *Falerii*, véase nota a I 21, 1. Para este capítulo, véase LIVIO, V 27.

Camilo castiga al traidor

2 Camilo entregó al maestro y a los niños a la guardia, comunicó al Senado por carta lo ocurrido y preguntó qué se debía
2 hacer. Como el Senado le encomendó hacer lo que le pareciese mejor, condujo fuera del campamento al maestro junto con los niños y ordenó que el tribunal militar se situase no lejos de las puertas. Se congregó una gran muchedumbre —parte en las murallas, parte en las puertas— y entonces mostró en primer lugar a los faliscos el delito que el maestro se había atrevido a cometer contra ellos, a continuación ordenó a sus servidores desgarrar completamente la ropa del hombre
3 y surcar su cuerpo con muchísimos latigazos. Cuando recibió bastante de este castigo, entregó varas a los niños y les ordenó llevarlo a la ciudad con las manos atadas atrás, golpeándolo y maltratándolo de todas las formas posibles. Los faliscos, tras recobrar a los niños y castigar justamente al maestro por su malvada intención, entregaron a Camilo la ciudad.

Habla la estatua de Juno

3 El propio Camilo[2], mientras conducía su ejército contra la ciudad de Veyes, prometió a la Reina Juno de los veyentes que, si tomaba la ciudad, colocaría su estatua en Roma y le establecería muy
2 ricos cultos. Una vez cogida la ciudad, envió a los caballeros más distinguidos para que levantasen la estatua de su base. Cuando llegaron los enviados al templo y uno de ellos —tal vez por broma y risa, quizás pidiendo un augurio— preguntó si la diosa quería trasladarse a Roma, la estatua con voz sonora pronunció que quería. Esto sucedió dos veces, pues los jóvenes, dudando que la estatua fuese

[2] Véase Livio, V 21, 3 y 22, 4-7.

la que había hablado, preguntaron de nuevo lo mismo y oyeron la misma voz.

Epidemia de peste. Sequía en Roma

Durante el mandato de los cónsules 4
que sucedieron a Camilo[3], cayó sobre Roma una enfermedad pestilente causada por falta de lluvia y terribles sequías, y la tierra dedicada a árboles —perjudicada por esto— y la sembrada de trigo produjeron pocos y malsanos frutos para los hombres, y poco y pobre pasto para el ganado. De esta forma pereció una cantidad innumera- 2
ble de ovejas y de las restantes bestias de carga, al carecer no sólo de forraje sino también de bebida. Tal fue la escasez de los riachuelos y de las otras fuentes cuando más sufren por la sed todos los animales. Unas pocas personas 3
perecieron al comer alimentos que no habían examinado antes, pero casi todos los demás cayeron con terribles enfermedades que empezaban por pequeñas erupciones que se levantaban en la piel, y acababan en grandes llagas semejantes a chancros que presentaban un terrible aspecto y producían un tremendo sufrimiento. No existía ningún 4
remedio del gran dolor para los enfermos, excepto comezones y desgarros continuos que destrozaban la piel hasta la desnudez de los huesos.

Camilo es condenado

No mucho después, los tribunos civi- 5
les[4], por envidia de Camilo, reunieron una asamblea contra él y lo multaron con cien mil ases, sin ignorar que todos sus bienes eran una parte mínima de la cantidad de la multa, sino con el fin de que quien había diri-

---

[3] Véase Livio, V 31, 5.

[4] Véase Livio, V 32, 7-9. Se citó a Camilo para que diese cuenta del botín de Veyes.

gido las guerras más famosas cayese en desgracia al ser llevado a la cárcel por los tribunos. Sus clientes y familiares reunieron el dinero de sus propias riquezas y lo entregaron para que no sufriese ningún ultraje, pero el hombre lo consideró un insulto insoportable y decidió marcharse
2 de la ciudad. Estando cerca de las puertas abrazó a quienes lo acompañaban —que se lamentaban y lloraban al pensar de qué hombre iban a quedar privados—, dejó correr muchas lágrimas por sus mejillas, deploró la indignidad que se abatía sobre él y dijo: «Oh dioses y genios, guardianes de los asuntos humanos, os pido que seáis jueces de mis medidas políticas para la patria y de toda mi
3 vida pasada. Luego, si me encontráis culpable de las acusaciones por las que el pueblo me condenó, dad un fin terrible y vergonzoso a mi vida, pero si me encontráis piadoso, justo y limpio de toda vergonzosa sospecha en todos los asuntos en que recibí la confianza de la patria, en paz y en las guerras, sed mis vengadores, imponiendo tales peligros a quienes me han ultrajado, que se vean obligados a refugiarse en mí al no ver ninguna otra esperanza de salvación». Tras decir esto, se marchó a la ciudad de Ardea.

Los galos toman Roma

6 Los dioses escucharon sus plegarias[5] y al poco tiempo la ciudad fue tomada por los galos, a excepción del Capitolio. En él se refugiaron los ciudadanos más distinguidos —pues el resto de la población huyó y se dispersó por las ciudades itálicas— y fueron sitiados por los galos; entonces, los romanos que se habían refugiado en la ciudad de Veyes hicieron a un tal Cedicio comandante del ejército. Y él nombró a Camilo, aun es-

[5] Véase Livio, V 45, 7-46, 11; 49, 1-6.

tando ausente, dictador con plenos poderes de guerra y
paz. Y designado jefe de la embajada, suplicó a Camilo 2
que se reconciliase con la patria, considerando las desgracias en que estaba, por cuya causa osaba pedir ayuda a
quien había sido injuriado por ella. Camilo, contestando, 3
dijo: «No necesito súplicas, Cedicio; pues yo mismo, si vosotros no hubiéseis llegado antes pidiéndome que tomase parte en los asuntos, estaba dispuesto a ir junto a vosotros con esta fuerza que veis a mi lado. Y a vosotros, dioses y genios que vigiláis la vida humana, os doy las gracias por los honores que ya me habéis concedido, y para el futuro os pido que mi retorno sea bueno y feliz para la
patria. Si le fuera posible a un hombre conocer de ante- 4
mano lo que va a suceder, nunca habría suplicado que mi patria me necesitase por haber llegado a tales desgracias; mil veces habría preferido que mi vida posterior fuese anodina y sin honor, antes que ver a Roma sometida a la crueldad de bárbaros y con sus únicas esperanzas de salva-
ción puestas en mí solo». Tras decir esto, tomó sus fuerzas 5
y, apareciendo súbitamente ante los galos, los puso en fuga y, al caer sobre ellos mientras estaban en desorden y confusión, los degolló como ovejas.

Los galos entran en el Capitolio

Mientras todavía estaban sitiados los 7
que se habían refugiado en el Capitolio[6], un joven fue enviado por los romanos desde la ciudad de Veyes a los del Capitolio y, tras pasar inadvertido a los galos que allí montaban guardia, entró y, una vez que dijo cuan-
to debía, se marchó de nuevo por la noche. Cuando llegó 2
el día, un galo vio las huellas y lo dijo al rey, que, convocando a los más valientes, les indicó el camino del roma-

[6] Véase Livio, V 47 para este capítulo y el siguiente.

no; luego les pidió que demostrasen la misma audacia que aquél e intentasen la subida a la fortaleza, prometiendo muchos regalos a quienes subiesen. Al estar muchos de acuerdo, ordenó a los guardias permanecer en calma para que los romanos, al suponer que ellos dormían, se entrega-
3 sen también ellos al sueño. Una vez que ya habían subido los primeros y estaban esperando a los últimos para, cuando fuesen más, degollar a los que estaban de guardia y tomar la plaza fuerte, ningún hombre se dio cuenta, pero algunos gansos sagrados de Juno, que eran criados en el santuario, empezaron a graznar y al mismo tiempo se lanzaron contra los bárbaros, de modo que alertaron del peli-
4 gro. A partir de ese momento hubo confusión, griterío y carreras de todos que se llamaban unos a otros a las armas, y los galos, que ya eran muchos, avanzaron hacia dentro.

Los galos son rechazados

8 Entonces uno de los que habían tenido el poder consular, Marco Manlio, cogió sus armas y se enfrentó a los bárbaros. Se adelantó al primero que subió y que sostenía la espada sobre su cabeza[7],
2 le hirió en el brazo y le cortó el antebrazo; y al que lo seguía, antes de llegar a las manos, lo golpeó en la cara con el escudo recto haciéndolo caer y, tendido, lo degolló. Luego se lanzó a la carrera contra los demás, que estaban ya confusos, mató a unos y a otros los hizo despeñarse por el precipio al perseguirlos. Por esta acción valerosa recibió de quienes ocupaban el Capitolio el premio adecuado en aquel tiempo: la ración diaria de vino y pan de cada
3 hombre. Respecto a los que habían abandonado la guardia en aquel lugar por donde subieron los galos, se llevó a

[7] La de Manlio.

cabo una encuesta judicial para ver qué se debía hacer; el Senado votó la pena de muerte para todos, la plebe, más indulgente, se contentó con el castigo de uno solo, su jefe.
Para que su muerte fuese evidente para los bárbaros, les 4
fue arrojado por el precipio[8] con las manos atadas detrás. Una vez que fue castigado, ya no hubo ningún descuido por parte de quienes hacían las guardias, sino que todos pasaban la noche entera despiertos, de modo que los galos, desesperando de tomar la fortaleza por engaño o sorpresa, hablaban sobre un rescate que, pagado a los bárbaros, haría que los romanos recobrasen la ciudad.

Los galos exigen mayor rescate

Después que llevaron a cabo los ju- 9
ramentos[9] y los romanos depositaron el oro, el peso que los galos debían recibir era de veinticinco talentos[10]. Pero cuando la balanza estaba colocada, primero se presentó el galo con su propio talento, más pesado de lo establecido, luego, al irritarse los romanos por esto, lejos de mostrarse moderado respecto a lo justo arrojó incluso su espada junto con su vaina y su cinturón, y los
añadió al peso. Al cuestor que inquirió qué significaba esta 2
acción le contestó con estas palabras. «¡Dolor para los vencidos!»[11]. Cuando el peso convenido no se completaba a causa de la ambición del galo, sino que faltaba la tercera parte, los romanos se marcharon tras pedir tiempo para conseguir lo que faltaba. Soportaron este desprecio de los bárbaros por no saber nada de lo realizado en el campamento por Cedicio y Camilo, como dijimos.

---

[8] La Roca Tarpeya.

[9] Véase Livio, V 48, 8.

[10] Unidad de peso variable; en Atenas solía ser de unos 26 kg. Tras la reforma de los Tolomeos pasó a ser de unos 39 kg.

[11] *Vae victis*, «¡ay de los vencidos!». Livio, V 48.

Causa de la invasión gala

10 La causa de la llegada a Italia de los galos fue la siguiente[12]: un tal Lucumón, jefe de los tirrenos, cuando iba a finalizar su vida confió a un hombre leal, de nombre Arrunte, la custodia de su hijo. Al morir el tirreno, Arrunte, tomando la tutela del muchacho, fue un atento y justo guardián de su palabra y, cuando el joven llegó a hombre, le entregó toda la hacienda dejada por su padre. A cambio, no recibió igual gratitud por
2 parte del muchacho. En efecto, tenía una mujer hermosa y joven, cuya compañía estimaba muchísimo, que se había mostrado casta durante todo el tiempo anterior, pero el jovencito, enamorado de ella, corrompió al tiempo el cuerpo y la mente de la mujer, y ya buscaba charlar con ella no sólo a escondidas sino incluso abiertamente. Irritado, naturalmente, Arrunte por el distanciamiento de su mujer e indignado por los ultrajes que recibía de ambos, como no podía vengarse de ellos, se dispuso para un viaje, poniendo
3 como excusa un asunto de comercio. El muchacho recibió con alegría su partida y preparó cuanto era necesario para el comercio, y él, cargando muchos odres de vino y de aceite en los carros y muchos cestos de higos, marchó a la Galia.

Los galos prueban el vino y el aceite

11 Los galos en ese tiempo no conocían ni el vino de viña ni el aceite como el que producen entre nosotros los olivos, sino que utilizaban como vino un jugo maloliente de cebada fermentada en agua[13], y como aceite grasa de cerdo envejecida, de olor y gusto extraños. Entonces, por primera vez, probaron fru-

---

[12] Para este capítulo, véase Livio, V 33-35.

[13] La cerveza.

tos que aún no habían degustado, encontrando extraordinarios placeres en cada uno de ellos, y preguntaron al ex-
tranjero cómo se producían y entre qué gentes. El tirreno 2
les dijo que la tierra que produce estos frutos es grande y fértil, que la habitan unos pocos hombres que para la guerra no son mejores que las mujeres, y les propuso no obtener ya estos productos por compra a otros, sino, expulsando a sus actuales dueños, disfrutarlos como propios. Convencidos con estas palabras, los galos llegaron a Italia y al territorio de los tirrenos llamados clusinos[14], de donde era el que los persuadió a hacer la guerra.

Los galos marchan contra Roma

Cuando fueron enviados embajadores 12
desde Roma a los galos[15] y uno de ellos, Quincio Fabio, oyó que los bárbaros habían salido a por forraje, trabó combate con ellos y mató al jefe de los galos. Los bárbaros marcharon a Roma y exigieron que se les entregase el hombre y su hermano para sufrir castigo por los
muertos. Como el Senado retrasaba su respuesta, los galos 2
llevaron por necesidad la guerra contra Roma. Los romanos, al enterarse, salieron de la ciudad con cuatro legiones completas de soldados escogidos y entrenados en las guerras, y también de los restantes ciudadanos —los sedentarios y ociosos y que menos familiarizados estaban con guerras— que eran superiores en número a los otros. Los galos, tras ponerlos en fuga, se apropiaron de toda Roma excepto del Capitolio.

* * *

[14] Habitantes de Clusio, en Etruria. Actual Chiusi.

[15] Véase Livio, V 35, 5 y 43, 5.

Apéndice

CITA DE ESTÉFANO DE BIZANCIO

Nepete[16], ciudad de Italia. Dionisio, en el libro XIII de la *Historia Antigua de Roma.* El gentilicio, nepesino.

---

[16] *Nepeta-ae* o *Nepete-is,* ciudad de Etruria, hoy Nepi.

LIBRO XIV

Situación del territorio celta

El territorio celta[1] se encuentra en la región de Europa situada hacia el oeste, entre el Polo Norte y el occidente equinoccial. De forma cuadrangular, linda con los Alpes, los montes europeos más altos, por el este, con los Pirineos por el sur y el viento meridional, con el mar exterior a las Columnas de Hércules por el oeste, con los escitas y tracios en la dirección del viento norte y el río Istro[2], que, bajando desde los Alpes, es el mayor de los ríos de aquí y, atravesando todo el continente bajo las Osas[3], descarga en el Ponto. Es tal en tamaño 2 que casi puede ser llamada la cuarta pare de Europa, húmeda, fértil, abundante en frutos y excelente para criar ganados, está dividida en el centro por el río Rin, que parece que es el mayor de los ríos de Europa después del Istro. La zona delimitada por el Rin y por los escitas y tracios 3 es llamada Germania, y se extiende hasta el bosque Her-

1 (margin: 1)

[1] Dionisio usa regularmente el término «celtas» para galos y así lo hemos traducido hasta aquí. Pero en el presente capítulo y en los siguientes, incluye también Germania dentro del mundo celta. Véase Livio, V 34-35, 4.

[2] Actualmente el Danubio.

[3] Constelaciones de la Osa Mayor y la Osa Menor, en el hemisferio boreal.

cinio[4] y los montes Ripeos[5], la otra zona, que mira al sur hasta los montes Pirineos y rodea el golfo de Galia,
4 es llamada Galia por el nombre del mar. Todo el territorio es denominado por los griegos Céltica con un nombre común, según dicen algunos, por un gigante Celto que reinó allí; otros cuentan la leyenda de que de Hércules y Astérope, hija de Atlas, nacieron dos hijos, Ibero y Celto, que impusieron sus propios nombres a las regiones que ambos
5 gobernaron. Otros dicen que hay un río Celto que nace de los Pirineos, por el cual fue llamada Céltica primero la región más cercana, luego, con el tiempo, también la restante. Afirman también algunos que, cuando los primeros griegos cruzaron hacia esta tierra, las naves, llevadas por un fuerte viento, arribaron al golfo de Galia y los hombres, cuando tomaron tierra, llamaron al territorio, por lo que les había ocurrido[6], Célsica, que las sucesivas generaciones nombraron Céltica con el cambio de una letra.

Signos divinos tras la invasión gala

2 En Atenas, en el recinto de Erecteo nacido de la tierra, un olivo sagrado —plantado por Atenea durante la disputa surgida entre ella y Poseidón por el dominio de la región— que había sido quemado por los bárbaros junto con los restantes objetos que estaban en el santuario cuando tomaron la Acrópolis, al día siguiente del fuego echó un brote del tronco grande como un codo, queriendo los dioses hacer manifiesto que la ciudad se recobraría rápidamente haciendo surgir nuevos

---

4 Actualmente la Selva Negra.

5 Montes fabulosos de Escitia.

6 Dionisio hace una falsa etimología y deriva «Célsica» del verbo κέλλω (inf. aoristo κέλσαι) «abordar».

brotes en lugar de los antiguos. En Roma, una capilla sagrada de Marte, construida cerca de la cima del Palatino, fue quemada hasta los cimientos junto con las casas que la rodeaban, pero al ser limpiados los terrenos para la restauración se conservó intacto, en medio de las cenizas circundantes, el símbolo de la fundación de la ciudad, un bastón curvado por uno de los extremos —como el que llevan los vaqueros y pastores, que unos llaman *kalaúrope* y otros *lagobólo*—, con el que Rómulo, mientras consultaba los augurios, marcó la región de los auspicios cuando iba a fundar la ciudad. 2

Con un ejército de tropas ligeras que no llevaba nada aparte de las armas. 3

Produciéndose un aplauso, como por el mayor espectáculo o la más hermosa audición, los realmente perplejos y los que fingían una perplejidad total.

Marco Furio, el dictador[7], era, entre los que tenían su misma edad, el más brillante en las acciones bélicas y el más prudente en los asuntos públicos. 3

Manlio[8], el que se había distinguido por su valor cuando los romanos se refugiaron en el Capitolio, al correr peligro de muerte por un intento de tiranía, mirando al Capitolio y tendiendo sus manos al templo de Júpiter que está allí, dijo: «¿Ni siquiera será capaz de salvarme aquel lugar que yo os defendí cuando había sido capturado por los bárbaros? Entonces incluso estuve a punto de morir por vosotros y ahora moriré a vuestras manos». En ese momento se compadecieron y lo dejaron libre, pero después lo arrojaron por el precipicio[9]. 4

[7] Véase Livio, V 19, 2 y 23, 1.

[8] Véase Livio, VI 20, 1-12.

[9] La Roca Tarpeya.

5 Tras vencer a los enemigos e inundar a su ejército con ganancias, Tito Quincio, mientras era dictador, tomó en nueve días nueve ciudades enemigas[10].

Abandonados por ambas partes, los odiados por los dioses fueron destruidos en masa.

Generosidad de los romanos en comparación con los griegos

6 Los romanos eran magnánimos[11], pues mientras casi todos los otros adaptan sus pensamientos a los últimos sucesos —tanto en los asuntos públicos de las ciudades como en sus vidas privadas—, y muchas veces zanjan grandes enemistades a causa de esporádicos actos de filantropía y rompen amistades de largos años por roces pequeños e insignificantes, los romanos, sin embargo, pensaban que era preciso hacer lo contrario en el caso de los amigos, y por los antiguos beneficios perdo-
2 nar los resentimientos debidos a quejas recientes. Admirable, realmente, también esta actitud de esos hombres, me refiero a no guardar rencor a ningún tusculano, sino a dejar a todos los ofensores sin castigo. Pero aún mucho más admirable es que, tras el olvido de sus acusaciones, los perdonaran. Reflexionando, pues, para que nada semejante fuese a suceder en la ciudad ni que algunos fuesen a tomar un pretexto de rebelión, pensaron que era preciso no introducir una guarnición en su ciudadela, ni tomar rehenes de entre los hombres más destacados, ni privar de sus armas a quienes las tenían, ni dar ninguna otra mues-
3 tra de amistad desleal. Sino que, creyendo que la única cosa que mantiene unidos entre sí a todos a quienes corresponde por razón de parentesco o amistad es la igualdad en el disfrute de los bienes, decidieron conceder la ciudada-

[10] Véase LIVIO, VI 28, 3 y 29, 3-10.

[11] Véase LIVIO, VI 25 y ss.

nía a los conquistados, haciéndolos partícipes de todo lo que pertenecía a los romanos de nacimiento, siguiendo un criterio distinto al de quienes pretendían dominar Grecia, atenienses y lacedemonios, ¿pues para qué hablar de los 4
demás griegos? Los atenienses a los samios, que eran sus propios colonos, los lacedemonios a los mesenios, que eran casi como hermanos, cuando tuvieron un desacuerdo con ellos, rompiendo los lazos de parentesco los trataron de un modo tan cruel y brutal, una vez que conquistaron sus ciudades, que ni siquiera quedaron a la zaga de los bárbaros más salvajes en sus excesos violentos contra pueblos hermanos. Se podrían decir innumerables errores semejan- 5
tes de estas ciudades, que omito, puesto que, incluso al recordarlos, me aflijo. Ciertamente, yo pensaba que el pueblo griego se diferenciaba del bárbaro no por su nombre ni a causa de su lengua, sino por su inteligencia y su elección de costumbres decentes, pero sobre todo por no ir contra las leyes de la naturaleza humana en su trato mutuo. A aquéllos en quienes estas cualidades predominan especialmente en su forma de ser, creo que hay que llamarlos griegos, y a aquéllos en quienes predominan las contrarias, bárbaros. Y considero que sus pensamientos 6
y actos mesurados y humanitarios son griegos, pero los crueles y brutales, en particular si se producen contra parientes y amigos, bárbaros. Los tusculanos, pues, además de no haber sido privados de sus posesiones tras la toma de la ciudad, se marcharon habiendo recibido incluso los bienes de los conquistadores.

Sulpicio, de sobrenombre Rufo [12], era un hombre nota- 7
ble en las acciones bélicas, y en su elección política había escogido la opción moderada.

---

12 Véase LIVIO, VI 4, 7.

Los galos en Italia se acostumbran a la vida fácil

8 Los galos hicieron una expedición contra Roma[13] por segunda vez y saqueaban la región albana. Allí todos se hartaron de abundante comida, bebieron mucho vino puro (el vino producido allí es el más dulce después del falerno y el más parecido al vino con miel), durmieron más de lo acostumbrado y pasaron, en general, su tiempo a la sombra, por lo que se sobrepasaron tanto en corpulencia y molicie y se afeminaron tanto en su vigor que, cuando se pusieron a ejercitar sus cuerpos y a esforzarse en la práctica de las armas, su respiración se cortaba con continuos ahogos, sus miembros estaban bañados en abundante sudor y abandonaban sus ejercicios antes de que lo ordenasen sus jefes.

Exhortación de Camilo

9 Al enterarse de esto Camilo, el dictador romano, convocó a los suyos y pronunció un discurso exhortándolos a la audacia con muchos argumentos, entre
2 ellos los siguientes: «Hemos fabricado armas mejores que las bárbaras, corazas, cascos, grebas y poderosos escudos, con las que tenemos protegido todo el cuerpo, y espadas de doble filo y, en lugar de lanza, la jabalina, proyectil ineludible, defensivas unas, que no ceden fácilmente a los golpes, ofensivas otras, como para atravesar cualquier defensa. Por el contrario, las cabezas de nuestros enemigos están desnudas, desnudos sus pechos y sus flancos, desnudos sus muslos y sus piernas hasta los pies, y no tienen ninguna otra protección que los escudos;
3 como armas ofensivas, lanzas y larguísimos cuchillos. El lugar donde realizaremos el combate es una ventaja para nosotros, que bajaremos desde un alto hacia la pendiente, pero adverso para ellos, que se verán obligados a avanzar

[13] Para los capítulos 8 a 10, véase Livio, VI 42, 4-8.

desde las zonas bajas hacia las altas. Que ninguno de vosotros tema ni el número de los enemigos ni su estatura, ni que nadie, al ver estas ventajas suyas, esté desalentado ante el combate, sino que piense, en primer lugar, que es mejor un ejército más pequeño que sabe lo que debe hacer, que uno numeroso mal instruido. Luego, que a quienes luchan por sus propiedades, la misma naturaleza les proporciona coraje frente a los peligros y les infunde un espíritu entusiástico como a los inspirados por la divinidad, mientras que quienes se esfuerzan por apoderarse de los bienes ajenos suelen tener una audacia más débil ante los peligros.
Pero además, los métodos con los que atemorizan a los 4
enemigos y los asustan antes de llegar a las manos no deben ser temidos por nosotros como si fuésemos inexpertos en la guerra. ¿Qué daño terrible podrían hacer, pues, a quienes avanzan al ataque las espesas cabelleras, la fiereza de sus ojos y la horrible apariencia de su aspecto? Y esos brincos descompasados, el vano agitar de las armas, los numerosos golpes de los escudos y cuantas otras bravatas son tramadas por bárbara y necia fanfarronería en gestos y voces para amenazar a los enemigos ¿qué ventajas han producido a quienes se lanzan insensatamente, o qué miedo a quienes resiten de forma calibrada frente a los peligros?
Meditando esto, cuantos de entre vosotros estuvisteis en la 5
anterior guerra contra los galos y cuantos por juventud permanecisteis alejados de ella —unos para no deshonrar el valor de entonces con la cobardía de ahora, los otros para no ser inferiores a los mayores en exhibición de honrosas acciones— id, nobles hijos emuladores de valientes padres, id impasiblemente contra ellos con los dioses como auxiliares, que os proporcionarán la posibilidad de llevar a cabo la venganza que queréis de vuestros odiados enemigos, y conmigo como general, de cuya gran prudencia y

6 buena suerte sois testigos. Tendrán a partir de ahora una existencia bienaventurada aquellos a quienes les sea posible traer a la patria la más distinguida corona, y dejarán una hermosa e inmortal fama —a cambio del cuerpo mortal— a sus hijos pequeños y ancianos padres aquéllos que pongan un fin tan glorioso a su vida. Sé que no es necesario hablar más, pues ya el ejército bárbaro se mueve para avanzar contra nosotros. Marchad y colocaos en vuestro puesto».

Lucha de galos y romanos

10 La lucha de los bárbaros, muy feroz y frenética, era desordenada y sin ningún conocimiento de la ciencia bélica. En un momento, pues, levantando hacia arriba los cuchillos golpeaban a la manera de cerdos salvajes, dejándose caer con todo su cuerpo como algunos leñadores o labradores con el azadón, luego daban al azar golpes de flanco, como si tratasen de cortar en dos los cuerpos enteros de sus adversarios, incluidas las protecciones, a continuación retiraban los filos de sus hierros.
2 La defensa de los romanos y su contramaniobra frente a los bárbaros era sólida y muy segura, pues mientras éstos estaban todavía levantando los cuchillos, ellos se deslizaban bajo sus brazos y alzaban los escudos, luego, encogidos y agachados, hacían ineficaces y vanos sus golpes, que eran demasiado altos, y sosteniendo las espadas rectas, golpeaban sus ingles, traspasaban sus costados y, a través del pecho, los herían hasta las entrañas. A cuantos veían con estas partes protegidas, les cortaban los tendones de las rodillas o los talones y los hacían caer a tierra rugiendo, mordiendo sus escudos y lanzando un grito semejante a un
3 alarido, como las fieras. Las fuerzas abandonaban a muchos bárbaros, debilitados sus miembros por la fatiga, y sus armas estaban despuntadas unas, otras rotas, otras

eran ya incapaces de prestar ayuda pues, aparte de la sangre que manaba de las heridas, el sudor que corría por todo su cuerpo no les permitía ni agarrar los cuchillos ni sostener sus escudos, al resbalar los dedos en los mangos y no tener ya una agarradera firme. En cambio, los romanos, habituados a muchos esfuerzos por sus incesantes y continuas campañas militares, soportaban noblemente todos los peligros.

Se produce un portento

En Roma se produjeron muchos portentos enviados por la divinidad[14], pero éste fue el mayor de todos: exactamente en el centro del Foro se abrió una grieta en la tierra de una profundidad abismal y permaneció durante muchos días. Tras ordenarlo el Senado en un decreto, los encargados de los oráculos sibilinos examinaron los libros y dijeron que la tierra se cerraría al recibir lo más valioso para el pueblo romano y produciría una gran abundancia de todo tipo de bienes para el tiempo restante. Cuando los hombres hicieron tales revelaciones, 2 cada uno llevaba a la abertura primicias de los bienes que creía necesarios para la patria, pasteles hechos de grano y primicias de sus riquezas. Pero un tal Marco Curcio, 3 que se contaba entre los primeros de los jóvenes por su sensatez y sus cualidades en la guerra, pidió audiencia en el Senado y dijo que de todos los bienes lo más hermoso y necesario para la ciudad de Roma era el valor de sus hombres; y si la tierra recibiera también una primicia de él y surgiera voluntariamente el que debía ofrecer su valor a la patria, la tierra produciría muchos hombres buenos. Después de decir esto y prometer que no cedería a ningún 4 otro este honor, se ciñó sus armas y montó su caballo de

11

[14] Véase Livio, VII 6, 1-6.

guerra. Se reunió la multitud de la ciudad para contemplar el espectáculo y entonces él rogó primero a los dioses que llevasen a término los oráculos y que concediesen a la ciudad de Roma que nacieran muchos hombres como él; a continuación, dándole rienda al caballo y aplicando las es-
5 puelas, se arrojó él mismo por la grieta. Sobre él se arrojaron por la hendidura a cuenta del erario público muchas víctimas de sacrificio, muchos frutos, mucho dinero, mucha ropa de lujo, muchas primicias de todas las artes. E inmediatamente la tierra se juntó.

12 El galo era una criatura desmesurada de cuerpo, que sobrepasaba mucho la naturaleza ordinaria [15].

Licinio Estolón [16], el que desempeñó diez veces el tribunado e introdujo las leyes por las que se produjo la sedición de los diez años, al ser hallado culpable y condenado por el pueblo a pagar una multa monetaria, dijo que no existe fiera más sanguinaria que el pueblo, que ni siquiera respeta a quienes lo alimentan.

Marcio levanta el sitio de Priverno

13 Cuando el cónsul Marcio estaba sitiando Priverno [17], como no les quedaba ninguna esperanza de salvación, le enviaron una embajada. Él dijo: «Explicadme, ¿cómo castigáis vosotros a los esclavos que se os escapan?». El enviado le contestó: «Como deben ser
2 castigados quienes ansían recobrar su libertad natural». Y Marcio, aceptando su franqueza, dijo: «Entonces si también os hacemos caso para olvidar nuestra cólera ¿qué garantía daréis de no cometer más ningún acto hostil?», el enviado respondió de nuevo: «En ti está y en los restantes

[15] Véase Livio, VII 10, 7 y 26, 1.

[16] Véase Livio, VII 16, 9.

[17] *Privernum*, ciudad de los volscos, hoy Piperno. Véase Livio, VIII 21.

romanos, Marcio; pues al recobrar también la libertad junto con nuestra patria seremos vuestros amigos firmes para siempre, pero si nos vemos obligados a ser esclavos, nunca». Marcio, admirando a los hombres por su magnanimidad, levantó el asedio.

LIBRO XV

Un cuervo ayuda a Valerio en la lucha

Cuando los galos marcharon con su 1
ejército contra Roma[1] y un rey retó a combate personal a cualquier romano que fuese hombre, Marco Valerio, uno de los tribunos —descendiente de Valerio Publícola, el que había ayudado a liberar a la ciudad de los reyes— salió para luchar con el galo. Mientras se acerca- 2
ban para enfrentarse, un cuervo, posándose sobre el casco de Valerio, graznaba mirando fieramente al bárbaro y, cuando iba a lanzar un golpe, saltó contra él y tan pronto le arañaba las mejillas con las garras como le picoteaba los ojos, de modo que el galo estaba fuera de sí sin saber cómo ideárselas para rechazar al hombre, ni para defenderse del cuervo. Cuando había transcurrido mucho tiempo 3
de combate, el galo llevó su espada contra Valerio con la intención de hundirla en su flanco atravesando su defensa, pero entonces, al volar sobre él el cuervo y arañar sus ojos, levantó el escudo para alejar al ave. El romano, siguiendo su movimiento mientras levantaba aún en el aire el escudo, dirigió su espada desde abajo y mató al galo. El general Camilo lo premió con una corona de oro y le 4
puso el sobrenombre de Corvino[2] por el animal que ha-

---

[1] Para este capítulo, véase LIVIO, VII 26, 1-5.

[2] Livio da el cognomen como *Corvus,* más tarde pasado a Corvino.

bía luchado a su lado en el combate personal, pues los romanos llaman *corvi* a los cuervos. Y él continuó desde entonces adornándose con un cuervo como emblema sobre su casco, y también los escultores y pintores colocaban este animal sobre su cabeza en todas sus imágenes.

2 Saqueaban las posesiones en los campos que rebosaban de gran prosperidad.

Personas castigadas en sus cuerpos por la guerra, semejantes a cadáveres en todo lo demás excepto en que respiraban.

Mientras la ceniza del asesinado estaba aún caliente, según lo dicho.

2 Perecerá de la manera más lamentable por causa de un enemigo que alimenta su envidia con sangre ciudadana.

Regalando una parte no pequeña del botín a los soldados, para inundar de riqueza la pobreza de cada uno.

Destruyeron sus campos a punto ya para la recolección y saquearon lo mejor de la tierra fértil.

Conjura para apoderarse de las ciudades campanas

3 Cuando Quinto Servilio —por tercera vez— y Cayo Marcio Rutilo eran cónsules[3], terribles e inesperados peligros se abatieron sobre Roma y, de no ser porque cierta divina providencia los alejó, uno de estos dos males le habría sobrevenido: o soportar una fama muy deshonrosa por la muerte de un huésped, o emprender una matanza civil. Por qué razón llegó a estos peligros, trataré de explicarlo brevemente retomando unos pocos sucesos previos.

2 El año anterior, la ciudad de los romanos, después de haber emprendido la guerra samnítica en defensa de toda Campania y de haber vencido en tres batallas a sus opo-

[3] Véase Livio, VII 38 a 42.

nentes, quería hacer volver a todas sus fuerzas por pensar que ningún peligro quedaba ya para las ciudades. Pero, al suplicar los campanos que no los dejaran faltos de aliados porque los samnitas caerían sobre ellos si no tenían ninguna ayuda externa, decidió que el cónsul Marco Valerio —que había librado a las ciudades de la guerra— dejase allí todo el ejército que ellos quisiesen mantener. El cónsul, 3
una vez autorizado, estableció en las ciudades a cuantos querían recibir víveres y pagas a cambio de su vigilancia. La mayor parte de ellos era gente sin hogar y endeudada, que escapaba con gusto de la pobreza y oscuridad de sus casas. Los campanos los acogieron en sus casas, y los reci- 4
bían con mesas espléndidas y los agasajaban con las restantes muestras de hospitalidad. La vida es lujosa y muelle con razón para quienes habitan Campania, tanto ahora como era entonces y lo será durante todo el tiempo futuro, pues cultivan una llanura muy rica en frutos y pastos y que es excelente para la salud de los hombres.

Al principio, como es natural, la guarnición aceptaba 5
con gusto la hospitalidad de las gentes, pero luego, corrompidos sus espíritus por la saciedad de los bienes, poco a poco iban concibiendo mezquinas ideas y, reuniéndose entre ellos, decían que cometerían una acción propia de insensatos si abandonaban tal prosperidad y retornaban a su vida en Roma, donde la tierra es pobre, hay muchos impuestos, ningún respiro de guerras y sufrimiento, y las recompensas de los esfuerzos comunes se reparten entre unos pocos. Los de escasos medios de vida y que carecían 6
de lo necesario para cada día, y aún más, quienes no podían cancelar sus deudas a los acreedores y declaraban que la necesidad era suficiente consejera de lo que les convenía, al margen de lo honrado, decían que, ni aunque todas las leyes y magistrados los amenazasen con las últimas penas,

dejarían ya para los campanos la presente prosperidad, y
llegaron finalmente a tal sinrazón que incluso se atrevían
7 a decir: «¿Qué delito cometeremos si expulsamos a los
campanos y ocupamos sus ciudades?, pues ellos mismos no
ocuparon esta tierra tras haberla obtenido antes de manera
justa, sino que, después de recibir la hospitalidad de los
tirrenos —que la habitaban—, mataron a todos los hom-
bres y tomaron a sus mujeres, sus residencias, sus ciudades
y su disputado territorio, de modo que con justicia sufrirán
todo lo que sufran, pues ellos mismos empezaron las injus-
8 ticias contra otros. ¿Qué impedirá, entonces, que nosotros
disfrutemos de estos bienes para siempre? Por lo menos,
los samnitas, sidicinos, ausonios[4] y todos los vecinos, le-
jos de marchar contra nosotros para vengar a los campa-
nos, pensarán que les basta si les permitimos a cada uno
9 de ellos conservar sus posesiones. Los romanos aceptarán
lo hecho, acorde tal vez incluso con su deseo, ya que aspi-
ran a dominar toda Italia entre sus colonias; pero si fingen
irritarse considerándonos enemigos, no llevarán a cabo ac-
ciones tan terribles como las que sufrirán a nuestras ma-
nos. Devastaremos su territorio cuanto nos parezca, sol-
taremos a los cautivos en los campos, liberaremos a los
esclavos y nos situaremos junto a sus peores enemigos, los
volscos, tirrenos, samnitas y los latinos, que aún están so-
metidos de manera dudosa. Para hombres forzados por la
necesidad y que corren la decisiva carrera por su vida no
existe imposible ni obstáculo».

10 Tras hablar entre sí al principio unos pocos, luego mu-
chos más, decidieron atacar las ciudades y se prometieron
fidelidad unos a otros mediante juramentos. Pero se ade-

[4] Sidicinos: pueblo de Campania, cuya capital fue Teano, al noroeste del monte Massico. Ausonios: pueblo de Campania, cerca de la costa.

lantó a su proyecto una delación que lo puso al descubierto y que hicieron algunos de los conjurados ante uno de los cónsules, Marcio —a quien la suerte le había asignado la guerra contra los samnitas—, que ya había recibido las fuerzas alistadas en Roma y estaba en camino. El cónsul, después de escuchar un suceso inesperado y terrible, decidió no mencionar el asunto ni aparentar saberlo, sino impedir lo que iba a acontecer a las ciudades por medio de engaño y táctica. Enviando, pues, a las ciudades antes de 11
llegar él a algunos hombres junto con los delatores, los instruyó para decir a quienes estaban en los cuarteles de invierno que había decidido dejar en las ciudades las guarniciones que estaban allí entonces, puesto que los campanos querían que se quedasen, mientras que él se preparaba para guerrear contra los samnitas con la fuerza traída desde la patria. Y convenció a todos para creer esto. Una vez 12
llegado a Campania con todo el ejército, se fue presentando en cada ciudad y, tras convocar a quienes estaban en las guarniciones, separó de entre todos ellos a los que participaban en la conjura. A continuación, hablando bondadosamente con cada grupo, licenció a unos de los estandartes, como si les concediera como favor la salida del ejército, y a otros los licenció entregándolos al legado y al tribuno como si se debiese a ciertas necesidades militares (éstos eran los más malvados y no estaban dispuestos a marcharse del ejército), ordenando a quienes los conducían llevarlos a Roma y mantenerlos bajo custodia secreta, tras separar unos de otros, hasta que él llegase.

Pero los hombres, al observar que de todos los cabeci- 13
llas de la conjuración unos habían sido licenciados de los estandartes y otros enviados separadamente del resto a cualquier parte, comprendieron que se había hecho manifiesta su conjura y después de esto les entró miedo de sufrir

castigo al ser conducidos a Roma, si eran separados unos de otros y deponían las armas. Reuniéndose en pequeños
14 grupos examinaban qué se debía hacer. Luego, al proponer algunos su opinión respecto a una revuelta, aprobaron el proyecto e hicieron promesas secretas entre ellos, y los que habían sido licenciados del ejército acamparon en los alrededores de Tarracina, en lugares favorables junto al camino
15 mismo. Después, los que habían sido enviados con el legado y los tribunos abandonaron a sus jefes —e incluso convencieron a los soldados que los conducían para que hiciesen defección— y se instalaron en el mismo lugar. Una vez que tomaron los caminos de paso, muchos se les unían cada día y llegó a haber un poderoso grupo en torno a ellos. Luego las prisiones que había en los campos fueron abiertas por ellos y confluía ....

Los cónsules esperan en Campania ayuda samnita

4 Los cónsules romanos atravesaron sin problemas toda la región intermedia, pues unos no se les opusieron y otros incluso los escoltaron —existen muchas dificultades a lo largo del camino que conduce desde Roma a Campania, pasos cerrados por montañas, marismas, brazos de mar y ríos navegables, que no es fácil atravesar si han sido tomados de antemano por los ene-
2 migos—, y también cruzaron un río, de nombre Volturno, que corre a través del territorio y la ciudad de Casilino[5] y que dista treinta estadios de Capua y no tiene menos de cuatro pletros[6] de ancho, atravesándolo con un puente de madera que construyeron en tres días. Hacían este recorrido para infundir ánimo a los campanos que apoyaban su

[5] *Casilinum,* a unos 5, 5 km. de Capua.

[6] Es decir 118, 4 m. El pletro equivale a 100 pies; el pie griego medía 0,296 m.

causa, para que pensasen que habían elegido la mejor, y temor a quienes defendían la contraria. Y avanzando más 3
allá de la ciudad, acamparon a cuarenta estadios[7] de Capua, estableciendo el campamento en un lugar elevado, se quedaron allí y esperaban con impaciencia las provisiones y refuerzos de los samnitas. Estos, naturalmente, les prometían más de lo necesario, pero no suministraban nada digno de mención y, con el pretexto de reunir un ejército de cada ciudad, dejaban pasar el tiempo. Los cónsules, 4
entonces, desesperando del socorro de allí y viendo que sus propias tropas no adquirían refuerzos con el paso del tiempo, mientras que las del enemigo se hacían mucho más numerosas, decidieron pasar a la acción. Pero, al pensar 5
que una gran parte del ejército es difícil de dirigir y desobediente a las órdenes de los superiores —como se puso de manifiesto en otras ocasiones y, últimamente, en el cuartel de invierno de Campania, donde algunos de ellos llegaron a tal grado de locura que incluso atacaron ciudades, abandonaron al cónsul y tomaron las armas contra su patria—, creyeron que era necesario primero volverlos más sensatos, presentándoles como algo más terrible el reproche de sus jefes que el peligro procedente de los enemigos. Con 6
esta intención en mente, reunieron una asamblea y habló Manlio: [Véase en la sección de estratagemas y discursos. Respecto al hijo de Manlio que luchó en combate singular.]

Embajadas a los napolitanos

... pero también porque causaban mu- 5
chos y graves daños a sus amigos campanos[8]. El Senado romano, puesto que los campanos lo habían expuesto muchas veces y se habían quejado de los napolitanos, votó enviar embajadores para pedirles que no agravia-

[7] Unos 7 km.

[8] Véase Livio, VIII 22, 5-10.

sen a los súbditos del imperio romano, sino que dieran y recibieran justicia y, si tenían divergencias entre sí, [que las resolviesen][9] no con armas sino con palabras, haciendo pactos con ellos, y que en adelante mantuviesen paz con todos los que habitan en torno al mar Tirreno, sin cometer actos que no fueran convenientes para los griegos, ni cooperar con quienes los hicieran. Pero, especialmente, para ver si podían, con atenciones a los poderosos, disponer a la ciudad para que hiciese defección de los samnitas
2 y pasase a ser amiga de ellos. Sucedió que por el mismo tiempo llegaron ante los napolitanos embajadores enviados por los tarentinos, hombres distinguidos y huéspedes por tradición de los napolitanos, y otros enviados por los nolanos, que eran vecinos limítrofes y apreciaban mucho a los griegos, para pedir a los napolitanos lo contrario, que no hiciesen pactos con los romanos o sus súbditos, ni rompie-
3 sen la amistad con los samnitas. Si los romanos hacían de ella un pretexto para la guerra, no debían asustarse ni impresionarse como si su poder fuese invencible, sino resistir noblemente y guerrear como corresponde a griegos, confiando en sus propias fuerzas y en la ayuda que llegaría de los samnitas, y contando con una fuerza naval, numerosa y excelenete, aparte de la suya propia, que enviarían los tarentinos, si acaso también la necesitaban.

Los samnitas convencen a los napolitanos

6 Una vez que se reunió el senado[10] y en él se pronunciaron muchos discursos expuestos por las embajadas y por quienes estaban de acuerdo con ellas, se dividieron las opiniones de los senadores y pareció que los más cultos estaban de parte de los roma-
2 nos. Aquel día, pues, no se emitió ningún decreto prelimi-

[9] El verbo falta en los MSS.

[10] El senado de los napolitanos.

nar, posponiéndose de nuevo para otra sesión la resolución sobre las embajadas, pero al llegar en gran número a Nápoles los samnitas más poderosos y atraerse a quienes estaban al frente del Estado con ciertos favores, convencieron al senado para tomar en la asamblea popular la decisión concerniente a sus intereses. Y presentándose en la asam- 3
blea, expusieron primero sus propios buenos servicios, luego hicieron muchas acusaciones contra la ciudad de Roma como desleal y traidora, y al final de su discurso hicieron extraordinarias promesas a los napolitanos si entraban en la guerra, anunciando que enviarían un ejército tan grande como necesitasen que vigilaría sus murallas, y proporcionarían marinos para los barcos y toda la tripulación de remeros, sufragando todos los gastos para la guerra no sólo a sus propias tropas sino también a las de ellos. Si rechaza- 4
ban al ejército romano, recuperarían Cumas —que habían ocupado los campanos dos generaciones antes[11], tras expulsar a los cumanos— y restablecerían en sus posesiones a los cumanos que aún sobreviviesen —a quienes habían acogido los napolitanos cuando fueron expulsados de su patria y los habían hecho partícipes de todos sus propios bienes—, y aportarían a los napolitanos una parte de la región que los campanos retenían, la zona sin ciudades[12].
Aquellos napolitanos que constituían un sector razonable y 5
capaz de ver con antelación los desastres que se abatirían sobre la ciudad a consecuencia de la guerra decidieron mantener la paz, pero el sector revolucionario, que perseguía también las ventajas de la agitación, se reunió para defender la guerra. Hubo insultos mutuos y peleas a puñetazos, la disputa llegó al lanzamiento de piedras y, finalmente,

[11] En el 421 a. C., casi cien años antes.

[12] O «una gran parte», según la conjetura de Reiske.

los peores vencieron a los mejores, de modo que los embajadores romanos se marcharon sin resultados. Por estas razones el Senado romano decidió enviar un ejército contra los napolitanos.

Embajada romana ante los samnitas

7 Los romanos, al enterarse de que los samnitas reunían un ejército[13], primero enviaron embajadores; estos embajadores, elegidos entre los senadores, llegaron ante los consejeros samnitas y dijeron:
2 «Infringís la ley, samnitas, al transgredir los acuerdos que hicisteis con nosotros, adornándoos con el nombre de aliados, pero realizando actos de enemigos. Después de haber sido vencidos en muchas batallas por los romanos, de haber finalizado la guerra por imperiosa necesidad y de haber obtenido la paz que queríais, deseando vivamente al final llegar a ser amigos y aliados de nuestra ciudad, jurasteis que tendríais los mismos enemigos y amigos que los roma-
3 nos. Pero ahora, olvidándoos de todo esto y considerando los juramentos como nada, nos abandonáis en la guerra entablada contra latinos y volscos —a quienes tenemos como enemigos por vuestra causa, puesto que no quisimos tomar las armas en su guerra contra vosotros—. Y el año pasado a los napolitanos, que temían declararnos la guerra, los animásteis utilizando todo vuestro celo y ardor —o más bien los forzasteis a hacerlo— y sufragáis los gastos y sos-
4 tenéis su ciudad por medio de vuestras propias fuerzas. Y ahora preparáis un ejército, reuniéndolo de todos los lugares, con otro pretexto, pero la verdad es que habéis decidido marchar contra nuestros colonos. Y para estas injustas ambiciones convocáis a los fundanos y formianos[14], y a

[13] Para los capítulos 7 a 10, véase Livio, VIII 23, 1-13.

[14] Habitantes de *Formiae*, ciudad volsca cerca de la costa, hoy Mola di Gaëta.

algunos otros a quienes hemos concedido la ciudadanía. Al 5 haber violado vosotros tan clara y vergonzosamente los juramentos de amistad y alianza, nosotros, actuando de forma justa, hemos decidido enviar primero una embajada ante vosotros y no emprender acciones antes de poner a prueba los razonamientos. Lo que os reclamamos y, obteniéndolo, creemos que quedará satisfecha nuestra cólera por los hechos anteriores, es lo siguiente: en primer lugar, exigimos que hagáis volver a las fuerzas de apoyo que enviasteis a los napolitanos; a continuación, que no enviéis ningún ejército contra nuestros colonos, ni invitéis a nuestros súbditos a todas vuestras ambiciones. Si sólo algunos 6 actuaron así, sin estar todos vosotros de acuerdo, sino por su propia iniciativa, que nos entreguéis a estos hombres para llevarlos ante la justicia. Con conseguir esto nos contentamos, pero si no lo conseguimos, que sean testigos los dioses y divinidades por los que jurasteis en los tratados, y hemos venido con los feciales para eso.»

Respuesta samnita

Después de decir tales cosas el romano, los consejeros samnitas, tras consultar entre sí, ofrecieron la siguiente respuesta: «De la tardanza de nuestras fuer- 8 zas para la guerra contra los latinos no es culpable el Estado, pues votamos enviaros el ejército, sino quienes tenían su mando, al perder mucho tiempo en su preparación, y vosotros mismos, al daros demasiada prisa en marchar al combate, pues lo cierto es que tres o cuatro días después de la batalla llegaron los hombres enviados por nosotros. Respecto a la ciudad de los napolitanos, 3 donde están algunos de los nuestros, estamos tan lejos de agraviaros a vosotros si prestamos públicamente alguna ayuda para su salvación a quienes están en peligro, que más bien parece que somos nosotros quienes sufrimos ma-

yores agravios de vosotros; porque cuando esta ciudad era nuestra amiga y aliada —no ahora ni desde que hicimos pactos con vosotros, sino dos generaciones antes y a cambio de muchos y grandes servicios—, la esclavizasteis sin
4 haber sufrido ninguna provocación previa. Desde luegó, al menos en este hecho, el Estado samnita no os ha agraviado; pero hay algunos hombres ligados por lazos de hospitalidad privada, según nos hemos enterado, y amigos de los napolitanos que, por propia iniciativa, han ayudado a la ciudad, y algunos también, por falta quizás de medios de vida, lo han hecho como mercenarios. Y no tenemos ninguna necesidad de sustraeros a vuestros súbditos, pues, además, sin los fundanos y los formianos somos capaces de socorrernos a nosotros mismos si nos encontramos en
5 necesidad de guerra. Los preparativos de nuestro ejército no son los de quienes pretenden arrebatar a vuestros colonos sus propiedades, sino los de quienes tienen las suyas bajo vigilancia. A nuestra vez os pedimos, si queréis actuar correctamente, que os retiréis de Fregelas [15], que, después de haberla conquistado nosotros no mucho antes en guerra —que es precisamente el derecho más justo de posesión—, retenéis ya por segundo año tras habérosla apropiado sin ninguna razón justa. Nosotros, si conseguimos esto, supondremos que no hemos recibido ningún agravio.»

Súplica a los dioses

9 Después de esto, tomó la palabra el fecial romano y dijo: «No hay ya ningún impedimento, puesto que tan claramente habéis violado los juramentos de paz ... [16] decidís acusar al pueblo romano. Todo se ha realizado, pues, de acuerdo con las leyes reli-

[15] *Fregellae,* ciudad volsca, hoy Ceprano.

[16] Laguna en los MSS. Sobre la manera de proceder de los feciales, véase II 72.

giosas y ancestrales —lo que es sagrado ante los dioses y justo ante los hombres—, y los dioses encargados de vigilar las guerras juzgarán quiénes se mantienen dentro de los tratados». Cuando estaba a punto de marcharse, deslizó 2
el manto sobre su cabeza y tendiendo las manos al cielo, como es costumbre, hizo súplicas a los dioses: «Si la ciudad de Roma, por sufrir injusticias de los samnitas y no ser capaz de poner fin a las diferencias con razón y juicio, pasa a los hechos, que los dioses y divinidades lleven a su mente buenas decisiones y que también le concedan obtener éxito en todas las guerras. Pero si comete alguna falta contra los juramentos de amistad y maquina falsos pretextos de hostilidad, que no lleven por buen camino ni sus decisiones, ni sus acciones.»

Los samnitas se demoran, los romanos se apresuran

Cuando se marcharon de la asamblea 10
y cada una de las partes expuso a sus ciudades lo dicho, ambos pueblos tuvieron opiniones contrarias sobre los otros. Los samnitas consideraron que la acción de los romanos sería más lenta, como suelen ellos actuar cuando están a punto de emprender una guerra, en cambio, los romanos creyeron que en breve el ejército samnita vendría contra sus colonos los fregelanos. Luego, a cada uno le 2
sucedió lo que habían imaginado de los otros. Así, los samnitas, preparándose y demorándose, perdieron las ocasiones de acción, y los romanos, con todos los preparativos dispuestos, en cuanto se enteraron de las respuestas votaron la guerra y enviaron a ambos cónsules. Y antes de que los enemigos se enterasen de su salida, la fuerza recientemente reclutada y la que había invernado junto a los volscos —que mandaba Cornelio— estaban dentro de los límites de los samnitas.

* * *

Apéndice

CITA DE ESTÉFANO DE BIZANCIO

Fundos[17], ciudad de Italia; los ciudadanos, fundanos. Dionisio, en el libro XV de la *Historia Antigua de Roma.*

Cales[18], ciudad ausonia. Dionisio, en el libro XV de la *Historia Antigua de Roma.* El gentilicio, calenos, idem.

---

17 *Fundi,* ciudad del Lacio, hoy Fondi.

18 Ciudad de Campania, hoy Calvi.

LIBRO XVI

Digresión filosófica sobre el rayo

Cuando los romanos iban a afrontar 1
su última guerra contra los samnitas, cayó un rayo en el lugar más destacado, matando a cinco soldados, destruyendo dos estandartes y quemando muchas armas y estropeando otras. Los rayos caían haciendo honor a su nombre con sus actos[1], pues son una especie de devastaciones y transformaciones de los fundamentos básicos, que tuercen las fortunas humanas. En primer lugar, 2
el mismo fuego fulmíneo está forzado a cambiar su propia naturaleza, sea celeste o aérea[2], cuando se precipita hacia abajo; pues no le es posible caer sobre la tierra, de acuerdo con su propia naturaleza, sino ir desde la tierra hacia arriba por las regiones celestes, ya que en el éter están las fuentes del fuego divino. Es evidente también que el fuego 3
que nosotros poseemos, ya sea un regalo de Prometeo o de Hefesto, cuando se libera de las cadenas en las que ha sido obligado a permanecer, se lanza hacia arriba a través

---

[1] Juego de palabras entre *keraunós,* «rayo», y *keraïsmós,* «devastación».

[2] Recuérdese cómo la cosmología aristotélica, comúnmente admitida en la Antigüedad, dividía el universo en dos grandes regiones: sublunar o aérea (la tierra y el espacio inmediatamente superior a ella) y celeste o etérea (el mundo de los astros).

del éter hasta aquel fuego análogo que encierra en un círculo todo el universo. Por consiguiente, aquel fuego divino y separado de la corruptible materia, que flota a través del éter, cuando se deja caer sobre la tierra, forzado por una imperiosa necesidad, pronostica cambios y transformacio-
4 nes totales. Pues bien, cuando ocurrió tal suceso, los romanos lo desdeñaron y, al ser bloqueados por Poncio el samnita en un lugar difícil y sin salida, a punto de perecer de hambre, se entregaron —alrededor de cuarenta mil— a los enemigos; y tras dejar sus armas y pertenencias, todos pasaron bajo el yugo, que es la señal de los que están bajo el poder de otros. Pero no mucho después, también le ocurrió lo mismo a Poncio a manos de los romanos y pasó bajo el yugo tanto él como los que le acompañaban.

Inclemencia de los vencedores

2 «Esta es la única cosa que te pedimos, aquí postrados y reducidos a la nada: que no añadas ningún ultraje a nuestras desgracias ni, con pesado pie, pases por encima de nuestros infortunios».

2 «¿No sabes que muchos de los nuestros han perdido a sus hijos en las guerras, muchos a sus hermanos y muchos a sus amigos? Y a todos ellos, ¿cómo crees que no les va a aflorar una cólera violenta en sus entrañas si alguien les impide honrar a los que están bajo tierra con el mismo número de víctimas enemigas, que parecen ser los
3 únicos honores para quienes murieron? Pero veamos, incluso si, convencidos, obligados o por cualquier otra causa, cedieran y les permitieran vivir, ¿acaso te parece que también les permitirán conservar sus pertenencias y, sin recibir ningún trato desagradable, podrán marcharse cuando quieran, como si fueran una especie de héroes que han aparecido para beneficio de este país, y no se echarán sobre mí como fieras para despedazarme por haber sido el encar-

gado de decir esto? ¿No ves que también los perros de ca- 4
za, cuando una fiera ha sido encerrada por ellos en las redes y atrapada, rodean a los cazadores reclamándoles la parte de presa que les corresponde y, si no reciben inmediatamente una porción de sangre o vísceras, siguen al cazador gruñendo y haciéndole pedazos y no se apartan ni cuando son acosados o golpeados?».

Luchando durante todo el día, aguantaron las penalida- 3
des, pero, cuando la oscuridad impidió la distinción entre amigos y enemigos, se retiraron a sus propios campamentos.

Apio Claudio, por cometer alguna infracción relacionada con los sacrificios, se quedó ciego y recibió el sobrenombre de Caecus, pues así llaman los romanos a los ciegos.

Las pinturas murales eran muy precisas en sus trazos 2
y gratas por sus mezclas de colores, con un estilo brillante, lejos de todo lo que se considera chillón.

Los romanos llaman calendas a las lunas nuevas[3], nonas a los cuartos crecientes, idus a las lunas llenas.

Los que estaban alineados aquí se lanzaron sobre los que luchaban en medio de la falange, que era poco compacta y estrecha, y los echaron de su posición.

La guerra doméstica, enviada por la divinidad, iba aniquilando el vigor de la ciudad.

Hombres que dirigen las fiestas sagradas y han sido honrados con el transporte de los objetos sacros.

Un hombre dominado por una inclinación insensata y una audacia loca, que se había guiado por su propio parecer y se había hecho cargo de todo lo relativo a la guerra.

[3] Primer día de cada mes, ya que el calendario romano era lunar.

4 «¿Te atreves, entonces, a acusar a la fortuna de haber llevado mal los asuntos, tú que te sentaste sobre una nave que zozobraba? ¿Eres tan torpe?».

De los miembros, unos todavía necesitan cuidado médico, mientras que otros ya han empezado a cicatrizar.

Roma castiga la maldad

4 Todavía voy a mencionar [dice Dionisio] un suceso político digno de ser elogiado por todos los hombres, por el cual quedará claro para los griegos cuán grande era el odio a la maldad en la Roma de entonces y la dureza contra quienes violaban las leyes
2 universales de la naturaleza humana. Cayo Letorio, de sobrenombre Mergo, de ilustre estirpe y nada innoble en sus actuaciones guerreras, nombrado tribuno de una de las legiones en la guerra samnítica, intentó durante un tiempo convencer a uno de los jóvenes compañeros de tienda, que se distinguía por su belleza entre los demás, de que le concediera los encantos de su cuerpo voluntariamente; pero como el muchacho no se dejaba convencer ni con regalos ni con otras muestras de amabilidad, Letorio, incapaz de
3 reprimir su deseo, intentó emplear la fuerza. Pero en el momento en que la indecencia de este hombre llegó a ser bien conocida por todos los del campamento, los tribunos, por considerarlo un delito contra toda la ciudad, presentaron públicamente una acusación contra él, y el pueblo le condenó por unanimidad, después de establecer la muerte como castigo, ya que no querían que los que ostentaban cargos cometieran abusos irreparables y contra natura en las personas de hombres libres que luchaban por la libertad de los demás.

Abolición de la esclavitud por deudas

No muchos años antes, llevaron a cabo otro asunto todavía más asombroso que éste, aunque el ultraje se había cometido contra la persona de un esclavo. Un hijo de Publio[4], uno de los tribunos militares que habían entregado el ejército a los samnitas y habían pasado bajo el yugo, como había quedado en una situación de grave penuria, se vio obligado a pedir un préstamo para el entierro de su padre, con la idea de que sería ayudado por las contribuciones de sus parientes. Pero, viéndose frustrada su esperanza, cuando llegó el día del vencimiento del plazo, fue tomado él en lugar de la deuda, pues era muy joven y de aspecto hermoso. Este soportaba 2 obedeciendo todas las órdenes que solían dar dueños a esclavos, pero se indignaba cuando se le ordenaba que concediera los favores de su cuerpo, y se resistía cuanto podía. Después de haber recibido muchos azotes por esta causa, salió corriendo hacia el Foro y, colocándose en un lugar elevado donde tendría muchos testigos del ultraje, explicó la lujuria del prestamista y mostró los cardenales de los azotes. Como el pueblo se indignó y consideró el 3 asunto merecedor de la cólera pública, los tribunos presentaron una querella y fue condenado a pena de muerte. Por causa de este suceso, todos los romanos que habían sido esclavizados por deudas, recobraron su antigua libertad mediante la ratificación de una ley.

Pidiendo que el Senado en favor de los menesterosos y endeudados ... 6

Explicación de los seísmos

Las carnes de las víctimas recién degolladas continúan temblando y palpitando, hasta que el soplo vital innato contenido en ellas se abre paso, con violencia, a través de los

[4] Un error por Publilio, forma dada por Livio (VIII, 28).

2 poros y se disipa totalmente. También algo similar es la causa de los seísmos en Roma; pues está toda ella cruzada por grandes y continuos conductos a través de los cuales circula el agua, con muchos respiraderos a modo de bocas, por los que suelta el aire encerrado en ella. Y esto es lo que la hace temblar y desgarra su superficie cuando una gran cantidad de aire violento es encerrado y constreñido.

* * *

Apéndice

CITA DE ESTÉFANO DE BIZANCIO

Fregelas, una ciudad de Italia que en su origen era de los ópicos y después pasó a ser de los volscos. El gentilicio es fregelano, según Dionisio, *Historia antigua de Roma* XVI, y otros muchos.

Minturnas, una ciudad de los samnitas en Italia. Dionisio, XVI. El gentilicio es minturnense.

Ecalo, una fortaleza de Italia. Dionisio, *Historia antigua de Roma,* XVI.

Yápodes, pueblo celta cerca de Iliria. Dionisio, XVI.

LIBROS XVII Y XVIII

Se reanuda la guerra contra los samnitas[1]

1 La guerra samnítica se reavivó de nuevo empezando por el motivo siguiente: después de los tratados que los samnitas habían hecho con la ciudad de Roma, aguardaron un poco de tiempo y dirigieron una expedición militar contra los lucanos, que eran limítrofes, impulsados por una antigua enemistad. Pues bien, 2 al principio, los lucanos, confiando en sus propias fuerzas, mantenían la guerra pero, estando en inferioridad de condiciones en todas las batallas y habiendo perdido ya muchos lugares, además de estar en peligro el resto de su territorio, se vieron obligados a recurrir a la ayuda de los romanos. Eran conscientes de haber roto los tratados que habían hecho anteriormente con ellos, en los que prometían amistad y cooperación, pero no perdían la esperanza de convencerles si les enviaban junto con los embajadores a los más ilustres muchachos de cada ciudad como rehenes. Y así ocurrió. Cuando llegaron los embajadores con mu- 3 chas súplicas, el Senado decidió aceptar los rehenes y entablar lazos de amistad con los lucanos; y la asamblea popular ratificó su voto. Concluidos los tratados con los 4 hombres enviados por los lucanos, fueron elegidos por el

[1] Para capítulos 1-3 véase Livio, X 11, 11-12, 3.

Senado los romanos más ancianos y venerables, y enviados como embajadores a la asamblea general de los samnitas para darles a conocer que los lucanos eran amigos y aliados de los romanos, y exhortarles no sólo a que les devolvieran la tierra que les habían arrebatado, sino también a que ya no emprendieran ningún otro acto hostil, pues la ciudad de Roma no iba a permitir que sus suplicantes fueran expulsados de su propia tierra.

2 Los samnitas, tras escuchar a los embajadores, se indig-
naron y alegaron en su defensa, primero, que no habían
hecho los tratados de paz bajo la condición de no conside-
rar a nadie como su amigo o enemigo a no ser que lo
ordenaran los romanos; y en segundo lugar, que los roma-
nos no se habían hecho amigos de los lucanos con anterio-
ridad, sino en ese momento, en que ya eran enemigos de
los samnitas, preparando una excusa ni justa ni decorosa
2 para romper los tratados. Cuando los romanos les contes-
taron que los súbditos que habían acordado seguirles y ha-
bían puesto fin a la guerra bajo esa condición, debían obe-
decer en todo a aquellos que habían tomado el poder, y
les amenazaron con llevar la guerra contra ellos si no ha-
3 cían voluntariamente lo que les ordenaban, los samnitas,
considerando insoportable la arrogancia de Roma, ordena-
ron a los embajadores que se marcharan inmediatamente,
y ellos votaron hacer los preparativos para la guerra, tanto
en común como cada ciudad por separado.

3 El pretexto aparente de la guerra samnítica y además plausible para ser contado a todos, fue el auxilio a los lucanos, que habían recurrido a ellos, pues era costumbre generalizada y ancestral en la ciudad de Roma ayudar a quienes, siendo víctimas de alguna injusticia, recurrían a ella. Pero la razón secreta y que más les impulsó a romper los lazos de amistad, fue el poder de los samnitas, que ya

había crecido mucho y se esperaba que todavía fuera a más, si, sometidos los lucanos y, por causa de ellos, sus vecinos, entonces los pueblos bárbaros limítrofes fueran a seguir el mismo camino. Por consiguiente, después del regreso de los embajadores, los tratados fueron anulados inmediatamente y se procedió al alistamiento de dos ejércitos.

Conducta arrogante del cónsul Postumio

El cónsul Postumio, cuando ya se acercaba el momento de reemplazar a su padre, se sentía orgulloso de sí mismo tanto por la dignidad de su familia como por haber sido honrado ya con dos consula- 4
dos. Por lo cual, al principio, su colega se indignaba por 2
el hecho de ser excluido de los mismos honores, y muchas veces reclamaba sus derechos frente a él ante el Senado; pero, más adelante, reconociendo que por el prestigio de sus antepasados, la cantidad de amigos y las demás influencias, él tenía menos poder (pues era plebeyo y de los que habían alcanzado notoriedad recientemente), cedió ante su
colega y le dejó la dirección de la guerra samnítica. Pues 3
bien, éste fue el primer asunto que le trajo problemas a Postumio, y que provino de su mucha arrogancia; a esto se unió además otra cuestión demasiado grave para un general romano: escogió de su propio ejército alrededor de dos mil hombres, los condujo a sus heredades y les ordenó cortar la maleza sin hoces; y durante mucho tiempo tuvo a los hombres en sus campos realizándole trabajos de jor-
naleros y sirvientes. Después de actuar con tanta desfacha- 4
tez antes de salir para la campaña, se mostró todavía más insoportable en los actos realizados durante la misma, y ofreció al Senado y al pueblo motivos de justo odio; pues, aunque el Senado había votado que Fabio, que había sido cónsul el año anterior y había vencido a los llamados

pentros, del pueblo de los samnitas, permaneciera en el
campamento y, ostentando el cargo de procónsul, guerrea-
ra contra esta parte de los samnitas, Postumio, enviándole
una carta, le ordenó que saliera del territorio de éstos en
5 la idea de que el mando le correspondía sólo a él. Y a los
embajadores enviados por los senadores con la petición de
que no impidiera al procónsul permanecer en el campamen-
to ni actuara en contra de sus decretos, les dio respuestas
soberbias y propias de un déspota, afirmando que mientras
él fuera cónsul, el Senado no mandaba sobre él, sino él
6 sobre el Senado. Tras despedir a los embajadores, condujo
su ejército contra Fabio, para obligarle por las armas si
no quería dejar el mando voluntariamente. Cuando lo en-
contró sitiando la ciudad de Cominio, lo echó del campa-
mento dando muestras de un gran desprecio por las anti-
guas costumbres y una terrible arrogancia. Fabio, por ello,
cediendo ante su locura, se retiró del mando.

5 El mismo Postumio, en primer lugar, tomó Cominio
por asedio, sin haber empleado mucho tiempo en los asal-
tos; y a continuación, se apoderó de Venusia[2], muy po-
pulosa, y de otras muchas ciudades, de cuyos habitantes
fueron asesinados diez mil y seis mil doscientos entregaron
2 las armas. Después de haber llevado a cabo estas acciones,
no sólo no fue considerado digno de ninguna gratificación
ni honor por el Senado, sino que incluso perdió la estima
de la que gozaba antes; pues, cuando fueron enviados vein-
te mil colonos a una de las ciudades conquistadas por él,
la llamada Venusia, eligieron a otros como jefes de la co-
lonia y en cambio este hombre, que había sometido la
ciudad y había hecho la propuesta de enviar colonos, no
3 pareció digno de este honor. Pues bien, si hubiera soporta-

---

[2] *Venusia*, ciudad en el límite de Apulia y Lucania, lugar de nacimiento del poeta Horacio, hoy Venosa.

do lo ocurrido de forma racional y prudente y hubiera calmado la hostilidad del Senado con palabras y actos adecuados, no habría padecido ningún otro infortunio que lo llevara al deshonor. Pero él, sin embargo, indignado y encolerizado, obsequió a los soldados con todo el botín que había conseguido de los enemigos y, antes de que fuera enviado su sucesor en el mando, licenció las tropas; finalmente, la ceremonia de triunfo, que ni el Senado ni el pueblo le habían concedido, la celebró bajo su propia responsabilidad. Por todo lo cual, todavía prendió más la 4
llama del odio en todos, y, justo en el momento de entregar el cargo a los cónsules que le sucedían, fue demandado públicamente por dos tribunos. Acusado ante la asamblea popular, fue condenado por todas las tribus y la pena impuesta por la acusación fue una multa de cincuenta mil denarios[3].

* * *

APÉNDICE

CITA DE ESTÉFANO DE BIZANCIO

Ferentino[4], una ciudad de los samnitas en Italia. El gentilicio es ferentano[5]. También se dice ferencios, como en Dionisio, *Historia antigua de Roma,* XVII.

[3] Dionisio dice literalmente «cincuenta mil en plata».

[4] *Ferentinum:* la ciudad normalmente conocida con este nombre se encuentra en territorio de los hérnicos (véase mapa) y su gentilicio es ferentinos. Aquí quizás se trate de un problema de transcripción puesto que también existen variantes en el gentilicio.

[5] Pensamos que el gentilicio «ferentano» debe ser un error por «frentano», pueblo próximo a los pelignos y marrucinos, cerca de la costa adriática. Véase XX 1, 5 donde aparecen estos tres pueblos juntos formando parte de una tropa del ejército romano.

Milonia[6], una ciudad muy importante de los samnítas. Dionisio, XVII. El gentilicio es miloniates.

Nequino, una ciudad de los umbros. Dionisio, *Historia antigua de Roma,* XVII. El gentilicio es nequinates.

Narnia, una ciudad de los samnitas[7], llamada así por el río Nar, que pasa junto a ella. Dionisio, *Historia antigua de Roma,* XVIII. El gentilicio es narniense.

Ocrículo[8], una ciudad de los tirrenos. Dionisio, *Historia antigua de Roma,* XVIII. El gentilicio es ocriculano, según él afirma.

---

6 El nombre debe ser Milionia, ciudad de los marsos. El gentilicio es conjetural.

7 Quizá un error por sabinos. Narnia fue construida en el sitio de la antigua Nequino, hoy Narni.

8 *Ocriculum,* en Umbría. Hoy Otricoli.

LIBRO XIX

Origen de la colonia griega de Tarento

1 Crotona es una ciudad de Italia, y también Síbaris, llamada así por el río que pasa por ella. Cuando los lacedemo- 2
nios luchaban contra Mesenia y su ciudad estaba despojada de hombres, las mujeres y, sobre todo, las doncellas, que estaban en la flor de la edad, les suplicaban que no permitieran que se quedaran las unas sin casar y las otras sin hijos. Por ello, desde el campamento eran enviados continuamente y por turno algunos jóvenes para que tuvieran relaciones sexuales con las mujeres y se unieran con la primera que encontraran. De estas uniones indiscriminadas nacieron niños, a los que, cuando se hicieron hombres, insultaban los lacedemonios, llamándoles entre otras cosas *parthenios*[1]. Cuando se pro- 3
dujo una revuelta, los parthenios, vencidos, se alejaron voluntariamente de la ciudad y, enviando a alguien a Delfos, recibieron el oráculo de navegar hacia Italia y, después de encontrar un lugar en Yapigia[2] llamado Satirio y un río Tarante[3], establecer su residencia allí donde vieran un macho cabrío mojando su barba en el mar. Hicieron la trave- 4

[1] Hijos de solteras.

[2] Véase nota a I 11, 4.

[3] Nombre griego de Tarento.

sía, encontraron el río y vieron sobre un cabrahigo[4] que había nacido al lado del mar una viña que se esparcía por encima, una de cuyas ramas estériles, caía y tocaba el mar. Suponiendo que éste era el «macho cabrío» que el dios les había pronosticado que verían mojando su barba en el mar, se quedaron allí, guerrearon contra los yapigios y fundaron la ciudad que lleva el nombre del río Tarante.

Diferentes oráculos sobre la colonización de Tarento

2 Artimedes el calcidio tenía un oráculo que decía que donde encontrara al macho montado por la hembra, allí debía quedarse y no navegar más lejos. Pues bien, cuando había navegado alrededor de Palancio[5] en Italia y vio la viña ... [sobre el cabrahigo, dándose cuenta de que la viña era femenina][6] y el cabrahigo masculino, y que esa unión era la monta, comprendió que se había cumplido el oráculo; por lo tanto, expulsó a los
2 bárbaros que poseían el lugar y lo colonizó. Este lugar se llama Regio, ya porque había un promontorio escarpado, ya porque en este lugar la tierra se rajó[7] y separó Italia de Sicilia, que está en frente, o por algún soberano que tuviera este nombre.

---

4 Utilizamos el término coloquial de «cabrahigo» en lugar de «higuera silvestre» para mantener el juego de palabras del griego, donde la palabra *trágos* significa «macho cabrío», y en Mesenia se usaba para designar el citado árbol. Dionisio juega también con la palabra, de la misma raíz, *epitrágos* «rama estéril». La ambigüedad característica de los oráculos queda reflejada aquí en el propio lenguaje.

5 Promontorio cerca de Regio.

6 Las palabras entre corchetes están perdidas en los Mss. y han sido tomadas de Diodoro.

7 Estas dos explicaciones de «Regio» tienen una base etimológica, que relaciona este nombre con *aporróx* «escarpado» y con *régnymi* «romper», ambas con la misma raíz.

A Leucipo el lacedemonio, cuando consultó dónde esta- 3
ba predestinado que fijaran su residencia él y sus acompañantes, el dios le ordenó navegar hacia Italia y establecerse en una tierra en la que, una vez desembarcados, permanecieran un día y una noche. La expedición arribó a Calípolis[8], un puerto de los tarentinos, y Leucipo, complacido por la naturaleza del lugar, convenció a los tarentinos de
que les permitieran pasar allí el día y la noche. Cuando 2
transcurrieron más días y los tarentinos les pidieron que se marcharan, Leucipo no les prestó atención, diciendo que habían recibido de ellos la tierra de acuerdo con un pacto para el día y la noche; por lo tanto, mientras hubiera una de estas dos cosas, no abandonarían el lugar. Así, los tarentinos, dándose cuenta de que habían sido burlados, les permitieron quedarse.

Los locros, por haberse asentado en el promontorio 4
Cefirio[9] de Italia, fueron llamados cefirios.

Decidieron que él se quedara en el lugar en que estaba y afrontara la guerra que venía de allí.

Se dispersaron por bosques, barrancos y montañas rocosas.

Cierto tarentino, varón impúdico y entregado a todo tipo de placeres, era llamado Tais[10] por su juventud desenfrenada y prostituida de mala manera entre muchachos.

Después de alistar a la plebe, se marcharon.

Los más charlatanes y groseros de todos los que había en la ciudad.

[8] Hoy Gallipoli.

[9] Hoy Cabo Spartivento, en Regio Calabria.

[10] Cortesana que aparece en Luciano, *Diálogo de las heteras*.

Grave ofensa de los tarentinos a los embajadores romanos

5 Postumio fue enviado como embaja-
dor a los tarentinos. Y cuando les estaba
exponiendo su mensaje, los tarentinos no
sólo no le prestaban atención ni reflexio-
naban como hombres sensatos que deli-
beran sobre una ciudad en peligro, sino que observaban
si decía algo que no estuviera dentro del más puro estilo
de la lengua griega, y entonces se reían; después, se irrita-
ron ante sus amenazas, que calificaron de bárbaras, y, fi-
2 nalmente, le expulsaron del teatro. Al marcharse los roma-
nos, uno de los tarentinos que estaban colocados en la en-
trada, de nombre Filónides, un charlatán que, por pasarse
toda la vida borracho, recibía el sobrenombre de Cuba,
estando todavía con resaca de la borrachera del día ante-
rior, cuando se encontraban cerca los embajadores, se qui-
tó el vestido y, adoptando el aspecto más vergonzoso, de-
rramó sobre el ropaje sagrado del embajador la suciedad
que ni siquiera es correcto nombrar.

3 Cuando todo el teatro rompió a reír y los más inso-
lentes aplaudían, Postumio miró a Filónides y dijo: «Acep-
taremos el presagio, tipo desvergonzado, de que nos dais
incluso lo que no hemos pedido». A continuación, se vol-
vió hacia la multitud y mostró la ropa ultrajada, pero,
cuando se dio cuenta de que la risa de todos era todavía
mayor y escuchó gritos de algunos que se regocijaban y
4 elogiaban la ofensa, dijo: «Reíd mientras podéis, tarenti-
nos, reíd, porque de aquí en adelante lloraréis mucho».
Como algunos se agriaran ante la amenaza, añadió: «y pa-
ra que todavía os irritéis más, os decimos que lavaréis con
5 mucha sangre este vestido». Los embajadores romanos,
ofendidos de esta forma por los tarentinos en público y
en privado, tras pronunciar estas palabras a modo de vati-
cinio, zarparon de la ciudad.

El Senado vota la guerra contra Tarento

Nada más asumir el poder Emilio, de sobrenombre Bárbula, llegaron Postumio y los enviados con él a Tarento como embajadores, sin traer ninguna respuesta, relatando las ofensas de que habían sido objeto por parte de aquéllos, y mostrando el vestido de Postumio como prueba de sus palabras. Fue grande la indignación de todos y, convocando al Senado, Emilio y su colega de consulado examinaban qué debían hacer, reunidos desde el amanecer hasta la puesta de sol; y esto lo hicieron durante muchos días. La discusión no versaba sobre los acuerdos de paz que habían sido rotos por los tarentinos, pues en esto todos estaban de acuerdo, sino sobre el momento en que debían enviar un ejército contra ellos. Había algunos que aconsejaban no emprender todavía esta guerra mientras los lucanos, los brutios y el grande y belicoso pueblo de los samnitas estuvieran en rebelión, y Tirrenia, situada a sus mismas puertas, permaneciera aún sin dominar, sino cuando estos pueblos estuvieran sometidos, preferentemente todos, pero si no, al menos, los situados al este y cerca de Tarento. Sin embargo, a otros les parecía conveniente lo contrario, no esperar ni el más mínimo tiempo, sino votar la guerra inmediatamente. Cuando hubo que contar los votos, fueron más numerosos éstos últimos que los que aconsejaban aplazar la guerra para otro momento. Y el pueblo ratificó la decisión del Senado.

6

2

3

Augurios por el vuelo de las aves

... tienen esa naturaleza los pájaros que van y vienen alrededor del mismo lugar y con su vuelo tan tranquilo son de buen agüero para los que quieren conservar sus posesiones; en cambio, para los que ansían los bienes ajenos son de buen agüero los pájaros que tienen un impulso fuerte y rápido hacia adelante,

7

pues éstos son proveedores y cazadores de las cosas que faltan, y aquéllos son protectores y guardianes de los bienes presentes.

2 Recorría todo el territorio enemigo prendiendo fuego a los campos que ya tenían el trigo maduro y cortando los árboles frutales.

A las ciudades con un gobierno democrático les sucede algo parecido a lo que les ocurre a los mares, pues éstos, aunque son de naturaleza tranquila, son agitados por los vientos y aquéllas, sin tener ninguna maldad en sí mismas, son perturbadas por los demagogos.

Los tarentinos piden ayuda a Pirro contra los romanos[11]

8 Cuando los tarentinos querían llamar a Pirro del Epiro para la guerra contra los romanos y estaban expulsando a quienes se oponían, un tal Metón, también él tarentino, para captar la atención y explicarles cuántas desgracias sobrevendrían con una autoridad real a una ciudad libre y amante del placer, se presentó en el teatro, cuando todo el mundo estaba sentado allí, coronado como si volviera de un banquete y abrazado a una
2 joven flautista que tocaba canciones festivas. La seriedad de todos terminó en risa, animándole unos a cantar y otros a baliar; entonces, él echó una mirada en derredor suyo, indicó con la mano que guardaran silencio y, cuando apaciguó el alboroto, dijo: «Ciudadanos, ninguna de estas cosas que me veis hacer ahora os será posible si permitís que un
3 rey y una guarnición entren en la ciudad». Cuando vio que muchos se agitaban prestándole atención y animándole a hablar, él, conservando todavía la apariencia de borracho, se puso a enumerar las desgracias que les ocurrirían. Pero, mientras estaba aún hablando, los responsables de

[11] Compárese con PLUTARCO, *Vidas paralelas: Pirro* XIII.

estas desgracias le cogieron y le echaron de cabeza fuera del teatro.

Carta de Pirro al cónsul romano

«Pirro, rey de los epirotas, hijo del 9
rey Eácides, a Publio Valerio, cónsul de los romanos, saludos. Es probable que te hayas enterado por otros de que vengo con mi ejército a ayudar a los tarentinos y a los demás italiotas que me han llamado en su auxilio; y es probable que tampoco desconozcas de qué hombres soy descendiente, cuáles son las hazañas que yo mismo he llevado a cabo, la magnitud del ejército que traigo y su eficacia en la guerra. Suponiendo que tú, al tener en consi- 2
deración cada una de estas cosas, no esperas conocer de hecho y por experiencia nuestro valor en los combates, sino que, renunciando a las armas, vendrás a negociar, te aconsejo que en lo referente a las diferencias que el pueblo de Roma tiene con los tarentinos, los lucanos o los samnitas, me concedas la atribución de decidir —pues yo arbitraré vuestras discrepancias con total justicia— y procuraré que mis amigos paguen todos los daños que yo juzgue que os han causado. Y en relación con aquellas cuestiones de 3
las que algunos os acusan, actuaréis correctamente también vosotros ofreciendo garantes de que conservaréis como válidas mis decisiones. Si hacéis esto, prometo daros paz, ser amigo y ayudaros resueltamente en las guerras a las que me llaméis; pero si no lo hacéis, yo no voy a permitir que 4
dejéis desierto un país de aliados míos, que saqueéis ciudades griegas y vendáis como botín a hombres libres, sino que lo impediré con las armas para que ceséis ya de una vez de devastar toda Italia y de complaceros en tratar a todos los hombres como a esclavos. Esperaré hasta diez días tu respuesta, pues más tiempo ya no podría.»

Respuesta del cónsul romano

10 A esto contestó el cónsul de los romanos, reprobando la arrogancia de este hombre y dejando claro el sentir de la ciudad de Roma: «Publio Valerio Lavinio[12], general y cónsul de los romanos,
2 al rey Pirro, saludos. Me parece conducta propia de un hombre sensato enviar cartas amenazadoras a sus súbditos; pero despreciar, como si fueran insignificantes y de ninguna consideración, a aquéllos cuya fuerza no se ha probado y cuyos valores no se han llegado a conocer, me parece señal de una actitud insensata e incapaz de discernir.
3 Nosotros no acostumbramos a castigar a los enemigos con palabras, sino con hechos, y ni te nombramos a ti juez en relación con las acusaciones que tenemos contra los tarentinos, los samnitas o los demás enemigos ni te aceptamos como garante de ninguna pena, sino que resolveremos el conflicto con nuestras propias armas e impondremos los castigos que nosotros mismos queramos. Así que, conociendo de antemano esto, disponte a ser nuestro
4 adversario y no nuestro juez. Y respecto a las ofensas que tú mismo nos has infligido, piensa a quiénes vas a ofrecer como garantes de las penas; no esperes que los tarentinos ni los demás enemigos den una satisfacción. Sin embargo, si por cualquier medio has decidido emprender una guerra contra nosotros, entérate de que te ocurrirá lo mismo que es forzoso que les ocurra a todos los que quieren luchar antes de examinar contra quiénes van a dirigir la batalla.
5 Teniendo esto en cuenta, si deseas algo nuestro, deja a un lado las amenazas, depón tu orgullo real y después ve ante el Senado e informa y convence a los senadores, confiado en que no fracasarás en nada que sea justo y sensato.»

---

[12] Tanto aquí como en el capítulo siguiente, el Ms. da el nombre como Lavinio en vez de Levino.

El cónsul romano sorprende a un espía de Pirro

Lavinio, el cónsul romano, después de detener a un espía de Pirro, armó a todo su ejército, lo ordenó en línea de combate y, mostrándoselo al espía, le mandó que contara toda la verdad a quien le había enviado y que, además de lo que había visto, le dijera que Lavinio, el cónsul romano, le exhortaba a que ya no mandara a escondidas a otros para espiar, sino que fuera él mismo abiertamente a ver y conocer la fuerza de los romanos. 11

Ataque de un ferentano a Pirro[13]

12 Cierto hombre llamado Oblaco, de sobrenombre Volsinio, jefe del pueblo de los ferentanos[14], observando que Pirro no tenía un puesto fijo sino que aparecía de repente ante los combatientes, fijaba su atención sólo en él y, hacia donde cabalgaba, le salía al paso con su propio caballo. 2 Uno de los que iban con el rey, Leonato, un macedonio hijo de Leofanto, al verle, empezó a sospechar y, señalándoselo a Pirro, le dijo: «Cuídate de ese hombre, Majestad, pues es un excelente guerrero y no combate fijo en un solo lugar, sino que te observa de cerca y tiene dirigida su atención hacia ti». 3 A lo que el rey contestó: «¿Qué podría hacerme, siendo uno solo, a mí que tengo a tantos alrededor?» E incluso adoptó una actitud algo fanfarrona respecto a su propia fuerza, como si, aunque fuera él solo a enfrentarse contra aquél, éste no se iba a retirar impune. Entre tanto, el ferentano Oblaco encontró la ocasión que esperaba y se lanzó con sus compañeros al medio del escuadrón real. Después de romper la línea de los jinetes que le rodeaban, se abalanzó contra

[13] Compárese este pasaje con la descripción que hace PLUTARCO, *Vidas paralelas: Pirro* XVI-XVII.

[14] Véase nota a *Ferentinum* y ferentanos en XVII-XVIII apéndice.

4 el mismo rey, agarrando la lanza con ambas manos. Al mismo tiempo, Leonato, el que había advertido a Pirro que se guardara de ese hombre, desviándose un poco hacia un flanco, golpeó con su espada el caballo del enemigo por el lateral, pero el ferentano, en el momento de caer, alcanzó al caballo del rey por el pecho y cayeron ambos
5 con los caballos. En cuanto al rey, el más fiel de sus guardias personales lo subió a su propio caballo y lo sacó de allí; y a Oblaco, que había luchado durante mucho tiempo, y luego fue abatido por muchísimas heridas, algunos de sus compañeros lo levantaron después de producirse un
6 gran combate en torno al cadáver y se lo llevaron. Desde entonces, el rey, con el fin de no ser muy visible para los enemigos, ordenó que su propia clámide, purpúrea y bordada en oro, que acostumbraba a llevar en las batallas, y su armamento, más costoso que los demás tanto por su material como por su fabricación, los llevara Megacles, el más fiel de sus compañeros y el más valeroso en los combates. Y él, a su vez, cogió la clámide parda de éste, su coraza y el casco; lo que pareció ser la causa de su salvación.

Embajada de los romanos a Pirro

13 Cuando Pirro, rey de los epirotas, condujo un ejército contra Roma, decidieron enviar embajadores a pedir a Pirro que liberara mediante rescate a sus rehenes, bien cambiándolos por otros o bien fijando un precio por cada hombre. Y nombraron embajadores a Cayo Fabricio, que, durante su consulado dos años antes[15], había vencido a samnitas, lucanos y brutios en importantes batallas y levantado el sitio de Tu-

[15] Fabricio fue cónsul en el 282 a. C. y la fecha de la embajada a Pirro fue el invierno del 280-79.

rios[16]; a Quinto Emilio, que había sido colega de Fabricio y ostentado el mando de la guerra contra los tirrenos, y a Publio Cornelio, que durante su consulado tres años antes, guerreando contra una tribu completa de galos, los llamados senones, los peores enemigos de los romanos, mató a todos los que estaban en edad militar. Éstos, cuando 2
llegaron ante Pirro y le expusieron todo lo adecuado a tal asunto (que la fortuna es algo imprevisible, que los cambios en las guerras son súbitos y que no es fácil para los mortales conocer de antemano nada de lo que va a ocurrir) le ofrecieron la elección de recibir dinero por los rehenes o aceptar otros a cambio.

Pirro, después de deliberar con sus amigos, les respon- 3
dió lo siguiente: «Actuáis de forma temeraria, romanos, no queriendo entablar amistad conmigo, sino pretendiendo recuperar a los prisioneros de guerra, con el fin de poder utilizar a estas mismas personas en la guerra contra mí. Sin embargo, si decidís actuar de la mejor manera y si 4
buscáis la utilidad común para todos nosotros, concluid la guerra conmigo y mis aliados y recibiréis de mí gratis a todos vuestros hombres, ciudadanos y aliados. De lo contrario, no aceptaría entregaros a tantos hombres valientes».

Oferta de Pirro al embajador romano[17]

Estas fueron sus palabras estando pre- 14
sentes los tres embajadores; luego, cogiendo a Fabricio en privado, le dijo: «Yo sé que tú, Fabricio, eres el más hábil en la dirección de las guerras y que en tu vida privada eres justo, sensato y posees todas las demás virtudes, pero que estás necesitado de dinero y en este único aspecto te ves desfavorecido por la fortuna, hasta el punto

16 *Thurii,* ciudad de Lucania, en el golfo tarentino, construida en el sitio de la antigua Síbaris, también llamada *Thurium.*

17 Confróntese PLUTARCO, *Vidas paralelas: Pirro* XX.

de que en lo referente a tu vida lo pasas peor que los más
2 pobres senadores. Pues bien, deseando vivamente llenar
este vacío, estoy dispuesto a darte una cantidad de plata
y oro tan grande que, al poseerla, superes en riqueza a
todos los romanos que tienen fama de más pudientes. Yo
considero un gasto perfecto y propio de un general el be-
neficiar a los hombres de bien que por pobreza se encuen-
tran en una situación indigna de sus méritos, y lo tengo
3 como testimonio y excelente muestra de riqueza real. Ya
que conoces mi intención, Fabricio, deja a un lado todo
pudor y participa de los bienes que hay entre nosotros,
convencido de que yo voy a agradecértelo enormemente,
y por Zeus, no menos ... [18] y cree que son los más hono-
rables de mis huéspedes. A cambio de esto, no me prestes
ningún servicio injusto ni vergonzoso, sino sólo aquéllos
por los que tú mismo serás más poderoso y respetable en
4 tu propia patria. En primer lugar, con todo el poder que
poseas, exhorta al Senado, que ha sido beligerante hasta
ahora y no ha adoptado una actitud comedida, a llegar a
una reconciliación, explicando que no es en perjuicio de
vuestra ciudad por lo que he venido a ayudar a los tarenti-
nos y a los demás italiotas, después de habérselo prometi-
do, y que para mí no es justo ni decoroso abandonarles,
ahora que estoy aquí con un ejército y he vencido la pri-
mera batalla. Además, muchos asuntos urgentes que han
5 surgido en este momento me llaman a mi reino. Respecto
a mi regreso a casa si los romanos me hicieran su amigo,
te ofrezco todas las garantías que consolidan los pactos de
los hombres —a ti por separado y en compañía de los

[18] Hay una laguna en el texto para la que se han propuesto algunas sugerencias como «y cree que tú no serás menos querido que los más honorables de mis huéspedes» o «cree que tú no tendrás menos que mis amigos y estarás entre los más honorables».

demás embajadores— con el fin de que hables con confianza a tus propios ciudadanos, en el caso de que a algunos el nombre del rey les produzca recelo por poco fiable en los tratados y, por el hecho de que otros parecieron culpables de violar juramentos y convenios, conjeturen lo mismo respecto a mí. Y cuando se consiga la paz, ven conmigo 6
para ser mi consejero en todos los asuntos, mi lugarteniente y copartícipe de la prosperidad real, pues yo necesito un buen hombre y un amigo fiel y tú necesitas ingresos reales y empresas relacionadas con la realeza. Por lo tanto, si nos aportamos este mutuo beneficio, obtendremos las mayores ganancias uno del otro».

El embajador romano rehúsa el ofrecimiento de Pirro

Cuando terminó, Fabricio, tras aguar- 15
dar un poco, dijo: «Respecto a mis méritos por empresas públicas o a mi vida privada, no necesito contármelos a mí mismo y tú ya te has enterado por otros; ni tampoco respecto a mi pobreza necesito decir que, efectivamente, tengo una parcelita pequeña de tierra y una modesta casita, y que mi sustento no proviene ni de préstamos ni de esclavos, ya que parece que tú también has oído contar a otros detalles precisos de todo esto. Pero 2
que yo esté en peor situación que cualquier romano por causa de la pobreza y que no vaya a ganar nada practicando la honradez porque no soy de los ricos, es una falsa suposición tuya, tanto si lo has escuchado a alguien como si lo has imaginado tú mismo; pues nunca he tenido, ni tengo ahora, sensación alguna de infelicidad por el hecho de no haber conseguido grandes posesiones, ni me he lamentado de mi fortuna en los asuntos públicos ni en los 3
privados. ¿Qué me ha ocurrido de lo que me pueda quejar? ¿Acaso que no me fue posible por causa de la pobreza recibir de mi patria ninguno de los bienes envidia-

bles por los que cualquier naturaleza noble se esfuerza? Yo, que desempeño los más importantes cargos, formo parte de las más ilustres embajadas, se me confían los más sagrados ritos de los sacrificios, se me considera digno de expresar mi opinión en las cuestiones más urgentes y soy requerido en el lugar que me corresponde, soy aplaudido, envidiado, no voy por detrás de ninguno de los más poderosos y soy tenido como un modelo de honradez para los demás, sin gastar nada de mi hacienda en esto, como
4 ninguno de ellos hace. La ciudad de Roma no se inmiscuye en los medios de vida de cada uno, como hacen algunas otras ciudades, en las que la riqueza pública es escasa y la de los particulares grande, sino que proporciona a los que se dedican a los asuntos públicos todo cuanto necesitan, ofreciéndoles espléndidos y magníficos recursos; de modo que el más pobre no merece menos consideración que el más rico en lo que se refiere a la concesión de honores, sino que todos los romanos que por su probidad son
5 dignos de estas distinciones, están en igualdad de condiciones unos con otros. Cuando, siendo pobre, no estoy en peor situación en este aspecto que los que poseen mucho, ¿qué desventura podría haber reprochado a la fortuna? ¿que no me hizo igual a vosotros, los reyes, que tenéis una gran cantidad de oro atesorado? Pero más todavía, incluso en mis asuntos privados estoy tan lejos de la desdicha, que creo ser uno de los pocos afortunados si me comparo con
6 los ricos; y de eso estoy muy orgulloso. Y es que mi pobre terrenito me basta para procurarme lo necesario si soy laborioso y buen administrador, y la naturaleza no me empuja a buscar lo que no es imprescindible, ya que cualquier alimento que el hambre me depare, me resulta grato, toda bebida es dulce cuando la sed te la envía y el sueño es agradable cuando lo trae la fatiga; en cuanto a

ropa, es más que suficiente la que me proteja del frío, y el utensilio más barato de los que pueden ofrecerme los mismos servicios, es el más apropiado. Por lo tanto, tam- 7
poco sería justo que yo acusara de esto a la fortuna, que me procuró todos los bienes que la naturaleza quería que yo tuviera; por otra parte, ni me infundió anhelo de cosas superfluas ni me dio posibilidad de conseguirlas.»

«Bien cierto, por Júpiter; pero no me queda nada para 16
socorrer a mis vecinos, ni la divinidad me dotó de una inteligencia superior o adivinatoria, con la que yo podría ayudar a los necesitados, ni tampoco de otras muchas cosas. Pero de lo que tengo, hago partícipe tanto a la ciudad como a mis amigos y aquello con lo que puedo beneficiar a algunos, lo pongo a disposición de quienes lo necesitan, y en eso no me consideraría falto de medios. Estas son las cosas que tú estimas más importantes y no tienes medio de comprarlas ni con mucho dinero. Pero incluso si fuera 2
verdad que, por los beneficios prestados a los necesitados, la posesión de mucha riqueza mereciera un gran esfuerzo y ambición, y si los más ricos fueran los más felices, como creéis vosotros los reyes, ¿qué clase de abundancia sería mejor para mí?, ¿esa que tú ahora me ofreces de una forma vergonzosa o la que yo mismo hubiera podido obtener con honradez antes? La política me dio la oportunidad de 3
hacer dinero decentemente en muchas ocasiones antes de ahora, pero, sobre todo, cuando hace tres años, mientras ostentaba el cargo de cónsul, fui enviado al mando de un ejército contra los samnitas, los lucanos y los brutios, y saqueé un extenso territorio, vencí a nuestros adversarios en muchas batallas, arrasé muchas ciudades prósperas después de haberlas tomado por la fuerza, a raíz de lo cual enriquecí a todo mi ejército, devolví a los particulares los impuestos que habían adelantado para la guerra y aporté

al tesoro público cuatrocientos talentos después de la celebración del triunfo.

4 Si después de aquellas conquistas, cuando podía haber cogido todo lo que quisiera, no lo cogí, sino que por mi reputación desprecié incluso la riqueza conseguida de forma justa, como hicieron Valerio Publícola y muchísimos otros más, gracias a los cuales nuestra ciudad ha llegado a ser tan poderosa, ahora ¿voy a aceptar tus regalos y a cambiar una riqueza mejor por otra peor? Con esa clase de fortuna que yo poseía, el disfrutar de las ganancias placenteramente iba unido al honor y a la justicia, pero eso está ausente de esta que tú me ofreces. Todo lo que los hombres reciben por adelantado de otros son préstamos que apesadumbran el espíritu hasta que se devuelven, aunque uno los adorne con bonitos nombres, llamándolos ac-
5 tos altruistas, regalos o favores. Veamos, en el caso de que yo, enloquecido, aceptara el oro que me das y todos los romanos se enteraran de ello, y después los magistrados que tienen la facultad de no rendir cuentas, esos que nosotros llamamos censores, que tienen encomendado examinar las vidas de todos los romanos y castigar a los que se apartan de las costumbres patrias, me convocaran y me ordenaran rendir cuenta de mi soborno, alegando lo siguiente en presencia de todos:

17 «Te enviamos, Fabricio, como embajador con otros dos hombres de rango consular ante el rey Pirro para tratar de la liberación de prisioneros. Vuelves de la embajada sin traer a los prisioneros ni ofrecer ningún otro beneficio a la ciudad; en lugar de eso, tú eres el único de los embajadores enviados que has recibido regalos del rey, y la paz contra la que el pueblo votó, la hiciste tú por tu cuenta sin ninguna ventaja para la ciudad —¿pues cómo podría
2 haberla?— sino con la intención de traicionarla en favor

del rey, y de que, gracias a ti, él pudiera poner toda Italia
bajo su dominio y tú, a través de él, privaras a la patria
de su libertad. Eso es lo que persiguen todos los que no
practican la verdadera virtud sino la fingida cuando han
alcanzado fasto y relevancia en sus asuntos. De todas for- 3
mas, si tú, sin gozar de la dignidad de un embajador, acep-
taras un soborno, no de los enemigos de la patria ni con
la intención de traicionar y tiranizar a tus propios conciu-
dadanos, sino como un simple particular que lo recibe de
un aliado y no conlleva ningún daño para la ciudad, ¿no
serías, acaso, merecedor de una pena importante por el
hecho de corromper a los jóvenes introduciendo en sus vi-
das un ferviente deseo de riqueza, lujo y magnificencia
real, cuando lo que necesitan es mucha moderación si el
Estado tiene que ser preservado? Estás deshonrando a tus 4
antepasados, ninguno de los cuales se apartó de las cos-
tumbres tradicionales ni cambió la pobreza honesta por
una riqueza vergonzosa, sino que todos permanecieron en
la misma pequeña heredad que tú, después de recibirla,
consideraste inferior a tu rango. Por otra parte, estás 5
echando a perder la reputación, que tenías ganada por tu
conducta anterior, de hombre moderado, prudente y por
encima de cualquier deseo vergonzoso. Además, ¿saldrás
impune después de haberte convertido en un infame, tú,
que eras un hombre honrado, cuando, incluso si antes hu-
bieras sido ruin, debías haber dejado de serlo? ¿o todavía
seguirás participando de alguno de los beneficios que co-
rresponden a la gente honrada, en vez de marcharte de la
ciudad, que sería lo mejor, o por lo menos del Foro?».

«Si con estas palabras me borraran de la lista de los 18
senadores y me trasladaran a la clase de los desposeídos
de derechos, ¿qué podré decirles o hacer que sea justo?
¿qué tipo de vida llevaré de aquí en adelante después de

haber caído en tal deshonra y haber envuelto en ella a to-
2 dos mis descendientes? Y a ti mismo, ¿cómo te voy a pare-
cer útil todavía cuando haya perdido toda influencia y ho-
nor entre mis propios conciudadanos, cosas por las que tú
ahora estás interesado en mí? Al que no puede ocupar ya
ningún lugar en la propia patria, sólo le queda, lógicamen-
te, marcharse con toda la familia, condenándose a un ver-
3 gonzoso destierro. Y después, ¿dónde pasaré el resto del
tiempo? ¿o qué lugar me acogerá una vez perdida, como
es probable, mi libertad de palabra? Tu reino, desde luego;
¿y tú me ofrecerás toda la felicidad de un tirano? ¿qué
beneficio vas a proporcionarme tan grande como el que
me quitarás cuando yo sea privado de la más preciada de
4 todas las posesiones: la libertad? ¿Cómo podría yo sopor-
tar un cambio de vida aprendiendo tan tarde a ser un es-
clavo? Si los que se crían en reinos y tiranías —cuando
tienen nobles sentimientos— están ansiosos de libertad y
consideran todos los bienes inferiores a ésta, ¿acaso los
que han vivido en una ciudad libre, que ha aprendido a
gobernar a otras, soportarán con agrado el cambio de una
situación mejor a otra peor, aguantando pasar de libres a
esclavos, sólo por poner cada día mesas espléndidas, estar
siempre rodeados de multitud de sirvientes y gozar de los
generosos favores de hermosas mujeres y jovencitos, como
si la felicidad humana residiera en estas cosas y no en la
5 virtud? Y en cuanto a todo esto, aunque uno aceptara que
merece gran empeño, ¿cómo iba a resultar alegre su disfru-
te si no ofrece seguridad? Pues en vosotros, que procuráis
estos placeres, está la facultad de arrebatarlos de nuevo,
cuando vosotros mismos queráis. Paso por alto las envi-
dias, las calumnias, el hecho de no vivir en ningún mo-
mento sin peligro ni miedo, y otras muchas cosas, penosas
e indignas de un espíritu noble, que la vida entre los reyes
6 conlleva. Ojalá que una locura tan grande no se apodere

de Fabricio hasta el punto de abandonar la famosa Roma y preferir la vida en el Epiro y, estando en sus manos el dirigir una ciudad hegemónica, sea gobernado por un solo hombre que no tiene los mismos sentimientos que los demás y está acostumbrado a escuchar de todo el mundo cosas destinadas a agradarle. Aunque yo quisisera cambiar 7
mi forma de pensar y hacerme humilde para que no sospecharas nada malo de mí, no podría; y, por otro lado, permaneciendo tal como la naturaleza y mis costumbres me han hecho, te resultaré molesto y parecerá que atraigo hacia mí la soberanía. En una palabra, puedo aconsejarte que no acojas en tu reino no sólo a Fabricio, sino tampoco a ningún otro que sea superior o igual a ti, ni, en general, a ningún hombre que haya sido educado en unos hábitos de libertad y posea unos sentimientos más elevados que los de un particular. Y es que un hombre con grande- 8
za de ánimo no es un compañero seguro ni agradable para un rey. Pero, respecto a tus propias conveniencias, tú mismo resolverás lo que debes hacer; y en cuanto a los prisioneros, toma una decisión razonable y deja que nos marchemos.»

Cuando terminó de hablar, el rey, admirado de su nobleza, le cogió la mano y dijo: «Ya no se me ocurrirá preguntar por qué vuestra ciudad es renombrada y ha adquirido tanto poder, puesto que cría tales hombres; y, sobre todo, habría querido que desde el principio no hubiera surgido ningún desacuerdo entre vosotros y yo, pero, puesto que surgió y algún dios quería que nos uniéramos después de haber probado mutuamente nuestra fuerza y valor, yo estoy dispuesto a reconciliarme; y para ser el primero en empezar con los actos amistosos que me pedís, entrego como favor a vuestra ciudad todos los prisioneros sin rescate.»

Habiendo sometido Libia, incluso hasta los pueblos lindantes con el océano.

* * *

Apéndice

CITA DE ESTÉFANO DE BIZANCIO

Constancia [19] ... hay también otra en Brutio. Dionisio, *Historia antigua de Roma,* XIX.

---

[19] El lugar mencionado por Dionisio fue sin duda *Consentia,* la capital de los brutios, hoy Cosenza, pues en esta región no hubo nunca ninguna *Constantia.*

LIBRO XX

Orden de batalla del ejército de Pirro y del romano

Habiendo acordado por medio de heraldos el momento en el que entablarían combate[1], bajaron de los campamentos y se dispusieron en el siguiente orden: el rey Pirro colocó a la falange macedonia en el primer lugar del ala derecha y, después de ella, a los 1
italiotas mercenarios de Tarento; a continuación, a los de 2
Ambracia[2], seguidos de la falange de blanco escudo de tarentinos, e inmediatamente después, la tropa aliada de brutios y lucanos; en medio de la línea de combate dispuso a los tesprotos[3] y caones[4]; contiguos a éstos, los mercenarios de los etolios, de los acarnanes[5] y de los atamanes[6]; y por último, los samnitas, que ocupaban el ala izquierda.

---

[1] Los extractos del manuscrito del monte Athos describiendo la batalla de Ásculo tienen como encabezamientos «De la Historia de Dionisio, Libro XX», «De Pirro y los cónsules romanos Publio Decio y Publio Sulpicio».

[2] Ciudad en el sur del Epiro, en el golfo del mismo nombre, hoy Arta.

[3] *Thesproti,* pueblo del sureste del Epiro.

[4] *Chaones,* pueblo del noroeste del Epiro, llamado así por Caón, hijo de Príamo.

[5] Habitantes de Acarnania, la región más occidental de Grecia.

[6] Habitantes de Atamania, zona del Epiro en la región del monte Pindo.

3 De la caballería, situó la samnita, la tesalia, la brutia y la mercenaria de Tarento en el ala derecha; y la ambracia, la lucana, la tarentina y la mercenaria griega —que estaba compuesta de acarnanes, etolios, macedonios y atamanes—
4 en el ala izquierda. A la tropa ligera y a los elefantes, los repartió en dos grupos y los colocó detrás de ambos flancos, separados un espacio prudencial y en un lugar un poco elevado sobre la llanura. Él, rodeado por la llamada *agema*[7] real, de alrededor de dos mil jinetes escogidos, estaba fuera de la línea de batalla para socorrer con presteza a los suyos en el momento en que estuvieran en apuros.

Los cónsules colocaron en su ala izquierda la llamada primera legión, frente a la falange macedonia y ambracia y a los mercenarios tarentinos; detrás de la primera legión, la tercera, frente al lugar donde estaba la falange de escudos blancos de los tarentinos y las tropas aliadas de bru-
5 tios y lucanos. Pegada a la tercera, colocaron la cuarta, frente a los molosos[8], los caones y los tesprotos; en el ala derecha, pusieron a la segunda, frente a los mercenarios de Grecia (etolios, acarnanes y atamanes) y a la falange samnita de oblongos escudos[9]. A los latinos, campanos, sabinos, umbros, volscos, marrucinos[10], pelignos[11], frentanos y demás súbditos, los dividieron en cuatro secciones

---

[7] Guardia de los reyes de Macedonia.

[8] Habitantes de Molosia, parte oriental del Epiro. Eran llamados así por Moloso, el hijo de Pirro y Andrómaca.

[9] Quizá se hace esta precisión para distinguirlos de las tropas armadas con el más común escudo redondo.

[10] Pueblo de Italia, en la costa adriática, cerca del río Aterno, cuya capital era Teate, hoy Chieti.

[11] Pueblo de Italia Central, limítrofe con los frentanos y marrucinos, descendientes de los sabinos, en el actual Abruzzo Citeriore.

y los intercalaron en las legiones romanas, para no tener ninguna parte débil. En cuanto a la caballería, dividieron 6
la suya y la de los aliados y la colocaron en ambos flancos. Fuera de la línea de combate, situaron a la tropa ligera y los carros, en número de trescientos, que habían sido dispuestos para la batalla contra los elefantes. Estos carros tenían, montados sobre vigas rectas, mástiles transversales que podían ser girados fácilmente hacia donde uno quisiera con la velocidad del pensamiento, —en los extremos de los mástiles había tridentes, máquinas en forma de espadas para lanzar proyectiles o guadañas todas de hierro— o bien tenían una especie de rastrillos que lanzaban desde arriba pesados garfios. Muchos mástiles tenían ata- 7
dos unos ganchos inflamables envueltos en estopa engrasada con mucha pez, que sobresalían por delante de los carros, y los hombres que estaban en ellos, cuando se encontraban cerca de los animales, prendían fuego a los ganchos y los golpeaban contra sus trompas y rostros. Situados en los carros, que eran de cuatro ruedas, había también muchos de la tropa ligera —arqueros, lanzadores de piedras y honderos de dardos de hierro; y abajo, al lado de los carros, había todavía muchos más.

Éste era el orden de batalla de los dos ejércitos que 8
participaban en el combate; el del rey contaba con un número de setenta mil soldados de a pie, entre los cuales eran dieciséis mil los griegos que habían cruzado el golfo jonio; del lado romano había más de setenta mil, aunque de la misma Roma eran alrededor de veinte mil. Respecto a la caballería, los romanos tenían unos ocho mil y Pirro pocos más, aparte de diecinueve elefantes.

Batalla de Pirro contra el ejército romano

2 Cuando fueron alzadas las señales de la batalla, los soldados, después de cantar un peán[12] y lanzar el grito de guerra, en honor a Enialio[13] marcharon al ataque y, cayendo unos sobre otros, lucharon demostrando toda su pericia con las armas. La caballería alineada en ambos flancos, conociendo de antemano en qué acciones tenía ventaja sobre sus enemigos, recurría a esas tácticas: los romanos, a un combate de cerca y estático, y la caballería griega, a dar vueltas y cambiar de fren-
2 te. Los romanos, cuando eran perseguidos por los griegos, daban la vuelta a sus caballos y, reteniéndolos con los frenos, combatían a pie; los griegos, en cambio, cuando comprendían que los romanos estaban equilibrados con ellos en la lucha, torcían hacia la derecha y, después de iniciar la contramarcha uno tras otro, volvían de nuevo sus caballos de frente y, aplicándoles las espuelas, entraban en com-
3 bate. Así era la batalla de la caballería. La de infantería era semejante en algunos aspectos, pero diferente en otros (semejante en el conjunto y diferente en los detalles). El flanco derecho de cada uno de los dos ejércitos era el más fuerte y el izquierdo el más débil. Sin embargo, ni uno ni otro volvieron la espalda vergonzosamente a sus enemigos, sino que, permaneciendo en orden junto a sus estandartes
4 y manteniendo su defensa, retrocedían poco a poco. Los que más habían sobresalido dentro del ejército real eran los macedonios, pues hicieron recular a la primera legión romana y a los latinos, que estaban alineados con ellos; y dentro del ejército romano, los que componían la segunda[14] legión y estaban frente a los molosos, tesprotos y

[12] Véase nota a X 47, 2.

[13] Literalmente el Belicoso, sobrenombre de Ares.

[14] Un error por «cuarta», según se dijo en el capítulo 1.

caones. Cuando el rey ordenó que condujeran a los elefantes a la parte del ejército que estaba en apuros, los romanos montados en los carros que llevaban las perchas, al enterarse de la irrupción de los animales, se dirigieron a
su encuentro. Al principio, contuvieron el impulso de las 5
bestias golpeándolas con sus artilugios y volviendo los ganchos de fuego hacia sus ojos. Después, cuando los que estaban colocados sobre las torres ya no llevaban a los animales más hacia delante, sino que los golpeaban desde arriba con sus lanzas, y la tropa ligera se abría paso a través de las mamparas de mimbre que rodeaban los carros y desjarretaba a los bueyes, los hombres que estaban en esos artilugios, saltando de los carros, huyeron a refugiarse entre la infantería más próxima y les causaron un gran
desorden. Los lucanos y brutios, colocados en medio de la 6
línea de combate del rey, después de luchar durante poco tiempo, emprendieron la huida cuando fueron rechazados por la cuarta[15] legión romana. Una vez que estos se retiraron y quedó rota la formación por su parte, los tarentinos —que tenían su puesto cerca de ellos— no se quedaron, sino que también volvieron la espalda a sus enemigos y huyeron.

Aliados de los romanos se apoderan del campamento de Pirro

El rey Pirro, cuando se enteró de que 3
los lucanos, los brutios y los tarentinos huían en desorden y la línea de combate estaba rota por su zona, entregó una parte de su escuadrón a otros generales, y envió del flanco derecho a todos los jinetes que consideró suficientes para ayudar a los perseguidos por los romanos. Pero en el momento en que esto sucedía, un auxilio procedente de la divinidad se hizo manifiesto para los romanos.

[15] Otra discrepancia: en el capítulo 1 era la tercera legión la que estaba alineada frente a los lucanos y brutios.

2 Algunos daunios[16], de la ciudad de Argiripa —que ahora llaman Arpos—, cuatro mil soldados de infantería y alrededor de cuatrocientos jinetes, enviados a los cónsules como tropas auxiliares, llegaron cerca del campamento real cuando marchaban casualmente por el camino que iba a la espalda de los enemigos, y vieron la llanura llena de hombres. Aguardaron allí un poco de tiempo y, teniendo en cuenta todo tipo de consideraciones, renunciaron a bajar de ese lugar elevado y tomar parte en la batalla, ya que no sabían ni dónde estaban los amigos ni dónde los enemigos, ni tampoco podían conjeturar en qué lugar debían ponerse para ofrecer alguna ayuda a los suyos. Pensaron que lo mejor era sitiar el campamento de los enemigos y capturarlo, con la idea de que obtendrían un importante y considerable botín si se apoderaban de los bagajes, y provocarían una gran confusión entre los enemigos si veían arder de repente su campamento. El lugar de la batalla no dista-
3 ba más de veinte estadios. Pues bien, después de tomar esta decisión y saber, por algunos prisioneros que habían capturado cuando iban a recoger leña, que solo unos pocos vigilaban el campamento, les atacaron desde todas partes. Pirro, al enterarse de esto porque se lo comunicó un jinete que, cuando empezaba el asedio del campamento, se abrió paso a galope y espoleando su caballo se presentó inmediatamente, decidió mantener el resto del ejército en la llanura y no llamar ni mover la falange, sino enviar a los elefantes y a los más audaces jinetes, previamente seleccionados, co-
4 mo refuerzo al campamento. Pero, cuando éstos estaban todavía en camino, el campamento, tomado repentinamente, ardió.

Los que habían llevado a cabo el trabajo, cuando se dieron cuenta de que las tropas enviadas por el rey venían

[16] Habitantes de Apulia.

contra ellos desde los lugares elevados, huyeron a la cima
de una montaña, donde no podían subir fácilmente las
bestias ni los caballos. Las tropas del rey, como llegaron 5
demasiado tarde para servir de ayuda, se volvieron contra
los romanos de la tercera y cuarta legión —que habían ido
muy por delante de los demás cuando pusieron en fuga a
los enemigos que estaban frente a ellos. Pero los romanos,
conociendo de antemano su aproximación, subieron a un
lugar elevado y frondoso y se colocaron en orden de com-
bate. Así pues, los elefantes, como no podían subir a la 6
loma, no les causaron ningún daño, ni tampoco los escua-
drones de caballería; pero los arqueros y honderos, dispa-
rando desde todas partes, hirieron y mataron a muchos de
ellos. Cuando los generales tuvieron conocimiento de lo
que ocurría allí, Pirro envió de la línea de infantería a los
atamanes, acarnienses y algunos samnitas, y el cónsul ro-
mano, por su parte, envió algunos escuadrones de caballe-
ría, pues la infantería necesitaba tal ayuda. Y, al mismo
tiempo, otra nueva batalla tenía lugar allí entre la infante-
ría y la caballería, y hubo una matanza todavía mayor.

El rey fue el primero, pero también los cónsules roma- 7
nos llamaron a los suyos hacia la caída del sol y, hacién-
doles cruzar el río, los condujeron de regreso al campamen-
to cuando ya oscurecía. Las fuerzas de Pirro, que habían perdido tiendas, animales de carga, esclavos y todo su bagaje, acamparon sobre un lugar elevado, donde pasaron la noche siguiente al raso, sin estar equipados, sin asistencia y sin contar con el alimento necesario, hasta el punto de que incluso perecieron muchos heridos —que todavía podrían haberse salvado si hubieran recibido auxilio y cuidados. Tal fue el desenlace de la segunda batalla entre los romanos y Pirro cerca de la ciudad de Ásculo [17].

[17] *Asculum*, la capital del Piceno, hoy Ascoli.

La ciudad de Regio, víctima de la conspiración de un general romano

4 Sobre la ciudad de Regio se abatió un infortunio como el que había padecido Mesina en Sicilia, infortunio que muestra la necesidad de una gran cautela y precaución por parte de todas las ciudades. Pero es necesario explicar primero las causas y razones de
2 las desgracias que envolvieron a esta ciudad. Cuando los lucanos y brutios se dirigieron con un numeroso ejército contra Turios, devastaron su territorio y pusieron sitio a la ciudad —después de rodearla con una empalizada—, y fuerzas romanas dirigidas por el cónsul Fabricio fueron enviadas contra ellos, los regios, temerosos de que también los bárbaros enviaran un ejército contra ellos una vez que los romanos se hubieran marchado, y sospechando de la ciudad de Tarento, pidieron a Fabricio que dejara una tropa en la ciudad contra las imprevistas irrupciones de los bárbaros y por si eran víctimas de alguna maquinación inesperada procedente de los tarentinos. Recibieron ochocientos campanos y cuatrocientos sidicinos, todos ellos ba-
3 jo el mando de Decio, campano de nacimiento. Este hombre, cuando fue hospedado entre los habitantes más ilustres y obsequiado con espléndidos banquetes conforme a la hospitalidad debida a los extranjeros, al ver el elegante y costoso mobiliario de muchas de las casas, al principio felicitaba a los regios por su prosperidad, luego les envidiaba como gente indigna de ello y, finalmente, empezó a cons-
4 pirar contra ellos como enemigos. Tomó como cómplice de sus planes ocultos a su secretario, hombre astuto y artífice de toda clase de maldades, del cual [recibió el consejo] [18] de matar a todos los regios, quedarse él con una parte de sus riquezas y repartir la otra entre sus soldados; le

---

[18] Este verbo falta en el manuscrito.

decía que poco antes habían tomado Mesina ...[19]. Una vez que fue convencido por éste y decidió con él la forma de ataque, convocó a consejo a los tribunos y a los soldados más destacados. Después de pedir a todos que guardaran en secreto sus palabras, dijo que un gran peligro se cernía sobre él y que exigía muchas y rápidas precauciones pues la ocasión no admitía demora. Dijo que los más ilustres regios, enterados de la travesía de Pirro, le estaban enviando mensajes en secreto con la promesa de matar a
la guarnición y entregarle la ciudad. Cuando todavía estaba 5
pronunciando estas palabras, se presentó un hombre sobornado, sucio como si viniera de viaje, y, trayendo una carta preparada por el mismo Decio, pero como si fuera de un amigo personal, en la que se revelaba que el rey tenía la intención de enviar a Regio quinientos soldados para tomar la ciudad, y que los regios habían prometido abrirles las
puertas. Algunos decían que el portador de la carta había 6
sido enviado apresuradamente por el cónsul Fabricio y que la carta contenía lo que él había dicho poco antes, y aconsejaban a Decio que se adelantara a los regios. Ambas cosas tenían su lógica. Pues bien, esto fue lo que manifestó a los que estaban presentes en el consejo; y, tan pronto como se hizo de noche, los tribunos, después de comunicar a los demás soldados lo que pensaban hacer, se dirigieron a las casas de los regios y, encontrando a unos festejando todavía algún banquete y a otros durmiendo, les dieron muerte en sus propios hogares, a pesar de que suplicaban y se arrastraban de rodillas pidiendo saber por qué recibían este trato; y ellos no perdonaron ni edad ni ninguna otra
circunstancia. Después de asesinar a los hombres, cometie- 7
ron una acción todavía más espantosa: se repartieron a las

19 Laguna del texto.

mujeres y a las hijas doncellas de sus anfitriones y las vio-
laron, aquellas a cuyos padres y maridos habían dado
8 muerte ante sus propios ojos. Decio se había convertido
en tirano de la ciudad de Regio en lugar de jefe de una
guarnición; y, presumiendo que los romanos le castigarían
por lo que había hecho, estableció una alianza con los
campanos, que, poseyendo Mesina, tenían el mayor poder
de las ciudades de Sicilia, y mantuvo la ciudad en una es-
trecha vigilancia.

Castigo del general Decio y de sus cómplices

5 El Senado, cuando se enteró —por
medio de los que habían escapado de la
matanza— de los sucesos ocurridos a los
regios, sin aguardar el más mínimo tiem-
po, envió al general que había en la ciu-
2 dad al mando de otro ejército recién alistado. Pero la
divina providencia, adelantándose a la llegada de los ro-
manos, se vengó de Decio, el general de la guarnición, por
sus impíos planes, castigándole en lo más vital pues le
mandó una enfermedad a los ojos que le producía terribles
dolores. Él, deseando vivamente curarse, hizo venir a un
médico de Mesina —de nombre Dexícrates— del que había
oído decir que era el mejor médico del momento, pero des-
conocía que fuera regio de nacimiento. Éste, cuando llegó
a Regio, le aplicó en los ojos un ungüento cáustico y le
ordenó que aguantara los dolores hasta que él volviera;
después, bajó al mar, se embarcó en una nave que tenía
preparada y, antes de que nadie se diera cuenta de lo que
3 había hecho, regresó rumbo a Mesina. Decio, durante cier-
to tiempo, aunque sufría terribles dolores cuando su vista
se estaba quemando, lo soportaba mientras esperaba al mé-
dico; pero, cuando había pasado mucho tiempo y ya era
incapaz de aguantar los agudos dolores, se quitó el ungüen-
to y, al abrir los ojos, comprendió que los tenía quema-

dos; desde aquel momento quedó ciego. Tras resistir todavía unos pocos días, cayó en poder de los romanos, siendo detenido por sus propios hombres; pues algunos, creyendo 4
que así se defendían, abrieron la ciudad al general y pusieron a Decio encadenado en manos de Fabricio. Éste entregó la ciudad a los regios que habían sobrevivido y, ordenando a la guarnición que dejara todo allí, los condujo de regreso sin llevarse nada excepto las armas; después, 5
escogió de entre éstos a los hombres más sobresalientes, a quienes los demás acusaron de ser cómplices de esa impía trama, y los condujo a Roma entre cadenas. Primero les azotaron con látigos en el Foro, como era costumbre establecida para los malhechores, y luego les mataron cortándoles la cabeza con un hacha, excepto a Decio y a su secretario, pues éstos, engañando a sus guardianes o sobornándoles con dinero para no morir de una forma vergonzosa, se dieron muerte a sí mismos. Esto fue lo que sucedió en esa ocasión.

Pirro libera a los rehenes romanos

Pirro en persona pronunció los versos 6
homéricos que en el poema Héctor le dirige a Áyax, como si se los hubieran dicho los romanos a él mismo:

«Mas a ti, que tan valiente eres, no quiero dispararte acechándote a escondidas, sino abiertamente, a ver si atino.»[20]

Y después, diciendo que probablemente él había actuado erróneamente en el planteamiento de la guerra contra unos hombres más piadosos que los griegos y más justos, afirmó que sólo veía una salida honorable y ventajosa de la guerra: hacerles amigos en lugar de enemigos, empezando con algún gran gesto de magnanimidad.

---

[20] *Ilíada* VII, 242.

2 Ordenó que los prisioneros romanos fueran conducidos ante él y, dándoles a todos ropa propia de hombres libres y dinero para gastar en el camino, les pidió que recordaran cómo se había portado con ellos y que lo contaran a los demás y, cuando llegaran a sus ciudades, pusieran todo su empeño en hacerlas amigas.

3 Desde luego, el oro real tiene cierto poder irresistible y los hombres no han encontrado ninguna protección contra esta arma.

Tiranías en la Magna Grecia

7 Clinias de Crotona, cuando era tirano, privó de libertad a las ciudades después de haber reunido a los proscritos de todos los lugares y haber liberado a los esclavos; con ellos aseguró su tiranía, y en cuanto a los habitantes más distinguidos de Crotona, a unos los mató y a otros los expulsó de la ciudad. Anaxilas tomó la acrópolis de Regio y, después de tenerla bajo su mando durante toda su vida, legó el poder a su hijo Leofrón. A continuación de éstos, también otros impusie-
2 ron tiranías en las ciudades y arruinaron el Estado. Pero la última y mayor vejación de todas las que sufrió cualquier ciudad fue la tiranía de Dionisio, que gobernó Sicilia. Éste pasó a Italia para ir contra los regios, ante las llamadas de auxilio de los locros —que estaban enemistados con éstos; y, cuando los italiotas se unieron contra él con grandes fuerzas, presentó batalla, mató a muchos y tomó dos
3 de sus ciudades por la fuerza. Luego, cruzando de nuevo en otra ocasión, expulsó a los habitantes de Hiponio [21] de su tierra y los condujo a Sicilia; se apoderó de Crotona y Regio y pasó doce años como tirano de estas ciudades.

[21] *Hipponium*, ciudad en la costa del mar Tirreno, en el territorio de los brutios.

Después, unos, temerosos del tirano, se pusieron ellos mismos en manos de los bárbaros y otros, que eran hostigados por éstos, entregaron sus ciudades al tirano. Fuera cual fuera el origen de su sufrimiento, siempre estaban terriblemente descontentos y, a modo de una veleta[22], se inclinaban aquí y allá según los acontecimientos.

Actitud tiránica de Pirro en Sicilia

Pirro cruzó por segunda vez a Italia 8
pues los asuntos en Sicilia no marchaban según sus deseos, ya que a las ciudades más destacadas, su soberanía no les parecía propia de un rey sino de un déspota. La razón era que, tras haber sido introducido en Siracusa por Sosístrato —que gobernaba entonces la ciudad— y por Tenón —el comandante de la tropa— recibió de ellos dinero y unas doscientas naves con espolón de bronce y, cuando tenía bajo su poder a toda Sicilia excepto la ciudad de Lilibeo[23], que era la única que todavía poseían los cartagineses, adoptó una arrogancia tiránica.

Pirro arrebató las haciendas de los familiares y amigos de Agatocles a quienes las habían recibido de él y después se las otorgó como regalo a sus propios amigos, y las más altas magistraturas de las ciudades las asignó a sus propios guardias de escolta y capitanes, sin respetar las leyes locales de cada ciudad ni el periodo de tiempo acostumbrado,
sino como a él le pareció bien. Él mismo juzgaba en los 2
pleitos, controversias y en todas las demás cuestiones de administración civil; otros asuntos los remitía, para que los

---

22 Traducción libre de *euripo,* que significa literalmente «brazo de mar, estrecho». Se aplicaba especialmente al estrecho entre Eubea y Beocia, conocido porque allí la corriente cambia de dirección varias veces al día.

23 *Lilybaeum,* ciudad cerca del promontorio del mismo nombre en la costa sur de Sicilia, hoy Capo Boeo.

echaran abajo o tomaran una decisión, a los cortesanos, hombres que no ponían la vista en otra cosa que en las ganancias y en disipar la fortuna en placeres. Por todo esto, era insoportable y odioso para las ciudades que lo
3 habían acogido. Cuando se dio cuenta de que ya muchos sentían una secreta hostilidad hacia él, metió guarniciones en las ciudades, poniendo como excusa la guerra de los cartagineses; y, arrestando a los hombres más destacados de cada ciudad, los mató bajo la falsa acusación de que había descubierto complots y traiciones. Entre estos se encontraban Tenón, el comandante de la tropa, que, según fue reconocido por todos, había demostrado un gran interés y entusiasmo ayudándole cuando cruzó y tomó posesión de la isla, pues había salido a su encuentro con una flota y en Siracusa le había ofrecido la isla —de la que
4 él mismo tenía el mando. Sin embargo, cuando también intentó detener a Sosístrato, se vio frustrada su esperanza, pues este hombre se había enterado de su propósito y había huido de la ciudad. Entonces, como los asuntos habían empezado a alterarse, la ciudad de Cartago, creyendo que había encontrado el momento oportuno para la recuperación de los lugares perdidos, envió un ejército a la isla.

La divinidad castiga la codicia de Pirro

9 Viendo a Pirro indeciso y tratando de conseguir recursos de cualquier parte, los peores y más inmorales de sus amigos, Evégoro, hijo de Teodoro, Balacro, hijo de Nicandro, y Dinarco, hijo de Nicias, —partidarios de ideas ateas y abominables— le sugirieron un medio impío de conseguir dinero: abrir los tesoros sa-
2 cros de Perséfone. Y es que había un templo sagrado en esa ciudad[24], que contenía mucha riqueza[25] intacta y vigi-

[24] La ciudad de Locros.

[25] La palabra exacta que aparece en los Mss. es «oro», pero, en vis-

lada desde siempre, entre la que había una inconmensurable cantidad de oro, enterrado bajo tierra e invisible para la mayoría. Engañado por estos aduladores y por causa de su necesidad, que era más fuerte que cualquier cosa, utilizó a los hombres que le habían hecho la proposición como los encargados del sacrilegio; y tras colocar en naves el oro sacado del templo, lo envió a Tarento junto con las demás riquezas, sintiéndose lleno de regocijo.

Pero la justa providencia demostró su poder; pues cuando las naves eran sacadas del puerto, tuvieron viento procedente de tierra y avanzaron, pero luego se levantó un viento contrario, que, manteniéndose durante toda la noche, a unas las hundió, a otras las lanzó hacia el estrecho de Sicilia y a aquellas que transportaban las ofrendas y el oro procedente de los exvotos, las hizo encallar en las costas de los locros. Los hombres que navegaban en ellas perecieron sumergidos en el flujo y reflujo de las olas, y las riquezas sagradas, una vez que las naves quedaron destrozadas, fueron arrojadas a las playas más próximas a los locros. El rey, consternado, devolvió todo el ornamento y 3
los tesoros a la diosa con la intención de apaciguar así su cólera;

«Necio, no sabía que no iba a persuadirla: pues no cambia rápidamente el designio de los dioses que viven siempre,»[26] según dice Homero. Puesto que se atrevió a 4
tocar los tesoros sagrados y a tomarlos como recursos de guerra, la divinidad hizo vano su plan, para que sirviera de ejemplo y lección a todos los hombres que le sucedieran.

---

ta de la explicación que sigue inmediatamente después, parece que «oro» ha debido reemplazar a otra palabra de un significado más general.

[26] *Odisea* III, 146 y ss.

Derrota de Pirro frente a los romanos

10 También por esta causa Pirro fue derrotado por los romanos en una lucha sin cuartel; pues él no tenía un ejército insignificante y desentrenado, sino el más poderoso de los que entonces había en Grecia y ejercitado en numerosísimas guerras, ni tampoco era pequeña la cantidad de hombres que tenía entonces en orden de batalla, sino incluso tres veces mayor que la de sus enemigos, y su general no era uno cualquiera, sino aquel a quien todos reconocen como el mejor de los generales
2 que sobresalieron en esa misma época; ni la naturaleza del lugar era desigual, ni una repentina llegada de auxilio al otro bando, ni ningún otro infortunio ni motivo inesperado arruinó la situación de Pirro, sino la cólera de la diosa, víctima de la profanación, cólera que ni el mismo Pirro desconocía, según narra el historiador Próxeno y el mismo Pirro escribe en sus propias memorias.

11 Como era de esperar, los hoplitas —con cascos, corazas y pesados escudos—, marchando hacia lugares escarpados por largos caminos ni siquiera frecuentados por gente sino por cabras, a través de la maleza y los riscos, no conservarían ninguna alineación y, antes de que sus enemigos aparecieran ante ellos, sus cuerpos estarían totalmente debilitados por la sed y la fatiga.

2 A los que luchan cuerpo a cuerpo con lanzas de caballería agarradas por el medio con ambas manos y la mayoría de las veces tienen éxito en las batallas, los romanos les llaman *principes*.

Sueño premonitorio de Pirro

12 La noche en que Pirro pensaba conducir su ejército hacia la montaña para atacar furtivamente el campamento de los romanos, le pareció en sueños que se le caían la mayoría de los dientes y le salía mucha sangre

de la boca. Alterado por esta visión y adivinando que iba 2
a ocurrir una gran desgracia (pues ya antes le había sobrevenido un terrible infortunio tras haber contemplado en un sueño una visión parecida) quería retrasar aquel día, pero no pudo vencer al destino pues sus amigos se opusieron a la demora y le pidieron que no dejara escapar de sus manos esa oportunidad.

Cuando subieron Pirro y los suyos con los elefantes, 3
los romanos, al darse cuenta, hirieron a un cachorro —lo que provocó un gran desorden y huida entre los griegos—. Los romanos mataron a dos elefantes y, encerrando a otros ocho en un lugar sin salida, los cogieron vivos cuando los indios que los montaban se los entregaron, y llevaron a cabo una gran matanza de soldados.

Extrema severidad de los censores romanos

El cónsul Fabricio, cuando fue cen- 13
sor, expulsó del Senado a Publio Cornelio Rufino, un hombre que había sido honrado con dos consulados y una dictadura, porque pareció ser el primero que derrochaba en provisión de copas de plata, habiendo adquirido diez libras en copas. Esto es poco más de ocho minas áticas.[27]

Los atenienses ganaron fama porque castigaban —co- 2
mo personas perjudiciales para el Estado— a los indolentes, perezosos y a quienes no se dedicaban a nada provechoso; y los lacedemonios, porque permitían a los más ancianos que golpearan con sus bastones a los ciudadanos que causaran desórdenes en cualquier lugar público. Pero a lo que ocurriera en las casas no le prestaban ninguna atención ni vigilancia, considerando que la puerta de la

[27] Unos 800 denarios. La mina era una moneda de plata equivalente a 100 dracmas. El dracma griego era de igual valor que el denario romano.

casa de cada uno era la línea divisoria de la libertad en
3 la vida de las personas. En cambio, los romanos, abriendo todas las casas y extendiendo el poder de los censores incluso hasta el dormitorio, convirtieron este cargo en inspector y guardián de todo lo que ocurría en las casas, creyendo que ni un dueño debía ser cruel en los castigos a sus criados, ni un padre más duro o blando de lo normal en la educación de sus hijos, ni un marido injusto en la relación con su esposa, ni los hijos desobedientes para con sus ancianos padres, ni los propios hermanos debían aspirar a más de lo que les correspondía equitativamente, ni debía haber banquetes y borracheras que duraran toda la noche, ni libertinaje y corrupción entre jóvenes camaradas, ni debían descuidar los ritos ancestrales de sacrificios o funerales, ni hacer ninguna otra cosa en contra de la conveniencia o utilidad de la ciudad.

Saqueaban las posesiones de los ciudadanos con el pretexto de adoptar los hábitos de la realeza.

El Senado romano premia la probidad

14 Numerio Fabio Píctor, Quinto Fabio Máximo y Quinto Ogulnio, que habían ido como embajadores a Ptolomeo Filadelfo (el segundo gobernante de Egipto después de Alejandro de Macedonia) y
2 habían sido honrados por él con regalos personales, cuando regresaron a la ciudad, además de contar todo lo que habían hecho durante su ausencia, entregaron al tesoro público los regalos que habían recibido del rey. El Senado, admirándoles por todos sus actos, no permitió declarar propiedad del Estado los regalos reales, sino que dejó que se los llevaran a sus casas como premio a su mérito y honor para sus descendientes.

Importancia de los recursos forestales

15 Los brutios, sometidos voluntariamente a los romanos, les entregaron la mitad de su región montañosa —llamada Sila—, llena de madera útil para la construcción de casas, buques y cualquier otro tipo de fábrica; pues crecían allí muchos abetos que se elevaban hasta el cielo, muchos álamos negros, muchos pinos marítimos resineros, hayas, pinos piñoneros, corpulentos robles, fresnos engrandecidos por las corrientes de agua que fluyen entre ellos y todo tipo de árbol con ramas espesamente entretejidas, que mantienen en sombra la montaña durante todo el día.

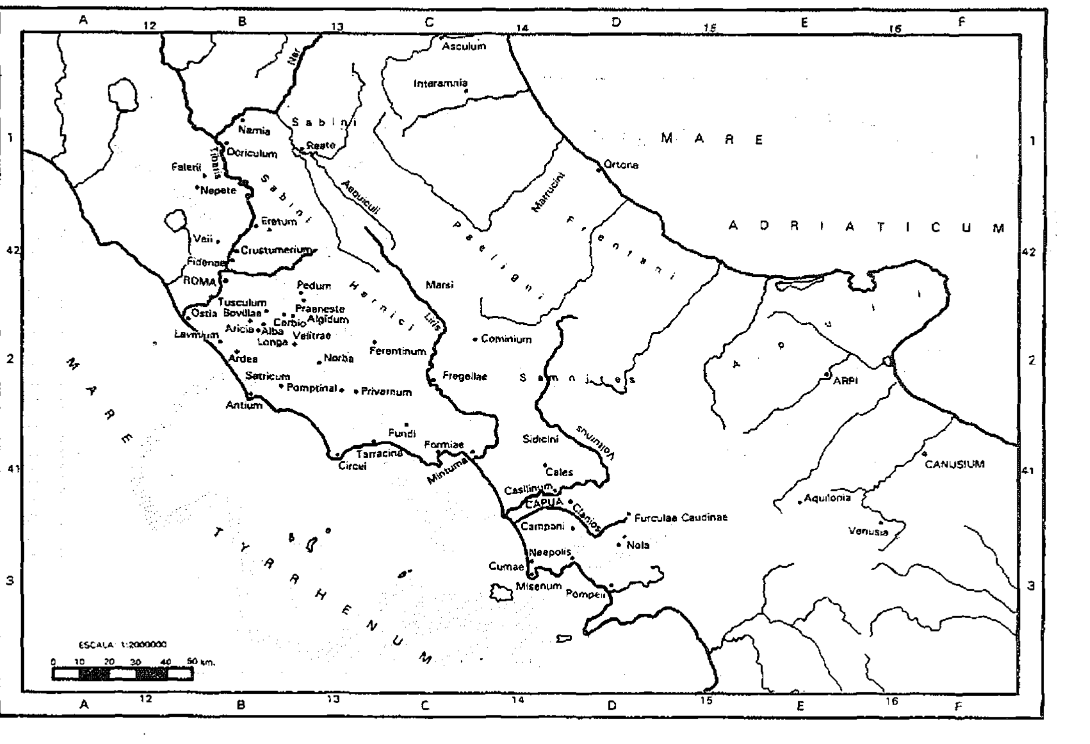
2 De esta madera, la que crece más cerca del mar y de los ríos es cortada en una sola pieza desde la raíz y transportada a los puertos más próximos, siendo suficiente para la construcción de naves y casas en toda Italia. Y la que crece en el interior, lejos del mar y de los ríos, cortada en trozos, proporciona remos, varas y toda clase de armas y utensilios domésticos, y es transportada por hombres rápidamente. Pero la mayor parte y más resinosa sirve para hacer pez y produce la más aromática y dulce de todas las que conocemos, la llamada pez brutia, de cuyo arriendo el pueblo de Roma recibe anualmente grandes ingresos.

Castigo de soldados romanos sublevados en Regio

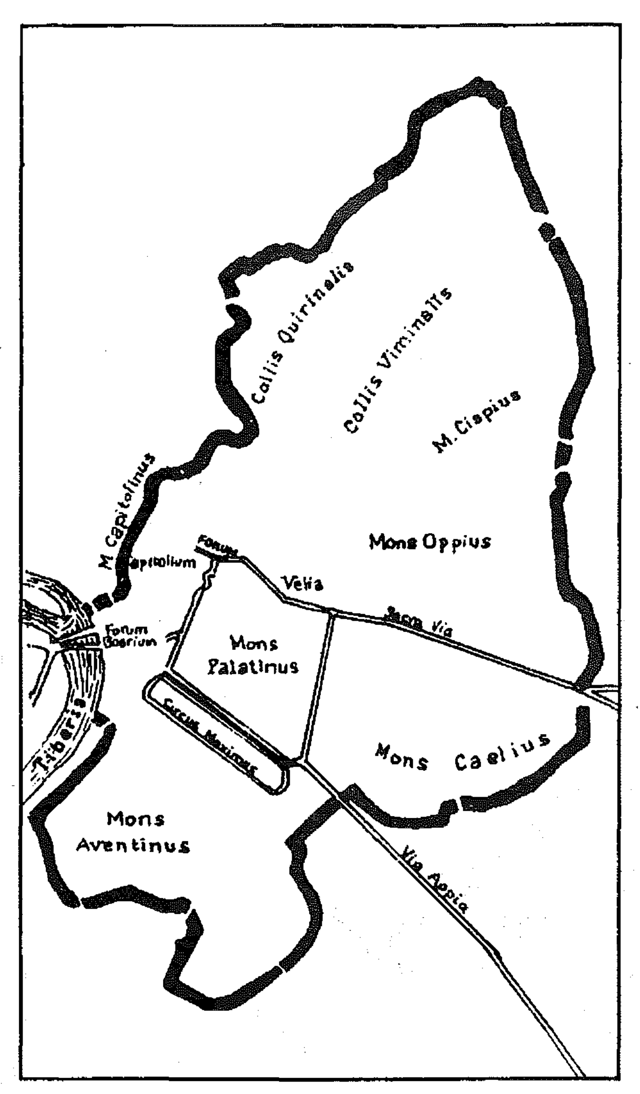
16 Se produjo una segunda sublevación en la ciudad de Regio por parte de la guarnición de romanos y aliados que había sido dejada allí, y por esta causa hubo muchas muertes y destierros. Para castigar a estos sublevados, uno de los cónsules, Cayo Genucio, sacó el ejército. Cuando se hizo con el poder de la ciudad de Regio, restituyó sus posesiones a los desterrados y, arrestando a los que habían dirigido el ataque contra la ciudad, los condujo a Roma encadenados. El Senado

y el pueblo estaban tan encolerizados e indignados con éstos que no había ninguna opinión moderada sobre ellos, sino que todas las tribus condenaron en votación a todos los acusados a la muerte establecida por las leyes para los
2 malhechores. Una vez que se ratificó el decreto relativo al castigo, se clavaron unas estacas en el Foro y, conducidos unos trescientos hombres, fueron atados desnudos a las estacas con los brazos detrás. A continuación, después de haber sido azotados con látigos en presencia de todos, les cortaron con un hacha los tendones dorsales de sus cuellos. Después de estos, fueron muertos otros trescientos, de nuevo, otros tantos y así hasta un total de cuatro mil quinientos. Y no recibieron sepultura, sino que fueron arrastrados desde el Foro hasta un lugar abierto delante de la ciudad y despedazados por las aves y los perros.

17 La multitud necesitada, que no tenía ninguna preocupación por las cosas nobles y justas, engañada por cierto samnita, se congregó en el mismo lugar. Al principio, llevaba una vida al aire libre en las montañas, pero cuando ya parecía que había crecido en número y era capaz de combatir, se apoderó de una ciudad fuerte y, partiendo
2 desde allí, saqueaba todo el territorio de alrededor. Los cónsules condujeron un ejército contra estos hombres y, tras tomar la ciudad sin mucho esfuerzo, azotaron con varas a los responsables de la revuelta y luego los mataron, y a los demás los vendieron como botín. La tierra había sido vendida el año anterior con las demás conquistas de guerra y el dinero obtenido de la venta fue repartido entre los ciudadanos.



Principales ciudades de Italia central citadas en el presente volumen



Plano de Roma con el recinto del muro serviano en trazo grueso.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL